ALFAGUARA

Gustavo Ferreyra

Piquito a secas

Narrativa Hispánica

Gustavo Ferreyra

Piquito a secas

Alfaguara

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

I

Josefina me ha confesado (aunque “confesar” es un verbo que uso en verdad sin motivo porque ella habló sin ningún pudor y casi como al pasar) que ayer circuncidó a Roger Federer. *Tremoluctancia arditis*. Por unos momentos, llevado por su tono de voz, pleno de confianza, no me alarmé en lo más mínimo. Después de un rato, sin embargo, tomé a Maloy, mi muñeco preferido, luego, claro está, de Cachimbo, y con el dedo índice lo conminé a que me dijese algo al respecto. Creo que pretendía que me dijese su parecer. Levanté el dedo, imperioso, imperial incluso, revolviendo un poco el ano de alguno de los dioses, con lo cual mostraba lo confianzudo que puedo ser con lo alto, y sin embargo Maloy mantenía su reserva habitual. “Maloycito”, le decía, “Maloyzote”, insistía algo plañidero. “¡Burundarena!”, y respiraba con dificultad. El aire no llegaba a entrar en donde debía. El aire parecía perderse como si estuviese agujereada la tráquea o algún otro de los conductos. Me ofusqué y prendí los motores para aspirar lo que fuere que hubiera alrededor. Intentaba tomar algo más denso que el vacío que, finalmente, parecía rodearme. El otro día, en el cine, me ocurrió algo similar aunque en menor escala. ¡Debo tener por fin el asma que mis papacitos temían! ¡Tantos cuidados! ¡Tantas preocupaciones primorosas! A cada tosecita un zafarrancho de combate. ¡Una tosecita y sacaban los tanques a la calle! Qué lindos estropicios para asustarla. ¡Había que desterrar el asma aunque nunca se la hubiera visto en mis territorios! Yo, desde ya, le cobré terror. Imaginaba vívidamente lo que me estaba destinado. ¡Y tal vez ahora...! Ya sin mis papacitos que la mantenían a raya, que la expulsaban de mi vecindario... El asma supo que esos dos portentos de generales ya no estaban y... Finalmente quizás... Por fin se haya logrado. Un logro más en mis alforjas parvularias. Porque, mientras trataba de que Maloy hablara, verdaderamente el aire se me negaba. Maloy mismo estaba

impresionado. Tanto, que me figuré que iba a traicionarse y me iba a aconsejar. Estuvo a punto, estoy seguro. ¡Con todo lo que sabe Maloy! Pero se reserva. No sé por qué se reserva. Podría aconsejar y no lo hace. Me miraba con los ojos desgarrados por la impresión pero no pudo quebrarse ese dique de contención que lo mantiene en la más estricta reserva. Sus ojos habían perdido su redondez y de todas maneras se callaba. Alguna vez va a hablar, estoy seguro. Pero no fue en esta oportunidad. Ni mi dedo en alto, en el ano de los dioses, ni mis aspiraciones truculentas lo arrancaron de su mutismo. ¡¿Cómo calificar la circuncisión de Federer que había hecho Josefina?! ¿Era terrible o no era nada terrible? Dos masas de agua tremendas chocaban en mi interior, la de la pasividad y la de la furia. La de la pasividad, aunque no se lo advierta fácilmente, también es una tremenda masa de agua, también es un inmenso poder. Tan enorme su poder que justamente permanece inmóvil, tan escandalosamente confiado en sí mismo. Es el agua que ha filtrado de antiquísimas furias, de furias que ni siquiera recuerdan los antepasados más remotos. Es agua que ha perdido hasta el último vestigio de espuma y sin embargo guarda en sí aquellas fuerzas. ¡Gran parte de mis furias se han ido a disolver allí casi sin consecuencias! ¡¿Qué soy yo en comparación con todos mis antepasados!? Todos esos seres que han vivido sobre la Tierra unos tras otros y que son parte de una sumatoria que no necesita en verdad de adiciones. ¡De seguro que yo agiganto mis furias! Necesito creer en cierta paridad de fuerzas. ¡Qué tanto había manoseado el...! No llegaba a evaluar la gravedad del asunto. Una circuncisión. Me había llevado un lápiz a la boca y lo chupaba y lo mordía. Josefina y Roger Federer. Por momentos se me aparecía como una simple operación médica, sólo que Josefina es filósofa, por momentos me enardecía. Entonces, respiraba aún peor. En un momento lo abracé a Cachimbo y lo puse contra mi corazón. Él ya sabe que debe estarse quietecito y sólo ser contra mi corazón. Cálido y blando como únicamente él puede serlo. Mi tiernecito Cachimbo. A veces me da miedo de ahogarlo. Soy demasiado efusivo. Pero yo respiraba con dificultad y él respiraba conmigo. El otro día en el cine también me ayudó. Por suerte lo había llevado a él, no a Maloy. Antes llevaba a los dos y los sentaba en mi regazo para que vieran la película pero Josefina me pidió y casi me

exigió y... Ahora llevo uno y lo tengo bastante escondido. Apenas si asoma la cabecita por algún lado. De todos modos, siquiera con un ojo, ven la película. El otro día Cachimbo la pudo ver más cómodamente porque el cine estaba plagado de viejos, que ya no ven nada con el rabillo del ojo. Josefina suele llevarme a ver películas que convocan a los vejestorios pero el otro día fue el acabose. Y esta vez no se trataba de la manada de viejas solas sino más bien de parejas. ¡¿Habrán revivido los vejetes?! No sé, pero ahí estaban las parejas, diría, los matrimonios. En la película, un alemán viejo lleva las cenizas de su esposa muerta a Japón y se viste con las ropas de ella y... Hace unas danzas. En fin. Los viejos se enternecían que era un verdadero asco. Se apretaban las manos y soñaban con esa suerte de eternidad matrimonial que la película parecía prometer. Habían ido a ver precisamente eso y la película no los defraudaba. ¡Seguirían en el más allá simulando como acá! El olor a viejo hediondo me golpeaba en las narices y creo que también hería la sensibilidad de Cachimbo. Estaba rodeado. Miraba en derredor y sólo veía los tiernos matrimonios. En verdad que estaba casi asustado. Parecía una conspiración multitudinaria. Sólo un par de parejas se deshizo porque los viejos no aguantaron toda la película sin ir al baño y al regreso no encontraron el lugar junto a su mujer. Hubo una que lo chistaba y lo chistaba pero el marido no oía. O tal vez simulaba no oír. Cachimbo se reía. Asomaba la cabeza por mi camisa abierta. Creo que por fin se había acostumbrado al hedor de los viejos. Yo no. Seguía ofuscado. Y más se emocionaban, más fuerte se hacía el olor. Cuando el viejo alemán aparece con las ropas de la muerta, el olor se hizo intensísimo. Las glándulas de los vejetes (no las sexuales sino algunas más tontuelas que se activan con la espiritualidad) funcionaron a pleno, hasta recalentarse. Mis naricitas se embotaron. Creo que expelí una suerte de bufido. La mancomunión de las almas me horrorizaba. Quería irme. Quería escapar. ¡Soy un muchachito!, quería gritar, enrostrárselo a todas esas caras arrugadas y luego salir a raje a buscar el aire de la calle. ¡El olor a viejo me hizo asmático! ¡Cual maestro, le enseñó a mi organismo a cerrar los bronquios! ¡Los vejetes vencieron a los espíritus de mis papacitos, que fueron carneados allí mismo, en el cine! Mis férreos papacitos que seguían mis pasos codo a codo. ¡Debo ser el

primer asmático por hedor de viejo pero nadie va a reconocer mi pequeño drama! Debía irme pero Josefina me retenía. Ella miraba la película muy confortablemente y por el tajo de su pollera aparecía una de sus bellas piernas. Yo la miraba y asumía que era imposible que me fuera. Era el guardián de esas piernas. Era... quién sabe. No podía irme. Estaba también urgido por la vejiga pero ni por asomo me daba la posibilidad de ir al baño y regresar a la sala. Hubiera admitido con eso que formaba parte del conjunto prostático. Así que resistí hasta el final de la película. Casi jadeando por el asma y con un dolor en las entrañas que ya me llegaba claramente a los riñones, resistí hasta que el espíritu de la alemana se contorsiona ante el monte Fuji. Hasta que el viejo estira también la pata y hasta que... quién sabe, ya estoy bastante olvidado de los detalles. Apenas aparecieron los créditos me levanté pero estaba, digamos, barricado por las piernas de los viejos. Y las piernas de Josefina se descruzaron pero todavía se demoró en ponerse de pie. ¡No hay que correr, muchachito!, parecían decirme los cuerpos parsimoniosos, anquilosados, de los vejetes. ¡Todavía estás en nuestro poder! Y estoy en verdad marcado por ese poder porque me ha quedado el asma. Escapé por fin del cine pero no de los ahogos.

Ya en la vereda del cine, algo amparados por un kiosco de revistas, saqué a Cachimbo de entre mis ropas y se lo pasé a Josefina, que lo guardó en la cartera con una sonrisa. "¿Le gustó?", me preguntó por cortesía, como hace siempre que llevo al cine a Cachimbo o a Maloy. Yo nunca me defino por ellos y tiendo a figurarme que les gusta cualquier película, pero en esta ocasión, creo, hice un gesto escéptico. "¿Habrá entendido?" No sé por qué preguntó esto sabiendo que se trataba de Cachimbo, que prácticamente no sabe nada de nada. Suele simular que se los confunde para no darles importancia. Pero los reconoce perfectamente. Al contrario de Maloy, Cachimbo debería ser enseñado. Yo debería ocuparme de eso pero me resisto a enseñar. No sabría qué enseñarle y en su ignorancia lo veo pleno. Cuando en alguna oportunidad levanté el dedito para impartir algún conocimiento, la duda me ganó antes siquiera de que dijese una palabra. En definitiva, me callo la boca ante él y no hago más que abrazarlo. No sé qué devendrá de esto pero así están las cosas. A esta altura, ya los ahogos me habían pasado y fuimos con Josefina a un

bar. La película nos ocupó poco. Su opinión fue ambigua. Yo, según mi costumbre, casi no dije palabra. Estaba preocupado por Cachimbo ya que Josefina había corrido demasiado el cierre de la cartera y probablemente respiraba con dificultad. En un momento en que me pareció que ella se distraía, estiré la mano trémula y abrí un poco más el cierre y entonces me quedé más o menos tranquilo.

De cualquier modo, la tranquilidad no es un lago en el cual uno desemboca como estadio poco menos que definitivo, más bien es un recodo en un río, un pequeño estanque azaroso que ni siquiera abarca todo su ancho. Apenas un poquito más allá, detrás de una piedras, corre el agua más o menos turbulenta. Y si no, como muestra, está el asunto de Roger Federer para corroerme las entrañas. Cuando me detengo a pensar en esto, como si mordiera la cuestión cual un perro que soluciona todo con las mandíbulas, me doy cuenta de que es inaudito. Tan inaudito que aflojo enseguida la mordida y dejo que el asunto corra. Tenemos la presunción de que si no pensamos en un asunto lo dejamos librado a su suerte pero todo está librado a su suerte, incluido nuestro pensamiento. De cualquier manera, por muchas explicaciones que me dé me tengo por desidioso cuando abandono un tema. Lo abandono y después me echo al río para atraparlo de vuelta. Voy y vengo como un perro tonto y termino cansado. No hice nada en todo el día y a la noche a veces me duermo con un libro arriba de la cara. En fin. ¡Roger es un temible rival! ¡Ni hablar de esto! Es más, yo, con mi solo e introvertido piquito, no califico como rival. ¡Incluso, parece que el gran campeón hasta pasa la aspiradora en su casa! Me lleva a Josefina antes de que pueda levantar un dedito de protesta. Tal vez me deje a la carona de la mujer como prenda. En fin. En realidad, no creo que tuviera que molestarse con eso. ¡Esa carona sí que me pondría en vereda! De seguro, pasaría no sólo la aspiradora sino también el escobillón y mucho más. Me sacaría bueno en un abrir y cerrar de ojos. ¡Tiene una tremenda autoridad sin necesidad de nada! Basta su presencia para que uno sepa a qué atenerse. Con ella, hasta jugaría al tenis maravillosamente, pondría la pelotita en donde debe ponerse. Es el gran secreto de Roger. Con ella, Nadal... Pero yo... ¡La guía de Josefina es muy blanda! ¡Soy el primero en reconocerlo! La muy sesentista me deja demasiado librado a mi

propia molicie. Me permite este permanente repliegue sobre mí mismo, este estar repantigado sobre mi lindo discursito interior. Pobrecita Josefina, no puede clavarme las espuelas. Sabe que debería hacerlo pero no se lo permite un sustrato de su conciencia en el que actúa fuertemente la idea del daño. Esta idea la paraliza. En el fondo, debe tener ideas evolucionistas, como buena parte de la izquierda. No quiere aceptar que el daño tiene un rol imprescindible en la vida. No sabe dañar y entonces, en última instancia, no sabe vivir. Por esto es que intenté buscarme otra conducción. A espaldas de Josefina, a manera de engaño, pero, podríamos decir, por el bien de todos, intenté entregarme a la tutela de su hija, de Abril. Estoy seguro de que sería una conducción mucho más firme que la de Josefina. Y en verdad avancé en esa dirección, de algún modo le hice saber hace un par de meses que quería su tutela, su guía, su... Y creo que prometí mansedumbre o ¿cómo decirlo...? En fin. ¡Pero fui menospreciado! No me aceptó como discípulo, como párvulo, como conducido. Me rechazó de plano y sin darme ninguna razón, haciéndose la que no entendía mi propuesta. Es más, en medio de cierta confusión que ella alentó para negarse sin siquiera admitir que se estaba negando a algo, dejó traslucir que lo mío era puro orgullo, como si mi pedido de tutela fuera en definitiva una suerte de imposición. ¡Me quedé sin palabras! Yo pedía conducción y... ¿Acaso las orgullosas masas alemanas tomaron al simplón de Hitler de las axilas y lo metieron en el podio? Me parece que esta chica... No sé. Posiblemente, malinterpretó mi pedido. Posiblemente, me maljuzga porque ocupé su lugar en el nido. En fin. ¡Pero ella ya había volado! Y no había dejado ni siquiera unos plumones para que pudiera estar yo más cómodo. ¡Me tuve que venir con todas las plumitas de pichón que se habían desperdigado un poco en el antiguo nido! Pichonazo cargado hasta con su última plumita de infancia. Pichonazo con pico asesino pero cuyas plumas... No terminan de aparecerme las que me permitan volar, siguen saliéndome unos plumones suaves y lanudos y abrigados pero incapaces de elevarme. ¡Y mientras, crezco y crezco! Dios mío, ¡¿habrá alas que alguna vez me levanten?! ¡Y yo que debería escapar! Debería escapar de acá. Donde soy juzgado por asesinato. Debería escapar con mis alas o colgado del cuello de una gran águila. Como fuera. Antes de que dicten la prisión

preventiva. Escapar ya mismo del asesino que soy acá. A ti, cachafaz. Di. A ti. Sí, a ti. Di y sácame de acá. ¡Este acá es terrible! Soy asesino. Josefina circuncida a Roger Federer. ¡Te das cuenta! Debo irme. Es un mundo extraño. Nadie se asusta de mí. Abril sabe que soy un asesino. Debería estar al menos al borde del convencimiento. Y sin embargo no me teme en lo más mínimo. Menosprecia mi pedido de conducción con un desparpajo que podría enfurecerme. ¿No lo piensa acaso? Me trata de todos modos con cierta displicencia. Y no es la única. Es inexplicable. El abogado que me puso Josefina logró la excarcelación mientras dura el proceso. Al menos hasta hoy, mañana no se sabe. Porque está pendiente la apelación del fiscal, de la viuda y quién sabe si no hay otras más o todas en realidad son una. El derecho es siempre un simulacro de religión. Pero mi libertad no significa mucho. Sólo dice que pertenezco a cierto estrato social y que mi abogado es bien caro. Nada más. De modo que... ¡aceptan que soy el asesino! ¡Aceptan todos que soy el asesino! Y de todas maneras a veces no creen. No quieren creer y no creen aun cuando acepten. (Esto debe ser un sueño). La voluntad de creer es análoga a la voluntad de hacer. En realidad, quizás, es la misma voluntad. ¡Hay mucha voluntad en lo que se cree! Y ellas, Josefina y Abril, a veces se imponen no creer. Cualquier realidad es vencida en algún momento por la voluntad de creer. Sólo hay que darle tiempo a esta voluntad y, voluntariosamente, hace su camino. ¡Yo mismo a veces no creo en lo que sé! Es cuestión de dejar que los que laboran por uno en el fuero interno tejan la mantita para echar aquí y allá. Tanto no cree Josefina que me dice muy tranquilamente que circuncidó a Roger Federer y que entonces tuvo el pene de él en sus manos y... ¡Debería temerme! Debería saber que puedo blandir el pico... No debería confiarse en mis pobres plumones de pichonazo. No debería confiarse en esa esperma que la moja hasta correr por sus piernas una y otra vez. Pero se confía y no debe equivocarse. He llegado a saber que nadie se equivoca en el mundo excepto yo. De una u otra manera todos laboran positivamente en pos de lo que quieren, bueno o malo, para bien o para mal, excepto yo, que llevo ladrillos de aquí para allá y no los amontono en ningún lugar. ¡He dejado ladrillos en un radio de muchísimos kilómetros! Jamás nadie podría deducir que todos ellos fueron cargados por la

misma persona ya que no hay obra ninguna. Ni siquiera un atisbo de obra. Y no hay tampoco misterio. No hay nada oculto, no existe un plan que se haya perdido o malogrado. Son los ladrillos que cargué por simulacro ante los ojos de mis padres, ante los ojos de Josefina. De vez en cuando cargaba un ladrillo y enfilaba para algún lado, para cualquiera, y cuando creía que ya no me veían o estaba demasiado cansado lo dejaba caer y a otra cosa. Frente a esto todos los demás me provocan admiración y casi pasmo. No me queda más remedio que aplaudir, a veces hasta vivar. "¡Bravo! ¡Bravo!", grito de pie ante cualquier construcción.

Josefina me cubre. También me encubre. Acá, adentro del frasquito, no hay admisión de justicia de nuestra parte. Acá, adentro del frasquito, maté a un hombre y hay un proceso legal. ¿Y afuera? Afuera de la sueñocracia, ¿qué? Puedo creer que fuera de la sueñocracia no hay asesinato y tratar entonces de salir de acá. Es lo que quiero. Salir de acá. Y a la vez tengo mucho miedo porque acá tengo la esperanza de salir. En cambio, si salgo y allá fuera también existe el asesinato como en realidad estoy en el fondo seguro de que existe, entonces ¿qué? Y estoy seguro de haberlo asesinado. ¿Existe afuera el proceso legal? Puede que no. Puede que sí. Tendría que hacer un esfuerzo supremo por salir de acá y por supuesto no lo hago. Me aferro a la incertidumbre y por ende a la esperanza. La esperanza de, en la desesperación, más adelante hacer el esfuerzo de salir del frasquito. Contra la pesadilla hay que tener una última carta, que es despertarse, pero es eso, la última carta. Porque afuera de la pesadilla puede que haya otra y ésta ya sin esperanzas.

La sueñocracia tiene sus ejércitos. Ejércitos brumosos que toman territorios sin alardear, sin proclamar victoria alguna. No hay nada más mudo, creo, más silencioso, que la victoria de los ejércitos de la sueñocracia. No echa al aire ninguna proclama. Pero en ocasiones avanzan sobre tanto territorio que la realidad se echa al mar en barcazas con la ilusión de retornar algún día. Los ejércitos de la sueñocracia no emiten ninguna ley y de todos modos imponen un *dictum*. Inevitablemente, sus soldados son amables con los nativos de los territorios conquistados y aprenden rápidamente la lengua del lugar. Son tolerantes con todos los dioses y suelen plegarse a los ritos.

Alaban a cada individuo con el que se cruzan. A veces incluso, cuando no hay otros escuchando, lo ensalzan hasta el delirio y luego vuelven a las brumas. Deben alabar allí a sus verdaderos dioses, que nos son por completo desconocidos. Los ejércitos brumosos de la sueñocracia provienen del pasado y del futuro. Los que dicen venir del pasado provienen del futuro y los que dicen venir del futuro provienen del pasado. Pero en definitiva es probable que conformen una sola fuerza y que conozcan a los verdaderos dioses. La humanidad, supongo, va a llegar a conocerlos algún día. Entonces Jesús, Mahoma, Siddharta Gautama van a ser como Moloch y como Ares. La sueñocracia es enemiga acérrima de la realidad pero no de las verdades. Y entonces uno cede fácilmente: los halagos de sus tropas y sus verdades nos llevan a dejarnos caer en el frasquito.

Le he dicho claramente al abogado: ¡no pueden juzgar a un párvulo! Se lo he dicho con indignación y él se ha reído con toda simpatía y hasta con admiración. Esto la primera vez, porque la segunda vez que lo argüí me miró como si no me escuchara, completamente indiferente. Es un ser jirafoide en todo sentido, moral y físicamente. Es bien alto y con las caderas anchas, luego se va afinando hacia arriba y casi pareciera no tener hombros. La cabeza es más bien chata y ancha, con una nariz carnosa y prominente. No pareciera tener conocimientos profundos sobre nada pero se ha hecho un gran renombre y come evidentemente de las hojas más altas y nutritivas de los árboles. Uno, viendo su accionar, diría que es lento y sin embargo, como las jirafas, es posible que vaya rápido en realidad. Por momentos uno pareciera ser alguien entrañable para él, en otras ocasiones es tan gélido que desconcierta. Yo quisiera renegar de él pero me ha conseguido la excarcelación y hasta es posible que termine engatusando a todos y yo termine siendo absuelto. Es difícil de explicar quizás el orden de sus habilidades. Su falta de conocimientos posiblemente lo ayude. Los conocimientos en exceso muchas veces son como las piezas del ajedrez en ciertas posiciones: nuestras propias fuerzas nos encierran y nos impiden el movimiento. Uno quisiera, por ejemplo, deshacerse de un par de peones propios. Él debe mover con enorme soltura las piezas con las que cuenta. Y tal vez posea el don de agregar casillas al tablero. Lo que no cuenta en profundidad y en abigarramiento lo tiene

en extensión. Agrega escaques, verdaderos pedazos de tablero, sin que se advierta por ello que las reglas se han modificado. Josefina me insta a la sinceridad con él pero yo evidentemente me escamoteo. No pienso decirle jamás, por ejemplo, dónde escondo el pico. Él tampoco me lo preguntó abiertamente pero ya van dos ocasiones en las que pareció sondearme al respecto. En realidad, no quería que le dijera nada concreto, sólo quería tener cierta seguridad de que por ese lado no iba a tener una sorpresa desagradable. Y creo que puede estar seguro de ello. Porque lo esconde la que es para conmigo la más leal de las personas: mi madre. Lo esconde con toda fiereza. Ni a mí me ha dicho dónde lo esconde. Hace un ademán terminante con su mano arrugada y pecosa. Son manos muy feas, como garras surgidas de la determinación y el deterioro. Son las manos eternas que me han protegido y que se han hecho garras por la angustia. Las estoy viendo con mis ojos de pichonazo. Muevo las alas lanudas e inútiles y mis ojos redondos y negros y abismalmente animales se salen de las órbitas viendo esas manos horribles, de las que dependo. Toda vida depende en algún momento de unas manos que se han hecho horribles por la angustia. Pero esa angustia de las manos es el amor que ella me tenía. Es la devoción que sentía por mi piquito infantil, una devoción que estaba en los huesos y no en la carne y por esto continuaba en sus garras. No sé, en verdad, cómo pudo morir y dejarme. Con toda esa devoción en los huesos por su pichón y aun así no sostenerse con vida. Dios mío. No sostenerse con vida hasta que... La misma devoción por el pichonazo lanudo la debe al fin haber matado, el horror por no poder ser ella y ser yo al mismo tiempo debe haberle esclerosado los órganos, las venas. En fin. Algo de horror había en su cara cuando murió, podría jurarlo. Era horror por mí, por el pichonazo, no podía ser otra cosa. La propia muerte no le importaba. No era más que una vieja pelícano. Era una vieja pelícano absolutamente y en las membranas secas de los huesos llevaba la furia de la especie. El amor por mí no era más que la furia de la especie.

Y sin embargo tengo el claro recuerdo de haber ido a su casa en los últimos tiempos para asegurarme de que el pico estaba bien a resguardo. Creo haber ido a verla exclusivamente para esto. Y veo su garramano siendo tajante. Y recuerdo su voz —y la recuerdo aun

cuando haya perdido el recuerdo— diciéndome que mejor que no sepa el lugar exacto. Y creo que tal vez dijo “por las dudas”. Y que ese “por las dudas” se vinculaba a mi posible incontinencia o, también, a las posibles torturas que podía sufrir. “Por las dudas”, dijo. Y no obstante está muerta. Es un misterio.

Como sea, le di a entender al abogado que no había que preocuparse por el pico. Al menos, esto me pareció en su momento, esto es, que había sido todo lo explícito que se podía ser en esas circunstancias. No tengo, desde ya, pese a mis treinta y tres años, la garra de un adulto como para hacer un ademán tajante. Si creen que un mochuelo puede... En fin. En el momento estaba seguro de que di a entender lo que quería pero después entré en duda. Entré en duda sobre mi gesto y luego entré en duda sobre mi entrar en duda. Porque casi siempre, después, entro en dudas. No estoy seguro de haber dicho lo que quería. Me doy cuenta de que empieza a difumarse lo que dije en lo que debería haber dicho y que es imposible escindirlo. La memoria se derrumba tan fácil que apenas si puede decirse que es algo. No sé si cuenta con un material más sólido que la fantasía y ambas son hijas de la voluntad. De manera que entré en dudas y las dudas se montan unas en otras. Las dudas son en mí el polvo del tiempo. Otros, la mayoría probablemente, van aceptando con displicencia las capas de tierra en sus miradas sin saber que están aceptando que el pasado se cubra de capas geológicas como ocurre con las antiguas civilizaciones. En cambio, yo, quizá porque cuento con mucho tiempo, entro en dudas y, mono curioso, me agacho a observar lo que ocurrió y quedo bastante perplejo. ¡No se sabe lo que ocurrió! Camino para un lado y otro y nada mejora. No sé lo que entendió el abogado, ni siquiera sé exactamente lo que hice o dije. Supongo que él sabe que soy el asesino y sin embargo no se lo he confirmado y él, de algún modo, tampoco me pide esa confirmación. No la quiere evidentemente. Esa ínfima pizca que falta para la confirmación es el espacio que necesita para que su moral ponga allí un pie y se convierta también en punto de apoyo de mi defensa. Por estrecho que sea ese espacio, sirve para apuntalar algo bastante pesado. ¡Los corpachos de las jirafas se sostienen en patas finas y en cascos relativamente estrechos! El jirafoide no pide mucho para llevar el cuello muy alto. Estoy satisfecho

con él y a la vez, ligeramente, lo detesto. Se lo he comentado más de una vez a Maloy y él está de acuerdo conmigo. Tampoco lo aprecia. Llevé a Maloy a más de una reunión con el abogado. A Cachimbo no lo llevé nunca porque es demasiado inocente; en verdad, no es que se engaña con nadie, sólo que no se molesta en juzgar a los demás. A priori, están exentos de la condena e incluidos en la genérica bondad del mundo, sean lo que fueren. Nietzscheano *avant la lettre* se figura que en la economía del mundo nadie puede ser dañino. Antes que ocurra algo siquiera, ya perdona todo. Por esto es que Cachimbo, que ama tanto la vida, está como por fuera de ella. No participa de las batallas de la vida y casi no se molesta en conocerlas ya que, fueran las que fueren, tienen para él su profunda razón de ser en el marco más universal del sinsentido. Sabiendo esto, Cachimbo no sabe nada más. Debería ser enseñado de los detalles, por ejemplo, de las razones que me llevan a mí a actuar así o asá pero es inútil porque no agregaría nada a lo que ya sabe. Claro que de lo que sabe no podría decir palabra. Maloy en cambio conoce por agregación y perfectamente podría ser maestro. Por esto lo llevé a varias reuniones con el abogado. Para que juzgue por su propia cuenta. Lo llevé entre mis ropas, oculto por una campera, la cabecita —cabezota en realidad si la comparamos con su propio cuerpecito— asomada apenas para que respire y escuche mejor. Maloy es hábil para asomar la cabeza y permanecer de todos modos oculto, mucho más que Cachimbo. Me asombro a veces de cómo se acomoda y logra sostenerse en circunstancias difíciles. Sabe acomodar su terquedad, cosa que debería serme enseñada porque mi terquedad se va acercando siempre al abismo del ridículo. No me queda más remedio entonces que retroceder. Maloy sabe ser terco. La última vez lo llevé en una pequeña mochila porque hacía calor y tuve que ir a ver al abogado sin campera. ¡Mi mochilita parvularia que exaspera a Josefina! “No puedo ser la mujer de un niñito”, me dice. Yo me aferro malamente a mi mochilita, el gesto gruñón y cachorriento, pero en general cedo. ¡Cedo porque al fin me encanta ceder! ¡Me encanta ceder como un niñito! Dejo mi mochilita enganchada en un silla para que quede a la vista. ¡Mirar la silla es ver la dignidad de mi carácter! Porque alguien tan firme en la indignidad termina, por ello mismo, siendo digno. Soy un

párvulo digno y cuelgo la mochilita en la silla para que sepan los demás a qué atenerse. En fin. La última vez que tuve cita con el abogado llevé a Maloy en la mochilita y la colgué también en el respaldo de la silla, a mis espaldas. Abrí el cierre de la mochilita y saqué un poco la cabeza de Maloy. El abogado estaba sentado y creo que no vio nada; o tal vez no vio a Maloy e imaginó que maniobraba para poner en funcionamiento un grabador, porque levantó las cejas con algo de disgusto. O con bastante disgusto en realidad porque me asusté de su gesto, temí por mí y estuve a punto de decirle: "es solamente mi muñeco". Si no lo dije fue porque él empezó a hablar y arrojó sobre el tapete una terrible posibilidad. El jirafoide casi siempre empieza así, con las amenazas tremendas que penden sobre mí y luego se explaya sobre sus logros. Estos logros desde ya me benefician y no obstante me molestan en alguna medida porque son triunfos del jirafoide. En general, tengo poca tolerancia frente a los triunfos de los demás pero los del jirafoide me son más antipáticos todavía. Me transmite buenas noticias y yo me siento casi herido, al menos me disgusto en ese momento, cuando lo escucho hablar. Cuando se calla, la buena noticia empieza a filtrar sus bálsamos bienhechores. Cuando salgo de la oficina del abogado, la buena noticia verdaderamente me invade y se escinde casi por completo del jirafoide; la atribuyo a mi proverbial buena suerte, a la buena suerte inherente a un piquito de oro. Es mi triunfo el que atraviesa al jirafoide como una flecha a la niebla. El predestinado. No podía ser de otra manera porque mis papacitos empollaron el huevo empavesados en una fe horrible. Empollaban y mantenían sus cogotes tan enhiestos que parecían astas de banderas. El pico hacia el cielo como verdaderos fascistas, de esos que ya no se encuentran. Soldados del huevo, del futuro de sus genes. Soldados del destino. Y el destino fue creciendo conmigo con cada división y cada diversificación de la cigota. El destino fue tomando mis formas hasta que se confundió completamente con mi cuerpo, hasta que fuimos uno solo. Por esto es que soy desde ese ayer y para siempre el predestinado. Y cuando el abogado habla de sus logros no puedo sino enojarme. Son exaltaciones del ánimo completamente piquitenses que no podrían comprender del todo los que carecen de destino. Al hablar el abogado aparece su acción y al callarse aparece mi fortuna.

Cuando él habla emerge la espuma de los días, la espuma de la subjetividad que se forma con todo ese bla bla que llega constantemente a nuestros oídos. La espuma con la que se divierte nuestra tontería. Las palabras del abogado no son más el batido de esa espuma. Cuando cesa el bla bla, la espuma, carente de batido, va decreciendo y si apagáramos la radio y la televisión y acalláramos las voces a nuestro alrededor, la espuma casi desaparecería y entonces, amigo, entonces... No es bonito el esqueleto de la realidad para los que se han hecho ya a la espuma. No son bonitos los huesos, excepto para los predestinados. En el aire de los huesos y no en el aire de la espuma están mis hados.

No es que no advierta los méritos del abogado. Debe ser un hombre meritorio. Josefina no me va a poner en manos de un pelele. Josefina... ¡está rendida a los hados del Piquito! ¡La inteligencia cacarea contra los hados hasta que desfallece y se rinde! La inteligencia se fatiga y los hados siguen cantando. Ululan y ululan. Claro que el abogado sabe sacar ventajas de todo, como cualquier buen abogado. Y como jirafoide cuenta con grandes ventajas. Su carencia de hombros, por ejemplo, constituye una ventaja muy apreciable. Probablemente sea su mayor ventaja. Al carecer de hombros disimula por completo la propia voluntad. En apariencia, lo que habla y escribe no está dictado por una fuerza volitiva, personal, sino por fuerzas que actúan a través de él. ¡El juez debe estar engañándose bellamente! De seguro, y sin que él lo advierta en lo más mínimo, esté viendo en el abogado un medium a través del cual fluye lo que existe sin su concurso. ¡El juez debe estar creyendo, en el fondo, que el abogado no inventa ni crea nada! El juez debe estar dejándose llevar, en última instancia, por los hados de Piquito.

II

Josefina frenó bruscamente el auto e intentó evaluar si tenía espacio suficiente para estacionarlo entre una trafic, cuya cola estaba bastante separada de la vereda, y un cochecito rojo. Se angustió tanto que en realidad no evaluó el asunto en absoluto y confió en su suerte. Aunque no tan sólo en su suerte ya que se figuró que podría tal vez empujar el cochecito rojo, que estaba insidiosamente separado varios metros del que lo seguía. Retrocedió muy, muy lentamente, tanto que ella misma se exasperaba de esa lentitud que se imponía con el pie izquierdo a través del embrague, aun cuando, a su vez, aceleraba algo empinadamente con el pie derecho. Se daba cuenta de que esa lentitud en ese trecho no era del todo necesaria, que podía ser una maniobra más rápida, no obstante se reprimía con el embrague hasta que ya no se reprimió más y, ya muy cerca del cochecito rojo, lo soltó, un poco nomás, pero lo suficiente como para que el auto diese un pequeño brinco díscolo y chocase al autito de atrás. Se escuchó un ruido sordo rasgado por otro más agudo y lacerante. Josefina bajó la cabeza. Supuso que debía bajar para observar los posibles daños pero no lo hizo. Pensó por unos segundos, puso primera y se fue alejando de ese lugar para buscar otro. No lo encontró en la cuadra y dobló en la esquina. Últimamente tenía fallos bastante inusitados en el manejo del auto, fallos que ni remotamente había tenido en el pasado. Y estos fallos se producían siempre a causa de las piernas, no de las maniobras con el volante. Ella no podía sino vincularlos con lo sexual. Eran sensaciones que nacían en la vagina, en la vulva e incluso en el ano las que llevaban a las piernas a movimientos algo indómitos. Eran sensaciones de un orden bastante extraño ya que apenas si eran físicas. De verse obligada a explicar las sensaciones ella hubiera podido referirse a una suerte de cosquilleos o de sensación de vacío o de sutiles espasmos, pero en realidad sabía que el lenguaje sobre lo físico

no podía dar cuenta de lo que ocurría. Más bien hubiera tenido que decir que esas partes habían cobrado un sucedáneo de vida propia y, lo más importante, que ésta incluía algo del orden de la presencia, incluso del pensamiento. No eran meramente anhelos sino que parecía haber decisión, algo que rozaba la voluntad y el intelecto. Claro que ella se decía que en verdad imaginaba esto y al mismo tiempo se figuraba estar emergiendo en un futuro novedoso. No quería ser optimista ya que en líneas generales despreciaba el optimismo pero éste sutilmente se le imponía y ella, al fin, se dejaba vencer. Este optimismo particularmente despreciable extraía esperanzas de una materia cuyo orden atómico no las contemplaba de modo que se lo podía tener por extranjero, y sin embargo, aun así, compensaba con creces las dificultades que padecía, por ejemplo, al manejar. Era un optimismo al que no tenía por propio pero al que aceptaba de la misma manera que los países aceptan a los trabajadores extranjeros cuando los necesitan.

Dio la vuelta a la manzana sin encontrar un lugar para estacionar y retornó a su cuadra y al espacio entre la trafic y el autito rojo. Dudó. Estaba tentada. Suponía que podía argüir frente al propietario del autito rojo que no había sido ella sino el anterior o tal vez, incluso, algún otro que en el interregno había querido estacionar, el que lo había golpeado. Pero no se decidió y se dirigió al estacionamiento del edificio. Como tenía que volver a salir en menos de una hora no había querido entrarlo ya que suponía un proceso bastante engorroso de puertas, de bajada al subsuelo en espacios muy estrechos y luego también llegar hasta el ascensor desde su cochera lejana. Había frenado el auto frente a la puerta del garaje y esperaba que ésta se abriese cuando vio venir a Abril. Bajó la ventanilla y le sonrió. Su hija llevaba una bolsa plástica con algunas compras. Josefina levantó sus anteojos negros y los puso como vincha. Abril parecía dudar de acercarse.

—¿Subís?

Abril no supo interpretar si se refería al auto o al edificio y no contestó. Se acercó de todos modos y se agachó un poco hacia su madre.

—Llamó el abogado.

Josefina torció la boca aun cuando sus facciones no perdieron cierta recóndita luminosidad.

—¿Te dijo para qué?

Abril dudó.

—Subí al auto.

—No. ¿Para qué? —dijo Abril. Aunque luego lo pensó mejor y subió.

—Arriba está Leonardo —dijo Josefina, entre afirmando y preguntando, cuando su hija se hubo sentado a su lado.

—Sí.

—¿Y?

—¿No entrás el auto? —la puerta del estacionamiento se había abierto ya completamente.

—Pero arriba...

—Acá interrumpís el paso. Bajemos a la cochera.

Josefina asintió y puso el auto en movimiento. Cuando tuvo el coche estacionado apagó el motor. La luz turbia de la cochera las desalentaba y por unos segundos se mantuvieron calladas. En cierta forma sospechaban que allí las palabras se iban a enturbiar y que iban a sonar tristemente.

—Sabés que cuando quiere hablar con vos es por el tema de los pagos.

—Sí —se resignó Josefina.

—Es por el peritaje de nuestra parte. Por... el perito le pasó un presupuesto. O eso entendí yo.

—No te dio una cifra.

—No. A mí no me va a hablar de cifras.

Josefina aceptó con la cabeza.

—Se está poniendo difícil en términos de dinero —dijo luego.

—Me imagino que... ¿Te viste el otro día con papá por eso?

—El tema del dinero no es sólo por Leonardo. En el colegio los problemas no se solucionan tan rápido como... Hay una mejoría pero no alcanza. Algunos padres se atrasan en los pagos y a la larga lo sacan del colegio. Otros no, al final pagan. Pero estamos con unos baches... —el silencio ganó el auto por unos momentos. La lobreguez de la cochera avanzaba sobre sus ánimos conforme se callaban, tanto que aun las palabras más amargas parecían empujar la tristeza fuera

de ellas.

—Le ofrecí a... a tu papá que me comprara una parte del colegio.

—¿Sí?

—Dentro de todo, como socio...

—¿Cuánto le querés vender?

—Como marido devino en socio, así que...

—¿Le planteaste un...?

—Vos sabés que yo he sido arrastrada o... no sé si decir arrastrada pero fui llevada por fuerzas ignotas... por mareas invisibles te diría, hacia distintas inclinaciones filosóficas. De joven fui muy refractaria a las esencias, a los conceptos con mayúscula, te diría casi a la ontología en general. Creía en la metafísica sólo si demostraba que no había necesidad de metafísica. No sé. Te lo quería comentar porque... ahora esas mismas fuerzas, u otras, no sé, me van llevando al esencialismo o a la ontología.

—Ma.

—Te quería explicar algo sobre el matrimonio como sociedad pero no importa.

—¿Cuánto?

—Le ofrecí venderle un cuarenta por ciento.

—Te va a querer comprar un cincuenta o nada.

—Se nota que sos de Exactas, porque te sesgás a mirar sólo lo empírico. Yo creo que va a aceptar o más bien me va a querer bajar el porcentaje. No sé cómo andan ahora sus finanzas, pero no me parece que vaya a querer un cincuenta porque ya está grande y con cincuenta va a verse ante responsabilidades que no tiene ninguna gana de asumir. Va a estar entre cero y cuarenta. Me parece.

—Tal vez sea cero. Por lo de Leonardo.

—Puede ser. O puede que le esté dando cierta oportunidad de... De ser algo así como tutor.

Abril se rió.

—Siempre tiene la calma de un tutor —agregó Josefina.

—¿A qué te referís?

—Un padre supone dos personalidades: el engendrador, digamos, o algo así, que implica algunas responsabilidades primarias dadas por la naturaleza, y el tutor, que surge de la civilización y tiene obligaciones

de otro orden.

—Y papá...

—El engendrador es mucho más vivaz, más feroz. Y Lito... Él... Siempre aspiró a la ecuanimidad de un senador romano, ese tipo de senador sin partido y sin pasiones que... que no debe haber existido pero que...

—¡Podría tutelar a Leonardo perfectamente!

Las dos mujeres se rieron.

—Hace un tiempo... —empezó Abril.

—¿Sí?

—Me pidió... que lo tutelara. Que...

—¿Y?

—Nada. ¿Qué querés que le diga? No puedo estar volando de arriba abajo.

—Él vuela de arriba abajo y barre con todos los registros.

Las mujeres permanecieron calladas.

—El otro día me dijo que Cachimbo no miente —comentó Abril.

—¿Cachimbo?

—Sí.

—Me suena Cachimbo pero... —Josefina sonrió con cierta ironía.

—Es por él que te vas haciendo esencialista.

Josefina se quedó pensando.

—Puede ser. O por los años. Por vieja. Por mero rechazo de las apariencias.

—Si estás hermosa.

—Hace un tiempo Leonardo me dijo que el instinto de conservación de las especies es ya ontológico. Y además... le encontré unos papeles. Anota ciertas cosas.

—¿Como qué?

—Como está tanto en casa casi no pude leer. Pero alcancé a leer algunos párrafos. En general, parecen pequeños ensayos.

Los tacos de una mujer repiquetearon en algún lugar del estacionamiento y por unos segundos se callaron.

—Por un lado, no parece tan afectado por el proceso, por otro... —siguió Josefina cuando dejaron de escucharse los tacos.

—¿Hablaste con Fernández López?

—No. No creo que pueda trabajar.

—Haría de la oficina un verdadero nido de...

—Está desorientado. En lo que pude leer, unas líneas, escribe sobre el transporte de unos ladrillos. Sobre un deambular con ladrillos. No te imaginás lo bello que es ese párrafo.

—Me lo imagino. Y... —Abril se mordió los labios—. ¡Ma! Él te...

—Tiene una lealtad inusitada.

—No quiero que... que se vaya de nuestras manos.

—No me voy a soltar de su mano jamás. Al menos...

Los tacos de la mujer reanudaron su música por el estacionamiento, esta vez acercándose de manera ostensible. Josefina y Abril se quedaron en silencio e incluso se hundieron ligeramente en las butacas. La mujer debió asustarse por las sombras de esas dos cabezas en el auto de Josefina porque sus pasos se aceleraron casi hasta el paroxismo, subió al auto, golpeó la puerta y salió del garaje con varios chirridos de gomas.

—Mirá —dijo Abril, señalando el pie de la escalera que llevaba a la planta baja, donde el portero escudriñaba hacia donde estaban ellas.

—¡Fue a buscar al portero, la muy miedosa!

—¡¿No conoce nuestro auto?!

—El portero debe estar cerciorándose de que somos nosotras y no debe distinguirnos.

—¡Que se vaya a la mierda!

—Bueno, Abril, tampoco exageres. Lo debe haber buscado esta mujer —y acto seguido Josefina hizo una seña con la mano dirigida al portero.

—No te vio —dijo Abril, al tiempo que levantaba la mano con el dedo del medio en alto.

El portero pareció dudar y unos segundos después se retiraba.

—Parece que ahora nos reconoció. Es tremendo este tipo.

—Hace lo que cree que debe hacer un portero.

—No es chismoso. Juzga sin siquiera preocuparse por saber. Es juzgador meramente, el desgraciado. Ni siquiera se molesta en curiosear. Me da la impresión de que, por Leonardo, piensa que tenemos un avestruz en casa.

—Estás exagerando —Josefina sonreía.

—Dictaminó que tenemos un avestruz. En cualquier momento hace la denuncia a la administración del consorcio.

—Quedó algo resentido por lo del pie. Después del accidente...

—¡Y exagera la renguera que es un gusto!

—No sé. Tal vez...

—Cuando cree que no lo ven, casi no renguea. Quiere que nos sintamos responsables, quiere ser mártir de la causa del edificio.

Por unos instantes se quedaron en silencio.

—¿No renguea también el abogado?

—No. Me parece que para nada —sentenció Josefina.

—A mí me pareció que sí.

—Quizá por la altura tiene problemas para caminar. Es muy...

—Y con esos ojos casi sin blanco... Gana los juicios porque deben pensar que ayudan a una especie en extinción.

Josefina miró la hora.

—Tengo que subir para cambiarme.

—Vamos.

Bajaron del auto y Josefina activó el cierre centralizado. Luego se dirigieron al ascensor. Josefina miró la bolsa que llevaba su hija.

—¿Le compraste el postre Nestlé con frutilla a Leonardo?

—Claro. ¿Cómo pensás que me voy a olvidar?

III

¡Estaba adentrándome en la Sierra Maestra cuando los guerrilleros tomaban La Habana! Me estaba internando en los montes, lo juro, con ciertos pertrechos (llevaba en una heladerita, por ejemplo, los postrecitos Nestlé de frutilla que me había provisto Josefina) cuando un campesino —*estrictu sensu* podía ser un mecánico de autos o simplemente un atorrante de la zona— me comentó con poco entusiasmo que la guerrilla estaba en la capital y en la mismísima casa de gobierno. ¡¿Es posible tamaña jugarreta de la suerte?! El hombre, con su bigotito negro y elegantudo ribeteando unos labios carnosos, me fue antipático ya desde que lo vi a cierta distancia y más antipático me fue cuando una sonrisita le bailaba en todo el rostro al mirarme. Yo iba con una gran mochila de excelente calidad (no hubo forma de convencerla a Josefina de que un viejo morral cumpliría las funciones a la perfección) y por encima de ella asomaba mi sombrero para el sol. ¡Iba muy bien pertrechado! ¡Incluso llevaba la navaja suiza más completa que existe en el mercado! En fin. Era una joyita de guerrillero, digamos, en términos logísticos (no quiero abrumar con los detalles pero el aceite para lubricar el arma era una preciosa latita de origen holandés que me había regalado Abril) sólo que los tiempos no jugaban a mi favor. “No puede ser”, le ladré al campesino por las dudas estuviese chanceando conmigo y porque había practicado en casa un graznido más potente y grave que mi piído habitual y esto justamente para integrar decorosamente la guerrilla. “Pero sí, hombre” (al menos me incluyó en la humanidad), me dijo, “si ya la parejita debe estar festejando”. Debo haber puesto una cara de gran perplejidad y casi de disgusto ya que el hombre se asombró de mi reacción. “Debería estar usted bien contento e irse a su casa”, me dijo con un dedo en alto y en parte me recordó a una maestra de jardín a la que amé con ardiente locura cuando tenía cuatro años, en parte

también me recordó al Lenin tardío, que trataba de dirigir una supuesta orquesta con el dedito. Siempre se pasa por un período en el cual la fuerza política se percibe a sí misma falsamente como orquesta. Pero para este hombre yo era su único músico y no tocaba más que el solitario corno. Con el dedito me indicaba las notas de la retirada. ¡El triunfo también implica una retirada y a mí me tocaba pura retirada! ¡Ya está hecho!, me decía el antipático carnoso, pobrete que era irónico cuando triunfaban los pobretes. ¡Nunca falta un tipo de pobrete perfectamente sardónico cuando triunfan los pobretes! Es un pobrete michifux, coletudo, con bigote y que no sabe amar y con todo esto se unta para ser individuo ¡en el momento en que ser individuo es la menos individual de todas las opciones! En fin. El pobrete que es irónico cuando triunfan los pobretes se eleva en apariencia por encima de las masas pero enseguida se hace visible que vuela por debajo de ellas. No me gustan nada esos pobretes y éste en particular era feote. Estaba demasiado satisfecho de sí mismo al negarse y se enmascaraba en un supuesto estado de plena salud. No se daba a sí mismo ni un chiquito de enfermedad. Parecía decir "¡estoy tan sano que no llevo en mí nada de civilización ni de barbarie! ¡Sólo salud!" Tremendo granuja. En un mundo de seres macilentos por los pedazos de civilización y los de barbarie que nos conforman, él reclamarse sano. En esos momentos yo era una llaga a causa de mis pretensiones de barbarie y mis pretensiones más aviesas de civilización, de extender a todos las navajas suizas, y él se declaraba simplemente sano. Sus antebrazos eran un alarde de salud y de sabiduría. O, para explicarme mejor, de la sabiduría que deviene de la salud. Lo odiaba y lo envidiaba y quería ser él. Por un momento pensé en matarlo con mi arma, frenético por el deseo de ser él pero no confiaba en realidad en dar en el blanco desde cierta distancia. Me estaba alejando de ese hombre y de repente regresé sobre mis pasos. "¿Y ya no hay nadie en la sierra?", le pregunté. "Nadita quedó por ahí más que las lagartijas de siempre", me contestó, sosteniendo su simulacro de campesino aunque fuera mecánico de automóviles. De todas maneras me seguí internando en la sierra, primero por orgullo frente al mecánico, luego, creo, por inercia y, finalmente, por una voluntad indeterminada que fue a la caza de argumentos. Y, mal que mal, la voluntad siempre

cobra alguna pieza, por despreciable que pueda parecer. Me dije que la reacción podía refugiarse en la sierra y empezar ella una guerra insurgente. Así que tenía después de todo una misión. Defender la Sierra Maestra que había quedado vacante. Me ubiqué en un claro y organicé precariamente un campamento. Me puse a leer al Che Guevara para saber si estaba haciendo bien las cosas. Pero pasaba y pasaba las páginas y no encontraba nada que pudiera servirme para evaluar mi situación. Cierta ofuscación me llevaba a pensar que Guevara escribía muchas cosas al cohete y terminé por dejar el libro. Había caído la noche y dormí en la estupenda bolsa de dormir que Josefina me había comprado con tanta preocupación. Podía tenerme por guerrillero. Los pedazos de fusil que llevaba sin ensamblar (y en realidad sin sacar de sus bolsas plásticas) y la profundidad de la noche hacían las veces de una certificación. No podía dormir y me decía que si mataba a un tipo que anduviera por ahí como había matado a Cianquaglini —aunque Cianquaglini no era un tipo que andaba por ahí ni mucho menos—, podría exigir ciertos reconocimientos, aun cuando éstos me fueran difusos. Finalmente, no sabía qué tipo de gloria quería. Se suponía que la gloria política y en pos de ella me planteé durante un rato dejar seco a un tipo y sacar patente de gran corso, pero al rato esa posibilidad se había diluido y pensé si no hallaría en la sierra la gloria científica al descubrir un escorpión de cuyo veneno se curase el sida. Si la guerrilla había triunfado sin mi concurso, podía granjearme otros triunfos que le valiesen a Josefina una sonrisa jactanciosa ante su cuerpo de profesores. A mi querida Beauvoir le faltaba un Sartre y podía ser yo mismo ese Sartre. A la mañana siguiente, reconocía mi derrota ante el mecánico de autos y asumía que mi foco revolucionario había sido la luz de un fosforito en pleno esplendor del mediodía. Pero la sierra podía ser para mí un símil de los bosques de la Alta Engandina para Nietzsche o el viaje en el *Beagle* para Darwin. Durante casi tres días me enfrasqué para encontrar mi destino. Primero me concentré más bien en Darwin. Y prontamente, claro está, lo de la cura del sida quedó atrás por poca cosa. Me veía a mí mismo como un mono grande y esta perspectiva me daba esperanzas. Veía claramente que Darwin había provocado la revolución sexual de los sesenta como un acto reflejo que tardase cien

años. Me maravilló pensar que un golpe en la rodilla podía producir inmediatamente una reacción de la pierna pero que esa inmediatez en la historia era un siglo. Yo me asumía como un mono grande y sabía con plenitud que era ésa la muerte del hombre que había planteado Foucault. No había otra cosa en realidad más que esto, una larga agonía del hombre que iba a durar varios siglos hasta la admisión plena de lo que es y, simultáneamente, una larga agonía de ese gigante de los cielos que es Dios, cuyos pedazos putrefactos van a caer oscuramente sobre nuestras cabezas. ¡Una verdadera lucha entre el mono higiénico y la hediondez malsana de esas enormes carnes divinas! ¡Somos el mono higiénico! Esta idea me llenó de grandes perspectivas que luego fueron quedando más bien truncas. ¡El mono higiénico! Todavía tengo esperanzas. ¡El mono higiénico en lucha contra sus excrementos! ¡¿Por qué caracho había ido a la sierra a luchar por los pobretes?! ¡Por mono higiénico y obseso! La izquierda siempre está conducida por los más obsesos entre los monos higiénicos. Siempre me he sentido algo sucio entre los obsesos y a la vez pretendía ser el perfecto obseso. Así llegué a la Sierra Maestra cuando estaba vacante y a nadie le importaba. Estuve tres días en las sierras, creo que para cargar en un bolsillito de mi mochila todavía inmaculada con un número que me emparentase con los tres días de Jesús muerto. O quizá fue porque se me habían acabado los postrecitos Nestlé de frutilla y los iba a echar demasiado en falta por lo que emprendí el regreso. El impulso que llevaba de mono higiénico en lucha por los pobretes se iba agotando conforme los pájaros piaban y piaban, ignorándome por completo. Yo también piaba e intentaba ser tenido en cuenta, ya no comunicarme, sólo ser tenido en cuenta, pero creo que con su frágil voluntad avícola —lo que hacía el asunto más tenebroso para mí— me negaban. Los pájaros guardan para con el mono higiénico el rencor de los extintos dinosaurios. En los pájaros se halla la inquina de los antiguos reyes. Yo era un mono higiénico que piaba y que no los engañaba en absoluto. A despecho incluso de caer en las trampas del mono, los pájaros, los reptiles, los peces no se engañan nunca. Con sus ojos tremendamente redondos los pájaros no veían en mí a un pichonazo. Su mancomunión feroz en la indiferencia fue minando mi voluntad revolucionaria tanto o más que la ironía del

mecánico de autos y la información que me había dado. También es cierto que no lograba masturbarme. Mi estar en la sierras parecía constituir un paroxismo de la higiene, de modo que no lograba inspirarme en lo más mínimo. Sin embargo, a la vez, mis testículos se iban cargando, inflamándose con ese verdadero grito silencioso que no sé si es estrictamente masculino. En el informe Kinsey afirman que los grandes monos necesitan de un acto sexual diario, que ésta es su frecuencia promedio o algo así. O la frecuencia que se necesita para no caer en la angustia. Y así debe ser nomás porque es lo que yo necesito y me precio de ser un buen representante de los grandes monos a la vez que pichonazo. En fin. Al tercer día extrañaba horriblemente a Josefina y no lograba descargar. Me manoseaba el miembro y éste alcanzaba una erección algo anémica y ya no más que esto. A los pocos segundos, hocicaba y por alguna razón misteriosa (higiénica en verdad) decaía hacia cierta flacidez mustia y ya no lograba alegrarlo. Yo suspiraba y no faltaba un pájaro que me viera como mono melancólico. ¡Habían pasado tres días y la última noche los ojos se me llenaron de lágrimas por las tetas de Josefina! Estaba en un estado de completa pureza. La deseaba con mis lágrimas. Josefina puede estar bien segura respecto de mis lágrimas. Esa última noche casi no dormí y estuve royendo ese huesito placentero y angustioso que es mi deseo enhiesto por Josefina. Ella tiene esa hermosura que fue madurando al sol del mediterráneo. Me gusta pensarlo así contra todas las objeciones que yo mismo pudiera hacer. Se ha hecho profundamente hermosa y, con sus cincuenta y dos años, tiene también la dulzura de la excepción. Tiene la dulzura del destino. Y me enardece. Me enardece su superioridad. Su superioridad pecuniaria, por ejemplo, su pequeño sitial de poder como dueña de un colegio, su bagaje intelectual. Me lanzo hacia ella desde allá abajo, pequeño pichón... La libido se enardece con la desigualdad, esta excitación existe ya, me parece, en la estructura social de muchos monos. Las jerarquías en la comunidad llevaron a esas especies a una vida sexual mucho más activa, más procaz que la de otros mamíferos. ¡La estructura social, con sus desigualdades, chorrea libido hermosa, espantosamente! Los humores sexuales lubrican toda la estructura para que no chirríe, pero más que eso, tal vez, la hicieron emerger. Algo así, me parece, decía Deleuze y

se lo enrostraba a Freud y... y yo, solito en la Sierra Maestra, abandonaba la guerrilla para volver a Josefina. Quería volver a disfrutar de la desigualdad, de mi carencia de poder, de... Quería volver al barrio de Belgrano. Quería ser políticamente escéptico. Hacía tiempo que había aceptado la idea de una estructura social libidinosa pero esto no había mellado mi voluntad izquierdista, que era también mi voluntad de perderme, de perderme en términos sociales y de perderme en Josefina, que siempre se sostenía en la izquierda. ¡Fueron sus caricias las que se impusieron a mis escépticos deditos, que tamborileaban sobre toda la realidad! ¡Partido Obrero, Sierra Maestra! En fin. Todo por Josefina aun cuando ella menease la cabeza. Y yendo más profundamente hacia Josefina, esa noche en las sierras quería abandonar mi linda farsa. Pensaba en las miríadas de simios que se habían arrojado sobre el Muro de Berlín para coger con mayor frenesí y ya no quería ser meramente de izquierda porque la izquierda, seca y pura, me parecía mezquina. Me parecía mezquinamente encerrada en su coto de caza, adoradora de una Pangea cuando los continentes se habían separado hacía millones de años. Había empujado mi cuerpo plumífero hasta ese claro en los montes y había llegado más lejos que muchos otros en la lucha por los pobretes. ¡No iba a retornar desde ya al Polo Obrero, donde mi puesto de mejilloncito debía estar ocupado por algún otro! El PO es un feo peñasco en el mar que sólo puede tener una determinada cantidad de mejillones adheridos a él. Para ingresar hay que esperar que alguno se vaya y, a la vez, cuando uno se va, el lugar lo ocupa otro mejillón, un estudiante de buena voluntad. Uno podría imaginar ese peñasco imperturbable en el mar exactamente igual a sí mismo por decenios y decenios. Llegué hasta donde llegué con mi enorme mochila y mi sombrero como quien ha estirado un elástico hasta su punto culminante. De romperse el elástico podría haberme quedado en la Sierra Maestra patrullando en nombre del nuevo gobierno, pero el elástico se contrajo con fuerza y, luego de esa noche casi de insomnio, josefinesca y lacrimosa, emprendí un regreso de varias jornadas al departamento belgranense. Y en mi retorno esquivé puntillosamente la vivienda andrajosa del mecánico de automóviles, porque no quería ver su tremenda salud.

¡Y ahora, desde hace un mes poco más o menos, por esos avatares

luminosos de la política que también existen, Fernández López se ha convertido en vicepresidente de la Nación! ¡El mandarín de la sociología! No puedo negar que mi esperanza se retorció de placer al conocer esta circunstancia. No me consiguió trabajo anteriormente y con esto, tal vez, quedó en deuda con Josefina y esté obligado en el futuro a un cierto esfuerzo. Así al menos me lo imagino en mis momentos optimistas. De fallar los hados, que cosquillean en el cuello y en los sobacos del señor juez, ¡siempre queda la chance del indulto presidencial! Es más, pensé que la presidente podía indultarme ya mismo, de un plumazo, pero aparentemente tiene que esperar que la justicia falle. No puede indultar a un mero procesado. No puede indultar por las dudas. Y esto por supuesto me calienta las tripas. ¡Si puede indultar a un condenado, con mayor razón debería poder indultar a un mero procesado! ¡Desde cuándo hay que esperar a la verdad para que el poder actúe! De ser así, no actuaría nunca. Pero hay que resignarse a esta injusticia como a tantas otras. Mientras tanto, tendría que ir a refregarme a las piernas de Fernández López tal como hacen los gatos. La insistencia puede enardecer un poco pero al fin el restregado hace lo que el gato quiere. ¡Mi querido y activo mandarín! En fin. Hay que proceder con calma porque en realidad la persona amiga de Josefina es la hermana del mandarín, ¡la narigona mandarina! Y, como toda narigona, es una mujer difícil. ¡Podría salir con el martes siete de que merezco ir preso! Nunca se sabe. Tiene esos retorcimientos de los que pretenden ser razonables a rajatabla pero en el fondo son caprichosos como demonios. En verdad que ya me la imagino razonando delante de Josefina para perjudicarme. Hay que esperar el momento justo en el que el capricho vire a mi favor; entonces no hay que darle de nuestra parte ningún argumento ya que se correría el riesgo de que, furiosa, vire otra vez en mi contra. Deberíamos dejarla que ella respalde su capricho del momento para que actúe ante su hermano. Creo que tiene sobre él cierta ascendencia, cosa que es natural ya que ella es narigona y él más bien ñato. Es muy difícil oponerse a una mujer narigona que a la vez es delgada y usa pantalones finitos y ajustados. Yo ni siquiera lo intentaría. Máxime si excede el metro sesenta y cinco, como es éste el caso. Ni un hermano, creo, se animaría a presentar verdadera resistencia. En fin. También he

pensado en ejercer yo cierta acción sobre la mandarina, más o menos a espaldas de Josefina. Presentarme como un limón, humilde y barato, que requiere de cierta solidaridad natural entre los cítricos frente al avance de las manzanas y las bananas. Rodar hacia ella y golpearla suavemente. Incluso, hacerle unos mimos con mi módica puntita de limón. Decirle al oído que es una linda mandarina. ¡Y claro que lo es! Y más linda es porque estoy inerme frente al vendaval de su capricho. ¡Bella mandarina a la que habría que halagar sin que despierte de su sueño, sin que se entere de nuestro halago! Pero me es difícil ser empeñoso en general y hacer el papel de limón empeñoso llega, creo, a la imposibilidad absoluta. Tendría que ser, por el contrario, un limón inerme que la mandarina descubre por casualidad y protege. Mi arco de opciones suele ser abrupto: de limón empeñoso a limón inerme pero finalmente confío en Josefina y mojo y mojo su acolchada intimidad como quien dispara un cañoncito para defenderse del mundo. Ella hará lo que crea necesario, también frente a su amiga, la mandarina, y como me mande iré, limoncito dócil en última instancia.

Mudo, limoncito, esperaré clemencia del mandarín, de la mandarina, de la presidente y, en apariencia, voy a estar supeditado a sus caprichos. La gente en general —y yo también— quiere creer en el capricho del poder. Y no se da cuenta de que las únicas caprichosas son las épocas. Ascienden y descienden ideas por el capricho del tiempo y allá vamos casi todos en tropel, siempre ilusionados con que son los crudos hechos y nuestra propia cabecita los que nos llevan. Nunca vamos a admitir que estamos subsumidos en el capricho de una época. Y los mandarines en el fondo son los más conscientes de los caprichos de los tiempos aun cuando hagan el simulacro del poder y se presenten como hacedores de épocas. Bogan con los vientos y las corrientes al tiempo que posan para la foto con los nudillos blancos de tanto aferrar el timón. Son mandarines justamente porque son los más humildes de los seres y se avienen a las épocas antes que nadie. Los orgullosos presentan resistencia.

En fin. ¿Qué época estará en ascenso cuando el proceso termine? Bien puede darse un cambio de época en el transcurso de un año y medio y a veces bastan un puñado de meses. Es imposible saberlo pero supongo que la peor época posible para mí sería que estalle una

epidemia de salud. ¡Dejé vivo al mecánico de autos y quizá se convierta en el foco infeccioso de una verdadera epidemia! ¡Debería haber extraído de sus lindos envoltorios el fusil revolucionario para que la enfermedad se prolongase por más tiempo! La epidemia de salud puede serme fatal y en general alcanzan, como en cualquier epidemia, con unos pocos hombres para que todo se inicie. Incluso a veces basta uno solo. ¡Pienso en el mecánico de autos y me agarro la cabeza! La salud de sus labios carnosos bajo el bigote me hace chasquear la lengua. Bien puede ser el iniciador de un reflujo, de un giro de las épocas. Era lo suficientemente ladino para ello. Los guerrilleros de la Sierra Maestra ni siquiera deben haber reparado en él. Deben haber pasado cerca de él cientos de veces.

¡Todavía necesitamos de la enfermedad! Todavía necesitamos de la fiebre para que el cuerpo crezca, para que el cerebro se agite por ideas mucho más antiguas que las más viejas de todas y entonces lo novedoso tome su lugar en la historia. Las sociedades afiebradas se transforman en gigantes y, aunque parezca paradójico, en gigantes enérgicos. La fiebre puede con la vieja razonabilidad, derrumba sus muros, sus casamatas, sus subterfugios; la hace emerger de los órganos a los cuales silenciosamente dominaba, la saca del hígado, del páncreas, de las glándulas linfáticas y muchos pueden ver entonces sus fealdades de bicho, de insecto. Es particularmente asombroso ver correr a la razonabilidad, que tanto nos había mecido en la cuna como una tierna madre, bajo la forma de miríadas y miríadas de cucarachas. Bichos que corren buscando refugio. Y que muchas veces encuentran para volver en esas madrigueras a adquirir su anterior forma maternal.

El día llega en el que la fiebre cede y la salud inicia su retorno. La vieja vara para medir regresa, reaparece sin que se sepa de dónde. (En la enfermedad, la vieja vara había desaparecido; la vieja vara mezquina de los hombres se había arrojado al trastero o se había olvidado en un altillo y había sido reemplazada por la vara de los dioses, la vara que por su generosidad no puede medir.) Las pequeñeces vuelven a ocupar su lugar, tanto en la vida pública como en la vida privada. Reducidas las cabezas a su tamaño normal, vuelven a escandalizarse. Pupulan los “escándalos”. Y claro que era escandaloso el crecimiento afiebrado durante la enfermedad. Claro que

era escandaloso que la vara mezquina se hubiera olvidado. Vuelve la salud y, como diría Nietzsche, los moralistas vuelven a conducir el rebaño. Los más altos y los más bajos caen bajo la conducción de los del medio. La mediocridad tranquiliza finalmente a todo el mundo.

Si esa epidemia de salud estalla en breve, jamás la presidente va a indultarme. Ni siquiera el mandarín va a presentarle mi caso. Ni siquiera la mandarina va a molestarse en ejercer su autoridad ante su hermano. La misma Josefina puede bajar la cabeza. ¡Hasta el más cocorito puede flaquear! No es nada fácil retobarse ante el capricho de las épocas; las épocas aplastan tanto como gigantes y difícilmente los pequeños amores humanos puedan contra ese gran amor de cíclopes que es el capricho de las épocas. Son amores poco profundos tal vez pero extensos y bien capaces de generar vergüenza. O nos dejamos llevar por ese capricho o caemos casi en una vergüenza metafísica. Y casi nadie puede contra su propia vergüenza. Probablemente ésta sea a la vez el origen del futuro capricho de los tiempos, porque las vergüenzas son hacedoras de tiempos mucho más que otros sentimientos. De una vergüenza actual emerge el orgullo más adelante, pero en verdad que para ese entonces muchos murieron avergonzados.

¡Es bien posible que termine condenado! A veces los hados no pueden contra los expedientes. Probablemente cada vez puedan menos y la modernidad no sea más que esa violencia y cerrazón de los expedientes contra los hados. Esas sombras negruzcas y a la vez invisibles que antes lo podían casi todo y que ahora quizá no puedan casi nada y se limiten entonces a danzar para lamentarse de su impotencia. ¡Mis bellos hados danzando como zombies en torno de expedientes de mandíbulas tenaces y terribles! Contorsionándose con la sensualidad antigua y ondulante de los hados para no obtener nada. En fin. ¡Y no son expedientes alemanes ni suizos ni británicos y aun así…! Expedientes argentinos. ¡Expedientes argentinitos hasta la médula! ¡Sería increíble que me condenaran con los expedientes nativos! Si uno les abre las mandíbulas, de seguro se encuentra con blanduras y hasta con bonitas putrefacciones. ¡Bastaría con tocar aquí y allá para que mucho del tejido se deshiciera y desprendimientos aguachentos rodaran entre nuestros dedos! Expedientes argentinos y de todas maneras barrotes de acero en las cárceles. ¡Josefina! No es

posible que con un expediente argentinito condenen a una persona de bien. Debería la gente razonable estar de mi lado al fin de cuentas. ¡No es posible que me condenen por matar a Cianquaglini! Sólo en este país podrían ocurrir tales cosas. ¡En Australia, en Japón...! Si este país estuviera poblado por australianos, todo sería muy diferente. Los argentinos somos como una plaga y deberíamos ser tratados como tales. ¡Propongo un suicidio colectivo para dejar estas tierras a gente de verdadera valía! Cada argentino verdaderamente patriota, verdaderamente ecuánime, pegarse un tiro para dejar la Argentina vacía de argentinos y por lo tanto feliz y embarazada de futuro. Ser por unos momentos tan consecuentes con nuestras palabras como los antiguos griegos y entonces pegarnos el tiro de gracia. ¡Argentinos, a las cosas!, decía Ortega imperativo, vale decir, al gatillo y al cañón contra el paladar. ¡Algún valiente debería mostrar el camino! El otro día expuse una idea más o menos de este tenor ante Cachimbo pero él es demasiado tierno para discípulo. Su índole cariñosa le impide encolumnarse ante una idea y con esto refuta todas. Es un verdadero filósofo haciendo permanentemente antifilosofía. Sabía desde el vamos que ningún argentinito se iba finalmente a inmolar por el país y remotamente sonreía. ¡Mi Cachimbo, que no llega ni a bonito ni a hondo! Que boga, ilustrísimo, en superficie. Yo lo quiero exactamente así para tenerlo por mi superior, por mi igual y por mi inferior. Seres de este calibre, que bogan en la Vida y que rechazan los artificios que permiten llegar hasta la hondura del Sujeto, son insustituibles. ¡Nada de tubos de oxígeno ni de escafandra!, rechazan apenas con un gesto, casi como si no dijeran nada en absoluto porque creen a pies juntillas que el Sujeto es un sirviente de la Vida y sanseacabó. Maloy, muy rara vez es cierto, pero es capaz del toma y daca. En ocasiones es irónico, sobre todo, según he detectado, cuando está al aire libre. Los sábados a la mañana los llevo a los dos a la terraza del edificio para que tomen aire y sol. Se cuelgan de las sogas para tender la ropa y se dejan mecer por las brisas porteñas. Yo me siento en un escaloncito o más bien reborde de una pared y los miro y cruzamos palabras. O, mejor dicho, cruzo palabras con Maloy, porque Cachimbo está en lo suyo, y lo suyo, como sabemos, es la vida. Pocos suben allí, la gran mayoría de los vecinos tiende la ropa en el lavadero, excepto una señora del último

piso que cada tanto aparece, lo que me lleva a callarme la boca y a mirarla. La miro con tenacidad cada vez que sube para descubrir en ella algo bello. Llevo los ojos a mis muñecos y luego, como ave de presa que gira la cabeza desde un peñasco, le clavo la mirada. Hasta ahora inútilmente porque no he detectado ni una pizca magra de belleza. Es descorazonador por ella y por mí. Nada de nada, ni en las piernas, ni en el talle, ni en la cabeza aun cuando no sea ni gorda ni extremadamente delgada. En el primer y hambriento vistazo podría pasar por apetitosa pero esto dura la fracción de una fracción. Nada. Porque enseguida los ojos ven con mayor detalle. Y no hay voluntad que pueda lograr victoria alguna. Es mi fracaso y el fracaso de Schopenhauer. Y no me teme en absoluto y hasta me desprecia. ¡Podría ser el robador de ropas, ese que es pasto de rumores y que vacía la terraza, pero ni esa identidad me endilga! Cuelga lo suyo con plena confianza, incluso sus bombachas y corpiños, que también son descorazonadores. ¡Qué mujer! Se va sin haberme dirigido la palabra, muy segura de mi pusilanimidad, como quien ha visto una antena de televisión, de esas que van cayendo en desgracia en las terrazas de los edificios. Es posible (no estoy muy seguro de cuándo pero he tenido algún indicio bastante plausible hace un tiempo) que sea parienta del hurón, tía o algo por el estilo. No es de extrañar que vivan en el mismo piso, aunque por supuesto el hurón y su hermanita me son completamente favorables. La hermanita del hurón (que no es mi antiguo y querido huroncito pero que se le parece como un ser de la misma especie) ha venido también a la terraza cuando Cachimbo y Maloy se columpian en las sogas. Solita y sola —nunca con su tía—, pizpireta y bombachuda, apareció un par de veces con aires de nena, con trazas de nena y con su realidad entera de nena. Y aun así... Maloy mismo me dijo una vez, luego de que se fuera, “tiene el título de nena como si hubiera cursado en la Sorbona para serlo”. Y yo asentí porque compartía la creencia en esos altos estudios. Debe tener once años, tal vez diez, pero me inclino por el despuntar de los once. Su boca hiende los cachetes al reírse de una manera bastante peculiar. Esto ocurre, me parece, porque tiene mejillas y boca tan rotundas que se disputan el mismo espacio. El conflicto la hace más simpática y hasta más bonita. Los conflictos por los espacios faciales suelen dar vivacidad a un rostro

y hasta cierto empuje hacia el exterior. Impiden, en apariencia, la existencia de lo recóndito. Maloy le elogió la sonrisa y también los ojos y ella estaba radiante. A veces, Maloy es un caballerito. Y de tan caballerito se desliza hacia el terreno del petimetre. La exacerbación de la virtud deviene en vicio. Creo que él piensa que esta nena de altos estudios se merece un petimetre. El otro día la emprendió: "Nunca imaginé que matar a alguien trajera semejantes consecuencias. Es una barbaridad", decía con rictus altanero, el rictus de una persona de cierta posición social. Y la nena se reía a más no poder y él se ofuscaba. Llegó a decirle que era linda justamente por racional. "Hay casos", decía Maloy, "hay casos", insistía, pero el pecado racional él lo arrojaba como el último de los pecados. Y ese día la nena se quiso llevar a Maloy para dormir con él, cosa a la que me negué con alguna determinación ya que cierta porción de una de sus nalgas escapaba del bombachudo. "No", dije con la voz atragantada. Y, luego de que la nena se fue, Maloy me miraba con una franqueza inusual, con unos ojos tan repletos de indeterminación que le besé la cabecita.

Muchas veces, colgado de la soga, Cachimbo se duerme. Dormido Cachimbo y al aire libre, Maloy suelta un poco la lengua. Casi no hay otras oportunidades en las que lo haga. En una ocasión —de esto hará dos semanas—, admitió tener planes matrimoniales. ¡Reconcentrado Maloy! Se macera en sus humores para aspirar a marido. Yo lo entiendo perfectamente y con sólo echarle una ojeada cualquiera se da cuenta de que le cuadra perfectamente ser marido. Es más, no podría aspirar a algo más acorde a él. Marido. Es mirarlo a Maloy y saber que en él sería un auténtico título, pleno de sentido. "¡Correcto!", le dije porque mi admiración fue tal que tuve que prescindir de palabras admirativas. No me confesó qué candidata traía entre manos pero no tardé en percatarme de que podía ser Josefina. Había pensado primero en la bombachuda, en el hurón, en Abril, pero al fin caí en la cuenta de que, si iba a ser cabalmente un marido como eran mis sospechas, Josefina era la indicada. Terrible. Evidentemente Maloy podía ser muchísimo más marido que yo, que jamás pude ponerme siquiera las medias de ese traje. Me mordí los labios hasta hacérmelos sangrar. Lito, el mandarín, Maloy, Roger Federer, esos profesorcillos profesorales del colegio, todos me parecían harto superiores. ¡Y yo con

mi pico a buen resguardo en la casa de mi madre! En fin. Recuerdo que ese día Josefina los había lavado y ambos chorreaban agua desde las patitas de tela. Cachimbo se había secado primero y por esto se había dormido. Maloy había adquirido un aire malévolo o al menos esto me pareció, quizás, a causa de mis sospechas. Pero en verdad que esa tarde tenía bien a gusto llevarme la contraria porque recuerdo que un rato antes, en casa, me había llamado una antigua camarada del PO para decirme que se había hecho una vacante en el peñasco y que, por ende, necesitaban un mejilloncito. Yo me negué y ante la insistencia me declaré berberecho, vale decir, que aceptaba ser de lo más bajo en la escala zoológica con tal de no volver al PO. Pero ella me ascendió a caracola a modo de insulto y me cortó con bastante brusquedad. Yo quedé algo rabioso y, ya en la terraza, para reafirmar mi decisión dije algo así como que iban a meter una conciencia entera, vale decir, un sujeto, en una máquina antes de que un argentinito comiera un buen choripán por el PO. “¡Qué más da el socialismo si un sujeto entra todo enterito en un chip!”, creo que dije poco más o menos. Pero Maloy no estaba de buenas para conmigo y me contestó con cierta dureza que si iban a existir máquinas o chips de diferente calidad, las desigualdades se iban a poner todavía más odiosas. Dijo esto y sacudió las patitas y logró que las últimas gotas de agua cayeran de sus pequeños calcetines.

IV

Josefina deslizó el sobrecito vacío de edulcorante sobre la mesa de la confitería sin ningún motivo aparente. Fue como una suerte de arranque por el cual lo llevó casi a la otra punta de la mesa. Lo tuvo por un arranque higiénico y enseguida se miró la mano como si hubiese actuado por su cuenta. La retrotrajo con cierta timidez suponiendo que teniéndola cerca de su cuerpo la iba a dominar verdaderamente. Movió los dedos para comprobar algo que no llegaba a precisar y vio las marcas que le había dejado la mordida de la gata. Eran dos marquitas rojas no muy lejanas de una vena azul que había empezado a cobrar relieve en los últimos tiempos. Sus manos le provocaban desde hacía ya unos meses cierta aprensión indefinida. Se las miraba e intentaba descifrar algo que intuía de un orden nuevo, algo plenamente original para ella. No eran los primeros signos del envejecimiento que empezaban a verse en ellas aunque estos signos tal vez convocaron su atención sobre sus manos. Se figuraba que guardaba relación con lo que eran las manos para la especie. Su gata, por ejemplo, odiaba las manos y las mordía en cuanto tenía una oportunidad. Su gata tenía un gran apego a toda su persona pero juzgaba a sus manos como algo completamente independiente a ella misma. Para su gata, por un lado estaba ella y por otro, independiente y casi opuesto, estaban sus manos. Por años había supuesto que esta división obedecía a la escasa capacidad intelectual de los gatos, por la cual no podían unir las manos al cuerpo. Su apego al cuerpo obedecía al uso que su gata hacía de él para darse calor y el odio a las manos al imperio que ellas ejercían cuando la levantaban para llevarla aquí o allá. De modo que por mucho tiempo había visto el asunto desde la dimensión del poder: la gata podía ejercer cierto poder sobre su cuerpo y, por el contrario, sus manos tenían poder sobre ella y sobre el mundo en general, abriendo y cerrando puertas, por ejemplo, que para

el animal hacían las veces de barreras imposibles. Sin embargo, este módico esquema, casi más intuido que razonado, se había resquebrajado y en esto tenía cierta influencia un párrafo del Ser y la Nada, de Sartre. Era un parrafito que ella había copiado junto con muchos otros en un cuaderno hacía muchos años, probablemente cuando era estudiante de filosofía. Ese parrafito le había gustado siempre especialmente pero no había querido masticarlo demasiado porque era bello desde el punto de vista literario y por ende sospechaba que el análisis duro podía abortar muchas de las ilusiones vagas que nacían con él. De manera que si bien era uno de sus predilectos, evitaba adentrarse en él porque le bastaba con su —podría decirse así— observación externa. En filosofía había también, según ella, saberes y saberes, algunos que se ganaban al internarse en las premisas y otros que se ganaban justamente a condición de no adentrarse en las premisas. El parrafito de Sartre en cuestión era aquel que decía: *"La mirada ajena modela mi cuerpo en su desnudez, lo hacer nacer, lo esculpe, lo produce como es, lo ve como yo no lo veré jamás. El prójimo guarda un secreto: el secreto de lo que soy"*. Este parrafito a su vez había sido iluminado, según Josefina, por un comentario de Leonardo acerca de la gata: "este bicho sabe perfectamente que nosotros somos fundamentalmente monos grandes y no mucho más que eso", había dicho poco más o menos. "El prójimo" de la frase de Sartre se remplazaba fácilmente por "el otro" para arribar a la conclusión de que las otras especies podían guardar ese secreto acerca del ser humano. De modo que Josefina sospechaba desde hacía algún tiempo que ese hiato entre las manos y el resto del ser que advertía la gata respondía a una realidad casi imposible de percibir para el propio ser humano pero no por ello inexistente ni mucho menos. Hasta había pasado por su cabeza, fugaz, la idea de que ese hiato podría constituir en algún momento futuro una suerte de ruptura epistemológica en las ciencias del hombre. Fue en realidad una sospecha harto vaga que actuó más bien como remoto aliciente para su orgullo algo alicaído: quizás en algún momento ella pudiese sacar a la luz ese secreto y aunque no pudiese escribir al respecto un texto que importase en el campo del conocimiento, siempre tendría la satisfacción íntima del descubrimiento. De tal manera que últimamente las manos en general

y las suyas propias en primer lugar, la preocupaban sin tener nada verdaderamente concreto a lo cual aferrarse. Y ahora, en la confitería, había preferido el repliegue de sus manos hacia la zona de mayor gravitación de su cuerpo, como si fuesen lunas que pudieran eventualmente salirse de órbita y alejarse de modo definitivo. Debía confesarse, también, que no estaba nada cómoda en la confitería. Se trataba de Vivaldi, ubicada en Conde y Echeverría, enfrente de la plaza Castelli, y la había elegido por su cercanía con su domicilio, por comodidad, aun cuando, ahora que esperaba sentada en una de sus mesas, se daba cuenta de que había cometido un error. No se encontraba feliz entre la fauna belgranense que la rodeaba y lo que la molestaba particularmente, hasta casi llegar a la ofensa, era que no se distinguía prácticamente en nada. Vestía y se arreglaba de tal manera que, si bien no ingresaba en ningún estereotipo, tampoco desentonaba con el ambiente que la rodeaba y esto, ahora lo descubría, la lastimaba. Ella era una intelectual de izquierda y allí estaba, indiscernible, tal vez incluso —esta posibilidad era en verdad la que la hería— adocenada. De repente, se figuró que si se hubiera puesto un turbante, como los que usaba Simone de Beauvoir, estaría marcando una diferencia con los otros que haría la suerte de un bálsamo. Y se imaginó a sí misma sentada allí con un turbante, aun cuando no poseía ninguno ni jamás lo había tenido. ¿Qué significaba un turbante? En Beauvoir, era de suponerse, significaba que no se había teñido o no se había lavado el cabello, ¿pero en ella, allí en Vivaldi? Hubiera querido creer que habría sido una frontera, una clara delimitación territorial. El elemento bajo el cual se amparase el campo propio. Un yo entonces bien definido y bien pertrechado tras una cortina de hierro y no, como lo sentía ahora, penetrado por todos lados por las fuerzas ajenas. No pudo evitar recordar que había votado a Alfonsín y a la Alianza, de modo que esa sensación de frontera perforada por todos lados se agudizó. Los que estaban a su alrededor también estaban en ella. Finalmente, lograban entrar con sus filas de tanques en las calles de su ciudadela. Josefina se removió, incómoda, en la silla. Leonardo decía que ya era hora de que las blancas manitas de gente como ellos dejaran de toquetear la cosa pública, que había que dejar las urnas en manos pardas y cuarteadas. Miró a un hombre mayor, elegantemente

entrado en carnes, que leía *La Nación* y se juramentó no volver a votar. Luego, enseguida, para quitarse el asunto de las elecciones de la cabeza, miró la hora y se sorprendió. Hacía más de cuarenta minutos que esperaba a su ex marido. Ella, que era la necesitada —lo reconocía —, había sido puntual y él con su impuntualidad le aplicaba la relación de fuerzas. Le pareció tan típico y tan acorde a lo real que en cierta forma se sintió ofendida ya que ella quería creerse por fuera de los moldes mezquinos. Se dijo que debía evaluar la posibilidad de irse cuando levantó la cabeza y vio que Lito entraba a la confitería con ciertos aires furtivos. Ya la había visto desde afuera y se deslizó en la silla, enfrente de ella.

—Disculpame. Fue por culpa de un paciente.

—¿Sí?

—Me mordió una pierna.

Josefina distendió los labios en un gesto que no alcanzó a convertirse en sonrisa. Supuso que se trataba de una metáfora pero, por precaución, no quiso indagar.

—Y una buena mordida, te lo puedo asegurar. Una mordida tenaz, una mordida...

—¿En verdad que...?

—Saltó desde el diván ya con esa determinación, con la boca abierta directo a las piernas. Te juro que buscaba las piernas.

—Se impacientó.

Lito hizo una mueca.

—¿Estabas bien acomodado en el sillón con las piernas cruzadas algo elevadas delante tuyo?

Lito chasqueó la lengua.

—Vamos, Josefina. Miles y miles de analistas deben haber tomado esa postura tras el diván y debo ser el primero al que un paciente muerde.

—No creo que seas el primero. No deberías atender con pantalones de franela gris y encima cruzar las piernas y...

—Por favor, Josefina. El paciente no me ve.

—Pero sabe.

—¡Lo estás justificando!

—¡No! Pero imaginate esas piernas desde el punto de vista del

paciente.

—Te estás yendo al diablo.

—Y tu voz, Lito. Tu voz cardenalicia, aterciopelada, serenísima, emergiendo por detrás de esas piernas cruzadas.

—Estás proyectando tus cosas, Josefina.

—No sé. Tal vez. Pero pensá que vos tenés que llegar a los instintos. ¡Y llegaste! Por unos momentos lo liberaste de todo.

Lito ahora sonrió ligeramente.

—Josefina, desde ya que el acceso de odio no me extraña en lo absoluto. Ahora, el tema de la mordida en la pantorrilla...

—Lo desenterraste de las capas geológicas de civilización y fue un babuino.

—Está bien. Soy la civilización.

—Sos la civilización en un grado casi absoluto. Excepto por tu sobrenombre que...

—Te agradezco. Pensé que te ibas a preguntar si el babuino se llevó un pedazo de mi pantorrilla pero no parece que tenga ninguna importancia mi libra de carne.

—Disculpame. No te quise ofender. ¡Tu libra de carne!

—¡Como la quieras llamar! Desde ya que... dejemos la libra de carne, a Shakespeare, al babuino.

Por unos momentos estuvieron callados, mirándose apenas con ojeadas veloces.

—No te puedo comprar la parte del colegio.

Josefina elevó la cabeza en un gesto de contrariedad.

—No es por esto desde ya de mi pantorrilla —continuó Lito—. En realidad te dije que lo iba a pensar pero casi sin ninguna chance de poder darte una respuesta positiva. Hice un par de averiguaciones por las dudas, tiré alguna línea, digamos, pero no hay nada que hacer por ahora. Fui uno de los pelotudos que agarró el corralito. No te lo había comentado porque no venía al caso y... Yo sabía que a vos también te habían atrapado y...

Josefina meneó la cabeza en un ademán indescifrable.

—Sí. Es así —Lito interpretó ese movimiento como de incredulidad —. Es así. Terminamos deslizándonos los dos en el saco del sistema. Te puedo asegurar que primero sentí mucha bronca pero enseguida sentí

más que nada vergüenza. Sentí vergüenza por mí y hasta un poco por vos y por...

—¿Por?

—Por Juan. Tres personas formadas de izquierda y nos comimos el verso de la convertibilidad y la solvencia de los bancos, lo de las casas matrices, ¡por favor!

—Teníamos la plata en el banco como suele hacer la gente de derecha y de izquierda, Lito.

—No. Nos engañamos, Josefina. Estábamos dentro de la burbuja de jabón. Éramos también parte del cardumen. Por algo no sacamos la plata mucho antes. Tenemos muy mal leído *El capital* —Lito se rió sin alegría—. Pésimamente leído. Toda la parte de la moneda... —y Lito hizo un ademán con la mano.

—No recuerdo en absoluto que hablara de la moneda.

—Yo tampoco pero... Debe estar y ni siquiera llegamos ahí. ¡He sentido una humillación!

—Lito, mi primo Juan Carlos es director de un banco y lo atrapó también el corralito.

—¡Pero los liberalitos tienen casi el deber de creerse sus propias patrañas!

Se miraron con cierto pesar lastimoso.

—De todas formas, podrías pagarme con la plata atrapada si... ¿O no? Ya no se puede —Josefina negó con la cabeza.

—Igualmente, tengo una plata que puede servirte... Poca, pero tal vez te pueda ser útil si necesitás urgente para el abogado de Leonardo.

Josefina se mordisqueó el labio inferior.

—No quiero que... —empezó Lito, pero se detuvo.

Josefina asintió.

—Abril también fue muy clara. Abril es más clara que nosotros. Mucho más clara, siempre —Lito extendió una mano para enfatizar su franqueza—. No podés dejarlo a su suerte en estos momentos, antes de que...

Y Josefina frunció los labios y asintió.

V

“Parvulón” me decía alguien en sueños el otro día. Creo que de esto hace tres noches. Porque, si estoy en la sueñera, dentro de esta hay días y noches y noches con sueños. Ni siquiera podría precisar si era mujer u hombre el que levantaba una de las cejas con toda maldad para decírmelo. De la ceja me acuerdo bastante bien y creo que sexualmente era ambigua. Tal vez estaba algo depilada aunque no podría asegurarlo. Era morocha y se arqueó malévolamente, sobre todo al final de la palabra, remarcando el “lon”. Esa ceja me hirió más que un cuchillo. Me pareció temible. Ni que decir tiene que me ofusqué e intenté retrucar con vehemencia. Contestarle a la ceja se me impuso como un imperativo. Sólo que no podía ni quería rebajarme a contradecirla y tomé el camino de la hipérbole, que me pareció el único digno. “Parvulonchete”, esgrimí, yo sí con el dedo meñique en ristre, tal vez para dar a entender lo verdaderamente pequeño que era. Y creo que sostuve mi meñique en alto algo teatralmente hasta que la ceja perdió su curvatura maligna.

No sé bien a qué venía todo esto en el sueño pero me temo que la ceja opinaba, quizás incluso sin opinar, que Josefina iba a cederme finalmente a su hija Abril. Es decir, que yo iba a pasar como un paquete de una a la otra. Sé que hay varias opiniones que coinciden en esto y si no lo sé, lo imagino y para un intelectual de mi fuste no existe gran diferencia entre una cosa y otra. Y, sospecho, no sólo afirman que voy a terminar en brazos de la joven sino que, sostienen, Josefina sólo estaría templándome, como se templa un hierro dulce, para luego hacer el traspaso. El “parvulón”, me parece, venía a cuenta de este futuro traspaso que la cara de la ceja daba por hecho.

La cara de la ceja —que no puedo precisar en el vago recuerdo del sueño— no me atribuía a mí ninguna posibilidad de ejercer una voluntad. Y yo, con mi “parvulonchete” le di a entender que ni

remotamente tenía pretensiones de hacer valer mi voluntad. Si es verdad que soy un hierro dulce, la herrera Josefina sabrá qué hacer, habría querido decir si todo se hubiera puesto verdaderamente en el tapete. No obstante, la cara de la ceja no era en realidad explícita y yo lo era menos todavía. Nunca me defino con arreglo a verdades si es que puedo evitarlo. Sencillamente no me gusta tener que sostenerme de determinada manera frente a los otros. Me place más bien estar frente a cualquiera y amenazarlo con suavidad: "puedo no ser".

Si me figuro que muchos especulan con la cesión de mi persona es porque sé que abundan los amantes de los números y de su sapiencia. Suponen que los números saben y hablan. Y es cierto que vivimos en una época que tiene como a uno de sus caprichos la parlanchinería de los números. Entonces, ponen un diecinueve entre Josefina y yo y un trece entre yo y Abril y el asunto ya está hecho. ¡Ajá!, puede que digan a la manera de un científico que sabía lo que iba a encontrar en el microscopio. ¡Ajá!, es también el rumor infinito de los números que las centurias hacen hablar. ¡Ajá!, se repite como un eco por las gargantas y los cañones y las quebradas más lejanas hasta alcanzar las últimas fronteras del territorio civilizado. Más allá están los parvulonchetes que no aprendieron aún a contar y los hombres primitivos. Los hombres ancestrales, de los que somos un prepucio que va a ser circuncidado algún día, no contaban los días y los años. Vivían. Vivían y vivían y vivían y, luego, vivían. Y la especie iba. Olerían los sexos unos de otros y con esto ya sabrían a qué atenerse. Olían los sexos y vivían y, luego, vivían y olían los sexos. Yo, el parvulonchete tras la frontera, huelo el sexo de Josefina en las noches y mis naricitas aprenden las remotas lecciones. Aprendo a oler y me recupero como ancestro y como lactante. Aprendo a oler el sexo de Josefina y se me ocurre que, tal vez, como tesis de doctorado, llore algún día como el lactante que fui y que me es más remoto que el Rudolphensis. ¡Llorar como un lactante salvaje es toda mi ambición y tendrían que entenderme! ¿Me entiendes ser del más allá? ¿Llorarías conmigo hasta acallar los ecos de los números en los valles y los desfiladeros? ¿Llorarías conmigo hasta silenciar a los últimos adultos?

Ante la cara de la ceja podría haberme definido también como "parvuloncito" y con esto, tal vez, habría sido más fiel a mis

ambiciones. Habría estado más cerca del lactante. ¡Claro que nadie puede definirse como lactante y ni yo podría hacerlo! Pero con mi meñique en alto, enhiesto el dedito más parvuliento que pudieran imaginarse, podría haberle enrostrado que Josefina no va a traspasarme graciosamente de buenas a primeras. Creo que ella pediría garantías casi infinitas y finalmente no se dejaría convencer por un sinnúmero que le dieran. En fin. No va a cederme. Va a apretarme los dedos de la mano hasta dejármelos violeta. ¡Y el dolor de mis deditos estrujados sería el paraíso previo al paraíso de los lactantes! Mi manita estrujada va a perderse en el seno de la felicidad como se pierde a veces entre los senos de Josefina, tan feliz que se agarrota y llega a la inexistencia. Manita que no puede abarcar toda la felicidad del pecho. Que no puede atrapar todo el peso de lo real y que desespera en la dicha y se extingue. Mis manitas en el cuerpo de Josefina se disuelven en un paroxismo de egoísmo exasperado. Ellas quieren ser Josefina, quieren ser exactamente esa belleza. Mis manitas se hunden en su piel como el llanto de un lactante en el aire. La sinceridad de mis manitas es tan absoluta que, desde el punto de vista humano, roza lo absurdo. ¡Es una sinceridad de Australopithecus! ¡Es una sinceridad que tuvo que perderse para que llegáramos hasta acá! Es un órgano atrofiado y tumefacto cuya inflamación debe llevar a la mesa de operaciones. ¡Hubiera tenido que llevar mis manitas al cirujano y las llevo al cuerpo de Josefina! Y ella las deja hacer y de ser necesario las estrujaría hasta que las falanges y las falangetas se apretujen en un doloroso calor. Y, supongo, quiero creer, que ése es uno de los territorios últimos del amor, al menos uno de los últimos territorios en donde podemos encontrar algo, antes de adentrarnos en las tierras yermas y devastadas. La última casamata es el calor doloroso de una manita estrujada.

¡Si Josefina prescinde de mí va a tener que soportar mis aullidos en la ventana! ¡Iuju, por mis lindos aulliditos de gato, de lobezno y de cibellina! Sí que se llevaría una sorpresa y no sé qué haría al fin con la chancleta que habría de levantar ante mí para ahuyentarme. Aullidos y quedos ronroneos, tan sordos y graves que infinitesimalmente moverían los espejos y los cuadros y los frascos sobre el mármol de la habitación josefinesca. ¡Animalito de Dios!, diría Josefina abriendo por

fin la ventana. ¡Animalito de Dios!, diría la atea y sería esto el pináculo más alto de mi vida porque estoy seguro de que no hay en las alturas nada más allá que se pueda alcanzar.

En fin. Creo que en mi fuero interno, que es el único tribunal que reconozco —y que reconocemos todos como único—, he dado un buen mentís a la cara de la ceja levantada. Tal vez podría opinarse que me he tomado fatigosos trabajos para responder, en definitiva, a la mera ceja de un sueño pero en verdad te digo amiguete que se empieza siempre por recular en los sueños y luego, inexorablemente, en la realidad. Es en los sueños en donde primero cedemos ante el mundo y unas semanas, unos meses o unos años después cedemos en la realidad. Es en los sueños en donde primero nos avenimos a todo. Un día soñamos, seguramente sin recordarlo, que renunciamos a la vida, que cedemos nuestro ínfimo espacio a otro miembro de la especie, y ¿cuánto tiempo ha de transcurrir para que las células cancerígenas circulen por nuestra sangre? Por esto es que me empeñé frente a la ceja y en la vigilia —la vigila que no es posiblemente más que un sueño en primer grado— sigo argumentando contra la ceja. Sé de alguna manera que va a volver a importunarme, a intentar humillarme con su arqueo parabólico. Porque los sueños suelen retornar y esta ceja seguramente no ha de cejar. Va a volver una de estas noches y no quisiera estar inerme frente a su insidia. Voy preparando mis graznidos de parvuloncito como un tenor que no descuida sus escalas, ejercitándome en la esgrima para no empezar a sucumbir.

¡Mis luchas en los sueños son verdaderamente homéricas! Señal clara de que lucho contra las parcas. Revuelvo las sábanas como un gato montés y se ve a las claras gracias a las luces matutinas que mis enardecimientos me han hecho sudar a mares: una pátina amarillenta las cubre a los pocos días de puestas. ¡Debo maullar furiosamente! ¡Más de uno seguramente se asustaría de verme y escucharme! Josefina sin embargo duerme como una bendita y hasta niega lo que es evidente. Siempre me tranquiliza con respecto a mis furias nocturnas. En parte, las niega; en parte, no les atribuye mayor importancia. Mi último entuerto feroz, creo, fue cuando soñé, anteayer, con el mandarín de la sociología, con el peristilo del gladiolo, Fernández López, vicepresidente de la Nación por voluntad

de la presidente, que lo llevaba escondido entre sus polleras, de modo que, invisible, cayó desde cierta altura en el sillón que preside el senado. Y cayó ya riéndose el muy pícaro y no deja de reírse. Para cualquier pregunta que se le haga tiene un tono distinto de risa. ¡Es verdaderamente admirable! Las tiene graves, ronquillas y agudas; en realidad, son mil matices de risas las que ya le he escuchado. Está contento y razones no le faltan. Ubicuo como ninguno, supo ser mandarín de las ciencias sin necesidad de mayores escritos, ¡lo logró casi sin méritos y casi sin esfuerzos y encima sabía actuar de tal manera que todos le agradecíamos el lugar que ocupaba! ¡Bravo, lo palmeábamos sin saber por qué! Y también sin razones aterrizó en la vicepresidencia y es el segundo hombre de la Patria. En términos de masculinidad, el primero. Y se ríe sin razones ¡y en verdad que tiene todos los motivos para reírse sin razones! Tiene el pelo lacio y usaba una barbita candado que se afeitó para ser vicepresidente. No es feo el hombre pero en mi sueño estaba maquillado como Bela Lugosi y metía miedo. El rímel en derredor de los globos oculares le daba un aspecto pavoroso. Tenía los mofletes mucho más anchos y esteparios de lo que son en la realidad. Algo blanco rodeaba su cuello. Yo había ido hasta el Parlamento para insultarlo de arriba a abajo. Estaba indignado con él. No sé de qué modo había llegado hasta sus cercanías pero recuerdo bien que cuando lo tuve ahí, a una distancia acorde para los improperios, la emoción que me embargó fue tan violenta que el dedo adelantado no fue acompañado casi de palabras. Farfullé ferocidades pero creo que fueron ininteligibles. Como ocurre en tantos sueños, todo mi ser se lentificaba y se hacía impotente. Nada resultaba como debía aun cuando todo estaba ahí, fácil, al alcance de la mano. Probablemente, la inaccesibilidad a lo fácil sea el drama humano por excelencia, sea esto real o más bien un engaño. Lo cierto es que desesperaba temblorosamente. Era temible (denso en mi odio) e inofensivo. Y temblaba como un volcán que no puede explotar y echa fumarolas que pudieran ser vistas como amenazadoras pero también como amables señales de que al fin de cuentas nada grave va a suceder. ¡El volcancito farfullador! ¡El volcancito fumarolero! En fin. Soy un volcancito que no explota más que dentro de Josefina, un volcancito de lava apenas cálida y esto se haría visible para el antiguo

mandarín porque su extensa cara apenas si revelaba alguna incomodidad, cierto espasmódico nerviosismo que ni siquiera parecía tener relación conmigo. Debía estar preocupado por otros asuntos y creo, si mal no recuerdo, que no llegaba a mirarme. Si su cara se había hecho asimétrica y un lado era bastante más ancho que el otro, yo no guardaba relación alguna con el asunto. La deformidad le venía dada por otros motivos. El indulto de un pichón triste no debía estar presente más que en una remotísima cuevita o más bien nicho en las últimas marañas de su cabeza. Mi indulto debía ser una caduca y gris y polvorienta telita de araña y por esto el vice no llegaba a reconocerme. Y creo que me estaba yendo del Parlamento, de un edificio en realidad abierto y negro cuando me desperté con el cuerpo caliente y la boca pastosa y, entumecido, me acurruqué contra Josefina.

Puede que estos sueños tengan ciertos vínculos con mis miedos a la gran marmota. Sospecho que ella se ha reunido con la viuda de Cianquaglini. Mis datitos así lo sugieren. Daba por descontado que la gorda dormilona no iba a tomarse la molestia por simple pachorra pero la maldad ha movido sus grasas y parece que se ha ofrecido de testigo. ¡Moleculolengüetero! Hubiera jurado que también la lengua había acumulado grasas suficientes como para abandonarse a la cómoda pereza, pero se ve que la ha ejercitado, tal vez en soliloquios frente al espejo. O dormía y en sueños la movía, lamiendo palabras untuosas, palabras bien cargadas de lípidos que al fin masticaba y tragaba. ¡Estamos en otoño pero la gran marmota se ha despertado! ¡La nefasta marmota en la ventana que no terminaba de estar feliz tragándose los mocos! En las urbes nunca falta un espécimen zoológico en alguna ventana que, con el tiempo, cree haber visto más de lo que vio. Maté a Cianquaglini en abril y ya los primeros fríos debían estar llevando a la gran marmota a la somnolencia. La acumulación de grasas estaba en su punto máximo, de modo que las actividades vitales estarían decayendo notoriamente. Hacía unos días, casi seguro, que las glándulas habían hecho sonar el gong para que los sentidos perdieran su celo. De manera que ¡¿qué pudo ver la gran marmota?! No más, creo, que sombras entre las sombras negras de los árboles, un tumulto rápido y vago que en sus retinas se difumó de inmediato y que, borroso, apenas si habrá llegado a su cerebro entumecido, adormilado.

No sé qué vanagloria ha llevado a la gran marmota a pretender que puede ser testigo y, probablemente, a tenerse por un testigo calificado. Ha de ser, supongo, un afán de celebridad que anidaba en los humores secretos de la marmota caballitense, de la marmota que está entre las más dignas marmotas. Porque es sabido que entre las marmotas suelen estallar epidemias de dignidad y que en estos pináculos, en los cuales se yerguen como epítomes del marmotismo, llegan a negar la hibernación. No me extrañaría en lo absoluto que se diga a sí misma —y que incluso lo proclame— que actúa guiada por los principios más profundos y propios del marmotismo. De modo que, preveo, acallarla no va ser tarea sencilla. La simple amenaza puede resultar contraproducente. La he imaginado enfundándose en un vestido ajustado y rotundo para salir corriendo a denunciar las amenazas ante el fiscal. Las amenazas, además, pueden dar credibilidad a sus verdades cascariles rellenas de fantasía. La pueden arrastrar, inclusive, a cierta osadía contagiosa. No hay que olvidar que la justicia es también un estado de ánimo. Las marmotas no son dadas a atizar los fuegos pero son animales de las montañas y guardan la recóndita belicosidad del abismo, el fervor de lo abrupto. ¡La gran dormilona puede despertar a la justicia de su sueño de gigante! Dudo que la viuda en verdad quiera despertarla porque ella misma ha caído en el embrujo de la cadencia noble del péndulo. Debe estar algo fascinada por los vericuetos y por la estrechez decorosa de los expedientes. La viuda debe estar abrigada además por la viudez, al menos en lo que a la causa se refiere porque tal vez ya sólo la causa la haga viuda y en las otras esferas de la vida sea una mujer fibrosa. Pero en la causa lleva el pesado capote de la viudez y difícilmente pueda animar a la justicia; no, al menos, como podría hacerlo una marmota obesa acicateada por el júbilo de las amenazas.

Sí, fue hace ya... El registro del tiempo me es cada vez más difícil y se está acercando a la imposibilidad. A veces dudo sobre la ubicación temporal de un hecho que ha ocurrido hace dos días; puedo suponerlo de semanas atrás en una primera aproximación. Si se trata de alguno ocurrido hace tres semanas, por ejemplo, no es de extrañar que lo arroje a la nebulosa de los meses y hasta a la de los años. ¡El día tiene para mí el grosor de una semana por lo menos! Es un grosor hecho de

bruma, pacotilla, telgopor, bolitas de gomaespuma y más bruma todavía, es un grosor de materiales disímiles y berretas, de esos materiales en los que los dedos pueden hundirse una y otra vez sin rescatar nada que valga la pena. ¡Días grosísimos que son tan difíciles de atravesar con la pobre cafetera de mi memoria y que a la vez son tan livianos que un nenito podría levantarlos y arrojarlos a diez metros sin ninguna dificultad! Días con tan poco peso que si se juntaran de a decenas en una balanza apenas si moverían el fiel. Tan inanes y tan difíciles de atravesar que causarían tal vez indignación si yo tuviera alguna buena reserva de ella como para emplearla contra estos días gigantescos e inocentes. ¡Y más debería indignarme a causa de su ingenuidad inerme de grandulones y sin embargo bien pronto los perdono! No puedo embestirlos por temor de desbaratarlos y desordenarlos completamente y entonces sí, perder toda posibilidad de remontarlos. Y si uno no puede remontar el pasado aunque sea lenta y torpemente, ya sabe a qué atenerse. El orden estúpido de esos días de niebla y telgopor es la misma identidad que nos conforma y si se desbaratan... Pedazos del yo se irían aquí y allá y entonces, queridos hermanos...

Pero sí sé que fue un 21 de septiembre que me encontré a la viuda de Cianquaglini en el colegio. ¡Yo era un profesorcito perdido en el cuerpo de profesores como soy un liliputense perdido en el cuerpo de Josefina! Un pequeño quiste en el cuerpo profesoral disimulado de alguna manera por el maquillaje que Josefina me había aplicado. ¡El cuerpo profesoral no me había enamorado pero yo lo mordía en esos días, creo, como una sanguijuela! ¡Debía creer que lo necesitaba como buen parásito que era! ¡El sereno e hinchado cuerpo profesoral debía ser el cuerpo sin órganos del que hablaba Deleuze! Hinchado por una nutricia sangre que no corría por ningún lado. En fin. Allí estaba yo, confundido entre el cuerpo profesoral, mirando a la viuda de mi asesinado con los ojos orbitales de Cachimbo. La miraba desde mi sillita, porque me había demorado en unirme al cuerpo profesoral y, empujado a ello creo que por la secretaria o por una bedel, ya no hubo para mí de las sillas más altas y me arreglaron con una que sacaron de un aula de la primaria, de manera que había quedado atrás y más bajo que los otros profesores; y aún así podía verla bastante bien a poco

que apoyaba la espalda en el respaldo de la sillita. Recuerdo también que hubo cierto dolor de Josefina al verme en la sillita. Debió adivinar que yo me había mantenido apartado del cuerpo de profesores hasta que fui obligado a unirme a él. No es fácil suponer qué vio, pero lo que fuere movilizó tal vez algo ancestral y primario, una suerte de tristeza que no había nacido con ella. Y yo, por ella, hubiera querido retrotraer el tiempo, empujarlo para atrás con las fuerzas de un tremendo cíclope para subsanar mi error. Creo que fue exactamente en ese momento en que nació mi convicción de que las verdaderas enmiendas están en el pasado y sólo allí y que vivimos en lo irremediable. Luego Josefina fue a cumplir con su papel en el acto y yo me quedé en el mío, de profesor en la sillita. Creo que me mordisqueaba los pellejitos pegados a la uña de uno de los pulgares mientras atisbaba a la viuda. La miraba con mis ojos esféricos y luego me echaba algo hacia delante y ya no podía verla. Supe desde el principio que en sus pantorrillas había algo para dilucidar, no eran precisamente bellas pero se las veía fuertes y femeninas. Puede que tuvieran autoridad pero no era la autoridad lo que me llamaba sino lo humano que había en la firmeza del músculo y en la piel. Eran pantorrillas indeciblemente humanas, casi hasta el exceso. Y me provocaban un poco de pavura. En las pantorrillas estaba el empinamiento de la especie, todo ese empinamiento del que yo era incapaz y que deseaba siempre mancillar o directamente negar. Ante esas pantorrillas hubiera confesado, pero no mi crimen menor, haber matado a Cianquaglini, sino mi cerrazón ante el ser humano. Habría ido ante esas pantorrillas para reconocer todo mi profundo y grave e inconmensurable error. ¡Sí! ¡Sí! ¡El ser humano es un gran empinamiento y no hay forma de negarlo! Creo que mis ojos redondos se llenaron de lágrimas y que éstas bordearon las pestañas como un mar llevado por la luna. “¡No estoy a la altura!”, era la frase que me roía sin haberse formado siquiera en mi discurrir. Me roía sin ser siquiera frase, me roía con sus dientes de lobo sin ser parte de ninguna boca. De repente, no estaba incluido en ninguna especie y me quedaba a medio camino de todo. ¡Negaba al hombre de la peor manera, no con la elegancia francesa e intelectual de Foucault, sino con el resentimiento de lo informe! ¡No tenía formas y no era más que materia pensante! ¿Te das cuenta, lector, que soy materia pensante?

Corrí mi sillita en aquel acto para ocultarme mejor tras el cuerpo profesoral. Las pantorrillas de la viuda se erguían hacia lo humano y yo quedaba eminentemente por debajo y era preferible que no viera y sin embargo cada tanto me echaba hacia atrás y la miraba. En su cara, en su pelo, en sus ropas podía adivinar una simple mentecata de las capas medias pero esto no impedía que las pantorrillas me pusieran en mi lugar. Es más, en mayor medida me ponían en mi lugar porque sostenían justamente a una mentecata perdida entre los mentecatos. ¡Podía torcer el morro y llenárseme los ojos de lágrimas pero no podía elevarme! Si mal no recuerdo —y de hecho estoy seguro de no recordar mal—, mi corazón se dio a latir tan ferozmente que me asusté. ¡Lo que llaman taquicardia debe ser algo completamente menor frente a ese ritmo infernal! Debió ser hiper o ultrataquicardia, probablemente ultra, porque no sólo eran latidos rápidos sino también violentos y hasta ululantes, graves, todo lo cavernosos que podían ser latidos que se sucedían como las décimas de un cronómetro. ¡Por unos instantes pensé que mi suerte estaba echada! No parecía posible que un corazón soportara eso. Había llevado a Cachimbo en mi mochilita y lo extraje casi sin disimulo, lo metí entre los botones de la camisa y lo apreté contra mi corazón. ¡Era una terapéutica desesperada para impedir el infarto! Cachimbo debió amedrentarse ante ese tambor loco que corría como en un ataque de amok hacia su hecatombe, pero en este caso era su cuerpito de estopa lo que yo necesitaba y no su comprensión. Simplemente, necesitaba que su cuerpito absorbiera esas ondas de choque y que llamara al loco corazón desbocado a calmarse con su sólo apretarse contra el pecho. En ese momento angustioso tenía a su cuerpito cálido y tierno por único posible salvador de mi vida. ¡Y Cachimbo lo logró! Con su cuerpito de estopa, con su callado cuerpecito de tela absorbió la furia de ese felino que iba a devorarse sus propias entrañas. El corazón se fue calmando antes de llegar al paroxismo. Cachimbo lo fue llevando al andante, y luego al piano y, finalmente —cosa que también me asustó— al pianísimo. Pareció por unos instantes que el corazón, extenuado, se iba diluyendo en la música más suave y queda que pueda imaginarse, casi inexistente. ¡Mi corazón parecía extinguirse! En realidad, me parece, estaba volviendo a su discreción habitual, sólo que, por contraste, daba esa impresión

de silencio sepulcral. Creo que cuando me di cuenta de que me había salvado, me eché una risita de pobre alimaña. Una risita que no sería orgullo de nadie.

Lo deslicé a Cachimbo hacia un costado del cuerpo para que quedara más oculto por el saco y por un rato lo abandoné a su suerte. ¡Pequeño Cachimbo perdonador! Al rato, no obstante, le hablaba en mi imaginación y le decía que nos íbamos a fugar juntos muy lejos, tal vez a Ucrania. ¡No me habían relacionado todavía con el crimen y ya pensaba en la fuga! Con mayor razón, por supuesto, pienso en ella ahora a pesar de que su señoría ha juzgado que no hay mayor peligro de que escape. Pensaba ya en la fuga, creo, antes de matar a Cianquaglini. ¡Hay que fugarse antes de cometer el crimen y yo de alguna manera lo sabía! Me demoré con las tetas de Josefina y con Josefina misma. Me demoré en un amor por amoroso y blandí el pico de pelícano. Podría hacer un largo alegato como Humbert Humbert en *Lolita* pero dirían que la mía es una Josefa que no da lugar a ningún atenuante. ¡Podría hacerlo declarándome Lolito! Esto ya me fue sugerido por Maloy en un par de oportunidades, que a veces en broma me decía cristianito y que últimamente me dice Lolito. Lolito viejo pero Lolito al fin. Y he estado reflexionando acerca de declararme Lolito o darme a la fuga. Más me vale desde ya darme a la fuga. Y sigo pensando en Ucrania. Me figuro una aldea perdida en las llanuras ucranianas. No ha de faltar allí una matrona que me adopte como ternero pero que me tenga en su barraca. Incluso, quizá, sería ideal no entendernos a causa de la lengua por bastante tiempo. Saldríamos juntos a recorrer las praderas con flores y yo iría tal vez con una redecilla para atrapar mariposas, como hacía Nabokov. Podría hacerme en Ucrania de una buena colección de mariposas clavadas sobre un papel muy blanco. Bien dispuestos los bellos cadáveres multicolores en las hojas rectangulares. Y mientras clavo mis mariposas en las hojas le comento a mi matrona cuánto extraño a Josefina y aun cuando no me entienda los dos nos sonreímos con cierta tristeza. ¡Mi buena matrona ucraniana que me está aguardando y tal vez con un chiquitín de impaciencia! Si no puedo acallarla y la gran marmota da testimonio, posiblemente vaya al encuentro de mi matrona. Me presentaría en su barraca caminando con un bastón raído

o quizá directamente con una rama que haga las veces de bastón. ¡Un bello doncel enfermo en brazos de la salud matronal! En fin. Ella puede padecer la patología de la matronalitis, incluso un exceso tremebundo de pechos naturales y blandengues, pero de las dos enfermedades no haríamos más que un único estado de salud. Tal vez mi rubicunda campesina, viéndome recuperado a fuerza de su buena leche, me encargue alguna tarea agraria, probablemente muy menor, como jugar con los terneros. Siempre he querido abrazar un ternero y siempre he querido que Cachimbo y Maloy paseen arriba de una vaca. Han sido ilusiones bucólicas que me parecían más remotas que el cinturón de Kuiper pero quién sabe venga un cometa y me lleve hasta allí. ¡Ucranianos, hacedme un lugarcito! ¡Vuestro país es grande y no haría más que juntar mariposas! No creo que me tomen animadversión por albergarme con una matrona y mi humilde don de gentes hará el resto. Podría llevar más de una sonrisa a esas caras eslavas, casi más anchas que altas. Podría generar beneplácito con mi representación del cazador de mariposas, con mis pequeños aleteos de pichón. Podría convertirme en el bienamado de la aldea gracias a mi dulzura, la que nadie deja de reconocerme. Las niñas me llevarían un buen pote de la mejor miel y algunas otras golosinas de la región para congraciarse conmigo y yo, en retribución, me prestaría a sus juegos. ¡Haría el papel de bello doncel de ser necesario! No me negaría incluso a que me rizaran los cabellos o a que me embadurnaran con polvos la cara. Preveo que ese grupo de niñitas podría divertirse mucho conmigo y yo estaría feliz de dejarlas hacer. Sólo dejarlas hacer sin pretender guiarlas ni conducirlas porque estoy seguro de que, sin que yo hiciera ninguna mención al respecto, sabrían dejarme irreconocible para cuando pasase por la zona un agente de Interpol. Alguno habrá en una ciudad vecina al que le llegase a los oídos mi presencia por esos lares. Un Javert entrado en carnes y sin su moral victoriana pero acicateado por un miserable éxito que le permitiese alejarse de las matronas ucranianas. Un hombre sin gusto que llegase hasta la aldea escuchando pop australiano en la radio del auto, un rasqueteador consuetudinario de sus tibias orejas. En fin. Una auroleador de orina de su bragueta que no estaría a la altura del engaño de mis niñitas y que se iría llevando a cuestas su confusión, un mezquino pasmo que se

prolongara unos cuantos kilómetros hasta disolverse en los vericuetos de su cabeza de funcionario.

¡Ucrania! Mi tierra por fuera del tiempo, yo te invocaba en ese acto colegial que fue tal vez el comienzo de mi... La viuda llevó sus ojos hasta el profesorcito que era yo perdido tras el cadáver en que se había convertido a esa altura del acto el cuerpo profesoral. Y entre la viuda y yo hubo en verdad un cadáver. Sus naricitas creo que aletearon. Cachimbo intentaba huir hacia mi espalda y si mal no recuerdo lo logró. Resoplaba. Y yo con él.

En fin. He soñado —y los sueños han de llevarme finalmente a la libertad— que la gran marmota se unía a la viuda de Cianquaglini en un único ser. Vale decir, que eran dos que eran una. Y al despertar en este sueño mayor, más amplio y tal vez menos acogedor, me pregunté si la humanidad no era un ser de este tipo, si no vivíamos en la ilusión de la variedad pero en realidad en lo Uno. Y me figuré que podría alguna vez sugerir esto en la pequeña aldea ucraniana para que mi matrona se sintiera orgullosa de mí. Como fuere, el ser viuda-marmota podría señalarme y atestiguar con una sumatoria de sentidos. Lo visto, por ejemplo, según como ve una y según como ve la otra; lo oído, según como oye una y según como oye la otra. El ser viuda-marmota podría ser mi ruina y de hecho podría emerger. Para causar daño, en pos del mal, surgen más fácilmente los seres múltiples; a veces no hace falta mucho para que se aglutinen miles, o millones. El bien suele ser más aislado, más individual y más superfluo, menos necesario. Yo, que soy por completo superfluo, creo que, aun cuando haya asesinado a un hombre, aun así, represento el bien, soy un inútil bienhechor de la humanidad. El justiciero ser viuda-marmota se entronca con la gran amalgama del mal y con la necesidad. Ese ser viuda-marmota, amalgamado a otros en la justicia, va a llevarme a la fuga. No sé si a Ucrania, no sé si a un lugar sin tiempo, o más bien huya hacia lo cercano. No sería finalmente nada extraño para un ser como yo que huya hacia lo inmediato, por ejemplo hacia Josefina. ¡Desearía formar el ser Josefina-Piquito y tener sus nalgas y sus tetas en mí y para mí! Podría constituir el oxímoron del ser masturbatorio. Podría constituir... ¡Ah! Entrar por fin en la piel de Josefina para constituirla, para conquistarla hasta el final, para que ella me conquiste hasta el

último milímetro. ¡No podrían encarcelarme, no podrían encerrarme sin ejecutar un acto atroz! ¡Fugarme hacia Josefina y desde ahí desafiar a la justicia! ¡Vengan a buscarme, granujas! Hasta podría hacerles un pito catalán o un pito andaluz (al que imagino más soez) con Cachimbo y Maloy retrepados en mis hombros. ¡Trulalá! ¡Trulalá! ¡La felicidad siempre está ahí! ¡Ahí! ¡Ahí! Y no se puede tomar.

En fin. Posiblemente ni Ucrania ni Josefina. ¡¿Para qué engañarse?! Cuando las papas quemen, voy a terminar huyendo dentro de mí mismo. Y en verdad que ni siquiera necesito verme en el acorralamiento último para hacerlo, que ya la fuga hacia mi interior la he emprendido hace un buen tiempo.

VI

“Otra vez”, se dijo Josefina y cortó el teléfono. Vagamente sabía que no estaba bien este “otra vez” y que quizá fuera injusto para con la profesora de historia, para con sus problemas de salud, pero no lo pudo evitar. Los problemas de salud erraban por su organismo de órgano en órgano, de región en región, y en ese vagabundeo no omitían los tejidos más disímiles, desde el óseo hasta las mucosas. Era un mal errante que no menospreciaba ningún alojamiento, como una suerte de linyera que la profesora de historia tenía a bien alojar y alimentar. De barraca en barraca, iba tomando alojamiento sin ningún pudor, atrevido y bien seguro de sus derechos. Esto, a Josefina, le resultaba irritante. Y subyacía desde ya cierta creencia en la complicidad de la profesora con su feo linyera. Pero en verdad su disgusto se afincaba más bien en sí misma, en tener una vida donde emergía con cierta facilidad ese “otra vez”. Era ella la que tenía una vida donde ese “otra vez” hacía campo orégano y campeaba casi a su antojo. El “otra vez” era su propio vagabundo.

Decidió ir ella misma a informar a los alumnos. Solía hacerlo, en parte para tener mayor contacto con ellos, en parte para simular que era solidaria con los profesores en uso de licencia. Y en buena medida era en realidad solidaria sólo que, al simular esa plenitud, hacía carne en ella con verdadera vehemencia y salía del aula completamente convencida acerca de la idoneidad y los derechos de los profesores. De manera que Josefina taconeaba ahora por los pasillos con el objetivo de legitimar ante sí misma a la profesora de historia. Quería estar convencida de que esa pérdida de dinero que suponía la licencia era justa. Llevaba tacos más bien bajos pero de todas maneras el taconeo levantaba ecos en los pasillos y esto le daba un pequeño placer algo barnizado de irreverencia. Alguna vez había pensado que a una mujer sin esperanzas siempre le queda el taconear en un pasillo.

Entró al aula cuando el profesor no había tomado todavía el curso. Los chicos estaban solos y ella les dio la noticia con un tono en el que, según parecía, la preocupación por la profesora se inmiscuía en su intento de neutralidad.

Una de las alumnas, una chica castaña clara, casi rubia, levantó la mano, algo cachazuda en realidad.

—¿Por qué no vuelve Leonardo? —arrojó.

Josefina se quedó cortada.

—Sí, podría volver —apoyó un chico con una sonrisa que no dejaba de tener seriedad.

Josefina estaba desconcertada. No sabía si la estaban chuceando burlonamente o era en verdad algo que deseaban.

—Estaría bueno —terceó otro varón.

Josefina movió la cabeza hacia un lado y bajó la vista. Obviamente, estos adolescentes de dieciséis años no podían ser ajenos al pequeño escándalo producido por el procesamiento de Leonardo, aun cuando esto ocurrió en pleno verano, en los últimos días de diciembre del año anterior, lo que atemperó bastante la repercusión de la noticia. Y tampoco podían ignorar, en el correveidile inevitable, al menos de manera algo confusa, que no era un profesor más para ella. ¿Era entonces una provocación? ¿Una provocación en su contra? Levantó la mirada y, con cierto temor, recorrió los rostros adolescentes. En cierta medida, algunos, parecían hasta enojados. No parecía que se estuvieran burlando. Le resultaba en verdad bastante extraño lo que ocurría.

—A mí me parece que debería volver —insistió la rubia que había hablado primero.

Josefina volvió a recorrer los rostros con la mirada y creía entender que había un consenso bastante generalizado en favor del regreso de Leonardo. Aun así, temía estar malinterpretando esas caras. Tenía miedo de errar el camino y agravar la situación del colegio. Sabía que entre la crisis y el asunto Leonardo había quedado con un margen de maniobra muy estrecho. A pesar del prestigio intelectual del que gozaba, para nada masivo pero sí bastante consistente, la situación del colegio era bien delicada.

—No sé —dijo con prudencia—. ¿Ustedes lo plantean porque...? —

se detuvo y auscultó las caras.

—Me parece que debería ser así —intervino otro desde el fondo—. Podría volver. Fue buen profesor.

—¿Sí? —Josefina seguía muy dudosa acerca de las razones que los impulsaban.

—Daba en el clavo y lo remachaba bien hasta el fondo —sostuvo la rubia ahora con un gesto admirativo y sarcástico. Casi al mismo tiempo Josefina detectó con el rabillo del ojo una suerte de risita en uno de ellos. Giró la cabeza con acritud, algo asustada, pero lo que vio tenía más vínculo, en apariencia, con un espíritu irreverente que con la burla. Otras risas estallaron en el aula.

—Nos gustaba como profesor —insistió uno de los portavoces, jocoso por los recuerdos, irreverente si se quiere, pero a la vez serio, como si se tomara bastante a pecho su irreverencia.

Josefina creyó entender que se estaban rebelando contra el mundo de sus padres y que esto los plegaba junto a Leonardo. No le parecía mal en absoluto, al contrario, casi temía entusiasmarse con esa irreverencia y quedar en ridículo frente a los padres.

—De todas maneras, habría que ver si el profesor está dispuesto a volver —dijo, como para enfriar posibles entusiasmos, entre ellos el suyo propio—. Y además... —Josefina se preguntó si no existían también, aparte de los impedimentos éticos, otros de índole formal o reglamentario—. No sé. Habría que analizarlo.

—Nuestra propuesta es seria —afirmó la chica rubia, la que ahora dejó traslucir cierto aire de persona del mundo empresario que ha arrojado una cifra en una operación comercial. No era la primera vez que Josefina advertía en los chicos de clase media alta que conformaban el alumnado del colegio esa yuxtaposición de irreverencia, a veces con dejos hasta subversivos o alegremente irracionales, y cierta seriedad empresarial. A veces parecía que la seriedad empresarial era el cimiento último de esas vidas, sobre el que se montaba todo, aun el disparate.

Josefina quería irse del aula. Sabía además que habría de irse sin abandonar su ambigüedad, sin entregarse al sí o al no.

—Chicos. Hace dos minutos me acabo de enterar de la licencia de la profesora. Les quise avisar de inmediato. Sobre todo porque hoy tenían

la materia a última hora. En cuanto al suplente... ya se verá. Vamos a tomar una decisión cuando... Después de sopesar las distintas posibilidades. —Miró hacia el pasillo y a través de los vidrios de la puerta vio al profesor que aguardaba—. Me voy. Ya van a tener novedades —agregó a modo de promesa aunque enseguida se dio cuenta de que había dado a entender que ella tenía el poder de decisión.

Se dirigió a la puerta.

—Tráigalo —se escuchó, asordinada, una voz en falsete, probablemente femenina—. No se lo quede para usted sola.

En la boca de Josefina se dibujó una mueca al tiempo que estallaba en el aula un rumor de aprobación, tal vez acompañado de cierto nerviosismo medroso. Josefina saludó al profesor, se disculpó por hacerlo esperar y emprendió un raudo regreso a la dirección. Había ido a cumplir con una formalidad más o menos ingenua, sin mayor trascendencia, y volvía herida y llena de interrogantes. Como directora y dueña del colegio sabía que el aula era un lugar donde lo inesperado podía emerger, ya le había ocurrido en otras oportunidades, y sin embargo no aprendía, finalmente no estaba alerta, se distendía y confiaba en el discurrir racional, concatenado, valseado de los acontecimientos. La vida tenía más de jazz que de vals pero ella seguía aferrada a las ilusiones de la *belle époque*. El siglo diecinueve era interminable. El siglo diecinueve era la esperanza interminable del pequeño burgués. Ella lo sabía e igual caía en la trampa. Esa noche, decidió contarle a Abril lo que había

ocurrido en el aula.

—¿Y? —le dijo su hija.

—¿Y qué?

—¿Qué pensás hacer? ¿Le vas a decir a Leonardo?

—Por ahora no. No quiero que... se sienta presionado y a la vez... La verdad es que lo tengo que pensar desde la institución. ¿Te das cuenta? Y me repugna un poco o un poco bastante pensar desde la institución. En realidad, institucionalmente es una locura. ¿O me lo parece a mí? Ni siquiera estoy segura.

—Tal vez no seamos gente cuerda.

—¿No?

—Al menos tenemos que estar en el radio de los sospechosos.

—¿Tenemos que estar?

—Claro. No estar en el radio de los sospechosos es lo peor que le puede pasar a una persona.

—Yo pensaba así. Era la persona menos indicada para poner un colegio.

Abril no contestó.

—Y sin embargo... —continuó Josefina.

—¿Qué?

—Yo sé que lo irracional... es fundante. Sin afán de destrucción...

Abril hizo un ademán algo urgente con la mano como si señalara hacia Leonardo, que estaba encerrado en uno de los dormitorios del departamento. Josefina, no obstante, no entendió la seña y luego de dudar unos instantes continuó.

—Los alumnos, sus propios hijos, lo están pidiendo. Fijate que estos chicos... vienen a reclamarme mi parte... Lo que yo no mostré nunca. O creo que... Quieren alguna porción de anticolegio.

—Seguro.

—¿Habrá sido Leonardo una porción de anticolegio?

—¿Vos qué sabés?

—Lo que te conté. No más. No es mucho. Siempre quedó para mí más bien en el misterio. Y la verdad es que me daba un poco de miedo.

Abril se rió.

—¿A vos te contó algo que yo no sepa?

Abril, todavía entre estertores de risitas, negó con la cabeza.

—¿Seguro? Porque lo que ocurría en el aula fue para mí algo que yo... De lo que yo no quise saber. O que no me permití saber. Algo sobre lo que no quise avanzar. También... También porque me parecía que era imposible finalmente de conocer. Casi con cualquier otro profesor, te diría que... a partir de muy poco es fácil imaginar el resto. Y aun, siendo yo directora, te diría que en la mayoría de los casos prácticamente no me interesa imaginar ese resto. Ese resto, que en realidad es casi todo, se puede perfectamente ignorar, como se ignora lo que ocurre en una oficina y lo único que te importa es que te den el papel, el trámite terminado. Pero con Leonardo... me parecía que aun

cuando me dieran información, detalles, de todas maneras la realidad se me iba a escapar. Me parecía que iba a ser imposible sacarlo de lo ignorado.

—¿Y no te parece...?

—¿Qué? Que con Leonardo... —Josefina abrió los ojos—. No. No necesariamente. Lo del aula era porque... él estaba tan alejado del tipo del profesor que... Esa capacidad para ir por otro camino, inusitado, y ni siquiera reclamarse ingenioso. Es con la palabra que él... se abre paso. Con las pocas palabras que en realidad pronuncia. Y no es que no tenga palabras, ¿no? Más bien debe estar atosigado con palabras. Tengo esa impresión, al menos, después de estos... De estos años ya —una sonrisa extrañada iluminó sus facciones—. De estos años —repitió como si aquilatara piedras preciosas en sus manos—. Sospecho que un caudal de palabras caen de una gran altura, como un río en una catarata, y que se revuelven y que... lo que Leonardo dice son las salpicaduras de esa masa de palabras que cae. De ahí el... ¿cómo decirlo? De ahí el desconcierto que producen esas salpicaduras, porque te mojan y sin embargo no se ve la masa de agua que cae. Las salpicaduras no parecen tener explicación.

Madre e hija permanecieron en silencio unos momentos.

—Son salpicaduras surgidas como de la nada.

—Alguno las puede tomar por escupitajos.

Josefina meneó la cabeza con cierta alegría.

—Llueven escupidas —dijo Abril.

—Y vienen de abajo, de los costados. No hay paraguas que valga.

Se rieron pero con alguna tristeza.

—¿No te parece, ma, que...? —Abril se interrumpió.

Josefina cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que Abril no le decía “ma” y que en realidad era un trato que su hija siempre había rehuido. Era una rareza que emergía muy de vez en cuando sin que existiera un patrón o algo discernible que lo determinase, al menos algo que Josefina pudiese advertir.

—¿No te parece que esa masa de agua se acrecentó últimamente, o algo así, y que lo está desbordando? Eso que vos llamás caudal de palabras.

La mirada de Josefina se perdió muy lejos por unos instantes. Se

levantó de la silla en la que estaba sentada. Comprendía bastante bien a qué se refería su hija. Se había sentido herida y por esto se había parado aun cuando reconocía la absoluta pertinencia de lo que ella daba a entender: la posibilidad de que se requiriera de diques de contención, de represas, incluso tal vez de una obra de grandes dimensiones. Era bien posible, tanto que lo tuvo casi por dado, tan asequible como una realidad que se acaricia con los dedos. La psiquiatría estaba ahí, con la bondad de sus grises obras de cemento.

—Voy a mirar la comida del horno —comentó Josefina y marchó hacia la cocina.

Abrió el horno con cierto exceso de energía. La puerta chirrió feamente. Era un aparato bastante nuevo y sin embargo ya chirriaba como si tuviera décadas. Josefina echó una mirada aunque apenas si registró lo que ocurría en la asadera. Cerró la puerta y al hacerlo se olvidó al mismo tiempo de la comida.

—Lo llevo al aula —dijo con algún forzamiento de la voz como para llegar hasta Abril—. Si me lo están pidiendo.

VII

¡Las masas caballitenses piden por mí! ¡Qué honor enorme! ¿Habría algo de ardor incluso en el fondo mucoso de sus gargantas? Quiero creer que sí, que más de una faringe estaba enrojecida, que la emoción había llevado a más de una laringe a la secreción de los más honorables humores. ¡Según parece, esos humores temblaban de indignación en sus voces al pedir por mí! ¡Vibraban esos mocos justicieros en sus juveniles gargantas! Tal vez, algunos ojos se abrieron con voracidad de justicia, como, imagino, se abrían los ojos de Mirabeau en la Asamblea Nacional. ¡La Historia vira a mi favor como una marejada! Lo mezquino y gruñón se ve obligado a girar en derredor de su centro y, como un remolino, ha de terminar devorado por sus propias fuerzas centrípetas. Lo mezquino y gruñón y plañidero se devora las entrañas y luego se difumina en su propia interioridad. ¡Los derrotados van a esfumarse en su interior y ya no regresarán sino como otros! ¡Conozco la derrota mejor que nadie! Podría escribir varios tomos acerca del arte de retroceder y hundirse en las propias aguas pantanosas. Todo empieza con pequeños pasos prudentes hacia adelante cuando todavía soplan vientos favorables y el verdaderamente prudente daría grandes zancadas, luego viene el tiempo de la impotencia, de los trechitos hechos para aquí y para allá, hasta que al fin se llega al inmovilismo y después al retroceso y al deseo de arrojarse a las aguas negras. ¡Conozco bien el paño de la derrota, viejos gruñones, y os ha tocado el turno! Os, os, ja, ja, ¡os oléis unos a otros, hediondos! Os, os. Me gusta ahora el “os”. Desde el pequeño promontorio victorioso arrojo el “os” como una piedra terrosa, una piedra ya inofensiva, una piedra que es un mensaje de completo desprecio. Quiero creer esto y lo creo. Estoy en mi derecho. Como todos. Deseo creer y creo y tengo derecho al engaño. Y más me engaño, probablemente, por ser inteligente. La inteligencia tiene la

virtud de la azada: remueve y remueve la tierra del engaño y permite que la planta propia eche raíces bien profundas. ¡No hay como ser cultivado para que se enraícen bien los engaños! Los menos leídos vagan más bien por el engaño y apenas si echan raíces débiles aquí y allá. Es la misma plantita menesterosa y raquítica que muere aquí y renace más allá y así va haciendo su camino. La inteligencia no nos redime del engaño, todo lo contrario, gracias a ella la planta crece como un arbusto poderoso hasta alcanzar en ciertos casos el tamaño de esos ombúes que admiramos. Imponencia que adorna la tierra del engaño y que la hace bella y digna del aplauso. En fin. Echo raíces en el engaño sin hacerme problemas. Los otros no me van en zaga y en el fondo son más caraduras. Siempre creen que son los demás los que se engañan y levantan el dedito. Nunca falta entre quienes me rodean el pequeño burgués mezquino que levanta el dedo y… Suelen tener una inteligencia en parte ingenua, en parte maligna pero fundamentalmente mezquina. Logran que su planta crezca a fuerza justamente de mezquindad. Feas plantitas que presentan en los concursos de belleza y luego rabian porque pierden. Pero que en conjunto adornan la tierra. Feas plantitas surgidas del más rabioso egoísmo y que sólo lucen en una perspectiva de conjunto, cuando el paseante se aleja y mira desde cierta altura el valle fértil de los engaños.

Y yo también me las apaño bien para engañarme. Se me da bien y lo hago bellamente. Quiero creer en mi victoria sobre lo mezquino y gruñón. Y creo. Los alumnos piden por mí. Con su alumnidad flagrante dan un golpe de estado, pretenden su dieciocho brumario. No se avienen a la división técnica del trabajo en el colegio y urgen a la emperatriz a que ejerza su imperio. ¡Son las masas (las masitas colegiales en este caso) las que urgen a una rápida concentración del poder para pasar por encima de las viejas reglas constreñidoras! Y si la emperatriz lo dispone así, no voy a negarme de ninguna manera. No podría negarme. No podría vencer mi docilidad. Mi naturaleza dócil es prácticamente invencible. Frente a Josefina podría interponer algunos reparos, no más que eso, y esto más bien, diría, como modo de simular una decisión propia. Como carezco casi de resoluciones, ante las iniciativas de otros suelo poner reparos que luego yo mismo remuevo

para plegarme grácilmente a lo que han decidido. Mi docilidad me honra aunque hoy es prácticamente insostenible si no se la disimula. No son épocas en las cuales el dócil la tenga fácil, debe esconderse mucho más que los mariquitas y que los sádicos, por ejemplo. El dócil es objeto de un desprecio casi absoluto. El dócil debe ladrar y alardear primero para luego dejarse llevar por su naturaleza. De modo que si Josefina me lleva al aula, allí estaré, profesorando con todo mi arte. En el fondo —y esto es tal vez lo que los alumnos aprenden conmigo— no existe más que el arte. Y el arte surge no de una visión sino de una profunda ceguera. Como profesor, apurado, atosigado por las miradas, al fin me ciego y, de seguro malamente, despliego mi arte. Pero ¡qué mejor que un mal artista para enseñar!

También como profesor del huroncito despliego mis malas artes. Ella está estudiando sociología y me pide ayuda para desentrañar algunos materiales que le dan en la facultad. Me tiene por un sociólogo concienzudo. O tal vez pretende equivocarse respaldada en otro. No sé. En los textos, ella marca los conceptos sociológicos con resaltador y yo empiezo siempre por poner mi dedito en ellos y desacreditarlos. Mis primeras enseñanzas no son más que chistes algo malévolos que hacen reír al huroncito. Me gusta hacerla reír aun cuando la risa la afea un poco. Es una chica linda, verdadera y extrañamente linda ya que en sus facciones, no sé ni siquiera por qué, vagamente asoma un rictus, un aire de discapacidad. Cuando se ríe se marcan en sus sienes unas venas que parecen trazar un camino que se pierde en los cabellos, y la boca, que no es para nada excesiva, se abre sin embargo de tal manera que se hacen bien visibles sus encías, las que parecieran tener una moldura luego de la cual nace la dentadura blanca y más bien breve. Se ríe con muchas ganas y a pesar de las venas y las encías sigue siendo bella. No sé qué tanto la persiguen los hombres pero en lo que a mí respecta caería enamorado de no interponerse Josefina a diario. Mi amor por el huroncito es un tejido que no alcanza a tomar forma que ya, como el de Penélope, se desbarata y queda desperdigado en hebras irreconocibles. Más de una vez he mirado esas hebras torciendo la boca y con ciertas pretensiones de nostalgia. Quisiera decirme a mí mismo: “ah, huroncito” y proponerme tejer y tejer y no obstante sé que no tengo ánimos para hacerlo. El amor es muchas

veces un tejido voluntarioso y no se está dispuesto a tamaño esfuerzo, menos aún cuando el tejido vuelve a desbaratarse a cada rato. Creo que Josefina sospecha lo que ocurre y no se preocupa por el huroncito. En el fondo, debe saber que su sola presencia gatuna, desparrama a los ratones tejedores. Mi pequeño amor por el huroncito no es un amor sino más bien un trabajo de Sísifo, una módica tortura que casi me place. Le causo asombro y la hago reír, maestrito burlador, dandy en pantuflas, petimetre audaz que de todas maneras nunca se asoma a la procacidad. Toda mi audacia se frena ante ese abismo. Ni sus polleras algo cortas y ajustadas bajo las cuales vibran unas nalgas que, de tener espíritu místico, me pondrían de rodillas, ni aun así, me arrojé al vórtice del chiste verde. ¡Soy enemigo del lenguaje procaz! ¡Nada de chistecitos sobre lo pudendo! Nunca he hecho esa condescendencia a mis propios testículos. En este sentido, soy irreductible. Aun cuando un chiste procaz devenga en un atajo que me evite un camino de varias jornadas, aun así, siempre lo he evitado. Si soy servidor de mi glande y de mi escroto —y lo soy en el grado que conviene a un buen y meritorio mamífero, tanto como un monaguillo de su dios—, el chiste procaz es para mí una esperma ajena que no he de tocar. En fin. Mis chistes suelen ser intelectuales y el huroncito se ríe aunque no entienda o aunque no entienda del todo. Nos reímos y luego el texto queda a nuestra merced. Nos reímos y el laberinto depone sus intríngulis, los nudos se aflojan antes de que nuestros dedos tomen los cordones. Nos reímos y los párrafos no pueden herir nuestra susceptibilidad de malos lectores. Nos reímos y entramos a lo fantasmagórico si se quiere. Entramos a la caverna para disfrutar de las sombras. Nos enterramos con los sofistas. Frente a todo, levantamos los hombros del bracete de Protágoras. En verdad, no creo que sea un buen método de estudio; los profesores están muy lejos de aceptar las neblinas de las cavernas. Son cartesianos y quieren claridad y distinción. Ella es algo confusa por la suya propia y yo sumo los humos de mis inciensos. De todas maneras, me llama para que le explique. Antes de mis enseñanzas ya tenía notas muy flojas, de modo que se debe culpar a sí misma y me convoca. Es un huroncito tozudo y tiene en verdad la nada de vanagloria de un animalejo. De otro modo me haría algún reproche. Creo que cuando estamos juntos no

alcanzamos el escalón de lo humano, nos mantenemos por debajo, algo enredados uno con otro y haciendo movimientos torpes, ambiguos, que podrían interpretarse en un sentido u otro, que pretenderían ascendernos al peldaño de lo humano tanto como descendernos todavía más. Sentimos juntos una felicidad que, lo sabemos mientras la vivimos, va a avergonzarnos. De hecho, cuando regreso al departamento de Josefina, al hogar, lentamente una pátina vergonzosa va cubriendo el recuerdo de esos ratos y los va nublando. Regreso al nido, además, bien cansado, como un pichonazo que ha practicado vuelo infructuosamente. Cada vez que salgo del nido regreso cansado pero la docencia en particular poco menos que me agota. Cuando volvía del colegio luego de dictar tres horas de clase —que en realidad son dos horas de reloj— estaba hecho una piltrafa, cuerpecito tumefacto ansioso por el pijama. Me dormía, creo, con las manitas agarrotadas y estirando el cuello para llevar la cabeza quién sabe adónde, para llevar la cabeza fuera de este mundo.

El huroncito supo por su hermana menor de mis muñecos y me pidió conocerlos. La última vez que fui a dictar cátedra llevé entonces a Maloy. No quise llevar a los dos y me incliné por preservar a Cachimbo de una presentación que le podía causar cierto escozor. En este sentido, Maloy es más duro y menos impresionable, no se asusta tanto de las veleidades humanas. De hecho, el huroncito lo sostuvo con los brazos bien estirados y un pasmo algo desquiciado en los ojos. Maloy sonreía como un bonísimo alumno que ha hecho la tarea a satisfacción y por ende no tiene nada que temer. Lucía como nunca, con el pelo lacio —que suele tener algo pirincho y con el flequillo sobre la frente— esta vez bien peinado hacia un costado. ¡Era un señorito! Pero era un señorito con algo de pibe, con un aire a Hijitus, a ese Hijitus previo a los conflictos, cuando Trulalá duerme en paz y él barre la vereda junto con Pichichus. En verdad, no parecía Maloy y no trasuntaba ninguna sabiduría. Estaba hecho un puro infante, apenas si cumplidor. Todo estaba perfectamente soterrado. El huroncito podía creer en la inocencia de Maloy y a través de él en mi propia inocencia. Lo acomodamos en el sillón del living, cerca de nosotros. Seguía extrañamente beatífico, tanto que yo lo desconocía por completo e iba creciendo en mí una curiosidad no exenta de temor. ¡Maloy es un

formador de hogares y podía estar abrigando agradables ideítas! “En el fondo”, me decía yo, “es un descarado y su objetivo de vida es la traición”. Y le dije al huroncito: “viven para la traición”, aunque no lo señalé a Maloy. Ella declaró que Maloy la encantaba y yo asentí con la cabeza, concediendo, aunque en mi fuero interno me dijese que una chica joven habría sido fuente de muchos malentendidos entre Cachimbo, Maloy y yo y que con Josefina esos males se evitaban.

Cada vez, la madre del huroncito nos ofrece mientras desglosamos el texto una leche chocolatada, a la que promete verdaderamente espumosa. La ofrece con una avidez que en el huroncito provoca un rechazo inmediato y visceral y en mí una adhesión aduladora. Levanto el dedito índice con una sonrisa entusiasta, de labios ribeteados por la impudicia, blanda, lamentable. Me anoto con alegre satisfacción a la leche chocolatada y la mujer me señala con cierta excitación; “el profe quiere” dice y corre a la cocina. No debería apreciarme en realidad pero como servidora de leches chocolatadas (nunca ofrece té ni café) cuento con su favor. Mi dedito pedigüeño la hace feliz. Por lo que se hace visible, debe ser una mujer de cuerpo lechoso y pacífico, feamente saludable. El padre del huroncito, según escuché decir, la abandonó hace ya unos cuantos años y la mujer pareciera haberse entregado al más contemplativo y sereno de los orgullos: una lechosa salud, una suerte de reconditísima venganza. Habría que felicitarla por ello y, por supuesto, nadie la felicita. Yo podría intentarlo pero me enredaría en ditirambos confusos y entonces tampoco lo hago. Debería recibir unos cuantos ¡bravos! y sin embargo creo que vive rodeada de silencio. Así es el mundo. ¡¿Cómo remontar esta injusticia que a mí me parece infinita?! Cualquier injusticia me parece infinita. Y deben ser nomás infinitas cada una de las injusticias, lejos está de ser, quizás, una morbosa impresión personal, y probablemente sea esa infinitud inconmensurable la que lleva al mundo a la indiferencia. Todo se halla en lo irreparable.

En fin. El huroncito, como es lógico, no se toma a bien esa disposición de su madre para ahondar las injusticias del mundo. Los hijos no suelen ser solidarios para con sus padres cuando éstos padecen injusticias. De alguna manera, más bien se retraen. Puestos a elegir entre el mundo y el progenitor, en silencio eligen el mundo y

luego buscan excusas para no pronunciarse; los invade una suerte de vergüenza metafísica. Forzados por los padres en cuestión, tal vez se declaren en su favor pero difícilmente puedan disimular por completo que es una respuesta de compromiso. En defensa de su propio futuro, del que son guardianes fieros, se han plegado con el mundo e interpretan su injusticia como mera debilidad personal del padre. Y esto aun cuando simpaticen con la izquierda por ejemplo y estén por lo tanto algo enfrentados con la realidad; aun así, querrán triunfar en el mundo vigente —como fuere, incluso como izquierdistas— y esta necesidad de lo real los apartará de los plañideros. En principio, en la madre del huroncito no hay nada de plañidero y, sin embargo, la hija en cierta forma lo huele o lo supone. Las suposiciones, como no pueden sacarse graciosamente a la luz, se cocinan en la marmita interior hasta alcanzar un espesor que excede con creces al de las más evidentes certezas. Tal vez el huroncito suponga que la serena y lechosa salud de la madre tenga por objeto una vida prolongada, un estar en el mundo por décadas y décadas para imponer con su presencia un relato. Tal vez sospeche que no hay en verdad afán de vida sino el ansia de inscribir en un pedacito de realidad una narración. Se vive para imponer esas frases. Y en cierta medida, se muere también con el mismo afán, el de determinar un relato, sólo que en este caso a través de la ausencia. La muerte de una persona, su ausencia, persiste en casi todos los casos por varias décadas hasta que finalmente la traga el olvido. Pero mientras tanto sigue cayendo nieve sobre el cuerpo de su ausencia y los brazos están en capacidad todavía de escribir sobre la carne de la realidad.

Y en verdad no sé qué tanto está enfrentada el huroncito a la carne de la realidad. Si no entendí mal —con el huroncito entender mal es poco menos que ley—, se manifiesta de izquierda. Claro que siendo estudiante de sociología esto es prácticamente obligatorio y puede ser en consecuencia una mera formalidad con el fin de deslizarse más o menos grácilmente por esos territorios. Algo de eso existe sin duda porque en una ocasión en la que repasábamos la ley del valor en Marx y llegamos al concepto de plusvalor, en alguna medida se resistía a admitir sin más la explotación del trabajador. Objetaba con ingenuidades bastante notables y dificulto que se haya convencido.

Casi hasta el último ratio interpuso alguna que otra bobada, de esas que hasta un economista liberal un poquito inteligente y un poquito honesto no podría interponer sin ponerse rojo hasta las raíces de los cabellos. Su izquierdismo, me parece, está más en el ambiente que en ella, vale decir, que ese izquierdismo ambiental la penetra sólo en las capas más superficiales, de manera de poder interactuar con su medio en concordancia con él; es un izquierdismo infantil, que se basa casi exclusivamente en la condena a las figuras políticas de los partidos que no son abiertamente izquierdistas y que se centra fundamentalmente en las críticas a los gobernantes. El huroncito no es capaz más que de cierto escepticismo —a veces con pretensiones de cínico pero más que nada ingenuo— con respecto a los gobernantes en general y con respecto a los gobernantes de turno en particular. Es un izquierdismo pueril que la izquierda partidaria argentina alimenta con sus módicas iras antigobierno y que para ciertos hijos de las capas medias cuadra muy bien con la percepción del mundo que traen de sus hogares. Unos cuantos políticos que se mueven en el escenario, a los que se tilda de corruptos, sea esto cierto o no, constituyen la raíz del problema, mientras que la clase capitalista queda más o menos exenta de culpa o apenas visible detrás de los cortinados. Es un izquierdismo que encuentra su válvula de escape con cada cambio de gobierno y que trabaja más bien en los hechos para los opositores de turno. Es una izquierda antimarxista que fetichiza el poder del gobierno y que en definitiva es bastante cómoda para todos, para la clase capitalista y para los que integran esa izquierda, pequeños burgueses con ánimo de perdurar y hasta de medrar. En fin. Mi huroncito querido está en esas y a mí me cae en gracia perdonarle todo. ¡Sus errores me encantan porque me encanta perdonarla! Nunca le puse el más mínimo reparo a sus opiniones políticas y creo que hasta se las festejo con sonrisas y pequeños comentarios. ¡Las nalgas del huroncito me encuadran también políticamente! ¡Soy bastante despreciable pero a la vez el primer despreciador! Y sin embargo… El huroncito suele usar unas calzas o medias gruesas, a veces bordó, a veces verdes. Es su atuendo habitual, el que repite con una frecuencia bastante llamativa. Tal vez como parte de su izquierdismo ambiental evita concienzudamente la pulcritud. A veces huele de una manera algo imprecisa, un olor

tenuemente salvaje que me lleva a adelantar las naricitas hacia ella. No sé qué busco exactamente, pero creo que busco el olor de su sexo, de sus orines. Es una suerte de esperanza siempre insatisfecha porque el vago hedor del huroncito no llega nunca a definirse. Así como debe tener origen en las gruesas medias que usa, incluso los días algo templados, así también las medias lo retienen. ¡Qué daría por quitar esas medias y oler y oler como olía el Erectus! ¡Oler con las aletas de la nariz palpitantes y la mente abismada en los matices agrios, ácidos, dulces del hedor! Oler y sólo oler, como deben oler los lactantes. ¡Si sólo pudiéramos remontar el río de la historia como gigantes furibundos y volver a la piel del Erectus! El de Tautavel creo que ya estaba malogrado. Del Sapiens, o sea de nosotros, mejor no hablar. ¡Quisiera oler algo hasta marearme! Oler hasta el vértigo. No quiero drogarme ya, quiero oler. Arrojarme en el olor hasta la felicidad. Habitar, siquiera unos momentos, en los olores del huroncito y ser absolutamente un oledor. Un oledor definitivo. Hasta que el Sapiens vuelva a ganarme y entonces ría o llore. El Erectus probablemente no reía ni lloraba pero nosotros lo hacemos porque guardamos en nosotros las pulsiones de él. Reímos y lloramos porque guardamos los frenesíes de nuestros antepasados. Cuando ellos terminen de morir en nosotros ya no vamos a reír ni a llorar. ¡Y van a morir en nosotros! Siento a veces tanta nostalgia de ellos y siento ante ellos tanta vergüenza. ¡¿Os traicionamos hermanos?! ¿Os sepultamos cada vez más hondo?

No sé si hay otro Sapiens preocupado por el asunto. Supongo que no. Cuando volví con Maloy a casa en aquella oportunidad en que lo llevé a lo del huroncito, le pregunté si la había olido. Ella en un momento lo tuvo en sus brazos y lo hamacó y le hizo unas lindas monerías. ¡Te estoy viendo mi huroncito enciático, riéndote hasta más allá de la moldura! En fin. El huroncito se entusiasmó con el novedoso Maloy, con el Maloy-Hijitus que a mí me dejaba bastante perplejo. ¡Advenedizo Maloy! Creo que en su fuero interno se declaró leal al huroncito, ganado por sus gazmoñerías femeninas, y ante mi pregunta se levantó de hombros, simulando una imposibilidad que lejos está de padecer. ¡Estoy seguro de que huele como el Erectus! Y se lo dije bien clarito al granujón. Sabía que había olido hasta develarla por

completo, hasta desnudarla como yo no voy a poder desnudarla jamás. Oler hasta develar al humano. No verlo sino olerlo, mi querido Maloy. En última instancia, no tardé en darme cuenta de que no ibas a hablar y de que no había lenguaje posible y que lo que habías olido pertenecía a esos territorios del Sujeto en donde no hay más que vibraciones y zumbidos y sensaciones sin nombre y mudez y finalmente ausencia del humano. Te cabeceé un poquito, Maloy, mezcla de mimo y de dulce embestida y te dejé tranquilo. Me puse a pensar en el Sujeto. Ese día me puse a pensar en el Sujeto y creo que ya me olvidé de casi todo lo que me dije. Hablar con uno mismo es casi peor que hablar con otro. El olvido es bastante más fulminante cuando uno mismo es el interlocutor. Cierto temor absolutamente impreciso, de origen incierto, nos lleva a recordar al menos algo de lo que nos dicen los demás. Pero se tiene demasiada confianza con uno mismo y entonces se olvida con facilidad. Una parte, incluso quizá gran parte, de lo que pensé ese día está perdido o poco menos. En el momento uno se engaña y cierto entusiasmo con las propias ideas le hace creer que olvidarlo es prácticamente imposible. Las frases casi brillan y se distinguen con claridad, en cierta forma parecen indelebles. Uno supone que esa distinción, que ese brillo no puede perderse y no obstante se pierde fácilmente. Es notable qué tan fácilmente ocurre lo imposible o, mejor dicho, lo que el pequeño Sujeto, ufano, tiene por imposible. Pensé cosas y las tuve en su momento por parte ya de mi acervo, como mi nombre y apellido y hoy busco los rescoldos de ese supuesto acervo y la quemazón no dejó demasiado. El pensamiento dejó abandonados esos tesoritos creyéndolos en la gran bóveda del Banco Mundial y al regreso encuentra poco más que cenizas a la intemperie. ¡¿Si hubiera resguardado mis lindos pensamientos, mis lindas ideítas, no tendría ahora un capital?! En fin. No debe existir pequeño burgués con trazas de intelectual que no piense lo mismo. Fui hasta mis ideítas y qué. Encontré muy poco. Me quiero convencer de que rescaté cosas y que ahora estoy restaurando cuando probablemente gran parte de ese material sea nuevo y de formas muy diversas al de otrora. Creo recordar haberme dicho que el ser humano va a dejar de ser animal cuando el lenguaje llene por completo al Sujeto y que mientras tanto

vivimos en estado de humillación; que lo que existe de Sujeto sin lenguaje nos rebaja hasta lo intolerable. Y luego, quiero creer, me dije que era imposible llenar al Sujeto de lenguaje y que… ¿quién sabe? Quizá me dije, o me lo digo ahora, que a medida que el lenguaje agrega conceptos, el Sujeto se infla proporcionalmente y que no hay progresos en pos de agotar el Sujeto, que es un camino obligatorio y sin final. Y esto que creo haber rescatado me desilusiona y lo tengo por rescoldos y en parte rabio y… Porque me digo ¡¿y qué con estas ideítas pavas?! Y quiero creer que hay mucho perdido y que no son más que rescoldos. Y sin embargo, a fuer de ser sincero, sospecho que el otro día no hubo mucho más y que la apariencia de mucho más de aquel momento fue a causa del espejismo de la novedad. O no sé si llamarlo espejismo. La ideíta novedosa brilla y con el tiempo se apaga su fulgor. A veces incluso pierden brillo muy rápidamente. Recuerdo que el año pasado, cuando daba historia en los dos cursos del colegio, si arrojaba en una de las aulas una ideíta nueva para mí, surgida en el instante, mi entusiasmo se reflejaba en la cara de los alumnos y ellos disfrutaban y la bien apreciaban. Al repetirla en el otro curso ya no tenía para mí aquel fulgor y yo lo veía en los rostros de los alumnos. En mi ánimo, en el transcurso de menos de dos horas, había perdido vigor y hasta realidad. El brillo intelectual pertenece al instante, se encuentra en los distintos instantes; la densidad intelectual en cambio… ¿Tuve mis instantes en el aula? Probablemente los haya tenido, mis instantes wildeanos, los instantes en los que tendría que haber tenido un sombrero de paja en la cabeza y mascar una brizna de pasto mientras pronunciaba las palabras para dejar un recuerdo indeleble. El recuerdo también se origina en puntadas, en el aguijón de un instante, de la misma manera que los tatuajes indelebles emergen de los pinchazos de agujas. Aunque no creo que esos recuerdos constituyan la enseñanza. La enseñanza más bien debe ser, no sé si lo antiwildeano pero al menos lo no wildeano, todo aquello que subyace al recuerdo. La enseñanza no puede ser reclamada en el aula, como se me reclama a mí. La enseñanza es la masa crítica que va en los alumnos y que no se puede visualizar directamente pero sin la cual no habría superficie, de la misma manera que la superficie de un cuerpo celeste no podría existir sin su volumen, y es éste, a la vez, el que

determina su extensión. ¡Y están los grandes astros apagados y los pequeños cometas brillantes y de cola centelleante! Los cometas de órbitas excéntricas con efímeros perihelios fulgurantes y larguísimos afelios oscuros. ¡Soy un cometita que el año pasado brilló en los cielos para admiración de algunos terráqueos! Pero me estoy yendo hacia mi largo afelio de tristeza y de tinieblas, muy, muy lejos del sol. ¿Cómo explicarles a los alumnos que es imposible que el pequeño cometa vuelva antes de muchas décadas, que son leyes inexorables de la física las que lo llevan hasta el cinturón de Kuiper, que volverá tal vez para otras generaciones? Me estoy yendo muy rápidamente, traspasando ya la órbita de Marte, a riesgo de estrellarme contra los asteroides, a un prolongadísimo periplo hacia las zonas heladas, negras, inconmensurables, hacia los mundos plutónicos, que es adonde se va a morir para luego, mucho tiempo después, renacer. El pequeño cometa no puede frenarse ni violentar su órbita excéntrica, a riesgo de no ser cometa y devenir en pedrusco. En verdad, un cometa es un pedrusco que gracias a cierta velocidad y a cierta órbita puede ocultar lo que es y en ese caso ya no podría ocultarlo. No quiero volver al aula como pedrusco. Como cualquier dócil, soy dócil ante el otro —ante Josefina — pero más dócil soy ante las fuerzas cósmicas, ante las fuerzas del azar y del destino. ¿Qué hubo de tremendo y de insignificante en el origen de nuestro sistema solar que determinó mi ir y venir, mi deambular terrible? Nada que pueda dilucidarse, nada que pueda saberse, nada que pueda interesarle a nadie, ni siquiera a mí mismo.

Los chicos del colegio ignoran que el Halley regresa cada setenta y seis años. Y que otros cometas son aún más esporádicos. A caballito de su propia y cómoda vida de petimetres —que conozco tan bien como el gusto de los churros rellenos que mi madre me compraba cuando levantaba un dedito—, creen que todos los años o todos los meses pueden tener cometas en el cielo. Difícilmente comprendan que una sola vez en la vida está muy bien y que no hay que pretender más que eso. No pueden justipreciar todavía lo módico de la vida humana, su radical insignificancia en medio del silencio de las moles de piedra. Cuentan con su propio discurso para inflarse e incluso inflamarse. El propio discursito es un mundo que no puede sino exaltarse a sí mismo. Es una posesión que se posee furiosamente a sí misma. ¿Cómo esperar

que de semejante pasión no surja un engaño de símil envergadura? Pero de la sumatoria de todas las pasiones humanas no surge la fuerza necesaria para desviar un milímetro el decurso de la luna en su órbita. Y mis queridos petimetres pueden levantarse de hombros frente a esto pero la luna ni siquiera necesita levantarse de hombros para ser indiferente.

No sabría establecer qué tanto me interesaron mis alumnos, qué tanto me interesan ahora. Como profesor fui, más que nada, un artista para sus ojos y sus oídos, un artista que no quería defraudar. Un artista sin arte, un artista que exigía fe en lo inexistente y, por lo tanto, que exigía fe sin ninguna autoridad. Sus cuerpos eran demasiado concretos como para que yo pudiera ser un despreciador. Puedo despreciar una entelequia, a toda una clase social, a toda la humanidad, no puedo despreciar a nadie como cuerpo presente. Los alumnos eran esos cuerpos que simulaban cierta pasividad de títeres para que yo cometiera el error de creerme titiritero. Pero yo sabía que eran cuerpos rotundos, cuerpos aferrados a sí mismos. No había forma de hundir nada en ellos como no abrieran algún agujero. La iglesia logra que millones y millones abran la boca —y no solo— pero yo no quería evocar el poder de ningún cielo. Y sin embargo enseguida que me senté en el escritorio evoqué al menos la belleza de los cielos. Si no, me hubieran despreciado. Pedrusco veloz, pedrusco helado por el miedo en *tour de force* hasta el sol eché mi cabellera al vacío que dejaba atrás. Mi larga cabellera los fascinó. Y en verdad creyeron que era mía. Me bebí los vientos inexistentes del espacio sideral y los alumnos vieron en mí los cabellos evanescentes de dioses que no han conocido, de dioses que los humanos no podemos todavía invocar. Di mis clases de historia con un objetivo que lejos estaba de figurar en la planificación burocrática que me vi obligado a presentar, que yo mismo en esos momentos no tenía demasiado presente: el de mostrar que los dioses verdaderos no han nacido. Todas esas mezquindades de la historia de las que yo iba haciendo *racconto* no tenían otro motivo que desnudar a la realidad de sus ropajes dignos. Bestezuelas, no somos merecedores de conocer los rostros de los verdaderos dioses. Enseñé historia para decirles nada más que eso. Y de una manera u otra deben haber entendido. La Torre de Babel está en sus primeros

pisos y tal vez no apunta en la dirección correcta. No hemos dejado atrás tanto como creemos y nuestra pequeña vida se halla ubicada en las eras desgraciadas, las eras que no han alcanzado cierto horizonte. Hemos sido arrojados a la vida en los más sombríos caminos y todavía falta mucho para llegar a los umbrales del templo. ¡No hay dignidad posible, mamíferos!, les he dicho y han comprendido. ¡Sentaos en sus bancos, vertebrados! Y han sabido a qué me refería. El profe-cometa ha dado sus lecciones en un par de aulas de un colegio privado de Caballito. No ha sido en el Collège de Francia. No he sido grabado. Josefina no ha tomado esa precaución. Mis discípulos, entre moco y moco, habrán tomado algunos apuntes. No los he querido en realidad y ellos sabrán disculparme.

VIII

—¿Vos sabías que me llama mandarina?

Josefina esbozó una sonrisa, que rápidamente desapareció.

—Para nada. ¿Mandarina?

—Así me dijo Raúl. Hablando con él en un momento me… Me sacaba a colación llamándome la mandarina.

—Quizá le pareció.

—Fue más de una vez.

Josefina miró a su amiga con desconcierto aunque en alguna medida sus ojos se abismaban en una risa que iba abortando instante tras instante.

—¿Así me nombra con vos también?

—Te juro que no.

—¿No te parece que ya es hora de que intervenga un psiquiatra?

Josefina empujó la taza de té que tenía enfrente. Que otro le dijese lo que una parte de sí sostenía en oposición a la otra parte no le cayó en gracia. Probablemente porque la aparición de una tercera fuerza beligerante podía llevar a que las escaramuzas se tornasen en verdaderas batallas.

—No sé. No soy tampoco la titiritera.

Su amiga no contestó y por unos momentos permanecieron en silencio.

—Incluso podría ayudar en el proceso —arriesgó Silvia su opinión otra vez.

—Los alumnos del colegio me pidieron que regrese al aula.

—¿Y?

—No tuve el valor. Además…

—Hiciste bien.

—No estoy segura.

—¡Pero Josefina!

—Se organizó un taller. Un grupito de alumnos tomó la iniciativa…

—Puede haber problemas.

—Es algo extracurricular, fuera del horario del colegio y sólo concurren los que se inscriben voluntariamente.

—Pero se da en las instalaciones del colegio.

—Tampoco está apestado.

—Pero está señalado. Tenés que admitir la realidad.

—Tiene las señales, sí.

—Josefina. Vos te formaste…

Se miraron con cierto asombro mutuo.

—Justamente es un tema de formas, del lenguaje —afirmó Josefina.

—¿Estás segura? No es un tema…

—En todo caso es la vida gruesa, espesa, que precede al lenguaje —Josefina lo arrojó y al decirlo creyó que se estaba contradiciendo y arremetió para demostrarse de que no era así—. Se va a develar también con el lenguaje.

—No te entiendo

—Él… Leonardo.

—Sí.

—Puede ir a zonas…

—A zonas…

—No lo pensaría como un explorador, como alguien… No sé. Pero te juro que a veces parece penetrar en lo sólido.

—No será tu…

—Es… Es del orden de lo no común.

Se miraron y los años de amistad se desmoronaban tan fácilmente que el encono coexistía con cierto asombro.

—¡¿No tenés miedo?!

Sin que hubiera aparecido en el discurrir de su pensamiento, Josefina había esperado todo el tiempo esta pregunta. Lo supo cuando la escuchó.

—Desde ya que no.

—Ni siquiera por Abril.

Josefina aspiró con fuerza.

—No. Ni por Abril ni por mí —Josefina habló con un furor contenido ya que su amiga la obligaba a decir lo que no hubiera

querido decir jamás. Se advertía tentando al destino gratuitamente—. Podría preguntarte lo mismo por tu marido, que…

Un odio acerado, singularmente frío, emergió en los ojos de Silvia.

—Fue hace muchos años —sentenció.

Y, por el tono de voz, Josefina supo que una parte de la amistad había muerto, de la misma manera que un cardiólogo ve en un ecocardiograma el tejido muerto luego de un infarto. Los ojos se le llenaron de lágrimas e hizo un gran esfuerzo para evitar que desbordaran sus órbitas.

—No me hubiera quedado tranquila si no te lo hubiera dicho. Me parecía que alguien debía asumir el riesgo de tratar de abrirte los ojos. No sólo por vos, también por Abril, que vive bajo el mismo techo. No sé si te das cuenta de que ese muerto… Para mí, tiene un significado que vos no querés ver. Tiene una simbología… —Silvia vio el rímel corrido por las lágrimas bajo los ojos de Josefina y se detuvo por unos segundos. Enseguida, sin embargo, supuso que esas lágrimas mostraban el quiebre de una voluntad, el desmoronamiento de una pared de la fortaleza—. La verdad es que me parece que al juez no le va a quedar más remedio que interpretar las cosas de esa manera.

Josefina sabía que las lágrimas habían desbordado sus ojos pero no quería realizar ningún ademán que les diese aún una mayor relevancia. Quería creer que si las negaba iban a terminar por ser inexistentes.

—Vos das por hecho… No tenés por qué ir tan lejos con…

—He sido tu amiga.

—Y fuiste parte de mis esperanzas.

Silvia torció la boca. Josefina bajó la vista. Hubiera querido explayarse al respecto, hablar acerca de lo que significa formar parte de las esperanzas de otra persona pero estaba demasiado confusa como para hacerlo con alguna coherencia y ni siquiera empezó. Ella misma en la adolescencia había aspirado a sustraerse por completo de las esperanzas de otros, lo había tenido casi por un ideal de vida, una suerte de perfección de la existencia. Había intuido que sólo de esa manera se podía ser plenamente uno mismo; alcanzada por las esperanzas de otros la propia existencia se deformaba y podía perder su esencia, su razón de ser. No podía pensarse a esa edad, los quince,

los dieciséis años, sino como absolutamente reconcentrada en sí misma, de tal modo de no dejar escapar ni la más ínfima porción de su ser. Había entonces que atesorarse infinitamente so pena de perderse, de desperdiciar la única oportunidad de existencia que se tenía, y, en consecuencia, para ser verdaderamente no se tenía que vivir. Ser era atesorarse y vivir era desperdigarse. No era posible estar fuera del alcance de las esperanzas de los otros si se estaba en la esfera de la vida. Había sufrido esta contradicción muy vivamente en esos años, hacia el final de la secundaria. Y esto la había llevado a la carrera de Filosofía, a las lecturas de Sartre y de Simone de Beauvoir. En esos primeros años de estudios filosóficos, la contradicción había ido atenuando su vivacidad, no porque hallase una respuesta satisfactoria —en verdad ya casi no buscaba una respuesta a esa cuestión crucial para ella— sino que se había ido deslizando subrepticiamente en la vida. No se había suicidado y entonces se traicionaba. Sólo los que se suicidaban —y se quitaban la vida justamente para esto— permanecían leales a sí mismos. Vivir, para Josefina, era traicionar. Primero a los otros, a los padres antes que nada, luego a sí mismo. En esos primeros años de universidad rumiaba muy quedamente su subrepticia traición a la que había sido unos años atrás y sin embargo esa adolescente de quince años había sabido, con una convicción absoluta, que ya no podrían erradicarla jamás de la persona de Josefina; iba a persistir como fuere que se diesen las circunstancias de esa vida. La Josefina adolescente había sabido que iba a persistir de tal modo que no podía en verdad ser traicionada y la Josefina que la siguió, la traidora, a la vez que consciente de su traición se tenía por continuadora, por única posible continuación de aquel ser que se había sabido imperecedero, portador de él y, en última instancia, leal a la fuerza. Y ahora que acababa de reclamarle a otro de haber fallado a sus esperanzas, en verdad que Josefina sí se advertía traicionándose, porque aquella adolescente jamás hubiera podido tener verdaderas esperanzas en nadie. Si no aceptaba ser objeto de esperanzas, tampoco podía ser sujeto de esperanzas. Había creído que tenerlas era propio de un ser de menor cuantía, de un ser blando y mediocre y dado a la conmiseración. Tener esperanzas, para ella, habría sido pedirle piedad a la vida y aquella adolescente que fue no estaba dispuesta en absoluto

a ello. Por esto, el amor con Leonardo, diecinueve años menor, la había arrasado, porque lo podía vivir como un amor sin esperanzas, un amor noble, puro, hecho únicamente de sí mismo, verdaderamente personal, limpio por completo de las expectativas de los otros. Y la había arrasado, además, porque en la ocasión en que se conocieron, él dijo estar sorprendido (o tal vez dijo admirado) por cómo se hacía visible en ella la adolescente que había sido. Y no la describió tal cual parecía ser ahora sino como era en verdad tras la adaptación forzada a una apariencia, a un transcurso de vida: la pícara adolescente sin esperanzas estaba allí para él, tan viva, tan real como siempre, sólo que ella la había vestido y en buena medida la había disfrazado. Y Leonardo la había desnudado. Primero había desnudado su persona y luego, de manera inevitable, había llegado a su cuerpo. Había ocurrido en una reunión en la que a Josefina, que iba a prender un cigarrillo, se le cayó el encendedor.

—No sé por qué me desprecia.

—¡¿Leonardo?!

—Y por qué si no me va a nombrar como una fruta berreta.

—¿Mandarina? Pero debe haber habido una confusión.

—Y Raúl se preocupó bastante por encontrarle un lugar en la Secretaría.

—Sí. No les reprocho nada.

—En realidad, ya lo tenía ubicado cuando saltó ese asunto.

Josefina negó con la cabeza, dando a entender que admitía todo, que se rendía ante las evidencias. Se entregaba ahora a las evidencias que el mundo podía poner ante sus ojos. Hacía un tiempo que sabía que, por Leonardo, iba a tener que terminar por admitir las razones de los demás sin rechistar. Admitir y retirarse del campo de batalla para ya no regresar. Admitir todo y entonces despedirse de esa persona para siempre. Había querido pelearle un poco a ese destino pero ya estaba allí, ella misma se deslizaba en él. En parte, era un alivio, en parte, era lastimoso.

—Josefina —dijo su amiga con algo de cariño en la voz.

Un dejo de asombro primero y luego de ira atravesaron las facciones de Josefina y se puso de pie de manera inusitada.

—Tengo que irme —adujo.

—¿Así, de repente?

Josefina dudó. Probablemente era un exabrupto pero le era casi imposible volver atrás. Miró a su amiga figurándose que tal vez ella encontraba milagrosamente la forma de hacer que volviera a sentarse. Sin embargo, esto no ocurrió.

Media hora más tarde, Josefina introducía la llave en la cerradura de su departamento con cierta ansiedad. Deseaba creer que algo la estaba esperando, una novedad favorable. Estaba imbuida de ese ánimo inconfesable por el cual se cree que el deseo meramente subjetivo, la sola concentración de la mente en un punto, actúa en la realidad, mueve palancas. Y este ánimo era más fuerte que su escepticismo, que toda su experiencia de vida. En verdad, de chica nunca había confiado en la potencia de su mente sino que confiaba más bien en el mero desenvolvimiento del mundo. Y ahora, quizá más por desmoralización, por desengaño, era que caía en un optimismo imposible, un optimismo absurdo, que cualquier infante despreciaría. Entró al departamento y se dio a recorrerlo. No había nadie y esto le pareció bastante extraño. Extraño y desolador, dado el contraste de esas ausencias, que casi parecían un vacío de mundo, con el ánimo que portaba unos segundos atrás. Ahí lo tenía otra vez ante sus ojos, el poder de la realidad. Era un poder invisible hasta que se lo desafiaba, entonces, era implacable. Las ausencias de Abril y de Leonardo, en consuno, parecían un exceso. Dejó la cartera arriba de la mesa de la cocina y se sentó en una silla. Cruzó las piernas y apoyó los codos en la mesa. Incipientemente, tenía hambre pero sentía más bien otro vacío. Se advertía por completo sin poder. El mundo era un inmenso señor. El mundo era un inmenso señor y ella era una mujer que comenzaba a sentir deseos. No quería admitirlo pero ahí estaban y conforme los rechazaba cobraban mayor vigor. Había algo indigno para Josefina en esos deseos pero esta constatación no hacía más que acrecentarlos. ¿Dónde estaba Leonardo? ¿Dónde estaba el ser más antimundo que había conocido, el único al que en verdad podía amar, para hacer el papel del señor mundo?

IX

De chico, era muy nalgudito. Creo que tenía unas lindas nalgas infantiles. Esto se ponía en evidencia, me parece, con los pantaloncitos streech que se usaban cuando yo tenía seis, siete años. No sé si mamá se daba cuenta de esto. Uno se asombra de cómo cambia la mirada con el transcurso del tiempo pero más debería asombrarse en realidad de la fe que pone en la mirada del presente. Porque, en general, la constatación de nuestros errores del pasado —que más que errores fueron la aquiescencia personal a un clima de época— no nos hacen dudar acerca de lo que creemos en el presente sino que, tontamente, nos ratifica. Nos reímos de aquellas miradas dando por hecho que la actual que sostenemos está libre de otro clima de época. ¡Nos reímos con suficiencia! En fin. Mamá no debería ver en aquellos años lo que hoy vería si estuviese viva: que los pantaloncitos streech me ajustaban mucho y que a veces se me subían y que ponían al descubierto unas nalguitas asaz tentadoras. Desde ya, no existe un registro fotográfico de ellas ni yo tampoco me las miraba en el espejo, hasta que en una oportunidad pasó algo que me llevó a mirármelas. Mi mamá tuvo que salir y, por algún motivo que no recuerdo, no quiso o no pudo llevarme —¡a mí!, al piquito de oro que adoraba lucir en todos lados— y me dejó en casa de unos vecinos. Recuerdo bien que eran los que vivían exactamente debajo de nuestro departamento. Uno, de chico, no toma noción de estas cosas pero yo lo hice justamente a raíz de lo ocurrido. Si mal no recuerdo estaba la señora en la casa (que tal vez salió en algún momento a hacer compras, aunque esta posibilidad existe en medio de neblinas) pero el que seguro estaba era el hijo, que debía tener trece o catorce años, en el que empecé a descubrir miradas furtivas y algo de azoramiento. ¡Mis nalguitas debían revolucionarlo! Claro que yo no me daba cuenta de cuál era el asunto, lo veía algo envarado, preocupado, contenido y, tal vez, ligeramente zalamero. Era

evidente que no quería darme ninguna importancia ni ocuparse de mí en lo más mínimo, simple pendejito vecino, pero había algo más fuerte que lo llevaba a jugar conmigo. En un momento en que yo ponía un disco en un viejísimo combinado de madera que a mí me parecía que sonaba como los dioses, se me acercó por atrás y, aunque no me tocó (¡juro que no lo hizo!), yo sentí una alarma interior, punzante y decisiva, y salí corriendo. Me encerré en el baño y me subí al bidet y entonces vi en el espejo del botiquín que tenía el pantaloncito metido en la raya, lo suficiente como para que se vieran los inicios de mis dos nalguitas redondas. Me avergoncé terriblemente, en horrible falta de impudicia, de… Creo que me tuvo por abyecto. Me bajé los pantaloncitos, estirando la tela para cubrirme y estuve en el baño un buen rato. Cuando salí, me senté en el borde de una cama y no despegué mis nalguitas de allí hasta que mi madre me pasó a buscar. Si mal no recuerdo, no volví a ese departamento, aunque esto desde ya no obedeció a nada que yo dijese. O fue una casualidad o fue intuición de madre o… Yo me opuse desde ese día a los pantaloncitos streech y creo que presenté bastante resistencia cuando mi madre insistía con que estuviera a la moda. Prefería unos anchitos aun cuando se burlasen de mí, diciéndome que parecía un jugador de fútbol de los 40. Un tío, incluso, me llamó Pedernera todo un domingo a causa de los pantalones. Yo me sentía de todos modos más tranquilo. Quién sabe por qué, se me había ocurrido que el muchachito de abajo había desarrollado rayos X en los ojos y podía verme las nalguitas desde su departamento si yo me descuidaba. Fue una idea que me asaltó bastante tiempo, tal vez por un par de años, tal vez algo más incluso, hasta que esa familia se mudó. Me gustaban tremendamente las mujeres y recuerdo que a esa edad me masturbaba con bastante furia figurándome escenitas con Sofía Loren, pero el recuerdo de ese día era como un aguijón que tenía clavado. ¿Había sido putito por un día? ¿Estaba acechado por la homosexualidad a poco que me relajase? Cada tanto me mordían las tripas estos temores. Hace veintipico de años la homosexualidad, me parece, era como Caribdis, un monstruo que se despertaba de repente, de manera arbitraria, impredecible, y si esto ocurría ya podía darse uno por perdido, la vida estaba arruinada. Era lindo y picudito, ¿no era portador entonces de los estigmas a pesar

de mis frenesíes por las mujeres? Algo en el ambiente me llevaba a pensar que nunca se demostraba uno mismo que estaba a salvo mientras se fuera niño. Uno podía tener las fantasías que fuesen, esto no importaba en verdad porque la demostración para el universo —y uno mismo era parte del universo— se iba a dar al coger con una mujer. Antes de esto todo era dudoso, luego de esto uno estaba completamente a salvo, había arribado a la playa adonde podía reírse de las furias de Caribdis, de sus tremendos esfuerzos para devorar naves cuando despertaba. No sé si algún amiguito o varios o alguien me habían inducido claramente a creer esto. Yo creo que era algo que estaba en el aire y que no necesitaba de mensajeros demasiado precisos, los mensajeros eran todos, cada uno llevaba una brizna del mensaje, nada prácticamente, pero en la totalidad el mensaje era claro, preciso, indiscutible y ratificado en absoluto, tanto más porque nadie en particular había sido portador de él. Como cualquier chico, entonces, estaba bajo sospecha, y uno mismo era el primero en sospechar, el primer vigilante, el espiado-espía. Cuando me cruzaba con el chico de abajo en las escaleras luego de aquel incidente, el corazón me latía con una pesadez gravosa, no era tanto que se aceleraba agudamente sino que los latidos semejaban los golpes de un bombo, intensos, graves, cavernosos, y yo no sabía interpretar si esto ocurría a causa meramente de la vergüenza al hacérseme presente que para esa persona yo era un putito que había lucido tentadoramente la redondez de sus nalguitas o porque en verdad lo era, al menos en potencia, y estaba secretamente —secreto incluso para mí mismo— enamoriscado de ese muchacho. Cada vez que lo cruzaba, mi ánimo entraba en un ámbito de sombras, tal vez por unas cuantas horas; dejaba de ser el picudito bienamado, semejaba más bien un pichonazo desplumado y aterido, sordo y mudo. Me hablaban y no escuchaba, si eventualmente emergía en mi pensamiento algo para decir, no lo decía. El intercambio con el mundo cesaba, yo estaba apestado o cosa parecida. Probablemente temía que se revelase lo que guardaba con furia para mí mismo ya que del mundo, según creía, sólo podía obtener la extensión de un certificado: “putito”, escrito con letra gótica y tan definitivo como el diploma de un médico. Y mis padres, con su amor tremendo, no hubiesen podido de todas maneras más que hacer

otro tanto, extender con horror el certificado y abrazarme con una ternura desesperada. En fin. Mis papaítos, monos tremebundos, se hubieran golpeado las cabezas, desolados por haberle fallado a la especie. No existe mayor vergüenza entre los monos. Los monos en cubículos no son distintos de los monos en los árboles. Perplejos portadores de una forma, de un gen, de un arquetipo, servidores humildes, a veces frenéticos, pero en definitiva dóciles a esa causa final de la especie que se pierde en el futuro.

Alguna vez fuimos pocos monos y había que reproducirse y cada monito era valiosísimo. Creo que mis padres remedaron conmigo aquellas circunstancias. Me tomaron por un tesorito de la especie. En el fondo, es el engaño atávico de la especie hacia el individuo. ¡Mis papaítos veteranos que estuvieron a punto de no servir a la especie! Monos que se iban a ir sin tributar a la forma, me tuvieron *in extremis,* bebé del último óvulo, del que avanzaba a trompicones, rezagado, casi desahuciado en su tristeza de último mohicano por la trompa de Falopio, bebé que nació hablando para que todos creyeran que en verdad estaba ahí, real en medio de la realidad. Creo que nací hablando para que mis padres creyesen en mi realidad, que no era la mera espuma de los sueños. Para esos dos monos aferrados a la especie, enamorados del arquetipo a causa de la religión, yo debía tener la levedad evanescente de la espuma y entonces me puse a hablar. Bebé parlanchín. ¡Soy real! ¡Soy real!, deben haber sido mis primeras palabras. Me debo haber declarado de carne y hueso y aún así esos dos monos testarudos se rascarían la pera y con gesto de sabiduría en la boca me declararían de espuma. Nunca dejé de ser del material de los sueños. Aun hoy no creo del todo en mi realidad y sigo diciéndome, ¡soy real!, ¡soy real!, como quien pide limosna.

Pido realidad. Estoy en los territorios en donde los contornos se difuman. Miro cada tanto mis manos para constatar que no están disgregándose demasiado. Miro a mi alrededor con desconfianza; giro rápido a veces la cabeza para sorprender a la realidad en su disolución. ¡No puedo vivir la realidad con la plenitud con que vivo los sueños! Anoche soñé, por ejemplo, que teníamos un bebé con la mandarina. Era un hecho completamente convincente para mí aun cuando no habíamos tenido sexo. Teníamos un bebé y ella lo cargaba y

yo no lo miraba en verdad, pero aun así estaba lleno de significado. Mayormente, creo, significaba realidad. Era tan significativa esa realidad que se imponía a cualquier valoración, a toda connotación moral. Era un inmenso alivio vivir en el sueño esa realidad tan formidable que hacía cesar toda inquietud acerca de su valoración. Era formidable y a la vez era por completo banal y sin pretensiones y si era formidable lo era justamente por carencia de atributos. En verdad, no tenía más que un atributo: eral real y esto lo era todo. Habíamos tenido un hijo con la mandarina y sanseacabó. Habíamos tenido un hijo sin sexo, sin gametos. En fin. Ahí estaba.

Hará poco más de un año, me reuní con la mandarina en un bar y le di mi currículum para que se lo pasase a su vez a su hermano, que no era todavía vicepresidente pero que desde hacía tiempo era un gran mandarín de la sociología, con enorme despacho y una secretaria capaz de todas las mentiras imaginables y de las otras también. ¡No debe existir mayor beneplácito en el mundo que tener a una persona que mienta y mienta por uno! Uno sabe que está ahí, en la habitación de al lado, arrojando mierda a diestra y siniestra sin que la más mínima mácula ensucie nuestra bonita piel, casi sin que nos enteremos del todo de que eso acontece. ¿Sí?, podríamos preguntarnos, dudando de ello con una sonrisa dulce y hasta con un dejo de preocupación, una sonrisa a la que sólo los más aviesos y resentidos tendrían por hipócrita, y esto a mucha distancia de nuestro bien equipado despacho. El beneplácito sería equiparable a la posibilidad de cagar sobre miríadas de cabezas desde arriba de una nube, invisible, socarrón, inocente. En fin. En esa ocasión, la mandarina llevaba una pollera negra con un tajo adelante y, apenas asomaban por algún lado, mis ojos se iban solitos y solos, como radares automatizados, hacia sus bellas piernas. ¡Y sí que se embellecen las piernas con cierta madurez! Rara vez las jovencitas tienen bellas piernas y si me entusiasman de todas maneras es porque son promesas evidentes del resto del cuerpo. En las piernas de las jovencitas está más bien lo otro, lo que no es pierna. En cambio, en las piernas de las mujeres de más treinta, digamos, las piernas cobran belleza y autonomía, se representan a sí mismas, no las deseamos por otra cosa; en términos aristotélicos, se vuelven sustancia. Y no sólo son autónomas sino también autócratas

ya que emanan autoridad. Unas bellas piernas reclaman sumisión, no a la mujer de la que se trate sino a ellas mismas. Al menos, ante ellas, yo deseo bajar la cabeza y que esas piernas me gobiernen. ¡Unas bellas piernas están exentas de tontería! Si en otras partes del cuerpo de la mujer, las tetas o las nalgas por ejemplo, existen y anidan las idioteces, desde las ancestrales hasta las actuales, vale decir que son territorio del Sujeto, como si tuviesen alguna porcioncita de discurso en su corporeidad, las piernas carecen en absoluto de él y enarbolan el silencio de la vida, su sabiduría; de aquí, creo, su autoridad.

La mandarina tiene bellas piernas y facciones bastante ajadas. En aquella oportunidad, recuerdo, esta contradicción llena de malicia me inquietaba y, recónditamente, me enardecía. ¡Se trataba poco menos que de una sonriente malignidad!, y yo no acertaba a saber si la malignidad estaba en lo bello o en lo feo. Me inclinaba a creer que estaba en lo bello y esto era casi demasiado para mí. Más que entregarle mi pobre currículum —que casi no había podido embellecer dada mi poquedad en la mentira— quería caer de rodillas. ¡Señoras piernas! ¡Piquito pide piedad! La mandarina sonreía mucho en su fealdad inocente y yo dialogaba con ella manteniendo una conveniente distancia. ¡Josefina no hubiera podido estar celosa ni una pizquita porque mi ser no había ingresado en la esfera de la mandarina, en su burbuja! Éramos dos seres en sendas burbujas. Sólo que la maligna y sabia belleza de las piernas me doblegaba como la Vida doblega al Sujeto cuando se ven las caras. Es inevitable. El Sujeto vence sólo cuando se escamotea. Mi pequeño Sujeto de pichonazo se rendía en la oscuridad más íntima porque había sido sorprendido cara a cara. Y aun así debo haberme olvidado bastante rápido de ese encuentro, sólo que ahora tuvo su consecuencia. Anoche nació el bebé y yo lo aceptaba serenamente. No llegué a observar sus facciones ni casi a mirarlo que ya sufrió algunas metamorfosis. La mitad inferior de su cuerpo se transformó en un embutido, más o menos similar al leverwurst. Esto no nos amilanaba, no producía la menor alarma ni en la mandarina ni en mí; no mellaba, digamos, nuestro buen ánimo. Estábamos satisfechos como buenos padres que éramos de la criatura y en cuanto a mí, aceptaba esto que ahora me unía a la mandarina sin suponer ningún engaño. La transformación de la mitad en embutido

era en cierta forma simpática y parte del buen destino. No dejaba de ser un bebé vestido con ropitas blancas y un hijo pleno. Luego, me parece, la mitad leverwurst se separaba de la otra mitad y el sueño terminaba o ya no recuerdo su continuación. ¿Llevábamos el leverwurst a la heladera? No estábamos en una casa en realidad, más bien creo que estábamos en un colegio y la mandarina guardaba el lever en la cartera. Pero puede que esto lo esté inventando ahora.

En fin. Posiblemente quiera unirme a la mandarina y por su intermedio al mandarín, el hermano vice, puente indispensable para llegar hasta la presidenta. Ahora parece que las cosas han cambiado o siempre fueron así y se tergiversaban; en concreto, sería posible el indulto presidencial mientras se está en proceso en la justicia. El otro día alguien mencionó a Martínez de Hoz y siguió con su perorata. Yo asentía con alguna gravedad, creo que con aires de severo respeto por las leyes y las disposiciones institucionales republicanas, etc., y seguí asintiendo cuando se mencionó a Martínez de Hoz, dando a entender —actuando también para mí mismo— que ambos éramos ciudadanos y… ¡Del bracete del gran cazador africano, el más hierático de los que recorrieron las sabanas, el más certero, el que hacía de los británicos seres sentimentaloides y extremos! Piquito y Martínez de Hoz por la misma alfombra, aunque él en realidad volvía y yo iba. No sé si pudiera decirse que avanzábamos juntos por la alfombra y del brazo sino más bien que nos cruzamos y nos miramos con la adusta aquiescencia de los que estaban sometidos al senado romano en las épocas de la república. La majestad de la ley y el usufructo en la misma mirada. En fin. Si se está en cierta situación, no hace falta siquiera ser hipócrita, la honestidad más severa cuadra a la perfección con los dividendos.

De todas maneras, Martínez de Hoz me importó dos minutos y cayó en el olvido. Él era el británico que obtuvo, por supuesto, lo que el sultán no podía negarle, yo tenía que vérmelas con la presidenta y no soy más que un argentinito y de los menos recomendables. Asumí esto enseguida y casi me desesperé. ¡Lejos está la presidenta de ser una madrecita y ella misma lo dice! ¡Nada de madrecita! Nacieron en mí unos deseos enormes de arrojarme hacia sus tobillos y mordisquearlos y besarlos y mordisquearlos luego con más ahínco. ¡Quería sus

tobillos! ¡Y luego también sus zapatos! Sacárselos e inmediatamente olerlos y que esa mezcla de cuero y pie me diga lo que tiene para decirme. Una férrea esperanza había nacido en mí: que ese olor de los zapatos presidenciales, por otro lado suave y femenino, me retrotrajese por unos momentos al piquito de oro que fui allá en la infancia. Recuperarme a través de ese aroma en el que se mezclasen el animal que fue en el cuero con el trabajo humano civilizado y luego el pie de esa mujer que se niega a ser madrecita. Oler y saber lo que no podría decirse, sentir ese alivio, tremendo alivio de saber lo que no va a expresarse con palabras, como cuando uno de pequeño se calentaba al sol arriba de un médano y las olas rompían y se atrapaba el sentido de la vida justamente en lo sensorial. ¡¿Existe lo puramente sensorial?! No sé si es posible contestar esto para el Sapiens, habría que ir a golpear la roca que cerraba la entrada de las cavernas y tomar al Australophitecus de los pelos y llenarlo de electrodos. Pero creo que de chico esos viejos homínidos vivían en mí. Y toda la vida adulta es añoranza, no de la infancia en realidad sino de esos viejos ancestros que supimos tener en nosotros. ¡La añoranza de Platón, la eternamente bella añoranza de Platón no era de los arquetipos en realidad sino de los ancestros! O el arquetipo de hombre es en verdad el más sensorial Rudolphensis, el eternamente bueno del Erectus. Es una añoranza inextinguible, una larvada sed de ellos que no puede ser saciada. La angustia existencial humana no es más que añoranza de ellos, de los que se extinguieron en nosotros.

Y oliendo esos zapatos, mi querido lector, que niegas lo que eres, habré de recuperarme por unos instantes. Oleré el pasado mismo. El pasado mismo redivivo en el olor de los lindos zapatos y entonces la vieja savia del picudito va a irrigar los órganos secos de la adultez. ¡La plenitud de los órganos, lector! ¡¿Lo estás viendo?! ¡¿Lo estas sintiendo, amargo Sapiens?! Hablaré frente a ella como el picudito que fui. Con toda confianza hablaré después de mordisquear sus tobillos y oler sus zapatos. Ante sus largos cabellos castaños expondré lo que fue sucediendo desde los albores de mi tiempo. Y la exposición misma será un pedido de perdón. ¡De perdón, lector que no me perdonas! La exposición se bastará para que no pida perdón pidiéndolo. Y ella, enmarcada por los cabellos, sabrá adivinar las razones que no voy a

esgrimir por picudito que fuere. El picudito también sabía callar. El picudito que fue en el mundo y que al mismo tiempo, sin que se pueda saber cuál es la causa y cuál el efecto, perdió el pico y el mundo. El picudito y la no madrecita frente a frente, lector. La no madrecita va a escuchar enmarcada en esos largos cabellos castaños. ¡Y va a ser tan difícil adivinar lo que esté pensando ella que el picudito va a seguir adelante por mero picudito, por la nueva fe en el viejo pico! Y finalmente, lector, la no madrecita tendrá que asentir quedamente. Y la no madrecita, madrecita al fin para mí, tendrá que perdonar. Va a perdonar.

Jamás vas a saber, lectorcito miserable, por qué la presidenta de los cabellos de no madrecita va a perdonarme. Y no lo vas a saber porque has perdido el olfato y jamás vas a darte la oportunidad de oler esos zapatos ni de mordisquear esos tobillos. Y ya mismo, ahora mismo, estás malinterpretando todo, no oledor. Te señalo con el dedo y te arrojo como un venablo la verdad inaceptable: eres fundamentalmente un no oledor. ¡El primer atributo de la verdad es que es inaceptable! ¡Si lo sabremos tú y yo, no oledor! Viejo Sapiens no oledor que le has cortado la cabeza a la verdad hace tanto tiempo. En tu tremendo sufrimiento de no oledor arremetiste con la espada para tampoco oír. Y eres el veedor que no perdona. Un mal lleva al otro. El no oledor va, progresa como veedor. En fin. Si la presidenta me perdona, yo voy a perdonar a Josefina por la circuncisión a Roger Federer. Voy a estar feliz, y quien es feliz hace el bien sin comprender. ¡Primero se es feliz, luego se hace el bien y al final no se comprende! La claridad abrumadora del asunto (Josefina que tomó el pene de Federer e hizo las incisiones que cabía hacer, tal vez arriba de una tabla de madera como las que se usan para picar cebolla, y luego la sangre que corrió y las gasas con que arropó al pene tal como se arropa a un bebé) no ayuda en absoluto a su comprensión. El otro día se lo comentaba a Maloy, quien asentía con una aquiescencia adusta que yo valoraba muchísimo: es tan claro lo ocurrido, le decía, que la comprensión no tiene con qué avanzar. La comprensión siempre necesita de lo turbio, sin esto no tiene siquiera por dónde empezar. Comprender es interpretar y se interpreta lo que no está claro. ¡En medio de lo turbio, le dije, soy capaz no de una compresión unívoca sino de muchas! Me

jacté de ser un gran interpretador y Maloy me lo concedió, quizá por no discutir. ¡Pero estando todo tan claro…! Se hace imposible comprender nada, meneaba la cabeza yo con más perplejidad que disgusto porque en realidad quisiera sacarme el asunto de la cabeza. Y ya lo hubiera hecho si no me corroyera las tripas una ideíta que convoco para ocuparme de algo en medio de este desierto de actividades: ido del PO, de regreso de la guerrilla, ex encuestador, ex profesor, ex persona, en fin, la ideíta me une todavía con la vida en la tierra mientras marcho raudamente hacia mi afelio: Josefina debe revisar el pene de Federer para constatar su evolución. Un par de veces al menos habrá ido ya que lo debe haber tenido por su responsabilidad o, al menos, algo así debe haberse dicho para ir, para estar con el maravilloso muchacho. No es difícil figurarse que no se ha desentendido luego de esos tajos con la cuchilla. Y yo, que miro el tiempo desierto que me rodea como un suricata mira el paisaje circundante, me he convertido en un celador. No digo una palabra pero amo y celo. Cuando estoy cerca de Josefina casi involuntariamente me pongo a ronronear. No es algo que decida hacer aunque tal vez podría refrenarlo si me decidiera; sin embargo, más bien me place y no me sofreno. Ronroneo y ronroneo y quedamente le estoy diciendo que la amo y que la celo y que no debería abandonarme. Se acerca a mí y yo no tengo palabras y entonces ronroneo y me estoy diciendo a mí mismo que podría quedar desamparado. Me parece que mis ronroneos son cada vez más angustiosos; en la última semana han adquirido unos ecos cavernosos que casi me asustan. Parecieran surgir de un órgano tremendamente lúgubre que hubiera desarrollado. ¡He desarrollado un órgano ronroneador y ha ido cayendo en tal tristeza que mete miedo! Quizás alguna glándula cercana excreta humores lóbregos que llegan hasta el órgano ronroneador. No sé. Hace un par de días el ronroneo era tan grave que me parecía que todo yo vibraba a veinte o treinta hertz. Josefina comentó que escuchaba un motorcito. ¡Yo vibraba como un contrabajo y ella hablaba de motorcito! No dije nada pero pensé en el primer motor inmóvil de Aristóteles. ¿Anidaba en mí ese primer motor inmóvil? Un ser sin movimiento cuadraba conmigo a la perfección, ahora ¿qué movía yo? En realidad, más bien me parecía que yo me

había tragado ese motor y que por ende el universo iba a entrar poco a poco en la inmovilidad. Yo me había tragado a Dios, primer motor inmóvil, y todo iba a detenerse. En su lobreguez final, Dios, devenido en órgano, vibraba y nada más. ¡Y en verdad que Dios es amor porque vibraba por Josefina!

¡El otrora piquito, picudo, parletti, charlatán, lenguaraz ha caído en la mera vibración, en el sordo ronroneo! Ya no puedo decir, puedo ronronear. ¡¿Cómo cree Josefina que podré dar el taller en el colegio si mi garganta se anquilosa y se anquilosa?! Difícilmente me salgan las palabras. ¡Estaré delante de ellos vibrando como un diapasón en desgracia! Tal vez mis buenos y leales alumnitos se acerquen a mí y agudicen el oído y puedan interpretarme. Tal vez incluso se agencien un estetoscopio para escuchar mis vibraciones y me ausculten con alegría y sereno desparpajo. ¡No me voy a quejar de sus risas ni de sus bromas y dejaré que hagan a su gusto! Y aun el taller puede resultar ilustrativo para aquellos que estén en condiciones de entender que si hablamos de la vida social el primer término lo es casi todo y el segundo es apenas un apéndice. Al oír mis vibraciones, alguno que otro —Bruna sobre todo— sabrá que la vida es un corpachón exuberante y que lo social no llega ni a pitito. Escuchándome con el estetoscopio, deducirán que, según mi opinión, lo social no surge más que como hinchazón del cuerpo tremendo de la vida y que entonces, bien visto, puede ser considerado como patológico. No sé. ¡Las angustias del ronroneador! Devengo cada vez más negro y frío a medida que me alejo del sol y marcho hacia mi afelio. Hace poco más de seis meses les expliqué a los chicos que lo social era una sirvienta con ínfulas de la vida y que si ésta la soportaba era porque no era mal servida. Creo que dije, incluso, aunque no estoy seguro, que era una sirvienta erótica, en bragas; o tal vez les dije que era un pitito infantil de la vida, capaz de orgasmos aunque no directamente fértil. O tal vez les dije que lo social fertilizaba a la vida y que la servía como el hombre sirve a la mujer. ¿Quién sabe? He tenido distintas ideas en estos últimos tiempos y ellas han pasado en parte y en parte han quedado malamente aprisionadas, como burbujas de aire que no salen del frasco. ¡Mis ideítas!, que son como gases no arrojados que suben a mi cerebro y provocan en mí un entusiasmo evanescente y al fin me

aturden. ¡Soy el aturdido! No puedo evaluar y la naturaleza me lleva. Y llevado por la naturaleza se va de traición en traición. ¡Traiciono a la sociología! ¡Iupi! Las traiciones no dejan de ser bellas y siempre le tuve un larvado encono a la sociología. Lo social como hinchazón de la vida. ¡Sociólogo traidor! Pero es que esa parcelita de pretendida ciencia desde la que se arrojaban flechas a la filosofía… Había algo feo en ese cientificismo. En fin. O todo forma parte de mi ir a mi afelio, de mi viaje hacia lo oscuro y helado. ¡Ya mi bella cola de cometa empieza a perderse y me voy transformando en mero pedrusco! Siento en mi piel el frío de las regiones por donde avanzo. Voy hacia la órbita de Júpiter y luego hacia la de Saturno, a la de Urano y más allá y cada vez menos bello, hasta alcanzar lo feo y tal vez también lo horrible. Me voy donde no deben verme, terráqueos. Si me vieron bello con mi cola alada y brillante, no deben seguirme. Voy a mi afelio, más allá de lo saturnino, más allá de la devoración de los propios hijos. Más allá se encuentra lo uránico, lo neptúnico, y todavía más allá lo plutónico y todavía más, hasta el extremo helado donde la imaginación humana no penetra. Hasta ahí va a llegar mi cuerpo-pedrusco y no recomiendo el seguirme. No llegué a Júpiter y ya…

El otro día, llevado por los celos, sabedor de que Federer la emprende con la aspiradora siempre bajo la atenta mirada de esa mujer —la Evita del tenis—, yo quise hacer otro tanto y marché decidido hasta el armario de la cocina. Estaba tan celoso que me sentí como César pasando el Rubicón, sólo que las cosas se me empezaron a complicar apenas puse los pies en el agua. Los implementos de la aspiradora no estaban todos en el armarito y me los puse a buscar. Ni siquiera conocía lo que me faltaba. Josefina había salido; Abril estaba encerrada en su cuarto aunque de todas maneras dudaba de que ella supiera más que yo. En realidad, sólo Ángela usa la aspiradora. Pero estaba decidido y encontré lo que hacía falta, al menos lo que yo entendí que hacía falta. No sé si armé el artefacto correctamente. Lo puse a funcionar y el ruido no parecía ser el adecuado. La aspiradora parecía asmática. O tal vez fuera mi desconfianza la que me llevaba a escucharla rara. Igualmente, me puse a pasarla por el living. Maldecía al condenado de Federer y al tiempo que me decía que era mentira que pasaba la aspiradora, que era una mera treta publicitaria, otra voz

más honda y cavernosa me decía que sí, que era un gran muchacho, un gran muchacho suizo, y que muy bien podía pasar la aspiradora y además hacerlo a plena satisfacción, con una sonrisa y excelentes resultados. Yo lo hacía con una exaltación que me llevaba a los tironeos y a los movimientos bruscos. La cosa iba a los trompicones y mis propias torpezas me encrespaban. ¡Era un argentinito pasando la aspiradora! Enseguida rebasé cierto umbral y el aparato se daba contra los muebles. El cable de mierda no ayudaba en absoluto porque, aunque cada tanto lo sacaba a tirones del cuerpo del aparato, siempre iba quedando corto. En una de esas se soltó del enchufe de la pared con un violento tirón y provocó un chispazo que metió miedo. Me acerqué y vi la mancha negra en medio de la blancura de la tapa de plástico. ¡Estaba jodido por los hados! Pero yo quería imponerme en base a voluntad. No se había cortado la luz a pesar del fogonazo y seguí adelante. Volví a enchufar el aparato. No tardé en pegarle a una pata de una silla del juego de comedor, que se separó del cuerpo del mueble. Se había abierto como una pierna que tantea más allá de sí. Debía estar encolada y además un clavo bien finito ayudaba y había salido a la luz. Fui a buscar el martillo. Cuando volvía con él al living-comedor me crucé con Abril en el pasillo. “Joder, tío”, me dijo al verme con la herramienta. De seguro, había escuchado también los golpes en los muebles y cierto asombro la llevó a la española. Según mi costumbre, debo haber sonreído concesiva y bellamente. Seguí mi camino con el martillo. Cada microsegundo en el que la pata de la silla estuviera fuera de su lugar me parecía abominable para mi honor. Llegué al lado de la silla y no me detuve a pensar siquiera un segundo. Le di fuerte con la cola del martillo. No sé por qué le di con la parte de atrás, lo cierto es que la pata no se arrimó ni un milímetro pero en donde había dado el golpe la superficie del mueble se astilló feamente. Con todo lo costoso y paquetudo que era ese juego de comedor, en realidad era enchapado o cosa semejante. La totalidad de lo real, casi podríamos decir desde los orígenes del tiempo, me pareció increíble. Escarbé los pedacitos astillados como si revolviera mi propia herida; no tenía por qué hacerlo pero lo hice. El imperativo de retrotraer el tiempo al momento de tomar la aspiradora impulsaba mi dedito curioso. Las astillitas caían sin remedio. Probablemente a Josefina no

la desvelase el juego de comedor y a mí menos todavía pero por alguna razón ese clavo torcido y oxidado a la vista me sacaba de quicio. Sabía que no era importante pero, en este punto, saber no me servía para nada. Estaba seguro de que cualquier solución que buscase para la silla sólo empeoraría las cosas. Me fui con el martillo en la mano a la piecita. Ahí suelen andar pachorreando Cachimbo y Maloy. Entré y Cachimbo, que estaba sentado en el divancito, me miró con tal inocencia en los ojos que levanté furioso el martillo y lo tuve en alto unos segundos. ¡Estuve a punto de masacrarlo! Nada menos que a Cachimbo. Bajé el martillo y creo que intenté unas risitas para darle a entender tanto a Cachimbo como a Maloy que había sido una broma, pero estaba alelado y me parece que hice sólo unas muecas algo patéticas. Me senté en el divancito y no tardé en tomar a Cachimbo para ponerlo contra un lado de mi cara. Quería sentir en mi mejilla su cuerpecito. Fundamentalmente, me parece, quería percibirlo con mi piel. A Cachimbo, el tierno.

Me figuré que debía al menos considerar la posibilidad de ir en puntitas de pie y con el máximo sigilo a consultar un psiquiatra. Josefina lo deslizó hace unos días y más tarde llegó a mencionar incluso a un viejo conocido de ella, un tal Peñalba, doctor Peñalba. En realidad, la foca Peñalba, según se lo conocía en los 70, cuando Josefina lo trataba. La foca Peñalba. Debieron conocerse en los cruces de la militancia o en lo que rodeaba a la militancia política ya que el tipo fue montonero. Alejé el martillo de mí con un pie y musité apenas, como para que escuchara sólo Cachimbo: “la foca Peñalba”. No lo conocía pero lo evocaba: una cara algo alargada, una nariz más o menos importante y un bigotazo cayendo por las comisuras de la boca hasta el borde del mentón.

X

—Hay que llamar a la policía —dijo la mujer con el tono de quien cita un estatuto.

La aversión de Josefina a la idea fue inmediata pero disimuló girando el cuerpo para que la secretaria no viera su rostro, haciéndose la que miraba dentro de un armario para descubrir si faltaba algo.

—Acá no tocaron nada —dijo, en realidad antes de constatarlo.

—¿Es el ciento siete? —insistió la mujer

Josefina echó una ojeada sobre el rostro de la secretaria del colegio y vio algo tan pétreo que sintió una punzada y llegó a asustarse. Era evidente que para la mujer había normas que estaban por encima de su autoridad de dueña y de directora del colegio. El llamado a la policía era para ella algo de rigor, tal vez porque antes había trabajado en escuelas del Estado.

—Somos una institución privada —afirmó pero con cierta debilidad en el tono, como si lo dicho no guardara entera relación con las circunstancias.

—¿Y qué tiene que ver?

—Han robado cosas de mi propiedad.

—Bueno. Si usted lo piensa así.

Josefina estuvo a punto de insistir con el argumento y si no lo hizo fue porque temió que esa insistencia acabase por poner de manifiesto lo que, se figuraba, subyacía en ambas: la creencia de que había alguna vinculación entre el robo y Leonardo.

—¿Se acuerda de lo que ocurrió en Santiago del Estero hace unos años? —empezó Josefina—. No recuerdo en qué población, creo que en la capital, en Santiago mismo, una masa de gente, de… gente sin recursos, grupos de jóvenes pobres, en realidad… fue un estallido por algo que no recuerdo, pero asaltaron unas oficinas públicas, la intendencia, me parece, o tal vez la gobernación. El hecho es que

atacaban con furia, con saña, a las computadoras. Recuerdo que las tiraban por las ventanas de las oficinas hacia la calle y luego pateaban los monitores y también las CPU. Se ensañaron con las computadoras, me parece, porque las vieron como fetiches, como… las computadoras, las cosas, eran superiores a ellos y… tal vez no eran diferentes de los luddistas pero estos jóvenes santiagueños defendían su humanidad y… —Josefina se calló y estuvieron en silencio por unos momentos.

—No destruyeron su CPU, se la llevaron —comentó la secretaria.

—Sí.

—Podrían haberse llevado la mía también.

—Sí.

—No sé por qué se llevaron el radiograbador, que no tiene mucho valor.

—Les habrá gustado. ¿Quién sabe? Con un brazo cargaba lo valioso y con el otro se daba un gusto.

—Puede ser. Porque en realidad la videograbadora o mi CPU son más valiosas.

—Sí. Pero el radiograbador es mucho más fácil de transportar.

—¿No se lo habrán llevado para disimular?

Josefina no contestó de inmediato. En cierta forma, no podía dejar de tener a esta pregunta por una suerte de atrevimiento. Claramente, azuzaba una idea contra ella por no llamar a la policía. Pero la certeza de que la secretaria se estaba poniendo algo impertinente y en un plano casi de igualdad con ella, como si el robo pasase un rasero y las pusiese a las dos en el mismo nivel de ciudadanas, la incomodaba. Como persona de izquierda, no podía rechazar esa igualdad y sin embargo la rechazaba. Este asunto empezaba a hacer emerger lo que Josefina misma no ignoraba que subyacía: el usufructo que ella hacía del orden social vigente. Como cualquier otro pequeño burgués acomodado, tuviera las ideas que tuviere, no podía sino hacer usufructo de su situación patrimonial y esto no colisionaba en general con sus ideas, excepto que en ciertas circunstancias críticas las telas que cubrían los espejos se corrían y entonces tenía que ver lo que no quería.

—No hay secretos guardados en esa CPU. Estamos en una época en la que se cree que en los discos rígidos hay grandes verdades o

secretos o… Pero todavía los secretos están en las cabezas —dijo por fin Josefina, algo ofuscada.

Claudia, la bedela, apareció en el vano de la puerta de la oficina.

—El subcomisario Peñalba la busca.

Josefina la miró con desconcierto.

—Por teléfono. El subcomisario Peñalba —insistió la mujer.

—Ah, Peñalba —Josefina fue hacia el teléfono—. Pero es el doctor Peñalba.

—A mí me dijo subcomisario.

—Es un error. Escuchó mal —dijo Josefina, aunque enseguida dudó y se demoró en levantar el tubo. Quería creer que era un chiste de su antiguo amigo. Levantó el tubo y dio un "hola" completamente optimista. Y luego escuchó que preguntaba por ella la inconfundible voz de su amigo, grave y cascada, algo quebrada pero quebrada en realidad en grandes bloques graníticos como los que existen en las laderas de los montes.

—*Oui, c'est moi,* Josefina —dijo, casi con alegría, recordando que de jóvenes él la llamaba la francesita—. ¿Cómo andás, María José? —siguió en tono jocoso porque era también un viejo chiste invertir el José María.

No obstante, enseguida cayó en la cuenta de su error y en la confusión y en la vergüenza que siguió no tuvo oportunidad de desmentir que había habido un robo en el colegio, información que el subcomisario quería constatar para mandar un patrullero. Alcanzó a decir que se habían llevado un par de cosas de poca monta con la intención de concluir finalmente junto con el subcomisario que no se justificaba la movilización de los recursos policiales por tan poco, pero el hombre, como picado en su prurito del deber, le cerró el paso con una advocación a la lucha contra el delito, palabras que derivaron luego en una conclusión bastante confusa o que al menos Josefina no entendió del todo, si bien comprendió que esto último ratificaba esa decisión de luchar contra el delito, menor o mayor, que había defendido. No tuvo más remedio que alentar incluso el envío del patrullero. Apenas cortó el teléfono se le ocurrió que pudo haber invocado la supuesta alarma entre los alumnos como motivo para rechazar el envío de policías pero ya era tarde y el argumento era

probablemente bastante raquítico.

—Alguien llamó a la policía —dijo, mirando hacia la secretaria, quien hizo un ademán de completa inocencia, la que incluía también la ignorancia como núcleo central.

—Claudia —Josefina se dirigió hacia la oficina donde se encontraba la bedela—. ¿Vos llamaste a la policía?

Ésta negó primero con la cabeza.

—Ese Peñalba llamó acá —adujo.

—Pero alguien tuvo que hacer la denuncia.

—Debe haber sido Gladys.

—¿Gladys?

—Es la que llega primero. Fue ella la que descubrió la puerta forzada.

—Pero si la vi cuando llegué y no me dijo que hubiera llamado a la policía —sin embargo, pese a sus palabras, Josefina admitía en su fuero interno que la portera, en tanto descubridora del robo, bien pudo considerarse en el derecho de llamar a la policía. Tuvo un impulso de ir a preguntarle, no obstante enseguida refluyó tan decididamente que hasta tuvo algo de aversión por la idea. Era seguro que había sido ella y se iba a topar con un férreo sentido común, con el hierro invencible de los mandatos sociales. No tenía ninguna gana en esos momentos de rasguñar o de mordisquear esos hierros. Quería más bien eludir, escapar, refugiarse. Retornó sobre sus pasos y se encerró en su oficina. Echó una ojeada algo esperanzada al lugar vacío que había dejado la CPU, como si ésta hubiera podido corporizarse de nuevo mágicamente. Tenía un ligero dolor en el bajo vientre, algo que solía ocurrirle en las mañanas. Pensó en Gladys sin alcanzar el enojo o el desprecio. La tenía por una persona en la que se amalgamaban la bondad, una gran estolidez para capear los temporales a los que estaba expuesta y cierto vacío de ideas al que podía tenerse también por el germen de una recóndita sabiduría. Josefina había llegado a la conclusión hacía un tiempo de que el peso de la masa y su relativa inmovilidad salvaba a la especie humana de los mayores males. Y tenía a Gladys por parte de esa masa planetaria que con su soterrada racionalidad sostenía la vida humana. A veces le ocurría que, en su imaginación y a causa de algún comentario pavo de la portera, se figuraba como gran espadachina,

capaz no sólo de decapitar ese comentario sino también la ideología que le servía de base; esto le sucedía asiduamente frente a sus comentarios políticos, sin embargo nunca la emprendía verdaderamente con el arte de la esgrima. Y no lo hacía porque en verdad no existía el arte de la esgrima más que en su propia cabeza, en el fantasmal territorio de la subjetividad, fuera de ella, expresadas las opiniones, "la justa verdad" no carecía de vulgaridades, de aristas pobres, de la posibilidad incluso de su desplome ante esas "verdades del momento" que se sostenían en la radio y la televisión. El más grande espadachín intelectual terminaba fácilmente con el florete partido ante la roca de lo que se dice. Aunque lo más común fuera que el espadachín sea sorprendido por un flanco inesperado mientras cree cortar la cabeza del gran monstruo en la discusión. Josefina sabía que no había victoria posible en una discusión con Gladys y las evitaba. E incluso se sorprendía de sostener esas discusiones imaginarias con ella ya que se suponía que no era ningún rival de fuste, no obstante no podía evitarlas. Las opiniones políticas de Gladys, que hacían referencia a lo más menudo e inmediato, a las valoraciones sobre lo actual, la irritaban y la llevaban a esos soliloquios tardíos, completamente vanos, que hacía bajo la ducha o en las noches en que no podía dormirse. No era raro que en sus insomnios apareciese en algún punto de su desarrollo una discusión imaginaria con la portera, que más que discusión era un monólogo supuestamente aplastante. Aunque por aplastante que fuese nunca la dejaba satisfecha, nunca podía a través de esas fantasías desembarazarse de la irritación que las provocaba. Podía seguir y seguir que nunca arribaba a la pequeña isla de la satisfacción. La misma victoria, que existía de antemano en el potencial de esos argumentos archisabidos que se daba, no se plasmaba nunca. No lograba siquiera en las fantasías la admisión de la derrota por parte de Gladys. Jamás la portera adscribía a sus ideas. Y, por el contrario, cuando los comentarios sobre lo menudo, sobre lo actual, quedaban atrás o de lado, en las largas vacaciones del verano, por ejemplo, Josefina terminaba por subsumir a la portera en esa masa humana ante la cual bajaba la testuz, ante la cual sus ardides de intelectual quedaban baldados. Y si repasaba todo este asunto con honestidad, llegaba a la conclusión de que tenía razón en todo y aun

así se equivocaba. Era, en cierto modo, la tortuga de Zenón de Elea.

Desde hacía unos días, esperaba el llamado de su antiguo amigo, la foca Peñalba. Había hablado con él la semana anterior y lo había tomado justo en medio de una separación sentimental, de modo que él le había prometido devolverle el llamado esta semana, cuando los momentos álgidos se aplacasen. Ella le había dado el teléfono del colegio, figurándose que hablaría más tranquila de Leonardo en su despacho que a través del celular o en su casa.

Josefina tomó un papel donde había volcado contadurías del colegio a sabiendas de que no se iba a concentrar en él y de que lo tomaba para darse una excusa y seguir con lo que tenía en mente. Quería creer que de no haber sido por la confusión con los Peñalba, habría podido quitarse a la policía de encima. Habría alegado un error, un equívoco, de una manera u otra hubiera negado el robo. Habría podido decir —en realidad esto se le acababa de ocurrir— que ella se había llevado a su casa la CPU y el radiograbador y que esto había generado el equívoco, el llamado a la portera. Hasta por razones comerciales —máxime el momento delicado que atravesaba el colegio por varios motivos— no le convenía esa denuncia, la presencia del patrullero en la puerta, los agentes por los corredores. ¡Pelotuda! —se dijo, pensando en Gladys—. ¡Pelotuda y forraza! Y arrojó el papel con rabia sobre el escritorio.

Embroncada todavía se detuvo a pensar en el parecido de las voces de los Peñalba y lo tuvo por una suerte de maldición que se ensañaba con ella. ¡Estaba maldita! Tomó uno de sus sellos e intentó leer lo que decía como si ahí estuviese escrita su maldición. No era fácil leer al revés el sello y lo dejó sobre el escritorio. Se figuró que quizá las voces no fuesen tan parecidas y que había sido su predisposición la que las había igualado. Quizá la de su antiguo amigo no fuese tan grave y cascada en realidad y ella lo imaginaba así porque la cara de él pedía esa voz. ¡¿Y si fuesen en realidad hermanos?! Los hermanos en general tienen las voces muy parecidas porque suelen hablar con las inflexiones del padre. Después de todo, se dijo Josefina, en los años setenta su amigo montonero había eludido las persecuciones bastante llamativamente. Enseguida se retrucó ella misma, sin embargo, que en los setenta el subcomisario Peñalba era demasiado joven y

posiblemente no pasase de ser un simple agente.

Tomó el sello, lo entintó en la almohadilla y lo apretó contra un papel cualquiera. A veces le gustaba sellar. No le gustaba su propio sello, con el doctora abreviado que se había creído obligada a poner, pero le gustaba el acto de sellar un papel. Alguna vez se había dicho, sorprendiéndose en parte ella misma de la idea, que no sería infeliz si tuviese una vida de ponesellos, una vida hecha de golpecito en la almohadilla y golpecito en el papel y así hasta la eternidad.

XI

¿Qué prudencia tiene la vida, señor Aristóteles? ¡¿Qué prudencia tenían los protozoos?! Se dividían y se dividían imprudentemente. Se iban en vicio y se reproducían. Eran tremendamente viciosos por exceso. Estaban desbordados por el exceso. Eran frenéticos. Y no hay vida sin frenesí, señor Aristóteles. Vista a cierta escala temporal, observada desde cierta distancia, la vida siempre es frenética e imprudente. Se impone por prepotencia de trabajo. No los escritores sino la vida. La vida no calcula, señor Aristóteles, no es mezquina, es exuberante. ¡Ya eras un clasemedia, Aristóteles! Y por esto sos el padre de la mezquindad, ¡sos el padre de los canallitas mezquinos y si la vida hubiera aplicado tus criterios, no habría una mosca sobre la Tierra! En fin. ¡Qué saben de la Vida, pequeños lectores calmos! Sujetitos y más sujetitos todavía. En verdad, sujetos. Sujetos ¿a qué? Agarrados por las pelotas por qué poderes. ¡Estamos sujetos, sí! Envueltos en papel, bien atados, hechos un buen paquete. Os seguimos, señor Aristóteles. Seguimos vuestro derrotero. No vamos a perder la senda trazada por usted. No vamos a entender por qué los desahuciados del mundo tienen tantos hijos pero como grandes juzgadores lo peor justamente es entender. Nos gusta el dedito en ristre. ¡Nuestro querido dedito juzgador! Podríamos renunciar a todo menos a nuestro dedito juzgador! ¡Iupi! ¡Somos prudentes y con dedito! Bravo por nosotros. ¿Estarías orgulloso de nosotros, señor Aristóteles? ¿Somos dignos sujetos?

Ayer no podía dormir y, volcado sobre mi costado izquierdo para que la indigestión no me trepe y me ahogue, miraba la figura de Josefina que se recortaba contra el placard gracias a la luz de la calle. Los vecinos, prudentes, instalaron una luz adicional, muy blanca y que entra por las rendijas de la persiana aun cuando la bajo todo lo que puedo. A causa de esa luz fantasmal, fría y como azulada, las curvas de

Josefina se recortaban contra las puertas cerradas del placard. ¡¿No somos demasiado dignos?!, me pregunté en un momento y las lágrimas me corrieron por el rostro. Me parecía que todo se resumía en esa pregunta y que los avatares de mi vida estaban completamente signados justamente por lo que iba de uno a otro signo de pregunta. Creía entender toda entera la vida civilizada y lloraba por la humanidad. ¡Lloraba por ti, humanito! Éramos seres patéticos y algo hermosos en nuestras pretensiones. ¿Lo puedes ver como yo lo vi? Esa dignidad pasiva e inalcanzable, esa dignidad inmóvil que no logramos ser, esa estatua que no somos nunca. ¡Pese a nuestros esfuerzos, no somos nunca la estatua digna, humanito querido! No podemos alcanzar esa quietud aristotélica que nos daría al fin la perfecta dignidad. Somos demasiado dignos y al mismo tiempo indignos porque estamos muy lejos del ideal. Muy, muy lejos. Vivimos en la mácula, manchados, envilecidos por no poder renunciar a nuestro frenesí de hormigas. ¡Somos demasiado dignos y al mismo tiempo, hormigas! ¿Lo puedes ver? Anoche yo lo veía. Lo veía en la luz fantasmal del dormitorio en sombras. Estaba traspasado por la emoción. Es verdad que lloraba pero cuando lloro yo me lleno de esperanzas. Es más, creo que sólo tengo esperanzas en realidad cuando lloro. Y anoche lloraba con orgullo, henchido de orgullo por lo que pensaba.

¡Cómo puede no haber un futuro para mí! Incluso un gran futuro. En más de una ocasión extendí mi pie para meterlo entre las pantorrillas de Josefina. Y me dije que todavía tenía la posibilidad de meter mi pie en medio de bellas piernas. ¡Todavía puedo ser meterete!, me dije. El meterete que increpa con un dedito a Aristóteles. ¡Cómo no llorar! Un meterete que todavía puede ser meterete tiene esperanzas. Josefina no se despertaba y yo dejé un pie entre sus piernas para sentirme atrapado. Unas bellas piernas me atrapaban. Y, atrapado, me puse a pensar en la belleza de los días. Evoqué esa belleza de los días. Esa belleza que surge del devenir. La belleza de los días, sólo eso, si puedes entenderlo sin que lo explique. ¡Si pudiese llegar ahí como se arriba a una isla! Si pudieras arribar conmigo. Aun para las hormigas existe en algún repliegue la belleza de los días. Algún día nuestros antepasados, por sobrevivir, se fueron de la belleza de los días. Y yo iría allí a morir, si esto fuera necesario. ¡A morir a la belleza de los

días, humanitos! Tenía el pie atrapado por las piernas de Josefina y quería levantarme de la cama para ser un bello danzarín. Piquito danzarín, más bello que Nijinsky agotarme en los saltos, en los giros, en las piruetas. Un bello danzarín entre los muebles. Un bello danzarín sin escenario, solitario y puro. Una danza íntima y arrebatada con la cual sacar a luz sólo para los ojos de Josefina mi pureza. ¡Soy puro, mi amor! Y tanto más puro cuanto quisiera ser infiel (¡sí!, aun con la mandarina, aun con Abril) y me encuentro con esa incapacidad de las otras mujeres para ser Josefina. ¡Yo quiero ser infiel y ellas no pueden ser Josefina! Entonces danzar y danzar apretadito sólo con unas calzas y decirle con los saltos lo que Ferdinand le escribió a Mimí: si ya no eres bella, no importa, guardo de ti tanta belleza que ya tengo para toda una vida. Guardo de ti, Josefina… Y elevarme hacia los muebles casi sin tocarlos y ser el más solitario de los hombres y escapar de la especie, mi amor. ¡Escapar de la especie! ¡Y escapar de la especie corriendo con locura hasta desaparecer, hasta desaparecer por completo. Saltar, girar, saltar, hasta disiparme en el aire. Anticiparme al Universo entero y esfumarme gaseosamente en el espacio como señaló del dedito huesudo de Anaxímenes. Uno puede odiar ese dedito huesudo pero… Descomponerme en mis átomos de hierro, de zinc, de calcio, de hidrógeno, de carbono; átomos idos, desconcentrados, libres de mí, de mi carcelera gravedad, de mi carcelero entramado. Irme yo en esa desconcentración de átomos.

Anoche simulaba que pretendía liberar mi pie de entre las piernas de Josefina sólo para sentirme atrapado, al tiempo que me decía que ella era una concentración de átomos demasiado sólida como para lograrlo. Mi querida Josefina es un cuerpo macizo, una estrecha concentración de átomos, y yo no podía sacar mi pie. En un momento avancé mis deditos trémulos y tomé un pequeño mechón de sus cabellos muy suavemente y me puse a ensortijarlos. Muy quedo, muy despaciosamente enrulaba sus cabellos y la invocaba: “Josefina”, me decía. “¿Es la gravedad o cuál es la fuerza que une tus átomos?”, le pregunté en silencio, temiendo por ella. “Átomos josefinescos”, “átomos josefinescos”, murmuraba y todavía murmuro, “persistan en la forma Josefina, no la abandonen”. Y hubiera querido decirle a esa Josefina dormida —que casi no es bella cuando duerme—: he matado

por ti. Debería poder decirlo y no puedo. No puedo y quién sabe si alguna vez podré.

Demócrito sabía que no existe nada que no sea atómico. El mismo pensamiento, ¿es una quemazón, una fisión, una recombinación atómica? Somos un hornito atómico a 36,6 grados y deambulamos pensando por las calles. A veces, incluso, tenemos frío. Para nosotros los 36,6 grados deberían ser el cero y el infinito. Somos principalmente una temperatura. La belleza de los días tal vez sea también una temperatura. Alguna vez, quizá, llegaremos a descubrir la razón de ser de nuestra temperatura y entonces vamos a atribuirle un significado. ¡Me debería gustar ser un ente a 36,6 grados! De hecho, creo que me gusta a pesar de todo, a pesar del anhelo por lo caliente y lo frío. No me agradaría estar cuando la especie abandone los 36,6 grados, cuando la especie abandone a la especie. Me quiero escapar de la especie pero está muy bien que la especie me devore una y otra vez. ¡El bello danzarín siempre es atrapado por la especie! El bello danzarín no va a bailar por fuera de las especies. ¿Y qué aman las mujeres del bello danzarín sino una estirpe, una perfección dentro de las especies? Soy yo, Piquito, toda una estirpe. Una estirpe de uno, que nació y morirá conmigo. Piquito danzarín, el bienamado. No hay mujer que no me ame. Es casi un sino, parte del logos. Deberían dejar que me reproduzca con cada mujer. Deberían dejar que todos los futuros hijos de la especie fueran mis hijos y sin embargo no voy a dejar descendencia.

El llamado a convertirse en semental eligió una mujer en la menopausia. Quizás podría empezar con esto mi terapia con el doctor Peñalba. La foca. Tremendo doctor, según parece, pero también foca. Y sospecho que voy a intentar sacar ese fondo de bondad que hay en toda foca. No sé. No concibo una terapia donde no haya bondad. Soy precientífico, si se quiere. En lo que a mí se refiere, clamo por las seudo-verdades bondadosas. Las tengo por los vientos que inflan los velámenes aun cuando sean incapaces de mover el barco. Basta con ver las velas infladas para apaciguar la exasperación por mucho que estemos inmóviles. Esto hace más o menos amable la inmovilidad. ¿Quién entiende al mar después de todo? No creo que las focas lo entiendan porque son eximias nadadoras. No pueden tener esa

necesidad. Foquita Peñalba. De seguro que nada como pocos. Va y viene entre las islas y se echa al sol y alardea sin alardear. Y se sonríe sin sonreír como todas las focas. Echado al sol en la psiquiatría. Y la psiquiatría no es una isla desolada. En fin. Debe haber allí más de un divertimento para una foca. Peñalba, foca, serio y montonero tirándose por el tobogán.

¿Qué pastillas me darás, Peñalba del antiguo bigote? ¿Qué dirá la intuición de tus bigotes de foca? ¿Hablaremos sobre la menopausia de Josefina con la ironía de dos viejos amantes? ¿Podría menoscabar a Josefina por el beneplácito de unas pastillitas? Dos cabezas risueñas avanzando para oler un sexo maduro, maduro y tierno, maduro y jugoso y tierno y risible en sus humores cada vez más juveniles. ¡Su sexo rejuvenece y rejuvenece, doctor Peñalba! Su fuerza, sus líquidos, sus viscosidades, su potencia, su hambre, los límites de su hambre, no hacen más que acrecentarse como si se liberaran de miles de años de prohibición. Como si fuera la primera mujer de la historia y todo lo otro fuera prehistoria. Como si avanzara en ella la primera mujer de la historia. ¡No me importan todas las mendacidades que podamos pergeñar juntos, doctor Peñalba! ¡No voy a traicionarla ni por una décima de segundo! Paseando por el consultorio voy a decirle claramente que ahí afuera hay millones y millones de mujeres que no son Josefina y, llorando quizá, le voy a decir que eso es irremediable. Irremediable para mí y para el mundo. ¡No voy a sentarme, doctor Peñalba, voy a pasear! Seré un *flâneur* de su despacho. ¡Qué bonitamente sonará en mis labios de *petit* intelectual argentino cuando le enrostre, módica foca, que no puedo renunciar a mis paseítos de *flâneur*! Con eso sabrá a qué atenerse. Tendrá que mirarme, al menos de tanto en tanto, cuando me pierda en los vericuetos de su despacho. Me tendrá que buscar cuando haya llegado al último *cul de sac* del puerto más sórdido de su oficina. Pequeño *flâneur* perdido en el cajón de un escritorio. Y es que un humanito hoy en día puede perderse en cualquier lado.

¡Y va a tener que buscarme Peñalba, so pena de enfrentar a Josefina! Me va a tener que buscar cuando me haya perdido en su nada montonero consultorio. ¡No hay consultorio que pueda ser montonero y el de Peñalba, me temo, menos que menos! ¿Qué es un

consultorio en términos históricos? Posiblemente el remedo de una cuevita. Una cuevita con engaño. Es lo que intenté decirle a Josefina cuando me habló de Peñalba. ¡Tengo mi cuevita!, le dije, negándome. Puedo engañarme oliendo mis propias humedades. ¡Creo que fue la primera pelea con Josefina! Verdaderamente, fue una disputa. Yo temblaba. ¡Temblaba de pies a cabeza! ¡Oponerme a Josefina! Tenía miedo de mí mismo, de lo que pudiera decir, considerándome *a priori* injusto y equivocado. E igual iba a la disputa, temblequeando, deseando poner pies en polvorosa lo más rápido posible. Oponerme a Josefina era una bellaquería desde el vamos y tenía para mí algo de intolerable. Fui a la disputa en realidad porque intuía que me estaba separando de ella a través de Peñalba. No quería salir ni un milímetro de entre sus piernas. Temblaba de pavor y quizá también de frío. Argumenté con algún brío histérico de pichón. Me parece que me fui por las ramas. Empecé por las ciencias; dije que iluminaban un cierto territorio y argüí que los pichones estábamos a oscuras; no sé por qué derivé hacia el marxismo y lo asimilé a una luz de cañón, intensa y bien recortada; le dije que a poco que uno se movía se salía del marxismo. Luego, según recuerdo, defendí la oscuridad, al menos en lo que a mí respecta. Argüí que temía a las águilas. Que, a poco que mi perfil se recortara en algún lado, iban a llevarme. No sabía bien a qué me refería pero lejos estaba de balbucear, arrojaba frases de corrido aunque mi boca entera era un tembladeral. Había, creo, un sollozo cocorito pidiendo un seno en donde refugiarse. Daba razones como las nubes iban por el cielo. Josefina no perdía en ningún momento su dulce autoridad. Yo estaba cercado por mis propias fuerzas e iba a dar por fin la orden de que avanzaran. Y así fue. Arrojé dos o tres frases agudas, de esas que pueden llamar a engaño a cualquiera, incluso a mí mismo, acerca de mi inteligencia. Josefina dudó y apenas la vi dudar me asusté en serio y ordené a mis tropas que avanzaran hasta mí y me redujeran. ¡Cedí en toda la línea! ¡Me aferré a la derrota con el pene en alto! En fin. Me avine a la terapia con la foca Peñalba. Bajé la cabeza con lágrimas en los ojos para que ella me la tomara. ¡Quería perderme infinitamente! Caer en una caricia como en un pozo sin fin y que este pozo sin fin fuera el pozo Josefina. Había sido nuestra primera disputa y acabó cuando ordené a mis tropas decapitarme en

mi atrevimiento. Tenía la impresión de haber ido muy lejos y en realidad temía un castigo ejemplar. Desconocía a la Josefina enojada y el misterio me taladraba oscuramente. Bien podía quitarme sus favores sexuales por un tiempo y yo entrar en la desesperación. El sexo sin amor puede no tener mayor importancia pero en el amor el sexo es el amor mismo. Por un rato me mantuve en silencio figurándome que con esto demostraba mi capitulación, pero Josefina no se convenció en absoluto y acabó por pedirme algo explícito. ¡Y no fui nada mezquino! ¡Demostré muy bien que cedía incondicionalmente! Es más, llegué a convencerme de que con Josefina podía seguir capitulando hasta… Capitular y ceder hasta verme reducido a una cosa pensante. ¡Renunciar a todo, a la danza, a lo que fuere si…! ¡Dejadme pensar! ¡Dejadme pensar y en todo el resto capitulo! ¡Sería capaz finalmente de reducirme y reducirme al sujeto más puro y prístino! Por más que reivindique la vida podría avenirme, de ser encerrado y cercado, a una existencia de yogui. Bastarían determinadas circunstancias y determinadas fuerzas para que me adentre en mí mismo y no salga ni a dar una vuelta. Puro sujeto embebido de sí mismo, el puro canallita especulador. Pensar y pensar y jamás vivir como se piensa porque en este caso habría que matar. Quien vive como piensa no puede evitar el crimen, por esto la vida debe ser reducida. Podría capitular hasta extremos insondables. Quizá, cualquier humanito está dispuesto a capitular hasta extremos insondables.

"Voy a ir a la consulta con el doctor Peñalba", le repetí a Josefina como tres veces. O tal vez fueron cuatro o cinco. Y esto porque no solamente quería, creo, dejar bien afirmada mi capitulación sino que además deseaba ser perdonado por haber ido a la disputa. Josefina terminó por fastidiarse y reírse. Según recuerdo, me tranquilizó con respecto a mis temores. Yo no paraba de asentir como si Josefina me siguiera conminando a algo. Me iba del dormitorio porque no quería fastidiarla y enseguida volvía y decía algo, cualquier cosa, con tal de ver ratificado que el percance había pasado. Siempre me referí a la foca como el "doctor Peñalba" y ya lo pensaba como perito de parte. Las pericias psicológicas que se hicieron al comienzo del proceso judicial quedaron, me parece, en una nebulosa. O yo fui neblinoso y entonces me quedó esa impresión. Me parecía que si era neblinoso iba

a escapar aprovechando la poca visión, pero probablemente pequé de ingenuo. Hay que ser un orate claro y preciso. No se puede ser difusamente chiflado, sino que hay que cumplir con fórmulas bien determinadas. No sé si Peñalba se desempeñará bien al respecto. Quiero decir, si tiene alguna experiencia en ese cruce entre la psiquiatría y el expediente judicial. Si, en razón de pruritos cientificistas, no se anima al trazo contundente, al concepto categórico, y se refugia en lo difuso, difícilmente pueda influir en el proceso. Sería de esperar que quien anduvo calzado alguna vez no haya devenido en un timorato pero existen muchos casos de guerreros que se metamorfosean en oropéndolas. Quizá Peñalba sea hoy un dulce científico y entibie las manos de los mandarines.

El mundo necesita de los sin vergüenza y yo, que estoy atado al mundo con un piolín dudoso, apenas si voy a la zaga del mundo. Flameo desgraciadamente. La verdad es que me he apartado del cardumen y lo persigo malamente. Desespero porque me percibo a merced de los predadores y a la vez todavía esclavo de alguna manera de los movimientos del cardumen; de hecho lo sigo y trato de imitar sus movimientos aun cuando ya no pertenezca a él. ¡Soy un pececito anquilosado por el pensamiento! Incapaz ya de pertenecer al cardumen por carencia de agilidad e incapaz de alejarme definitivamente. ¡Los virajes del cardumen! Me fastidian y me admiran. ¿Son las leyes de la vida las que obligan a semejantes retorcimientos? Probablemente es así y es mi vanagloria la que me ha llevado a esta suerte de pereza, a esta lentitud desesperada, a un letargo histérico. En el fondo, nunca me pierdo, sólo me distingo sin ninguna elegancia. Y el cardumen no puede tener vergüenza y yo soy en una sola pieza un cardumen entero. Sólo que el individuo está hecho para la vergüenza aun cuando sea parte de un cardumen desvergonzado. Estoy atravesado por la contradicción pececito-cardumen y es casi peor que la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción todavía vigentes. En este caso, las fuerzas involucradas son puramente sociales y a cada cuerpecito le toca una alícuota parte, a veces, partes infinitesimales; en cambio, la contradicción pececito-cardumen pasa por el cuerpo mucho más masivamente y el sujeto acaba por ser

vocero y representante de las tripas retorcidas. Se es sujeto para expresar un dolor y se termina siendo un miserable. Y como odio esta miserabilidad lucho contra ella persiguiendo ese estado de sin vergüenza que está reservado a los cardúmenes. De hecho, le escribí una esquelita a la viuda de Cianquaglini que todavía dudo en enviarle y que dice así: “Soy mucho más lindo que su marido fallecido y me encuentro a su disposición”. No encontré más palabras y ahí quedó esa frase un poco solitaria y que no sé si se basta a sí misma. A mí me parece una frase tornasolada: a veces, de acuerdo al ángulo con que se la mira, parece excesiva y cuando se la mueve de repente es insuficiente. Debe existir casi con seguridad un punto de vista en el cual el equilibrio de la frase es perfecto y sin embargo no lo logro nunca y pareciera que no existe. Es moverse apenas una nada para que se pase de un extremo al otro. En fin. Me agrada lo del marido fallecido porque creo que da la impresión de un asunto concluido, cerrado, que está ya en el pasado; si uno dice fallecido, la vida se ha secado hasta la última gota, se está en disposición de ser polvo. En cuanto al resto… ¡Tengo aires de paraguayito! ¡Un paraguayito!, como si viniera en este caso de un mundo sin mujeres. ¡Querendón y amorosito! Siempre me asustó la posibilidad de un mundo sin mujeres, como si viviéramos sobre una falla, en un mundo frágil en el que una catástrofe pudiera arrebatarnos las mujeres. Vivo y este temor subyace, vivo y las mujeres son tesoritos que podrían no estar. Un bebé está tomando la teta y de repente la teta se va y ya no está absolutamente; es un absoluto difícil de equiparar, se llora con todo el ser metido en el llanto, se llora anhelando no hacer otra cosa ya en el mundo.

De todas maneras, no creo que la viuda de Cianquaglini se convenza de lo amoroso que soy. Casi seguro que tome la abstracta regla de los valores celestiales y la introduzca por lo más bajo. Es lo que suele hacerse. Y el humano feliz y amoroso termina degradado. Yo quisiera que se me vea también (y a ti te lo digo, al pasar pero te lo digo) como la concentración de amor que soy. Tengo en mí un amor tan apretado que la fricción entre las moléculas lo hace furioso. No es un amor que se difume en millones de kilómetros y que alcance los planetas lejanos. Se concentra centrípetamente en mi núcleo y su calor llega a uno o dos

planetas como mucho, excepto cuando esa concentración de amor estalla en ramalazos. Porque al movimiento centrípeto hacia el interior le continúa luego, a veces, un ramalazo de amor que busca un objeto en el cual descargarse, como los rayos buscan la tierra. Un ramalazo de amor hacia el espacio sideral en búsqueda de otro pedrusco que atraer. Podría ser muy amoroso con la viuda de Cianquaglini si ella se aceptara meramente como astro. Iría a ella con mi esquelita y se la dejaría sobre sus faldas. ¡Y si ella me dice que soy gato, saltaría sobre esas faldas y me pondría a ronronear!

En fin. La vida va sin gobierno y tal vez sin ley ni logos y aún así no hay mayores peligros para ella. Los seres vivos asumimos todos los peligros. Mi vida va hacia el taller sobre la vida social en el colegio de Josefina. Ya hay inscriptos. Cinco o seis adolescentes que deben sonreír ufanos e inocentemente generosos mientras tamborilean los dedos de una mano en el antebrazo. ¡Dejad que los niños vengan a mí!, aseguran que dijo Jesús. Y puede que haya varios paralelismos entre Jesús y yo. Hijos únicos que adquirimos en la infancia una feroz seguridad en el propio destino. Casi seguro que Jesús fue un piquito de oro hebreo, bien capaz de concentrarse en un amor esférico por sí mismo hasta que ese amor necesitaba de combustible por fuera de sí y entonces salía de su mismidad para ir al entorno. Y no le bastó como entorno Belén, ni siquiera Judea, necesitó como entorno el mundo entero, la humanidad. Iba a la humanidad para volver a sí mismo cada vez más pleno. De esa plenitud nacía la arrogancia piquitense. ¡Lo conozco muy bien! ¡Hay que ser un gran tunante para arrogarse ser el hijo de Dios sin el subterfugio de un trono, de un palacio en donde arrojarse los pedos en secreto! ¡Sólo un piquito de oro podría hacerlo y luego hurgarse la nariz con el dedo! Sólo un piquito de oro podría hacerlo con el puro recurso de la verba.

¡Dejad que los adolescentes vengan a mí! Es mi admonición en los tiempos presentes. De esos cinco o seis haré, tal vez, mis primeros apóstoles. De hecho, han venido por mí. Todo mesías debe generar la necesidad de sí, debe retirarse en algún momento para ser ausencia. Yo fui ausencia y ésta pesó en el espíritu de los estudiantes. Para ellos, había ido a las montañas y fui atacado por las bestias. No saben —y quieren saber— si fui atacado por las bestias de los valles o las de las

alturas. Será lo primero que me preguntarán. Y tendré que dejar que las enseñanzas discurran. Un maestro no tiene que tener el afán de enseñar. Este afán envilece y sobre todo vacía. La mera enseñanza vacía la fuente en un gran número de cántaros que sus dueños menosprecian. ¡Debo estar pletórico de mí y por pletórico iré dejando el rastro cuando caiga aquello que me exceda y esto es lo que mis apóstoles seguirán! Cualquier mesías de morondanga debe saber que su primera obligación es estar pletórico de sí y que sus seguidores lo querrán de esta manera y no de otra. Y que por menguados que sean los excesos que se lleven para sí, los van a saber valorar más que a cualquier cántaro repleto. Tal vez incluso si no se llevan nada, seguirán al pletórico con más tenacidad.

No voy a poner ningún énfasis en enseñar. Los necesito quizá demasiado. ¡Dejad que vengan a mí y me den algo de mundo! ¡Los reyes magos trajeron mundo a quien carecía de él! Mirra, incienso son los nombres del mundo; en el pesebre no había nada de él y ésta era su pobreza. Aceptaré, como el niñito dios, esos pedazos de mundo y con ellos haré mi hogar. ¡No se puede no tener un hogar hecho con pedazos de mundo y esto también vale para los mesías! En el fondo, es el mayor escollo y el primer problema a solucionar. ¡Hay que habitar en un cúmulo de circunstancias! Esto de por sí ya no es fácil para cualquiera pero, además, uno tiene que simular que no afectan el núcleo intemporal de su ser. Con esto, uno está preparado poco más o menos para lanzarse a lo mesiánico. Y… ahora, exactamente ahora, son las siete y treinta siete minutos de la tarde del 3 de julio y ya ha caído la noche y miro por la ventana del departamento las sombras que caen en las veredas mientras busco a Josefina. Apoyo la frente en el vidrio frío y miro, envuelto en las malditas circunstancias que nunca van a dejar de atosigarme, que nunca van a dejar de abrigarme, buscando desde este cuarto piso la figura de Josefina acercándose al edificio entre las sombras plomizas, negruzcas, morenas de la calle Olazábal. Estoy solo y la espero y lo que ella me haya dicho acerca de sus actividades del día se me ha borrado de la mente por completo y no sé a qué hora debía haber regresado, si es que está en un retardo. Posiblemente, ella me lo haya comentado de manera bastante taxativa y yo, vale decir, ese yo abrumado por sus propias palabras salvajes de

aquel momento, no lo registré. Y ahora, de repente, me abruma su ausencia. El no estar de Josefina es como un agujero que se ha abierto intempestivamente por el que se escapa la vida. Josefina no está y es un absoluto casi tan tajante como aquella teta para aquel bebé. Y en la ofuscación maciza e incolora que cae y cae con su peso tremendo sobre mis órganos segundo tras segundo no puedo hacer siquiera un intento por recordar lo que me haya dicho. Y, además, desdeño el recordar. Desdeño soberbiamente el recordar a pesar del dolor. Es un dolor quieto que casi se parece a la nostalgia porque en la ausencia de Josefina hay ya un mundo perdido. ¡¿Quién ha dicho que la nostalgia necesita de los años?!

De cuando en cuando descubro una figura de mujer y me aguijonea la ilusión. Y cada ilusión es más módica y más barata que la anterior. ¡¿Se habrá quedado en el colegio?! ¡No quiero recordar porque ya debería estar acá! Y recordar es resignarse y recordar es avenirse. Y no es el recuerdo lo que quiero sino su figura pasando de las sombras a la luz del alumbrado público. ¡Tal vez se haya quedado en el colegio ultimando la organización de mi taller sobre la vida colectiva! ¡El taller de los pequeños apóstoles! El taller de los peripatéticos, que van a deambular por una pequeña aula ya que cualquier poder va a estar tan alejado, tan remoto que será imposible que se estén quietos y ordenados. ¡Un aulita en los confines! ¡Un aulita demasiado lejana! Un aulita desolada por la ausencia de poder. Y en medio de la aulita y en medio de esa ausencia vamos a poner la vida social y vamos a deambular en derredor de ella echándole miradas furtivas con la esperanza de descubrir alguna desnudez, un pedazo de piel. ¡Ver un pedazo de piel de la vida social es un acontecimiento que rara vez se da en la vida de una persona! La pudibundez de la vida social es enfermiza, no hay muchachita que la iguale. Uno podría usar los artilugios más avezados o incluso los más honestos, hincarse de rodillas y llorar, por ejemplo, pero la vida social difícilmente escuche esas súplicas. “No soy corpórea”, puede que arguya a veces y es desde ya una de esas mentiras que hay que creer para no obsesionarse en exceso. “No es corpórea”, acaba uno por decirse y entonces uno se sienta en un banquito para oler indolentemente un cigarrillo que antes barajamos y barajamos entre los dedos.

“Paciencia, muchachitos”, he de decirles a mis alumnos. “Os creíais que iba a levantarles las polleras a la vida social para que vosotros os refocilarais cómodamente?” Y voy a menear la cabeza tristemente. Y les voy a hablar de los calmucos. Puede que en dos encuentros hablemos de los calmucos. De aquello que fue ancestral en los calmucos y que se fue repitiendo bajo diversas formas. La belleza y la quietud de los calmucos, seres braquicéfalos que fluían en el desierto siendo uno. No sé si llegaremos a aprehender a los calmucos pero un amor tibio por ellos podría darnos cierta dulzura de ánimo como para continuar con nuestro deambular por la remota aulita caballitense. Y creo que para asomarnos al vestidor de la vida social, de los calmucos vamos a ir sin transición y sin mayores explicaciones a la batalla de Stalingrado. ¡Sólo del choque entre una y otra parte del curso se puede aprender tanto como aprenden los físicos en el acelerador de partículas al hacerlas estrellarse violentamente! Creo que no hay quien no aprenda del puro silencio de la contraposición entre los milenios y los meses de la batalla de Stalingrado. ¡Es un choque brutal de los tiempos! ¡Es un choque brutal de las apariencias! Los calmucos y Stalingrado, ¿para qué más? Con el correr de los años, en el rincón más oscuro de la cabeza de mis alumnitos —confundida la memoria de mi nombre, teniéndome por un tal Leandro o Leopoldo— se van a ir integrando la vida social de los calmucos con Stalingrado. Sin palabras y tan fríamente como se desliza una serpiente, una y otra cosa van a ir tejiendo su urdimbre y el taller habrá terminado.

¡Ahora mismo, en vez de apoyar la frente tonta y parvularia en la ventana fría debería estar revisando lo que se ha dicho de Stalingrado! Pero es un debería que no me mueve a nada. Voy a buscar los debería para dejarlos en los estantes. En el fondo, creo que me basta con lo que sé. Y lo que no sé sólo podría deformar lo que sé, afearlo, demacrarlo, ¿para qué ir a buscarlo? El erudito afea con sus precisiones. La belleza —y esto es particularmente así cuando se trata de la piel de la vida colectiva— deviene de lo que no puede precisarse con exactitud. ¿A qué me vienen esos afanes de erudito? Quizá por temor. Le tengo algo de pavura a la belleza de las ideas. ¡Ah, ideítas! ¡Corred mis niñitas que ha llegado el sátiro! ¡Soy el sátiro de las ideítas! Me entusiasman tanto que me dan miedo y me imagino

refugiándome en la erudición. Pero no es más que aquello que imagino para que no exista. ¡Soy experto en imaginar aquello que no va a ocurrir justamente porque lo imagino! En fin. El erudito se opone al profeta y al mesías. ¡Y debo ser el profeta que anuncie mi retorno! ¡Debo anunciarme! ¡Voy a anunciarme ante las niñas que se hayan inscripto en el taller! Preveo que han sido chicas aunque Josefina no me lo ha dicho. "¡Niñas!, corredme, tomadme", les voy a tener que decir de mil maneras. Todo mesías es comido bajo la forma que fuere. ¡Stalingrado, mis queridas! Los trescientos hoplitas en el paso de las Termópilas. Stalingrado, y bajo mi testa ante el amor de las mujeres, mis niñas.

¡Creo haber visto pasar a Josefina! ¿Era ella, eran sus cabellos? Fue poco más de un segundo que la figura pasó por la zona iluminada. Alejé mi cabeza del vidrio y luego, en un arranque, volví al vidrio y casi lo rompo de un cabezazo. ¡Si ya había pasado y era imposible otro vistazo! En fin. Tal vez era ella. ¡Tal vez sí! ¡Tal vez sí! El tal vez sí es más bello que el sí. En el tal vez sí todavía está la fuerza de la esperanza en lucha contra la decepción. ¡La fuerza de la esperanza, mi bonita Josefina! ¡Tal vez sí! ¡Tal vez sí! ¡Preparaos muebles y paredes que allí va un bello danzarín! Un Nijinsky, una flor, un hálito en pantalones ajustados. El bello pico de oro, el nalgudito, el aroma, el clavel del aire. ¡Escucho las llaves! Y vuelo.

XII

—¿Me confundiste con un policía? —Peñalba deslizó una birome sobre el escritorio al tiempo que sonreía con cierta beatitud.

—Sí. Con un… creo que subcomisario. Me confundió no sólo el apellido sino la voz. En un primer momento creí reconocer tu voz. A pesar de los años… —Josefina no continuó porque el recuerdo de aquello que había sido para ella casi un vozarrón, un hablar cascado y viril, se desmentía con la voz presente de su antiguo compañero de universidad, bastante mas aflautada y fluida, a veces hasta cadenciosa y, cuando un pensamiento creía elevarse hacia la frase sutil e inteligente, casi meliflua. Este contraste, que se presentó ahora ante Josefina como algo innegable y definitivo, la dejó azorada. No creía que un recuerdo pudiera engañarla en tal grado de modo que se inclinaba a creer que todo un estilo de vida llevado adelante a lo largo de treinta años había modificado esa voz y hasta ese cuerpo, que advertía ahora más pequeño, algo perdido en la camisa a rayas bien planchada. No es que Peñalba se mantenía delgado sino que incluso se lo veía bastante más magro y con las facciones más enjutas. No estaba envejecido pero todo en él se había vuelto más sutil, más pálido y menos definitivo. Parecía haberse empequeñecido por un lado y, por otro, haberse empinado como ser pequeño hacia la esgrima verbal o hacia cierta pretensión de esgrima verbal ya que no siempre lograba una estocada y las más de las veces en realidad esbozaba una sonrisita que prometía la estocada al sentido común para luego retacearla o avenirse a frases más o menos corrientes. Había una promesa en su gestualidad que luego, incumplida, se renovaba constantemente.

—Ese Peñalba debe ser otro yo que se bifurcó de mí a los ocho o nueve años y que hizo carrera investigando crímenes.

—Bueno, no estamos en Inglaterra.

—No. Es cierto. Pero a los ocho o nueve años el mundo es uno solo.

Josefina asintió con una sonrisa algo dudosa. Ya había advertido que su antiguo amigo, lejos de remontarse a los días universitarios, los que ella debía representar para él de manera inevitable, iba más bien de su infancia a su actualidad y viceversa. Casi se había sentido tentada de decirle: "No fui tu compañera de primaria, José María".

—¿Me porté bien con vos en aquellos años? ¿Dejé alguna deuda impaga? —le descerrajó de repente Peñalba con una sonrisita entre boba y astuta.

—Ninguna deuda. Te quise ver por… tu prestigio en la profesión, nada más. Creo necesitar un buen psiquiatra para una persona muy querida.

—¿Quién es?

—Mi amor.

—¿Tu amor? ¿Voy a tener tu amor enfrente mío y no una persona?

—¿Por qué no? Es un punto de vista.

Peñalba sonrió.

—Es una responsabilidad que me traés, digamos.

—Sí.

—Entonces sí, hay deuda.

—No vine por ella. Pero ya que insistís: sí, hay deuda.

Peñalba levantó una ceja.

—¿Habré olvidado por orgullo?

—No creo que te hayas olvidado de nada. Incluso, querés pagar porque pensás que ahora podés pagar lo que antes no.

Unas manchas rojas aparecieron en las mejillas del psiquiatra.

—Fuiste una acreedora generosa —dijo él, aunque dudoso.

—O fue un potlatch. Di pero quedaste obligado a devolverme con creces.

—¿Y confiás en el honor?

—¿Por qué no? Confío en el honor porque detrás del honor está la supervivencia de la especie. El honor no existe *per se,* es la expresión de otra cosa.

—¿No es optimismo lo tuyo?

—No, qué va.

—Cambiaste un poco, me parece.

Se estuvieron callados unos momentos.

—Corro todavía un poco la frontera —arriesgó Josefina, algo apocada.

Peñalba bajó la cabeza, asintiendo ceremoniosamente.

—Leonardo me lleva.

—No es el padre de tu hija —afirmó y preguntó Peñalba.

Josefina negó con la cabeza.

—El paciente futuro, digamos. Si es que él finalmente viene.

—Creo que está convencido de… De que es necesario para salir del desfiladero.

—¿Estás muy preocupada?

—No… no hay forma… No quiero la inmovilidad en estos momentos. No creo que la palabra preocupación sea la apropiada porque supondría que tengo de él algo asido y…

—No agarraste nada.

—No. Es imposible. Ya lo vas a conocer. O no tiene la forma para ser tomado o… En cierto modo, está hecho de un aire muy denso. Gaseoso y de una gran fuerza gravitatoria.

—¿Y querés que se le dé corporeidad?

—No sé qué quiero. Pero está el proceso judicial que te comenté. Tal vez no estaría acá si… Tenemos una instancia, según el abogado. Ya sería la última. Si se cierra…

—Me suena raro. ¿No es lo primero que se establece en…?

—Quedó abierta la posibilidad por el juez.

—La premura no es mi fuerte.

—Es que tengo miedo de que los hechos se precipiten. Hubo un robo… en mi colegio. Se llevaron mi CPU. Al principio yo pensé que… No me había dado cuenta… Hubo ingenuidad de mi parte. Y…

—No se puede usar en un juicio lo obtenido en un robo.

—Es que quizás a partir de ahí puedan llegar a un dato que los ayudaría, ¿entendés? O tal vez yo estoy paranoica. No sé. En realidad, puede que no sea nada. Que el dato no sirva, que lo hayan robado unos ladrones comunes. La verdad es que estoy confusa. Por momentos creo una cosa y enseguida… Es una cuestión minúscula, pero me asusto y después creo entrar en razones. Pero… digamos que cuando entro en razones no tardo en decirme que me estoy dando un discurso tranquilizador y… Voy y vengo.

—¿Y él?

—No creo que vea muy bien los contornos del asunto. Está algo alejado. O… tiene esa confianza en que va a seguir siendo él más allá de cualquier cosa que pudiese pasar.

—Pero hay un mundo por afuera de él.

—Sí. No te creas que él es… Que es como un intelectual de izquierda, de los que ponen al mundo como mera extensión subordinada de lo que piensan. No… Él se desespera por el mundo. No cree estar en un atalayita, más bien cree estar mirando desde un ventanuco del sótano. En él hay un sujeto tremendo, pero que quiere caer de rodillas frente a lo que no es sujeto…

—¿Y vos que…?

—Yo soy la vida. Él mendiga por mí. Pero a la vez…

—¿Qué?

—Mendiga pero a la vez ejerce una atracción gravitatoria que nos impide caer en el pozo de imbecilidad en el que queremos caer.

—¿Quiénes?

—Abril, yo. Creo que todos.

—¿Cómo sería esa teoría?

—No sé si es una teoría. Giramos en el espacio curvo y vamos cayendo en el pocito. El pocito es como el viejo nido, sólo que es pocito. Está hecho de elementos intelectuales y morales, el nido en cambio está hecho de… de emotividad, de plumas calientes, de calor de hogar, de los propios excrementos entibiados. No sé. Pero el pocito es peor. Se nace en un nido y se muere en un pocito. Leonardo no me deja caer en mi pocito.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres.

Peñalba levantó las cejas.

—Él envejece por mí.

Peñalba sonrió.

—Lo ponés en un lugar bastante extraño. Y también agigantado. Esto del pocito, de la fuerza gravitatoria, del rescate supuesto de la imbecilidad. No creo que vos necesites de él para… para no caer en la imbecilidad.

—No te creas que es tan difícil ser imbécil. Pero sea, saquemos lo de

la imbecilidad y dejemos el pocito. Cuando alcanzaste el pocito llegaste a la inmovilidad, a tu yo moral e intelectual y…

—¿Y te parece mal?

—Esa maceración en los propios jugos…

—Se podría ver de otras maneras. Como convicciones, como estructura psíquica.

—Tal vez sí, pero vos me hablás de la bolita, que no es lo mismo que el pocito.

—Bueno, un yo moral e intelectual puede entenderse… —Peñalba hizo un ademán con la mano, como una garra que se cierra—. Pero tal vez nos estamos yendo… con la bolita.

—Posiblemente no me expliqué bien. No lo he pensado para explicarlo y entonces estoy improvisando. Pero no es lo mismo hundir un material en tu yo y reconocerlo que ir a un material y reconocerte. En lo primero está la adultez, lo acabado, la búsqueda de los espejos, la ratificación en el en sí, lo dado, incluso, tal vez, lo que no fue creado por sí mismo. No sé qué decirte. En lo otro está lo inacabado de la creación. Ir más allá de sí mismo.

—Bien —dijo Peñalba como un juez que ha escuchado un descargo.

—Fuimos nómades.

—Sí. Creo que debería conocerlo antes de tomar una decisión. Una decisión que puede ser conjunta —Peñalba daba a entender con su gesto que iba a ser acompañado en lo que él decidiera, que sabía hacerlo perfectamente, tanto como cualquier persona que ha laborado mucho tiempo en su oficio—. En este caso incluso podríamos empezar por unos chequeos clínicos.

Josefina asintió aunque a partir de este momento su persona se fue alejando de la conversación, que, por otro lado, no se extendió más que unos pocos minutos. No objetó nada pero en cierta forma había dejado de creer. Y aun así sabía que iba a insistir en la terapia y que cierto futuro estaba trazado. El repliegue de su ánimo dejaba lugar a que la realidad corriera por sí misma, sin que necesitara de su concurso. No estaba obteniendo más que lo que se había propuesto pero al notarlo independiente ya de su voluntad se decepcionaba. Lo que hubiese empujado se iba por la pendiente neblinosa, negligente del futuro.

Ya en la calle se desconcertó. ¿Dónde había dejado el auto? Tenía que ir a algún pequeño rincón de su interioridad a buscar ese recuerdo, ir a ese escondrijo. Pero no podía recorrer ese trecho hasta que corriera a Peñalba de delante suyo. ¿Con quién se había encontrado? Sentía el imperativo de verlo antes que interpretarlo. Le era muy difícil desde ya porque sin conceptos la realidad vivida se atropellaba torpemente, una ristra de Peñalbas se empujaban en cierta forma y se pisaban los pies y no podían desde ya constituirse en uno. Josefina miró hacia ambas esquinas y no halló nada que lo ayudase a decidir una dirección. Permaneció en el lugar y abrió la cartera. Abrir la cartera era darse un tiempo para ir a su interioridad. Peñalba estaba más enjuto y por lo tanto ahora se sustraía mejor de los otros. La corporeidad lleva en sí misma las evidencias. La corporeidad es en sí misma franqueza. Más enjuto, más perdido en la camisa a rayas, era más recóndito. Probablemente, donde había habido fachada —ya sea porque las convicciones presentaran su frente o porque éste ocultaba la ausencia de aquellas— había ahora indicios más o menos inseguros acerca de la existencia de una construcción (aquí y allá unos tirantes metálicos, listones de madera vistos de perfil, etc.). ¡Peñalba se había ido hacia los fondos! Cuando caciquito político ella lo había buscado y había logrado ser su novia y aunque el noviazgo estuviera más hecho de vacío que de materia y ella fuera la que lo advirtiera con toda claridad —y sin ningún pasmo—, fue él quien se decidió bastante rápidamente a dejarla por otra chica. Peñalba había sido más corpóreo porque la política le había acercado sus bolsas de cemento, sus mezcladoras de concreto. Él era sólido y ella era bella y no hubo de todas maneras nada más que terreno baldío. Recordó Josefina muy bien que ella había ido a él y seguía sin encontrar las llaves del auto, que tampoco sabía dónde estaba.

Tal vez ahora Peñalba era astuto. O podía pasar perfectamente por astuto. Tal vez fuera enjuto e inteligente. Tal vez fuera el hombre que Leonardo necesitaba en estos momentos para persistir un poco más en su forma. Josefina sacó las llaves del auto y apretó la precariedad de lo que tenía entre manos. Apretando fuertemente la precariedad entre los dedos y la palma, se dirigió a una de las esquinas llevada por una presunción. No se había equivocado, allí estaba el auto. Y tuvo que

abrir la mano.

XIII

Piquito volador. Danzarín empedernido. Vuelo sobre lo que primero fue un charco y luego una cloaca y más tarde una laguna profunda y ahora un nauseabundo mar cavernícola que se pierde en las entrañas de la tierra. Salto sobre ese mar cuatro, cinco, diez veces por día y ya ni miro las aguas negras. Presumo que han adquirido profundidad hasta el infinito y pego el salto nijinsjkyano. ¡Mis camaradas no pueden admirarme porque al saltar me pierdo en las penumbras! Apenas si escuchan, supongo, los golpes de las botas contra el cemento y no le dan ninguna importancia. ¡Ya nada tiene ninguna importancia! He aquí la clave de todo. Voy por municiones y por los mendrugos que arrojan desde el hueco que hizo la bomba alemana. ¡Habíamos quedado incomunicados y la tremenda bomba de un Stuka nos ha permitido reaprovisionarnos! Son los bellos meandros de la guerra, un daño y luego un favor. Nosotros también devolvemos daños y favores. Y no es fácil en nuestra situación diferenciar uno de otro. Conservamos en un ángulo del patio tres obuses y continúan pasándonos las coordenadas. Y el capitán de artillería mide los ángulos como si ello le importara y los obuses gruñen decenas de veces hasta casi fundirse y los proyectiles vuelan más allá de nuestro mundo y se pierden en otro, remoto hasta lo insondable, remoto hasta la inexistencia. ¡No es tan lejana la inexistencia en realidad para nosotros! Tal vez empieza a trescientos metros. Las capas del mundo se superponen desde la primera línea alemana, de la que somos vecinos entrañables, hasta la torre de agua de la fábrica de fresadoras, luego ya no hay más mundo. Los proyectiles de nuestros obuses se salen del mundo y entonces nos son indiferentes, aunque por supuesto veneramos a nuestros tres viejos obuses y los defendemos del enemigo con más furia de la que emplearíamos para defender los últimos gametos de la especie humana. Seguimos en nuestra posición, en nuestro edificio, aun

cuando la construcción como tal ya no exista más. Pero hablamos de los pedazos de columnas, de los restos del muro perimetral y de los montones de escombros como si constituyeran una edificación. Decimos “edificio” como si dijéramos vestido, ropa; de otra manera, tendríamos que admitir que estamos desnudos y que nos han empujado a la indignidad. Decimos “edificio” con la misma naturalidad con la que permanecemos en él. No hay modo de que nos vayamos. Damos por supuestas las órdenes del alto mando y en realidad no le interesan a nadie, ni siquiera al comandante Tajarin. Hemos de quedarnos acá. Hace casi dos meses que defendemos el edificio. No lo vamos a entregar. Es una decisión que nadie ha expresado y que por lo tanto actúa como un tabú, como un millón de toneladas de peso inerte. Nuestro empecinamiento es algo que excede a la misma guerra. Ya ni siquiera es empecinamiento. Defender el edificio es nuestra existencia y se han vuelto cosas inescindibles. ¡Y yo también, yo también, siento una infinita paz! Cuando la existencia no le reclama a la vida ni a la realidad absolutamente nada, se alcanza una hermosa paz interior. El sujeto se acalla, se entrega, ha decidido aparentemente de una vez y para siempre y por fin encaja a la perfección en la vida. Vida y sujeto son uno y esta unidad se interpreta como destino. No importa la fatalidad, la necesariedad de lo ocurrido sino la indiferencia abismal con que se lo acepta. ¡Toda mi vida de petimetre, acongojada por tal o cual posibilidad, por tales y cuales circunstancias, ha quedado afortunadamente perimida! ¡No hay paz como la de la guerra! ¡Ya no vivo a salto de mata, en la inseguridad de las contingencias! La realidad se ha convertido en un dios absoluto y es la que decide. Lo real en tanto potencia infinita se ha despojado de toda negatividad. Mi piquito no pía porque nada pía en Stalingrado. ¡Nada pía en Stalingrado! Bravo por esto. ¡Bravo por mí, que he sido elegido por la historia para guardar silencio. La historia se ocupa de mí como ninguna madre. Me protege hasta donde ninguna madre podría llegar, hasta matarme. Estoy en el seno de Stalingrado y a nadie le gusta nacer.

Anteayer llegó a nuestro edificio, bajado con arneses por el hueco abierto por la bomba alemana, el comisario político Peñalba. ¡Vino para decirnos que había mundo más allá de las capas de realidad de

los trescientos metros! ¡Peñalba cabrero, nada empezó bien con él! No le dio ningún asidero a nuestra incredulidad acerca de que hubiera un mundo tras el Volga y él fuera su enviado. ¡Tomaba todo como animadversión al Partido! No veía en nosotros a servidores sino a hombres; nos daba libertad y luego se enfurecía. ¡Se equivocaba mucho con respecto a nosotros! Malinterpretaba nuestro silencio ancestral, el mismo al que nos había destinado el Partido. Creyó ver anticomunismo en nuestras risotadas idiotas, anarquía en las sonadas de nariz, individualismo en mis saltos ornados sobre el charco-mar. ¡Quería ver libertad y la vio y no hubo forma de convencerlo! En un momento el artillero Berkov se encaró con él: "no se equivoque", le dijo, "no somos hombres. Dejamos eso atrás". Y Peñalba se enardeció. "Sois hombres y libres", bramó como un energúmeno. "Y luego —jadeaba feamente—, porque sois hombres y libres sois comunistas. No es posible que sea de otra manera", chillaba. "No nos quiera enaltecer", le retrucó nuestro comandante Tajarin, "estamos perfectamente bien así". "La gran patria Rusia los quiere hombres", insistió Peñalba. Transigimos al fin o al menos guardamos silencio, aunque Sukov no podía reprimirse y se escuchaban en el sótano sus risotadas estúpidas.

—Pensé que bajaban las bengalas y lo bajaron a usted —dijo el comandante Tajarin.

—Hay que abrir una comunicación nueva desde el patio —sostuvo Peñalba.

—La que está abierta es muy segura.

—Pero los aísla del mando. Y en caso de necesitar refuerzos…

—¿Existe esa posibilidad?

—Claro que existe.

Nuestro comandante miraba a Peñalba de soslayo, incluso algo indiferente. "Las bengalas van a llegar", afirmó Peñalba. "No se preocupe. Va a tener su remedio". "Necesito las bengalas para que la aviación enemiga confunda los objetivos en los bombardeos", la voz de nuestro comandante se ablandaba ligeramente. En mi fuero interno, yo hacía cierta fuerza para que Tajarin se mostrase siquiera algo condescendiente. ¡Necesitábamos de las bengalas! Peñalba era nuestro único proveedor a mano. "No desesperen", dijo Peñalba". "No

desesperes", me dijo a mí más tarde cuando le imploré, susurrándole al oído para que los otros no me escucharan: "comisario político Peñalba", creo que le dije, "usted nos es tan extraño como lo puede ser cualquier otro. De ninguna manera se piense que es algo personal o que guarda relación con el Partido. Quédese aquí con nosotros y ya va a ver". "¿Qué voy a ver?", me soltó. "La paz más absoluta", traté de convencerlo. "Está enamorado de su trinchera", me dijo, "quiere las bengalas para no perderla. No está mal. Pero está la historia, amigo, y el frente de guerra que se extiende desde el Cáucaso hasta el Báltico. ¿Se da cuenta? Son miles y miles de kilómetros. Es tan extenso el frente que la comprensión se estira y se estira hasta ser un hilito ínfimo. Aun para el Partido. Todo está infinitamente estirado, la piedad, la inteligencia, todo lo que nombre. Ustedes son un punto. Usted es un punto geométrico. Pero no pierda su prestancia de guerrero por unas bengalas. Stalin no percibe la situación como desesperada. Ni siquiera este punto, que es la fábrica que defienden, está en situación desesperada. Lejos de eso. El hipocampo está a salvo", terminó con estas palabras contundentes y me palmeó el brazo. Y tal vez vio a la luz de la linterna mis ojos resecos, tan infinitamente resecos como cristales, porque agregó enseguida: "debería darle unas nalgadas, muchachito, para que el buen comunista que es (y lo veo en sus ojos) se abra paso desde el bulbo raquídeo hasta la piel". Yo aferré uno de sus brazos. "Tengo que vigilarme, tengo que preocuparme mucho para ser un buen comunista porque no provengo de la clase obrera", le dije, algo espantado por lo que podía ser una audacia. "Vengo de una pequeña burguesía ínfima, ¿me entiende? Tres humanitos con aspiraciones en un departamento apenas más grande que un caracol. Mis padres y yo. Dos pelmazos con buena voluntad y el pequeño meterete hacedor de chistes, de retruécanos, de versitos tontos. Fui una ilusión en un departamentito, en una isla de decoro y esas cosas que usted ha de entender mejor que yo. La dignidad, ¿me entiende? Seguramente, lo sabe a la perfección. La dignidad en el vestir, la limpieza, la pulcritud. Estábamos enhiestos en nuestro departamentito. Enhiestos. Sobre todo cuando iba a la primaria y mi piquito no paraba de ponderar el mundo, de… ¿Se da cuenta, comisario? Por esto es que me vigilo antes de que el Partido me vigile.

Era un ponderador del mundo y el mundo es todavía burgués porque… El mundo fue mi debilidad, comisario, soy consciente de esto. Hago el mea culpa frente a usted. Como usted sabrá, el departamentito es nefasto, no pueden salir más que seres mezquinos, comisario. Dulces ególatras departamentales. En fin, camarada. El comunismo me ha pillado a medio desnudar, tal vez incluso, en medio de un cambio de piel. ¿Es mi culpa? Ya sé. Ya sé", grité, antes de que dijera nada. "Al Partido no pueden interesarle las discriminaciones de culpabilidades. Terminaríamos sosteniendo —creo que esto lo dijo Iosif Vissarionovich—, como Tolstoi, que ningún ser humano es culpable de nada y entonces…"

El comisario Peñalba me miraba con un espanto algo remoto. Y su distancia era aun peor que su espanto. ¡Debía de remontar esa distancia a como diese lugar! Y plantarme entonces en sus cercanías. ¡No podía no ser vecino del comisario Peñalba! Iba hasta él como un salmón remonta la corriente, lastimándome los costados contra las rocas, saltando sin calcular porque justamente esto es lo que no debe permitirse un salmón, so pena de ser arrastrado por la corriente. Yo mismo le dije: "no debo calcular, no se debe calcular jamás en Stalingrado". "Hemos alcanzado por fin el estadio de las grandes luchas por los hormigueros", empezó Peñalba; "es un estadio interesante. Iosif Vissarionovich lo vio quizás en las batallas de la primera gran guerra. Posiblemente, se despojó de las palabras y vio y luego volvió a las palabras. Ver sin palabras les está vedado a los humanos desde tiempos inmemoriales pero Iosif Vissarionovich está hecho con la carne de los lobos. Sólo de nuestras tierras podía surgir un hombre así".

Yo simulé indignación como ardid para llegar a las bengalas: "¿por qué nos impuso estatus de hombres si sabe que somos hormigas?" Peñalba sonrió ampliamente. "¿No me dijo que cientos o miles de hormiguitas le corrían por el interior de la cabeza?", me palmeó al terminar la frase. Creo que le gustó palmearme. Se le ha hecho casi vicio. "Se tiene un hormiguero en la cabeza cuando el sujeto se asume como totalidad, mi humilde amiguito", y siguió palmeándome casi pegajosamente. "Se es humilde por desprecio a la realidad. Y la realidad entra por las orejas. Todo un hormiguero puede entrar por las

orejas y poner huevos en el cerebelo. En el cerebelo se dan la temperatura y la humedad adecuadas para que los huevos maduren. Es una cálida cuevita, podría decirse".

Noviembre estaba avanzado y hacía un frío atroz en Stalingrado. En las madrugadas, aun en los sótanos, nuestro aliento echaba nubecitas de vapor. El comisario político Peñalba, sin embargo, casi no echaba vapor y esta diferencia se me presentaba como fundamental, vale decir, que nos ponía en evidencia. Él se daba cuenta y sonreía. Yo estaba convencido de que era la prueba que necesitaba para ratificarse en lo suyo: habíamos caído en la anarquía, en la autoorganización. Queríamos ocultarla y las nubecitas de vapor nos delataban. No necesitaba quizá mucho más para su informe a la NKVD. Peñalba, pese al intenso frío, se arremangaba las mangas y mostraba sus débiles antebrazos blancos y a mí me daba casi pavura. En su fragilidad, me parecían temibles. Creo que los mostraba adrede ya que no era para nada inconsciente del efecto que causaban. Los pelillos negros, lánguidos y despeinados, no hacían más que destacar la blancura y la debilidad. "Aquí estoy", parecía decirnos Peñalba, "atrévanse. En la misma tentación se encuentra el miedo que debe atenazarlos". El comandante Tajarin miraba esa desnudez y me parece que comprendía. Esos antebrazos masculinos y ostentosamente frágiles lo doblegaron rápidamente. Abandonó sus desplantes y sus ironías. Se avino a escribir informes con su pésima caligrafía de campesino. Explicó detalladamente aunque sin esperanzas por qué había mandado a la telegrafista a la orilla izquierda del Volga sin aguardar la autorización correspondiente. Esos antebrazos trajeron el mundo y Tajarin recordó lo que había olvidado. Nos impuso a todos los defensores de la fábrica de la disciplina que debía reinar. En un aparte, ayer a la mañana, Tajarin tanteó mi disposición de ánimo para agradar a Peñalba. "Sin las bengalas, la posición está perdida", adujo con los labios salivosos, temblorosos de deseo. "Yo también ansío las bengalas", le aseguré meneando la cabeza, "pero no podemos ocultar nuestras nubecitas de vapor en las madrugadas. Somos seres calientes y no hay forma de ocultarlo. Sabe que estamos a más de treinta y seis grados".

Tajarin, nuestro comandante, me confió que Peñalba le había

hablado de un futuro avance de nuestras líneas. “Creí que estábamos ahogándonos en el Volga”, me dijo, perplejo y a la vez plenamente indiferente, con esa indiferencia neta y ya límpida gracias a la cual habíamos defendido las posiciones más allá de nosotros mismos. Y Tajarin me habló de una casa que estaba a tres cuadras de nuestra fábrica y que era un hormiguero despoblado. Yo intentaba representármelo pero en realidad estaba como fascinado por los pasitos rápidos y acompasados de miles de hormigas en mi cabeza. ¡Miles y miles circulando por senderos perfectamente delimitados sin salirse un milímetro! Su disciplina espectacular me parecía un alarde. ¡Yo había querido que mis representaciones mentales constituyeran el mundo y finalmente tengo el mundo dentro de mi cabeza! Miles y miles de hormigas que habían entrado por las orejas y que desfilaban en triunfo mundial. La guerra entre mis representaciones y el mundo terminaba con un —en definitiva— muy módico ejército de hormigas tomando por asalto no ya sólo mi subjetividad sino también el territorio físico, las circunvalaciones cerebrales, los circuitos neuronales, la amalgama de pulsos eléctricos y de tráficos proteicos. Tajarin hablaba y la derrota me devoraba. Tajarin hablaba y las hormiguitas se dieron a marcar el paso al unísono y toda mi cabeza temblaba. Mi devoción por Tajarin también estaba reducida por el ejército invasor.

¡La casa a trescientos metros me era inconcebible! Estaba reducido a la fábrica y a mí mismo. El mundo era un frasquito dentro de otros frascos inconcebibles. Las capas de mundo estaban casi por fuera de mi imaginación. Me figuré que las capas de mundo se superponían unas a otras como en la historia de la especie se han superpuesto las capas de vida y de sujeto. Primero, claro, una buena capa de vida y luego la primera capa de sujeto, digamos, la reptilesca, luego otra capa de vida y la capa de sujeto mamífera, y así sucesivamente, hasta el sujeto que comprende a la vida y la nueva capa de vida que lo recubre necesariamente. Capas de vida y de sujeto que se superponen hasta esfumarse en la indiferencia que rodea todo lo real, de la misma manera que, partiendo de este sótano en Stalingrado, en la margen derecha del Volga, se superponen las capas de mundo hasta que ya nada importa, hasta más allá del derrotero de las galaxias. Y,

movimiento análogo, las capas de memoria del sujeto, centrípetamente en este caso, yendo de afuera hacia adentro, hasta perderse en el caos del olvido primigenio en el centro de uno mismo. Así como las galaxias giran en torno de sí y esa mismidad no es más que un agujero negro tras el cual se encuentra una singularidad, así nuestras memorias van hacia su hundimiento en lo indeterminado. ¡Y las hormiguitas que marchan, girando en el borde de esa singularidad, en el horizonte de sucesos! Giran y giran en el último horizonte sin caer tras él, hormiguitas fenoménicas. Tajarin me advierte lo suficientemente liviano y ágil —el danzarín de la industria pesada stalinista— como para integrar el pequeño grupete que tomará la casa H-6. Es más, me ha considerado imprescindible en tanto puedo filtrarme en su interior por ranuras inusitadas. ¡En muchos sentidos, sigo siendo un niño y Peñalba también lo advirtió! Me miraba bastante feo cuando discurseaba sobre la industria pesada de Stalin y su papel central en la futura victoria. ¡Futura victoria! Estábamos tan ensimismados en la guerra que nuestro umbral de acontecimientos excluía esas posibilidades tan generales como derrota y victoria. Quedamos demudados y Peñalba se golpeó una mano con el puño de la otra para darnos a entender que sin el Partido éramos niños cuyo horizonte de vida era la merienda y el trompo. ¡Ya no nos tuvo por anarquistas sino por párvulos! “¡La fábrica es un parvulario!”, tronó, ofuscado en su fragilidad de títere. Y me miraba a mí más que a nadie, como si fuese el portador del mal que se había diseminado. ¡Allí donde esté yo estará el infante y el trompo! Tenía el trompo escondido y Peñalba lo supo bastante rápidamente. “Has de entregármelo”, me dijo con firmeza al tiempo que yo negaba. ¡No iba a entregar mi trompo por nada del mundo! “Es una fábrica de tractores”, aduje, “¿dónde puede haber un trompo?” Pero Peñalba sonreía, infinitamente superior, seguro de que iba a encontrarlo por mucho que yo lo ocultase. Somos halladores de trompos, pareció decirme en un momento con palabras más arduas, sumándose a una pléyade, a una tradición, a una corriente social que justificaba el plural. Entendí que el Estado soviético asumía esa búsqueda de trompos como tarea que estaba más allá de sí mismo y de sus fines específicos e inmediatos. Era la madurez de la especie la que invocaba Peñalba. De una u otra

forma, me decía que la especie había llegado a su adultez y que podía desembarazarse de los trompos por unos cuantos milenios. Hubiera querido decirle que la humanidad no me representaba pero me abstuve porque los pequeños gestos de fastidio del comisario político Peñalba me herían tanto o más que sus furias. ¡Había que oír esos chasquidos tenues y ver esa displicencia fastidiada de sus facciones para que uno mismo tirase de la cadenita del tapón y las opiniones propias empezasen a girar hacia el desagote! Me iba vaciando sin pausas y entre tanto intentaba, antes de llegar al silencio, hacer mi aporte al estado soviético. Di mis opiniones en la fábrica de tractores, en la franjita que defendíamos sobre la margen derecha del Volga, luego de un bombardeo de los Stuka alemanes, dado que no llegaban las bengalas. A mí entender, le expliqué a Peñalba, el estado soviético no debía de abandonar los equilibrios necesarios en la producción entre las distintas densidades. “Estamos demasiado avocados a lo denso”, expuse. Las densidades y las texturas son de importancia fundamental. “No puede abandonarse lo grácil y lo suave”, opiné, y sus ojos se llenaron de una lástima casi furiosa. Sus ojos eran pequeños y, aunque acuosos, no refulgían; aun así no dejaban de ser expresivos. Eran ojos viejos y despectivos y cuando escuchaban —porque eran ojos que escuchaban por sí mismos— se volvían más despectivos todavía. Frente a esos ojos quise enarbolar algún banderín, por modesto que fuera. “¡*Tremoluctancia arditis*!”, emití mi gritito guerrero y luego: “no cae, así como así, una civilización que produce muchos osos de peluche”. De inmediato se arremangó y lució sus antebrazos frágiles y blancos y lánguidamente peludos y yo supe a qué atenerme. Antes ese poder me puse nervioso. “Los osos de peluche, en ejército disperso y sutil, se bastan para sostener una realidad”, casi ladré, “lo quiera ver o no lo quiera ver”. Evidentemente no lo quería ver y una risita cascada me lo hizo saber. Acto seguido, puse sus antebrazos como ejemplo de lo que quería decir; los ponderé en su suavidad y delicadeza y los declaré soviéticos hasta la médula. Si Peñalba se los miraba, de esto estaba seguro, habría obtenido un modestísimo triunfo, pero sus ojos permanecieron fijos en mí. Ni siquiera me medían porque ya lo habían hecho de una vez y para siempre. Simplemente, esperaba que mi pileta se vaciase.

“Volvamos a las hormigas”, me dijo, agitando un poco el antebrazo delante de mis narices. Debía de figurarse que mi pileta ya no contenía más que unos charcos aceitosos. “¿Fumigamos o no fumigamos?”, me presentó la opción con toda crudeza. ¿Qué muere junto con las hormigas?, habría debido preguntar pero tenía la garganta agarrotada. ¿Qué partes de mí van a quedar carcomidas? ¿Se fumiga por las orejas? En fin. Me surgían interrogantes que, en tanto yo permanecía en silencio, no desocupaban espacio sino que se inflaban y chocaban unos contra otros. Rápidamente, llenaron el espacio disponible. “Vamos a tener que fumigar”, se expidió Peñalba, poniendo en evidencia que su pregunta había sido más bien retórica, pórtico de entrada a la decisión que había tomado, quizá junto con Tajarin. “Una buena fumigación del hormiguero, amiguito”, dijo, en tono de expedirse en ese mismo momento, aparentemente feliz por esta posibilidad de la que había dudado. “Imagínese que si no, nidada tras nidada, las miríadas de hormigas pueden alcanzar lo portentoso. No crea que no ha habido casos”. Yo bajé la vista y apreté los labios. “¿Son hormigas rojas o negras?”, pregunté al fin con aires de objetiva curiosidad. Simulaba temple e hidalguía en tanto soldado soviético. Demoró mucho tiempo en contestar. Sus ojos acuosos se habían abstraído de lo inmediato pero no perdían esa severidad de vejete cansado que en parte me intimidaba y en parte me enardecía. Parecía suponer, o esto dejaba trasuntar, que yo lo había llevado a ese estado. ¡Miraba su asquerosa interioridad y se solazaba porque en ese parque temático de cubos y otros cuerpos geométricos advertía belleza! Se rascaba entre ceja y ceja y se iba hacia su vergel de cemento, en donde el pasto sólo crecía en los canteros de material fabricados al efecto. Se rascaba entre ceja y ceja y no contestaba.

“¿Has estado en Siberia?”, me descerrajó de repente, pasando al tuteo tal vez para animarme a la confesión, “¿o no pasaste de la Checa?”. Mis labios temblaban. “¿Cuándo te liberaron?”, insistió. Aduje ser un jovenzuelo con zoquetes sucios y que esto llevaba al malentendido. “Apenas si me interrogaron una vez los de la NKVD”, argüí. Y Peñalba sonrió con suficiencia. “Ningún interrogado por la NKVD elude la Checa, mi querido mozalbete. ¡No sé cómo Tajarin te ha aceptado!”, estalló, enardecido. “Eres el elemento corrosivo, el

disgregador de nuestras fuerzas. Apenas te he visto lo supe, volando sobre los charcos". "No volaba", gemí. Se rió tan feamente como podría hacerlo un escuerzo. "Claro que no volabas, huesitos de pollo. Sé muy bien quiénes vuelan. Estoy decidido a enseñarle a este grupo de combatientes qué es la industria pesada pero antes vamos a hablar vos y yo acerca del frente". Y luego me preguntó a boca de jarro: "¿qué es el frente?"

Cruzando la avenida teníamos a los alemanes del VI ejército, comandados por el tremendo feo del general Paulus, el mismo que un siglo antes, infiltrándose en las páginas del Zaratustra había asesinado a Dios por la espalda, de modo que era evidente que estaba en el frente mismo y por esto me era imposible basarme en la observación. "Si quisieras contestarme, no vas a lograr más que una bizquera", me dijo Peñalba. Yo admitía y admitía. Quería admitir y admitir. Quería admitir incluso más allá de mi esperanza de que me fumigaran la cabeza. ¿Adónde se llega admitiendo? Me parecía que no había ningún límite para mí; iba a admitir hasta alcanzar las alturas. "¡No puedo permitir que admitas!", me espetó Peñalba. "¡Conozco tu estrategia! ¡Admitís para escabullirte. No lo puedo aceptar, no mientras sea el comisario político de esta unidad". Lenin levantaba el dedito con autoridad y Peñalba ni siquiera se molestaba. Con sus manos delicadas se acariciaba los antebrazos peludos y débiles. Había cierta voluptuosidad femenina en sus caricias. "Extraño a Vladimir Ulianovich", le dije, venciendo mis temores. Tal vez, luego de lo ocurrido el 37, no era algo conveniente para decir, pero estaba anegado por la nostalgia. Los ojos se me llenaron de lágrimas. "No creo que pueda entenderlo, pero extraño horrores a Vladimir Ulianovich". No agregué nada más. Una frase se me atoraba en la garganta. "Hubo una vida". Me la repetía para alimentar mi emoción, la que, según me parecía arbitrariamente, me amparaba de sorpresas. Me figuraba que esa emoción interna suspendía el acontecer. El "hubo una vida" fue encarnando en mí. Yo creía haber tenido una vida alguna vez. Quizá cuando era adolescente y Lenin levantaba el dedito y yo me tenía todo para mí. Lograba abrazarme y tenerme en absoluto. Ahora pertenecía al frente. Con una mano barrí el polvo depositado en la parte libre del banco de cemento en el que estaba sentado. Yo

ocupaba sólo una punta. Peñalba estaba enfrente, siempre enfrente.

Me consideraba perdido e iba a mandarme a tomar la casa H-6. Yo pretendía considerarme también perdido pero no lo lograba realmente. Había una parte de mí que me era irreductible y que tenía esperanzas. Una parte berreta, común a la humanidad. Pero como lo excepcional siempre termina rendido ante lo común, acabé por ceder a esas esperanzas. Empecé a perorar acerca del frente, intentando responder a su pregunta. Hablé de las ofensivas prematuras que no logran dispersar al núcleo duro del enemigo y luego las contraofensivas consecuentes. Hablé de los frentes que se extienden entre el cenit y el nadir. Hablé de las puertas invisibles de los frentes. Y luego de todas esas iniquidades, advirtiendo la sonrisa socarrona de Peñalba, acabé por declararme soldado de una causa, incapaz entonces, dada mi perspectiva, de evaluar ya no sólo la situación circunstancial de un frente sino también la naturaleza de los frentes de guerra. “No soy general y sencillamente quiero que me fumiguen el hormiguero”, afirmé después de andar al garete en mi propio puerto. Nos reímos con Peñalba. Y luego de esas risas, que yo vivía como derrota (cada vez que me río, no sé por qué, me siento derrotado) se avino a contestar aquella pregunta mía sobre las hormigas. “No creo que sean rojas ni negras. Deben ser tostadas, guerreras, africanas o tal vez moradas, culonas, pero ni rojas ni negras. Sean las que fueren, de todas maneras la fumigación no depende de ello. Del mismo modo que las bombas que se arrojan desde los aviones no dependen de que los de abajo sean negros o blancos, rubios o pelirrojos”.

Nada es difícil de entender en el frente. Desaparecen los misterios. Si alguna vez la muerte fue un misterio, en Stalingrado dejó de serlo en absoluto. ¡Demócrito y Epicuro podrían pasear tranquilamente por lo que queda de la ciudad y no encontrarían mayores razones para modificar aquello que esgrimieron! “Los átomos”, diría Demócrito, el todavía vidente o incluso el ciego, ante los cadáveres pálidos de germanos y eslavos. “Los átomos que ya están disgregándose”. La ciudad entera podría interpretarse hoy como una disgregación atómica luego de un período de concentración. “Marx hizo su tesis doctoral sobre Epicuro y Demócrito”, le espeté a Peñalba como si lo refutara. “Era muy joven”, adujo el comisario político, admitiendo de alguna

manera que el Estado soviético no gustaba de esa tesis. “Iba hacia el materialismo pero estaba impregnado todavía del idealismo imperante. Nadie se sustrae graciosamente a su época y menos un jovencito”. “Marx fue un jovencito”, comenté no sin temor. “Naturalmente. Todos fuimos jovencitos”. “Stalin fue un jovencito”, arrojé. “Por supuesto”, y Peñalba hizo un gesto casi campechano con el cual daba a entender que todos los humanos compartíamos un sustrato común. Y en verdad temí por todos nosotros. “Debo de ser un buen materialista”, argüí, “porque entendí poco y nada la tesis doctoral de Marx. Por momentos me pareció una jeringoza”. Quizá Peñalba me miró con asombro; es difícil saberlo porque nunca sus pequeños ojos acuosos se agrandaban. Eran ojos tan antiguos que no podían haber pertenecido a una sola persona. La vida de un solo ser humano no daba lugar a la antigüedad de esos ojos; estaban allí los ancestros de los ancestros, una adultez formidable, casi infinita.

¡Luego de esa larga sesión con Peñalba, anoche tuve una escenita con Tajarin! ¡Arrastrándome por el piso pedía fumigación! Había estado desesperado mientras lo esperaba y apenas lo vi mi desesperación refluyó, pero entonces, ¡qué remedio! me hice el desesperado para ser leal al Piquito que está solo en el sótano gran parte del día buscando pertrechos en el largo corredor tras el charco. Actuaba el papel del que era yo mismo un rato antes. ¡Ése es uno de los problemas conmigo! Siempre termino por representar al que fui o al que seré. ¡Las cosas van sucediendo a destiempo! “No soy hipócrita, ése era yo hace un rato”, debería decir de ser honesto, “en esencia, no estoy fingiendo, aunque finja”. ¡No puedo acomodar las emociones a los sucesos o los sucesos se desacoplan malamente! Pero debería de ser declarado inocente y el tiempo debería de ser amonestado por desacomodar lo que podría ajustarse hasta con cierta belleza.

Tajarin me miraba con paciencia infinita. Hice las mil y una delante de sus ojos y finalmente quedé boqueando en el piso como un salmón que, enloquecido por desovar, trepó hasta más allá de la naciente del río. En verdad, creo que quería desovar. Estoy preñado con un pasado que crece y crece dentro de mí hasta constreñirme a una mínima expresión. Me arrincona tanto o más que nos arrinconaron los alemanes en la orilla derecha del Volga. Sofocado, subsisto en mí

como subsistimos en las fábricas últimas. No abandoné mi ser a las hormigas. No, al menos, todavía. Tajarin me habló de las líneas de la batalla. Él todavía ve una batalla en donde yo no veo nada que pueda ser nombrado. Tiene en su cabeza la disposición de casas y de fábricas y hasta de muros que permanecen en pie. Creo que hasta conoce las facciones de cada alemán que mirotea desde las ventanas y entre las paredes. Sigue midiendo muy bien las relaciones de fuerza. Las sopesa casi a cada instante con su piel y con sus órganos internos. Todo su cuerpo vive en el alivio de tener un enemigo al que va palpando como si tuviera mil tentáculos. Luego de mi escenita, Tajarin me habló del enemigo. Era notable su composición del espacio. Vive en verdad en las tres dimensiones cuando la mayoría de nosotros vivimos en el plano. Se explayó sobre la casa H-6. Parecía que hubiera sido su hogar y los ojos se me llenaron con la orina caliente de las hormigas.

Tajarin se dio por fin a especular sobre la gran Guerra. Me palmoteó la cabeza para sacudirme las hormigas y luego me impuso de sus ideas: los alemanes en la ofensiva de 1941 y más tarde con la toma de Sebastopol hacía unos meses nos habían arrojado a la basura. Allí, en la basura, nos habíamos nutrido bien y nos habíamos fortalecido. ¡Nada mejor que el basural!, según el bueno de Tajarin. ¡Y podíamos ya salir del tacho!

“¿En qué fecha estamos?”, pregunté sin esperanzas. “Dieciséis de noviembre”, me contestó Tajarin. “¿Dieciséis de noviembre?”, repetí yo sin poder hacerme una composición del significado de esa fecha, como, en realidad, de ninguna otra.

XIV

La mujer, alta y delgada, se fue acercando a la otra no sin ciertos resquemores. Dudaba. Creía reconocer tras las gafas de sol a la madre del compañero de su hija pero no estaba segura. Tampoco la seducía mayormente la idea de charlar en la vereda con otra madre a la salida del colegio, sin embargo, por otro lado, una fuerza interna la impelía a hacerlo y la justificaba. Ella estaba esperando a su hijo menor al fin del horario de la escuela primaria y sabía que aquel compañero de su hija también tenía un hermanito en primaria, de modo que suponía no equivocarse con esa mujer. El abordaje en cierta forma le resultaba penoso, también porque llevaba un saquito algo raído que se había echado encima a las apuradas al salir de su casa mientras que la otra, con su blusa y su pantalón negros, tenía todo el aspecto de una mujer activa, de una mujer bien inserta en el mercado de trabajo. Ella lo era también y de una manera probablemente envidiable: era economista-jefe en una empresa multinacional y en la mañana había trabajado en las lujosas oficinas de la compañía, sólo que ahora, en la tarde, estaba de entrecasa y esto era bien visible. Por tonto que le pareciera a ella misma, se sentía en inferioridad pasando por mera ama de casa. En parte, entonces, lamentaba el encuentro fortuito y en parte no quería perder la oportunidad.

Se fue moviendo, no sin precauciones, quizá con el soterrado deseo de que el destino se interpusiese, los chicos salieran del colegio y la oportunidad se malograse. Pero al fin, aunque le pesase, estuvo al lado de la otra. La miró con la intención de iniciar la conversación pero las gafas negras no le permitieron ver los ojos de la que iba a ser su interlocutora y, al carecer de la constatación de la mirada de la otra, se arredró. Se cruzó de brazos para disimular su confusión y miró para adelante deseando que sus ojos se abstrajesen lo suficiente como para parecer sumida en sus pensamientos. Trató de proyectar la vista lo más

lejos posible, también, para no ver sus vestimentas, que la llevaban casi inevitablemente a la poquedad. Al fin, volvió a girar hacia su vecina.

—¿Sos la madre de Joaquín? —Logró quebrar la aridez de su garganta pero al costo de un tono cortante—. Del Joaquín del secundario, del que está en tercer año —agregó cuando detectó cierta ambigüedad en el gesto de la otra.

—Sí. Vos sos…

—La madre de Bruna.

—Sí. Qué tal. —Las facciones se distendieron en una sonrisa algo capciosa.

La madre de Bruna empezaba a acostumbrarse a esas sonrisas y a las miradas con un dejo de picardía y cierto asombro peyorativo, no obstante luchaba por no acostumbrarse, no quería resignarse ante el prejuicio. Dados el carácter y la forma de ser de su hija, presuponían en ellos padres peculiares, incluso, tal vez, excéntricos. Y en verdad no lo eran en absoluto, estaba segura de esto, sólo que debían demostrarlo en encuentros efímeros, en los rápidos cruces con los amigos de los hijos, con los padres de éstos, con los profesores, con los administrativos del colegio, y en alguna medida hasta con los vecinos. Ella y su esposo, así lo advertían, debían remontar esa suerte de prejuicio y nunca en realidad lo lograban. No hacían a tiempo, no se presentaban las oportunidades necesarias, no acertaban a sacar a la luz los juicios aquilatados que en general tenían acerca de la realidad. Y en las ocasiones en las que se forzaban para dejar asentado quiénes eran, sonaban como falsarios, algo artificiales, demasiado interesados en decir cosas que no venían al caso. Se esforzaban en desmentir lo que de todos modos en abstracto no condenaban. No eran enemigos de la peculiaridad, para nada. Es más, hasta la tenían por algo ligeramente valorable, sólo que en ellos mismos no podían apreciarla. No se sentían preparados para ser peculiares y podía constituir un valor en otros. Estaban convencidos de no ser peculiares y querían dejar bien asentado esto también ante los ojos de los demás por varias razones pero fundamentalmente por un prurito de honestidad.

—¿Joaquín está haciendo el curso de los sábados por la tarde, no es cierto?

—Sí. Y se va de casa a las cuatro de la tarde con un entusiasmo que yo…

—Justamente. Me acerqué para hablar porque… estoy algo inquieta con lo que podría estar pasando ahí. En principio, no… Yo no quiero prejuzgar y cuando Bruna me contó del curso no quise objetar demasiado porque no quería coartar algo que es… Que está bien, que es loable. No es fácil que chicos de su edad por propia iniciativa quieran montar un seminario, una actividad extracurricular. Y más, un sábado a la tarde. Pero… Bruna no ha contado casi nada, pero precisamente su actitud y dos o tres cositas que comentó en realidad a cuento de otros temas… No sé.

—Ya hablé de asunto con un par de padres.

—¿Y?

—Nos parece que hay de parte de los chicos un pacto de silencio.

La madre de Bruna intuyó que esa presunción de peculiaridad los había dejado fuera de los corrillos. Estuvo casi segura de que la dimensión de los mentideros era bastante mayor que el par de padres invocados y que, como siempre, los habían excluido, tal vez incluso —y esto era lo peor— sin que hubieran tomado al respecto ninguna decisión. Por otro lado, el supuesto "pacto de silencio" sonaba bastante gravoso y por unos momentos las dos mujeres permanecieron calladas.

—Un pacto de silencio… —empezó la mamá de Bruna.

—Se niegan a decir qué pasa.

—Tal vez no esté pasando nada tan especial. Nada que suponga…

—Vos misma te acercaste diciéndome que te parecía que había algo raro.

—Sí. En realidad, podía ser una impresión engañosa. No sé… Pacto de silencio, me suena un poco…

—Estamos viendo la posibilidad de que dos padres hablen con Josefina.

—No nos dijeron nada.

—La duda la tenemos justamente porque no tenemos elementos concretos. Y…

—Si a espaldas de los chicos…

—Claro.

—Puede que Josefina lo levante y entonces se vengan en contra

nuestra.

Las mujeres miraron en distintas direcciones.

—La verdad que…

—¿Qué?

—No hablamos con ustedes porque nos parece que Bruna es la que encabeza o la que impone el pacto de silencio.

La mamá de Bruna se mordió el labio inferior.

—No tiene más edad que los otros.

—No. Seguro. Pero ha ejercido… De hecho, la iniciativa para que regresara Leonardo fue de ella. Es bastante cabecilla. Y puede ser muy hiriente. En alianza con Leonardo… que desde ya no es un nene.

La madre de Bruna se sintió culpable y en su fuero interno admitía. La otra mujer se quitó los anteojos de sol. Tenía los ojos hundidos y algo encapotados. Antes, con los anteojos puestos parecía más joven y frívola, sin éstos se hacían visibles cierta hondura y cierto sufrimiento algo inesperados. La madre de Bruna temió haberla prejuzgado.

—¿No sabés si Bruna estuvo en contacto con Leonardo el tiempo que él no estuvo en el colegio?

—No. No sé. Pero no estuvo en contacto. ¿Cómo…? Leonardo podría haber estado en contacto con otros también.

—¿Qué sabés del curso?

—Poco y nada.

—Vida colectiva. No queda nada claro desde el título mismo del curso.

—Escuché algo sobre Stalingrado.

—¿Stalingrado?

—Fue una ciudad soviética. Se libró ahí una gran batalla en la Segunda Guerra Mundial.

Las cuencas de los ojos de la mujer se hicieron más macilentas, al tiempo que sus pupilas se vaciaban. La ausencia de sentido de esas palabras que apenas si sabía históricas hacía emerger en ella una pared acerada e invisible que oponía al mundo. Detrás de esa pared acerada se refugiaba su desprecio. Los hechos históricos semejaban para ella muertos fríos en un cementerio, eran seres incapaces de estar ya en el mundo y lo escrito en las lápidas la tenían sin cuidado. La historia para la mamá de Joaquín era un cementerio que sólo debía

interesar cuando se llevaban los cadáveres tibios.

—No me imagino qué puede llevar a interesar tanto a nuestros hijos de Stalingrado para que pasen las horas de un sábado a la tarde acá, en el colegio —dijo la mamá de Bruna.

—No puede ser un asunto. Es Leonardo. O lo que hacen con Leonardo. Yo… Te soy sincera: no he querido armar un escándalo porque están los otros chicos de por medio, pero ya estoy con… Desbordada por esto del curso. Me parece terrible que ese Leonardo lo esté dando. A chicos que en definitiva son… menores, apenas si salieron… Son unos mostacillas en manos de alguien que no debería poder entrar en un aula, por más curso extracurricular que sea. Hay límites. Y esta mujer, Josefina, se pasó de la raya. El último sábado intenté impedir que Joaquín fuera y te juro que me interpuse en la puerta y me empujó y se fue. ¡Nunca había hecho algo así! Estoy un poco asustada. Tiene dieciséis años. ¡¿Qué es lo que le dan en ese supuesto curso?!

—Stalingrado.

—¡Me…! ¡Me da por las…! Y a todos los que andan…

—Tal vez…

—¿Qué?

—Voy a hablar con Bruna.

—¡Por favor! Ella tiene mucho ascendiente sobre el grupito. Los maneja con un dedo.

—Tampoco creo que sea así.

—Debe ser la mano derecha de Leonardo.

Ahora sí que la madre de Bruna se ofuscó. Pero fueron tantos los esbozos de réplicas que asomaron a su discurrir que fue como si se atoraran en un pequeño pórtico. Ninguna pudo salir al exterior. E inmediatamente vio que una oleada de chicos salía por la puerta del colegio y entonces su ánimo belicoso refluyó. Pero sentía esa frustración inevitable de aquel que dejó pasar el momento en que su encono estuvo en su punto máximo, en tanto se intuye que esas palabras y ese tono (la estricta y absoluta y definitiva justicia) ya no van a conocer la luz.

Ambas mujeres se fueron separando casi imperceptiblemente en la medida que intentaban identificar a sus hijos de entre el tropel que iba

saliendo. Vagamente lo advertían y no hacían nada por evitarlo, aun cuando no habían decidido nada al respecto. Parecía que los pies, trechito a trechito, habían decidido por ellas. La madre de Bruna respiraba por la boca y la había ganado cierta ansiedad. Quería encontrar a su hijo lo antes posible. Mayormente no le importaba que el encuentro con la otra madre, que ella había buscado para escaparle al aislamiento en el que se suponía, terminara de manera más bien incierta, sin nada decidido, apenas si la mención a la posibilidad de que dos padres fueran a hablar con Josefina y su propia promesa de hablar con Bruna, que aparecía ahora poco menos que como resultado de una derrota personal.

Al fin su hijo apareció y lo llamó con una voz trémula, como si llamase a alguien a quien temía encontrar. Y cuando su hijo se acercó, bamboleándose ligeramente por la mochila, el cansancio y el hastío, aturullado todavía en parte por su pertenencia al tropel, ella se abalanzó un par de pasos y apretó la cabeza de él contra su regazo tal si con esto se protegiera de alguna amenaza. Enseguida, el chico intentó torpemente liberarse, cosa que logró luego de un par de tirones, algo desconcertado por un trato que lo sorprendía.

—¿Cómo te fue? —le preguntó la mujer, cuando en realidad hubiera querido que sus palabras actuaran como un lazo que lo fijase contra ella, sólo que el temor al rechazo y la fuerza de la costumbre la llevaron a la frase de siempre.

—¿Viniste con el auto?

—No. Pero compramos medialunas de pasada —se apresuró a decir para ganarse su favor. Vivían a diez cuadras del colegio y a veces no sacaba el auto del garaje y en el camino de regreso se detenían en una confitería a la que tenían por especial.

—Bueno. Pero quiero churros.

En la esquina ella le puso una mano sobre el hombro e intentó acercarlo. ¿Estaba él también dentro de la burbuja de la peculiaridad?, la asaltó esta pregunta, aunque apenas si bosquejada en carbonilla, mientras miraba la recia cabecita rapada de su hijo. Su marido era ingeniero pero era blando. Y ella… De dos seres blandos, en aleación, había surgido un ser duro, Bruna, y ahora ella los iba mellando y también los arrastraba, los iba llevando entre otras cosas hacia el tal

Leonardo.

XV

He dicho. He dicho y he dicho. Nadie puede dudar de que mi simiente se ha esparcido hacia los discípulos que me rodeaban, entre los cuales había colocado, tiesos mis pequeños jefecitos, a Cachimbo y a Maloy. Cachimbo y Maloy daban seriedad al conjunto; Maloy sobre todo, al que le había puesto una grácil corbatita que lo hacía parecerse —y mucho— a un joven intelectual de los 60. Es lo que necesitaba, estoy seguro, para que la contemporaneidad de los otros no me abrumara. Se ha llegado a un punto en la vida colectiva en el cual los contemporáneos atosigan y compelen y hasta secretamente exasperan con su sola presencia. Y es su contemporaneidad lo que abruma, no otra cosa. ¡La contemporaneidad pone los pelos de punta! Un antiguo calma evidentemente porque otorga profundidad a lo que sería sino mera superficie desquiciante. Contemporáneos por aquí, contemporáneos por allá, ¡y todo lo que reluce en ellos! A mí me dan pavura y no solamente porque son reales. ¡Por mí, me hundiría en una película en blanco y negro para tocar aquellas personas que no asustan! ¡Iría del bracete incluso de cualquier asesino remoto! No pesan sobre ellos las sospechas de hoy, que siempre son las más terribles.

Hasta puede suponerse que los remotos tenían dirección. No venían hacia aquí pero iban, en verdad se dirigían hacia algún lugar. Todo un tropel, por ejemplo, remontaba el río de la irracionalidad creyendo con cierta inocencia que por mero ir contra esa corriente se iba hacia lo opuesto. ¡No advertían que una especie móvil, incluso movediza y algo veloz, no podía aspirar a la racionalidad! ¡El mismo remontar el río anulaba las pretensiones! Íbamos en busca del río inmóvil aristotélico. ¡Nos entreteníamos haciendo historia cuando la tarea propuesta exigía lo contrario! En fin. No fueron malas épocas después de todo en su honda remotidad, en su hacer camino. Siempre se ha

ido. Y la contemporaneidad es siempre un alto en el camino, más o menos sabio y confuso. Mezquinamente sabio y generosamente confuso. ¡Es notable cómo se ha hecho camino de todos esos altos! En cada alto creemos haber alcanzado la condición de sujetos y justamente por esto mismo es que nos suponemos inmóviles y pensativos y en realidad la vida nos va llevando en ninguna dirección.

He cavilado a salto de mata en los últimos tiempos, corriendo del regazo de Josefina al ínfimo refugio tras los biombos, que aunque estrecho no evita que los dioses y otros seres de lo alto me descubran y se rían de mí con esas risas vitales que me están vedadas desde que me puse piloso. ¡Era un dios y la pelambrera me hizo melancólico y humano! La adultez fue para mí una fiera degradación, pasé de la ambrosía en cuencos de cristal y las charlas ligeras entre dioses lampiños bañados por las luces de la alta montaña, a los sesudos rebuznos de un pelambroso en los pantanos. Sabio y sucio y triste ser que se mira en las retorcidas pilosidades como en un espejo. ¡Venid a mí!, decía de pequeño en mi inflamado departamentito, rebosante de suave piel, y luego en la adolescencia corrí a esconderme espantado de mí mismo y de mi metamorfosis. ¡Perdonadme, mundo!, clamé, pero no fui perdonado hasta el día de hoy. Ni el mundo ni mis antiguos camaradas, los dioses, me han perdonado.

Y vuelvo al regazo de Josefina y me escarbo la nariz con felonía y me aprovecho de su enfermiza bondad de mujer remota. ¡Josefina es una antigua y nunca llega a pisar el suelo de la contemporaneidad por mucho que viva en el umbral y camine hacia aquí! Es antigua al menos para mi arrojado corazoncito de vencejo, que se calma sólo entre sus manos vetustas. ¡Me asusto también de mi contemporaneidad! Yo mismo debo de ser contemporáneo. Puede que sea contemporáneo hasta para mi pequeño grupo de discípulos. El grupito pertinaz que me mira mientras busco mi trompo en los sótanos de una fábrica de Stalingrado. Llevan su terquedad a un extremo que me agrada. Ocultan su simpatía y simulan una adustez que me impele a tomarme en serio cada cosa que digo. ¡No quieren reírse ni tomarme a la chacota! ¡Están más serios que en un curso de Lacan, impertérritos como cucos en el desierto! Yo los miro y los apruebo y me impongo la disciplina de la disertación. No me permito distraerme aunque de vez

en cuando le acomodé los flequillos a Maloy y las ropas a Cachimbo. ¡El flequillo de Maloy es una auténtica preocupación para mí! Quiero que luzca como aquellos jóvenes que leían a Sartre y escuchaban a los Beatles, tal como Oscar Masotta. Es más, presenté a Maloy al grupito como Oscar Masotta y nadie opuso ninguna objeción. A Cachimbo lo presenté como a alguien del barrio, una especie de ojotudo de los zaguanes pero con hondas convicciones.

¡Grupito serio! Tuve que documentarme sobre los calmucos con una exhaustividad que alcanzó su punto culminante cuando agujereé mi pantufla con la uña del dedo gordo, luego de subirme a las sillas para alcanzar los anaqueles más altos. ¡Calmucos puercos! Según el conde de Buffon, eminente biólogo del XVIII, es el pueblo más feo de la Tierra; evidentemente espantosos, errantes y vagabundos. ¡Los más feos de la Tierra, los asesinos de Dios! ¡Se cargaron al Todopoderoso y en sus llanuras desérticas, cosa imposible, ocultaron su cadáver! ¡Buscadlo!, desafían, tunantes, malévolos, confiados en sí mismos, sin conceder siquiera una risita. Asesinaron a Dios y apenas si escabullen la mirada, apenas si se muestran huidizos. Por otra parte, hacen su vida imperturbablemente. Se atarean con sus caballos gran parte del día y montan sus tiendas con la parsimonia de siempre. Su espiritualidad es insondable, tal vez inexistente. ¡Hay que verlos hacer sus cosas para advertir que existen absolutamente en ese hacer! Esa existencia en el hacer, por misteriosa, me saca de quicio. ¡Muchachos! ¡Id a los calmucos!, dije en un momento en medio del grupito y creo que en alguna medida comprendieron. Miraban en general a lo lejos y se iban de sí. Se iban y quizás se perdían. ¡Cuando se lleva una existencia centrada en el sujeto, tanto que en esa concentración hacia el interior se produce un calor que abriga y que produce el vaho que el individuo respira, el irse de sí es un alivio! ¡Esos vahos al fin asfixian! Y los chicos iban hacia los calmucos y respiraban con alivio. Mis queridos calmucos que simulan la fe budista para pasar desapercibidos en el mundo. Simulan la fe menos visible para casi no tener que desgastarse en esa simulación. Hacen pequeños túmulos de piedras cerca de sus tiendas como simulacro pero es el lugar en el que antes defecaron descuidadamente. No son astutos pero es como si lo fueran. Creo que no tienen intencionalidad y en este sentido van a la cabeza

de la historia. Su ancestralidad es el presente mismo, como si nunca se hubieran iniciado en lo humano, o como si hubieran hecho ya un giro completo en torno de lo humano. O, mejor, como si fueran los únicos humanos, frente a nosotros, los étnicos. Cachimbo escuchaba y apretaba los dientes y en el aula diminuta en la que estábamos se escuchaba el ruido sordo de su dentadura. ¡Mi buen Cachimbo tal vez se pensaba como calmuco! Respiraba el aire seco de las estepas y el viento se llevaba el polvo de entre sus pies, a los que miraba con intensidad. Es posible mirar fijamente unos pies y saber a qué atenerse acerca de la marcha del mundo, del mismo modo que el interior de una boca revela casi todo sobre la vida. Cachimbo es un gran mirador de sus propios pies y he aquí su fortaleza. Los mira y los mira y se informa acerca de la civilización. Creo que esa tarde en el curso veía el polvo gris azulino de Calmuquia deslizándose entre sus pies y no quería suspirar y apretaba los dientes. Se aprieta los dientes para postergar el momento en el que vamos a ceder. Somos nosotros en cada una de esas postergaciones. Y Cachimbo no quería ceder ante los ojos de otros. Se escabullía.

"Los más feos de la Tierra", dije en medio del grupete, "los asesinos de Dios". Y con una gravedad infantil, casi absoluta, dejaban trasuntar su aquiescencia. Sí que querían ir a los calmucos. "Ellos son los humanos", les advertí, "y tal vez podamos recibir un golpe artero en la cabeza. Tienen las cejas tan peludas que caen sobre los ojos, dientes largos y ralos y barbas largas pero a mechones. Mataron a Dios y no les importamos un rábano. Creo que lo más terrible es que no les importamos un rábano". Todo el grupete estuvo de acuerdo con Epicuro en que lo terrible es fácil de soportar y que no debíamos hacer una tragedia, aunque, frente a la indiferencia de los calmucos yo tenía en secreto ganas de llorar. ¡Me sentía abandonado en la historia del mundo mientras que la vida iba por otro lado! ¡Se despacharon a Dios y no les importamos "ni un tantito así, nada", como diría el Che! Pero a veces hay que dejarse ganar por la insignificancia y reducirse al silencio. Hay que ir a la cripta a acallarse. Al fin, las significancias laten en arterias que antes eran venas, ramas enteras de la circulación de la sangre cambian de sentido. Bien entendidos, los calmucos nos pueden ratificar.

En verano, las temperaturas llegan en las estepas de Calmuquia a más de cuarenta grados y la luz del día hace que colores exactamente iguales se vean distintos, incluso muy distintos. Nada hay de igual en Calmuquia en los veranos. Esa disgregación de la realidad no deja de ser consternante. Casi elimina el lenguaje. El lenguaje se pierde en los matices y se resquebraja y no puede representar lo que representa en otras estaciones. En el verano, a plena luz del día, lo más prudente es no enfrentar la realidad y callarse la boca. ¡Los calmucos están frente a la realidad sin palabras por un exceso de significancias! ¡El lenguaje no llega a los extremos y entonces no puede ser sabio! El lenguaje es la mediocridad de la media luz, de la media estación. En otoño, en el mes blanco, cuando los matices desaparecen, los calmucos regresan mal que mal al lenguaje y se visitan. Llevan las palabras de obsequio. Dicen cosas al garete. Dicen por decir, pero decir es justamente una totalidad que se cierra en sí misma. Los calmucos se ríen en estas visitas pero no por lo que están diciendo sino por la picardía de usar las palabras para tranquilizarse unos a otros en el regreso de lo común. Se divierten porque creen que engañan al Señor Mundo. Mataron a Dios pero esta hazaña es nada y sólo se ufanan de engañar al Señor Mundo. ¡Mis queridos calmucos! Los más espantosos y taimados y hediondos, los más humanos de todos, ingenuamente humanos, perdidos por completo en sus pliegues humanos.

Bruna, que es inteligente y, como todos los inteligentes, poderosamente tuerta, preguntó si formaban una etnia. “Bien”, dije, bajando la cabeza y mirando los pies tristes de Cachimbo, que cada vez se parecen más a los de Robert Walser (la tristeza podológica es la más triste de todas), “la etnicidad de los calmucos”, aduje, “es discutible. La etnicidad de todos los otros los dejó en un agujero vacío de etnia pero que a la vez podría interpretarse —probablemente un error— como de facto una etnia. Pero si son una etnia”, afirmé, “o aceptamos esto con la comodidad con que aceptamos que el número uno es aquel que no es ni dos, ni tres, ni ningún otro, han estado predestinados a ser la primera y a llegar a su pináculo. En los lindes de las tierras calmucas, en la margen derecha del Volga, precisamente en Stalingrado, la etnia halló su punto más alto bajo la forma del Estado-Nación. Stalingrado fue el *non plus ultra* de la etnia y los calmucos

fueron en parte testigos, en parte actores. Borboteaba la etnia en Stalingrado como en una gigantesca redoma de la historia y los calmucos eran al menos ayudantes de laboratorio. Metieron sus manos grasientas de leche de yegua en cada tubo de ensayo, en cada probeta y los científicos no le dieron nunca ninguna importancia, prácticamente no los veían. Los corrían de aquí para allá y a veces hasta los empujaban con órdenes destempladas e imposibles de cumplir. Los tenían por inanes, por estorbos, por empleaduchos que podían estar en cualquier otro lugar y sin embargo… Sí, mi querida Bruna, se encogían de hombros ante la furia desatada de la etnia. Se dice que en las calles en ruinas de Stalingrado en los días más terribles se escuchaba el dombra calmuco como único instrumento. Un par de cuerdas de tripa de caballo que tañían pacíficamente y con indiferencia. Los alemanes escuchaban el dombra y reconocían que el Tercer Reich había llegado al límite de su realidad. El dombra evidentemente no hechizaba a nadie, menos que menos a los calmucos que eructaban suavemente en los sótanos helados, pero erigían una frontera que todos reconocían".

Luego de la batalla de Stalingrado, los calmucos mataron a Dios, justamente por étnico. Los únicos humanos que quedaban sobre la Tierra, feos y tremendos y hartos de las etnias, lo mataron y echaron a rodar la época humana, la de Séneca, la que berrea hoy. Sorprendieron a Dios en uno de sus arrebatos de elocuencia y lo dejaron seco con un temible golpe en la nuca. Se supone que su cuerpo se ha disecado en las estepas ya que decidieron no enterrarlo. Probablemente, lo hayan decidido a la manera calmuca, esto es, casi sin decidir, sin la expresión de un sentido. Los calmucos, en tanto que no-etnia, no necesitaron nunca de la hipocresía. Es posible que hayan arrojado el cadáver de Dios de la carreta en la que lo transportaban sin mucho preámbulo y sin decir agua va. ¡Así son los calmucos! Podría decirse que despreocupados. Tan próximos a la vida nómade que no cargan más que con sus bártulos. Entre la angustia y la marmita, eligen la marmita ¿y quién los puede culpar? Arrojaron el cuerpo de Dios en cualquier lado y ni siquiera se molestaron en buscar referencias para ubicar el lugar. Al menos, es lo que arguyen. Tiraron el cuerpo de Dios distraídamente, hartos de su tremendo peso. Incluso han dicho, por lo

que sé, que el dueño de la carreta temía por los ejes de su vehículo y que fue el más decidido de todos y que tomó un palo para hacer palanca y abreviar el trámite. Interrogados, sonsacados, es imposible establecer si el cuerpo tremendo quedó boca arriba o boca abajo. Han dicho, o dicen que han dicho, que no echaron la vista atrás y que si alguno volvió atrás la cabeza fue para escupir los pedacitos de requesón que tiene, parece, la leche de yegua fermentada. Si habían bebido poco o mucho alcohol no tiene ninguna importancia porque los calmucos no se emborrachan, no se ponen beodos. Esto probablemente guarde relación con las aspiraciones. Cuanto más se viva en el mundo de las aspiraciones, cuanta más carga eléctrica carguen las neuronas, mayor el efecto del alcohol, sobre todo en términos de estupidización, de pérdida, de salida de sí mismo o de las casillas. Los calmucos saben no tener aspiraciones, saben no tener necesidad de control, no viven frenados por la moral de las etnias y entonces no se emborrachan. Sólo tiraron a Dios sin saber dónde y luego arrojaron el palo con el que hicieron palanca. Hay quienes han buscado esos restos. Un gran explorador belga dice haber recorrido las estepas exhaustivamente. Afirma haber encontrado el palo pero que no halló en las cercanías los restos de un gran primate. Ergo, según él, los calmucos fallaron y Dios ha sobrevivido. El belga sostiene que el palo es el palo en cuestión y se apoya en evidencias de testigos. Un par de viejitos han sostenido que es el palo con el que hicieron palanca. Lo reconocen, parece, por una quebradura que se produjo al pujar contra las caderas del que describieron como mastodónico y más aún también. Era Dios, aseguraron, cuentan, con la templanza de quienes hablan de un advenedizo, con el convencimiento de quienes existían mucho antes de que él existiera. Los calmucos se figuran —y debe ser así— que preexistieron a Dios y que lo han sobrevivido y de ahí su extraordinaria pachorra. En fin. Por lo que se sabe, colaboraron con el belga —como, por otro lado, colaboran con cualquiera que pase por sus tierras— pero se desinteresaron por completo de sus conclusiones, que, además, el explorador publicó de regreso a su país. A los calmucos les da lo mismo que les crean o no.

He aquí que debería hacer un parate ya que algo en mí, que no es el estómago, me reclama la merienda. En el archipiélago que me

compone siempre hay una isla que supone posibles las treguas y que manda enviados de aquí para allá plenos de buenas intenciones y de fracasos en las valijas. De todas maneras, en general meriendo en la soledad de la cocina mientras el mundo ignora la tregua que he pedido y sigue avanzando. No se toma en serio a las galletitas de leche que él mismo provee. De treguas unilaterales está hecha la perplejidad ante la vida. En fin. Como sea, seguiremos camino. Bruna propuso ya una expedición hacia Calmuquia, ilusionada con el hallazgo de los huesos resecos de Dios. De inmediato, yo giré mi cabeza hacia Maloy, el discípulo por excelencia de los grandes filósofos franceses de los sesenta, quien se acomodó el corbatín y se hizo el desentendido. “Calmuquia”, le dije, “es peor que la cárcel”. Pero los muslos-muslitos de Bruna (primera y segunda mirada respectivamente) y luego de nuevo muslos en la concupiscencia del recuerdo, ajustados por unas calzas negras que deben oler como los dioses jamás han olido, me dejaron pensando. ¿Qué se tiene cuando se posee, por ejemplo, un peroné de Dios? ¿Cotizará tal vez en los mercados, en los estrados de la justicia, entre los muslos suaves de las mujeres? Me era imponderable y puedo asegurar que me mordisqueé lindo los labios y no llegué a nada. Los calmucos habían juzgado esos restos tan interesantes como la osamenta de un camello pero no debía dejar de lado que los étnicos y los nacionales hemos desarrollado nuestros propios vicios. Traer en la bodega de un barco el cuerpo de Dios y sostener frente a la tripulación que hubo una era en donde los hombres habíamos crecido como ballenas. Hacer de la hazaña calmuca una obra étnica, incluso occidental y cristiana, vale decir, llevarla a la ponderación del Señor Mundo. ¡Mis pequeños calmucos dispersos al azar, dispersos por el viento en la tela del planeta, dispuestos a distancias y distancias que no pueden dejar de pertenecer de todas formas al Señor Mundo! El Señor Mundo siempre es el límite de cualquier hazaña humana. ¡Esa imperturbabilidad del Señor Mundo sobre el que rasgamos nuestras uñitas! El Señor Mundo es infinitamente peor que Dios en muchísimos aspectos, en primer lugar porque es invencible, luego porque digiere y digiere todo el quehacer humano. ¡Toda la historia de la humanidad, toda nuestra malicia, nuestras fruslerías, nuestra ferocidad, todo el pasado e incluso el

futuro humano para no provocarle al Señor Mundo ni un malestar, ni una ínfima indigestión, ni una diarreíta, tal vez ni un eructo! Somos inanes. Los calmucos no se emborrachan porque en alguna instancia de su vida orgánica, lo saben. En definitiva, somos inanes. Repetí esto como cinco veces ante el grupito de alumnos que no logro querer por mucho que esté parado en el umbral del cariño, casi en el umbral del amor. Es estar parado ahí, en la frontera de un país que promete frutos maravillosos pero sobre el que no puedo poner un pie por razones indiscernibles. A veces, me parece que inclino mi cuerpo de tal modo que voy a atravesar el umbral a fuerza de vértigo y torpeza y, a trompicones, entrar allí como refugiado. Ir hacia esas caritas ilusas de los alumnos y habitar el país de sus cuerpos, el país de sus palabras, lograr disimular mi extranjería. Imagino que podría escuchar sus voces con la inmediatez y la vivacidad con la que se toca una piel. Fantaseo con la naturalidad en el trato entre los seres humanos, pero creo que sólo la quisiera en verdad con mis alumnitos, con las juventudes primeras, con los que acaban de recibir el regalo de sus pelambres como Troya recibió su caballo. Y si no entro al fin a ese país, me parece, es porque me figuro —con toda probabilidad, erróneamente— que abandonaría tal vez para siempre el país-Josefina. Me iría del país-Josefina y cuando quisiese regresar luego de unas horas los agentes fronterizos me negarían el paso pese a mis credenciales, mis pasaportes, mi asombro y mis quejidos. Me temo que lo advierto así, como la elección entre uno y otro país, como una cortina de hierro. ¡No soy comunista!, podría bramar ante los agentes de frontera que ellos torcerían la boca casi imperceptiblemente ya que en su planilla estaría bien clarita mi categoría. Caras blancas bajo gorras antiguas me impedirían retornar al país-Josefina y entonces no puedo querer a mis alumnitos y les hago desde mi umbral una mueca penosa, una mueca ínfima de impotencia y de permanente despedida.

¡Quién más inane que yo, mis queridos alumnitos, con mi mueca furtiva y de ligero adiós! ¡Mi inanidad frente al Señor Mundo queda fuera de toda discusión! No puedo quererlos y mi aparente generosidad, mi esfuerzo pedagógico no es más que el miedo al vacío que siento frente a ellos. ¡Mis palabras, que a veces se amontonan físicamente en una suerte de muchedumbre, no son el puente con el

que quiero alcanzarlos sino más bien los estorbos que pongo para que no lleguen hasta mí! Arrojo palabras y palabras para que no aprovechen el vacío y alcancen mi persona. Allá va lo que sé, lo que no sé, todas las bolsas de arena, de telgopor, de escombros con que me protejo. Mi supuesta generosidad pedagógica es miedo y narcisismo pero a estas alturas de sus vidas mis alumnitos ya deberían saber que lo mejor que reciban en sus vidas no va a provenir de actos generosos, que en la mayoría de los casos no provocan más que efectos menores, sino del egoísmo magno de seres que no pueden ser generosos ni tampoco mezquinos. Ningún ser repleto de buenas intenciones podrá darles mi torrente de palabras. Los baño con mis salivas tumultuosas y cascadas y evito que puedan remontar el torrente hasta llegar a mí, a mis pequeñas fauces piquitenses. Si me alcanzaran, qué harían sino emprenderla con el pico de su amor y la pala de sus ambiciones para llevarse partes de mí, pedazos de mis construcciones como *souvenirs* en las repisas de sus dormitorios. Librado a sus deseos, harían de mí tierra desértica, tierra esteparia, tierra calmuca.

Según Buffon, los calmucos tienen las frentes muy anchas y arrugadas aun desde jóvenes, pero, en verdad, llamar arrugas a esos surcos en la piel probablemente no sea un acierto. Porque el surco supone un trazado y, casi podríamos decir, una topografía facial, mientras que las arrugas, a mi entender, son lo que la flojedad de la piel quiere que sean en cada momento. Los surcos en la piel calmuca podrían seguirse como caminos por parte de seres microscópicos que emprendieran un viaje entre sien y sien. Y aunque no tienen espejos, los calmucos ven en los surcos de otros un itinerario, aquello de lo que carecen en las estepas. Las personas hacen las veces de los caminos.

El más estudioso de mis alumnitos me preguntó entonces por el sexo calmuco, por el sexo en las estepas en donde no hay caminos. ¿Qué decir? Empecé por los casamientos, que quedan establecidos a los diez años del varón y a los ocho de la mujer. Las familias tramitan en cierta forma los esponsales pero el enlace se decide realmente en una carrera a caballo: si el hombre da alcance a la mujer, la obtiene pero ellas son más livianas, mejores jinetas y, si es su deseo, se hacen inalcanzables. Las jovencitas calmucas hacen estremecer a sus amantes con sus fuertes pelambres púbicas. El roce con esa mata tremenda durante al

acto no solo enardece sino que ata. He escuchado decir que se lamenta horrores perder ese contacto. El hombre no quiere separarse y remolonea y busca excusas hasta que ella se hastía y lo aparta de un empellón. No hay quien no quiera meter sus dedos entre esos pelos que parecieran hechos para el placer y también para el dolor y que tienen una autoridad tan evidente que casi nadie intenta realizar sus deseos de hurgar allí dentro. Es una autoridad bien visible, que hace bajar la cabeza al más contumaz, al más cocorito. Yo me imagino muy bien silencioso y aquiescente y humilde ante un pubis de esas características, cara a cara con lo que ha ido más allá de la belleza y llega a la prepotencia, al alarde de la vida. Creo que, ante eso, balbucearía en un idioma desconocido; un pubis calmuco tal vez lograría hacerme tartamudear al fin en francés. Rendiría no a mi persona sino al Sujeto entero en un murmullo.

Creo que Bruna se impresionaba bastante con esa imagen de mí, rendido tenuemente ante un pubis calmuco, y tomó a Cachimbo en sus brazos y lo estrujó al punto que su corazón se alojó entre los riñones y la vejiga sintió el pinchazo del esternón. No chilló desde ya porque eran manos femeninas y Cachimbo es capaz de dejarse descoser y volver a ser una sumatoria de pequeños géneros antes que protestar por las osadías de una mujer.

Me fui del tema del pubis y hablé de la remota sensualidad de las nubes calmucas. Esa lejana redondez de las nubes en el altísimo cielo de la estepa. La estepa es el edificio más inmenso de la Tierra y sus frisos fueron pintados por sensualistas furiosos, castrados obesos que eyaculaban con sus pinceles. Dejaron en el cielo la deriva de su fantasía. Adrede, como orfebres que saben a la perfección qué va a sentir el observador y que por ende saben transformarlo en mirón, han hecho los cielos para arrancar suspiros, pero no de los bucales, amanerados y superficiales, sino suspiros nasales, de esos que vibran en las cavernas y en los nódulos de los senos oscuros de la cabeza. El cielo calmuco está lleno de amor y convoca a las tierras de las estepas, que quieren alcanzarlo y se elevan y se elevan disgregándose infinitamente para llegar siquiera como nada y ni aun así lo logran. La sensualidad está siempre más allá. Y, sin embargo, como los obreros alcanzan los techos de la capilla Sixtina, los calmucos de vez en

cuando alcanzan los cielos con sus feas manos y hacen algún retoque como si fueran carpinteros y luego, al bajar, casi no se molestan en observar lo hecho y se desentienden y más bien se miran los pies y el polvo que los golpea. No son proclives a las artes celestiales, en absoluto. En general, miran los cielos sin ver y entienden sus trabajos de carpintería como un deber lejano, tal vez ancestral, un deber para con el entorno, para con los visitantes que atraviesan las estepas.

Por otra parte, es cierto que los caballos calmucos —que algunos llaman caballitos— no tienen ninguna sensualidad. Tienen grupas huesudas, ijadas bajas y carecen de curvatura de pescuezo; los calmucos los montan con rienda larga y los cuellos van en la misma línea que el torso de manera que tienen un aspecto de dejadez y casi de depresión. Más de uno ha pensado que esos caballitos tiesos y de cabezas bajas necesitarían de la psiquiatría, de un sabio cansino como Peñalba. Y no dudo de que vamos a avanzar hacia ellos pero por ahora siguen en manos humanas, en manos calmucas, que les transmiten su espíritu —probablemente, los caballitos bajen la cabeza para mirarse los cascos de la misma manera y por la mismas razones que los humanos de las estepas se miran los pies—. Según Buffon, el caballito no sólo obedece el menor movimiento de la brida, sino que sienten por decirlo así, la intención y el pensamiento del que los monta. Y he aquí que frente al grupete de alumnos y mis dos ayudantes —por llamarlos de alguna forma— Cachimbo y Maloy, reflexioné acerca de cómo los caballitos piensan a los calmucos. Me figuré en primera instancia que los piensan con los huesos y que conocen entonces la historia del mono erecto, del mono hábil, mejor que los calmucos mismos. Los calmucos no pueden sino escindirse de su pasado; para sus caballos, que guardan la memoria en los espinazos, dos o tres millones de años no representan más un pequeño relato, un somero cuentito sin ninguna épica. En última instancia, afirmé bastante suelto de cuerpo, al carecer de épica, los animales aciertan más que el humano. El permanente error del humano, llevado de las narices por la épica, es lo que lo ha llevado al punto en el que se encuentra. Podría decirse entonces que el humano es el animal que se equivoca. Y que se equivoca cada vez más y que, corrido por sus propios errores, va cada vez más rápido. El caballito de Calmuquia no se preocupa por esto y

vive su vida y sabe que un simio ha saltado a sus espaldas y que no tiene por qué arquear el cuello. Estira el cogote y se mira pacientemente los cascos mientras espera que el animal atrevido ya no esté en condiciones de treparlo. Y si caen en las manos de Peñalba, tampoco van a renegar de su destino, por un tiempo serán caballos bailaores y se dedicarán al flamenco y más adelante todo seguirá su curso.

Peñalba es bien capaz tanto para ser empleado de un parque zoológico como de un circo. Por supuesto que también puede llevar un animal de una a otra institución. ¡De hecho va a librarme del Zoo para llevarme al circo! ¡Piquito cacatúa! ¡Machito y blanco, una linda cacatúa en bromejas pavas con el payaso de turno!

En fin. "¿Cómo son las nalgas calmucas?", preguntó uno de buena porra enrulada pero que suele tomar aires de petimetre serio, de respetuoso —con su voz gruesa e inocente— del conocimiento. Por otro lado, cada vez que habla se sonroja y al hacer esta pregunta se puso terriblemente colorado y a la vez terriblemente adusto. Dijo nalgas como si un estudiante de medicina hablara de la vesícula. "Bien", dije, inclinándome teatralmente como si me encontrase frente a una pregunta que Sócrates mismo me dirigiera. Y luego solté mi último rollito cacatuense de la tarde. Los calmucos tienen culos bajos, afirmé de entrada como para situar el asunto en sus justos términos. Culos tan bajos que existen quienes han dicho que aspiran a rastreros. Tremenda caracterización. Culos que aspiran a rastreros. Claro que los calmucos lo han tomado a las risitas y con parsimonia. Se figuran, con buenas razones, que no existe marco para las nalgas en las estepas y que todas —altas o bajas— se pierden en las extensiones.

"¿Los culos son étnicos?", me clavó Bruna la pregunta como si me clavara un puñal. Enseguida me di cuenta de que el asunto no era menor y de que no tenía respuesta. Quizá sonreí torciendo ligeramente la boca. Supuse que el culo de Josefina era tremendamente étnico pero con un solo caso no quise arriesgar una respuesta. Ya habíamos excedido la hora con creces y, pidiendo casi permiso para retirarme a mi interior en busca de algún cacharro en el trastero, di por finalizada la clase.

XVI

—Estoy por salir para inglés —la voz de Bruna en el portero eléctrico sonó metálica e indiferente, quizás hasta ligeramente molesta.

Marco bajó la cabeza en un intento por rehuir el foco del portero-visor.

—Pasé por acá y… te quería comentar algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la… por la clase de mañana. En realidad, también por Leonardo.

—Esperame que en cinco minutos bajo.

Marco se fue alejando unos veinte metros de la puerta del edificio y llegó hasta la esquina. Remotamente, abrigaba la idea de tener el valor de irse y dejarla a Bruna algo atónita. Tenía siempre con respecto a Bruna esos deseos vagos de algún desplante que no lograban siquiera aparecer como una alternativa que en verdad evaluase. No obstante, se había alejado del edificio justamente para que emergieran. Había siempre en ella un sustrato último de indiferencia que podía suponerse invencible y que provocaba en él tanto envidia como un vacilante deseo de revancha. Esa separación con respecto a las cosas y a las personas de Bruna le parecía una suerte de demostración de cómo debía vivirse la vida, pero no dejaba de maljuzgarla por esto. Era un ejemplo y por esto mismo aborrecible, aun cuando no fuera un ejemplo edificante. Hubiera querido ser Bruna y a la vez alejarse rabiosamente de ella, pero se quedaba a medias aguas, flotando cándidamente en sus cercanías.

Poco a poco fue retornando a la puerta del edificio. Se sentía mediocre pero no desesperanzado porque quería creer que aún no había llegado su tiempo y que esto era todo. Finalmente, la esperó a Bruna cerca de la puerta, oteando hacia el interior con la impudicia

que le daba haberse alejado. Bruna salió con unos jeans, un buzo y un morral. Estuvieron a punto de darse un beso pero con los amagues quedaron satisfechos. No estaban muy seguros del servicio del beso.

—Tengo siete cuadras hasta inglés —le anunció Bruna como si fuera un impedimento en algún sentido.

—Bueno. Te acompaño si… ¿Vas a Rivadavia?

—Casi. A media cuadra.

—¿No te enteraste del fallo?

—¿Del fallo? —Bruna frunció el entrecejo con verdadera sorpresa.

—No sé si fallo. La madre de Tomás… Hubo un dictamen de la Cámara, de la Justicia, sobre Leonardo. Parece que bastante malo. Esto fue ayer y… como no tuvimos clases pensé que quizá vos sabías si se suspendía el encuentro de mañana.

—No supe nada, pero habría que… Que seguir con lo que veníamos haciendo.

—Todo muy lindo pero…

—Hasta donde se pueda. Y un poco más también. Si Leonardo… —Bruna se detuvo y casi reía—. Mañana retorna a Stalingrado.

—Yo… de todos modos estuve buscando en Wikipedia y…

—No es la idea.

—Quería ver cuáles fueron los hechos. Y en realidad… Estuve en muchos sitios revisando, hasta que me rendí. Estaban los datos. Unos datos, bah.

Bruna y Marco siguieron caminando en silencio.

—La madre de Joaquín fue a hablar con Josefina. Ya había hablado con la de Tomás y con… Con mi viejo también. Hablaron del pacto. Antes incluso del fallo de ayer.

—No importa.

—Pero no somos calmucos. Yo quiero ser calmuco. Te juro que el otro día, el sábado, cuando salimos del colegio, tomé por Miró y por dos cuadras tuve antebrazos calmucos. Me los miraba y tenía la seguridad de que sabían ser calmucos. Yo no, pero ellos sí. Del codo a la muñeca. Yo les pedí que me enseñaran, que tomaran el mando, que… Pero después doblé por Bonifacio y… después… No fue por la calle desde ya pero perdí la fe en mis antebrazos y no los quería mirar. Pensé en vos. Leonardo te tiene por calmuca.

—No.

—A la noche me miraba las manos intensamente por si había llegado algo desde los antebrazos y no sé si había llegado algo, probablemente sí, porque empecé a entender algunas cosas. ¿Vos te viste la mano cuando está un poco ahuecada? ¿Entendés lo que te digo? Hay que mirarse la palma de la mano cuando está un poco ahuecada. No sé si serán las mías pero la hominización se veía bien clara y también la lástima. Leonardo había dicho algo así el año pasado pero yo no le di bola pero ahora que habló de los calmucos… ¿Puedo ver tu mano?

—No.

—No son tus lástimas. Son las de la especie.

—Ya sé. Pero no vas a ver lo que estás buscando.

—Tenés lindas manos. Por eso.

Se detuvieron en una esquina, pero ya habían bajado a la calzada y un coche que dobló los pasó rozando.

—Se viene el Señor Mundo —dijo Bruna.

—No. Todavía…

—Él mismo lo está anunciando. El señor Mundo va a venir a buscarlo.

—Quedaban, con el de mañana, cuatro encuentros. Por ahí…

—Si dudabas de lo de mañana.

—Quería saber si te habías enterado de algo más.

Cruzaron la calle apurados por una maroma de autos que el semáforo había liberado en la otra esquina.

—Anoté en el cuaderno —empezó Bruna— algo que él dijo el primer día: que el sujeto, antes que nada, es un armador de recovecos.

—Lo dijo por él.

—Lo dijo por todos. Me parece. Lo dijo por el sujeto. Y también dijo que… algo así como que el Señor Mundo ni siquiera se reía, que no necesitaba reírse de las… No me acuerdo. Y esa parte no la anoté.

El teléfono celular de Marco empezó a sonar. Al atender, disminuyó el ritmo de sus pasos y Bruna se le adelantó.

—Estoy con Bruna —dijo Marco casi enseguida con voz más firme y ella no pudo evitar escuchar a partir de ahí con atención.

—No —dijo Marco en un par de oportunidades—. No sabemos nada.

No hay novedades.

Luego siguió un largo silencio de Marco.

—¿Por qué vamos a suspender nosotros? —dijo al fin—. Lo podemos hablar, sí. Le pregunto a Bruna. —Siguió un instante de silencio—. Y a los otros. Pero en realidad no sé si hay algo que hablar porque… Nosotros no vamos a decidir… No nos vamos a boicotear. Te llamo en un rato —casi gritó Marco—. Te llamo en un rato —repitió con voz más calma y más lúgubre.

Bruna se había detenido y lo esperaba.

—Joaquín —dijo Marco—. Se quebró por la presión de la madre y no va a ir mañana. Lo peor es que quiere que suspendamos nosotros. Dice que, con el dictamen de la Cámara, estaríamos llegando demasiado lejos y que avalaríamos… Qué sé yo. Que pensemos en la familia de la víctima.

—Eso se lo debe haber metido la madre. Es un cagón, sencillamente. Y como todos los cagones quiere hacer epidemia para pasar desapercibido.

—¿Será importante lo que dice una Cámara?

—No sé. Voy a un curso. No me voy a poner a evaluarlo. Y si uno empieza a correr para donde lo corren termina por no tener lugar, por no tener territorio. Y a veces, hay quienes corren antes de que los corran.

—Yo vivo con mi viejo, así que no te puedo decir… Si viviera con mi vieja…

—Pero el asunto es uno, no con quién viva.

Marco torció la boca.

—Mi vieja va al mismo psiquiatra que va Leonardo. Peñalba, se llama. El otro día… ¿Ya sabías?

—No. ¿Cómo iba a saberlo? Si vos no me lo habías dicho.

—Me enteré anteayer por… Tal vez lo sabías por Leonardo.

—Vos también… —Bruna, ofuscada, se adelantó unos pasos.

—Podrías haber tenido una charla con él.

—Marco se apresuró y la alcanzó.

—No lo veo más que en el curso, como ustedes.

—A mi viejo, le llegó…

—Ya sé.

—Le dijeron de clases particulares.

—Pero vos entendés lo que querían decir.

—No estaba muy seguro.

Siguieron caminando en silencio.

—¿Y tu mamá cómo está?

—Mucho más indiferente.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué te parece?

—No sé. Ella tenía expectativas muy belicosas, casi furibundas por cosas… No sé… Compraba un salero y desplegaba unas historias alrededor del salero que…

—¿Y eso es malo?

—No sé. Tenía pasiones por cosas muy chiquitas y yo… No se entendía bien. Era un exceso confuso, pero luego se iba metiendo en ese laberinto de pavadas hasta que… se perdía. No regresaba. Se iba desesperando y se daba con un vidrio, y con otro, como en el viejo Laberinto de Cristal, que yo lo tenía en un jueguito de computadora. Al fin, no sé, pateás un espejo.

—Mejor, sigo sola —dijo Bruna de repente.

—Como quieras.

Se habían detenido frente a una panadería.

—Peñalba —dijo Bruna, concentrándose.

—Sí. Peñalba.

Los dos empezaron a reírse.

—Dios mío —dijo Bruna.

—Pero es un tipo que…

—¿Qué?

—A mi mamá le dijo que ella era un dolor en busca de una tragedia. Y que no la encontraba y que entonces no le quedaba otra que aumentar el dolor. Y la tragedia, hija de puta, no aparecía.

—¿Así se lo dijo?

—Sí. Al menos, así me contó mi vieja.

Los dos, algo envarados por una suerte de vacío, miraron hacia la vitrina de la panadería.

—Mañana voy a llevar churros al encuentro.

—¿Sí?

—¿Por qué no? Voy a llevar simples y rellenos. ¿Te gustan los rellenos? —Marco no alcanzó a responder—. Y chocolate. Hace rato en realidad que quería llevar chocolate con churros. No… No me decidía pero… Vos también llevá, porque yo puedo llevar un solo termo. Vos llevá otro. Pero chocolate bien hecho, con barras de chocolate y no con polvo, ¿sí?

Marco asintió con una ligera pesadumbre en la sonrisa.

—Yo quería que esos antiguos humanos…

—¿Los calmucos?

—¿Vos creés…? —Bruna se apartó un mechón de cabello de la frente—. Yo creo religiosamente en los calmucos porque… como dijo Leonardo, fueron el único pueblo no elegido, de hecho quedaron nomás como humanos. Yo entiendo eso. Entonces… ¡Voy hacia los calmucos! No puedo no ir, ahora —Bruna casi se reía—. Pero, ¿no se trata de los calmucos, no?

—Sí. Se trata de los calmucos. Si no… Bah, no sé, pero él dijo al comienzo: "no se trata de un umbral más allá del cual hay un misterio". ¿Te acordás que lo repitió? Y dijo que él hacía historia o vida colectiva, tal cual dice el título del curso. Yo lo tengo grabado. Habló de "ideas en torno de la historia". Dijo: "si es una filosofía de la historia, es muy tenue".

—¡Por Dios! Te lo estás estudiando.

—Sí, me lo estudio. No me importa ser leonardista aunque odie las religiones.

—Marco.

—¿Qué?

—Yo también quiero entregarme.

—¿Vos no sos la primera?

—No. En el fondo, tal vez sea la última.

—¿Sabías que militó en el PO?

—No.

—Es raro.

—Y no pudo estar en Stalingrado. ¡O tal vez tenga setenta años! Por algo es la pareja de Josefina.

—Yo pensé que tenía cien años.

—Es un pozo de mentiras, el guacho.

—Pero tiene treinta y tres o treinta y cuatro.

—Sí, ya sé.

—Quizás el padre estuvo en Stalingrado.

—Debe ser padre y abuelo de sí mismo.

Marco miró hacia un rincón de la vidriera, donde se amontonaban unas masitas secas con aspecto vetusto.

—Stalingrado —dijo, luego.

—Debe haber una puerta en Stalingrado adonde él quiere llegar.

XVII

¡Tajarin resultó bien cosquilloso! Se retorcía nuestro comandante con las cosquillas y no paraba de reír ni cuando los dedos suspendían su tarea por unos momentos. Aun así, seguía retorciéndose como una muchachita. Y, en el fondo, quería y quería más cosquillas como un vicioso, empedernido hasta la médula. No lo decía y hasta se quejaba de las cosquillas pero era tan evidente su vicio que sus soldados bajábamos la vista y tratábamos de no pensar. El comisario político Peñalba nos miraba y rehuíamos los ojos. ¡Ahí tienen!, parecía decir, ni el Partido, ni la NKVD van a molestarse en demostrar nada, todo está ante sus ojos. Tajarin, había que admitirlo, era más cosquilloso que una damisela. Hacia el fin de la batalla, ya en los últimos días de enero, bastaba con que unos dedos doblados en actitud cosquilleante se le acercaran para que se echase a reír y se retorciese. ¡Era bien conturbador y aun así lo amábamos! En mi caso, su vicio cosquilloso me lastimaba hasta producirme una herida a la que intentaba mostrar como blasón. ¡Soy tajarista!, decía mi herida. Y ya en los primeros días de febrero, el mes en curso, saqué mi trompo de su escondite en solidaridad con Tajarin. En las mismas oficinas de la comandancia, le di bien fuerte al émbolo, bajándolo y subiéndolo, para que girara con verdadera alegría. ¡Peñalba jamás había dado con mi trompo y, ufano luego de nuestra victoria sobre el feazo de Paulus y su ejército de bellos donceles —razón fundamental de la derrota alemana—, saqué mi feliz trompo de un recoveco que para el estado soviético era completamente inexistente. ¡¡Iupi!! Mi lindo trompo celeste con elefantes amarillos giraba y retozaba arriba del escritorio y se daba contra los expedientes de Peñalba. ¡Claro que estuvo mi trompo todo el tiempo en la fábrica de tractores y luego en la casa H-6! ¡Y estaba ahora también que hacíamos pata ancha los vencedores en las confortables oficinas del hospital que había quedado en pie! Una parte

de la soldadesca, el pequeño batallón de Tajarin y otros agregados, nos habíamos instalado en ese cómodo pabellón habiendo evacuado a los heridos.

Peñalba me descubrió jugando con el trompo y frunció el ceño en silencio. Sus cejas temibles de vejete cansado se bastaban a sí mismas. “En el mármol va a girar mucho más”, le dije al tiempo que señalaba la ancha franja de mármol blanco que separaba esa oficina de la contigua. “¿Cómo va la danza de las hormiguitas en su cabeza?”, me preguntó con una voz cascada y neutra, la que, en apariencia, pretendía ocultar la autoridad de la que él gozaba. Miré sus antebrazos lánguidos y peludos y tragué saliva. En pleno invierno se arremangaba la pelliza para que los viéramos. La fragilidad deplorable y peluda de esos antebrazos ponía en evidencia su poder de una manera casi escandalosa. Creo que de no estar tan apegado al trompo en alguna ocasión le hubiera espetado: “Hágame el favor, cúbrase esos brazos”, con tanto ardor como le diría a Josefina que se cubra los senos en un acto colegial. Me distraje unos instantes mirando cómo el trompo subía arriba de una hojita que quizá le valiese a algún camarada veinte años en un campo de trabajo, y seguía girando, parsimonioso e impertérrito. “El trompo es más fuerte”, declaré por decir algo, aunque no tenía esperanzas en ese danzarín gordo y celeste y egoísta del cual yo era un servidor. Y, por malicioso, lo dije. “Soy un servidor del trompo, y esto podrá entenderse dentro de tres o cuatro siglos, cuando hayamos dejado de ser étnicos, cuando…”, iba a seguir con una perorata derivativa cuando vi que la piel de un antebrazo de Peñalba se movía casi como si fuese un perro que se sacude el agua. Fue en verdad notable y me llamé a silencio. “Tiene más esperanzas en el regreso del Sapiens que en los soviets”, fue su diagnóstico. Los pelos negros del antebrazo le habían quedado tan de punta que era un paroxismo del ridículo y me eché a reír. “Fue el campo magnético de su trompo maldito”, expelió Peñalba. “Y no crea, amiguete, que su trompo no es étnico”, siguió, “es étnico hasta el punto más absoluto de sus fuerzas cinéticas, tanto en sus fuerzas centrípetas como en las centrífugas”. Y dio un manotazo al trompo, que voló fuera del escritorio. “Y no crea que no vamos a saber de una manera u otra lo que ocurrió en la casa H-6”.

Bajé la cabeza y absorbí los mocos. Me alimentaba con mis mocos para aliviar al Estado soviético de mayores gastos y no se me reconocía ningún mérito. Ni en esto ni en tantas otras cosas. “Me vigilo constantemente”, aduje, “usted sabe bien que, proviniendo del departamentito aspiramentoso del que provengo, no dejo de estar alerta. Hubo un deseo el otro día que salió de un cuartito del que ni siquiera conocía su existencia”, continué, “salió tan furtivamente y su figura era tan negra —creo que podría describirse como una sombra— que intenté seguirlo y me perdí en mi propio barrio”.

En fin. Las hormiguitas, que según Peñalba eran moradas y culonas, habían tomado toda una meseta. Y sí, sí. Sí. Estaban danzando a gusto. Todas al unísono, como bailarinas del Folies Bergère, sólo que golpeaban la tierra como los pueblos africanos más felices y libres. Golpeaban y golpeaban la tierra con los pies y levantaban una polvareda madre y padre. Me hubiera aferrado a los antebrazos frágiles del comisario político si la pelambrera negra no me hubiera dado pavura. Sí, el ejército de hormiguitas moradas y culonas danzaba en mi cabeza de tal manera que hasta la mandíbula temblequeaba. Y él me miraba en aquel despacho de hospital de Stalingrado luego de nuestra victoria y a su manera remota disfrutaba. Disfrutaba de la constatación, de la disciplina del ejército de hormigas, que, por supuesto, sabía admirable. “¿No existe una hormiguita que se mueva a destiempo?”, me preguntó, quizás ociosamente, pero en ese momento eran tales los movimientos telúricos que provocaban las hormiguitas que tuve a esa idea por una esperanza. Supuse que la indisciplina podía corroer a esa fuerza primitiva. Intenté, entre la polvareda, encontrar algunas díscolas. “Tal vez haya algunas”, me expedí, para darme ánimos, pero al rato una lágrima corrió desde mi ojo derecho, el lloroso. Suelo llorar con el derecho casi el doble que con el izquierdo y aunque diciendo esto quizá esté exagerando, seguro que el derecho es el que empieza y lleva la delantera. “Están bien alegres”, gemí. ¡Eran bien putarracas las culoncitas y la danza las llevaba a un estado casi orgiástico! “Las culoncitas son más libidinosas”, confirmó Peñalba. No tuve ninguna duda de que esas culoncitas habían obtenido lo que habían buscado y que el contento las haría danzar casi infinitamente. Estaban horrorosamente satisfechas. “¿Quién se resiste a

esos culitos?", fue la lógica implacable de Peñalba. ¡Eran muy bellos culitos y habían enardecido al orbe entero! Las secreciones habían corrido como océanos y sin embargo no había habido una culoncita para mí. ¡¿No podía ser yo un hormiguito danzante en medio de las culoncitas?! Me hubiera movido como el que más. "¡Están en mi cabeza y tendría derecho a una culoncita!", levanté el dedo como Lenin cuando exclamaba "paz y tierra". "Claro. Claro", me daba la razón Peñalba. "¿Es posible que la felicidad de unos sea la desgracia de otros?", pregunté, "¿es posible que tenga que envidiar a unas hormigas culoncitas?" "¿Por qué no?", Peñalba fue tajante, "estamos en el socialismo". Luego la emprendió con una teoría disparatada: había una cierta porción de felicidad en la Tierra y donde otros eran felices disminuían nuestras posibilidades. La felicidad, según Peñalba, estaba entre los bienes escasos que había que repartir igualitariamente. ¡Las moradas culoncitas y bien servidas se quedaban con toda mi cuota y bailaban en mi cabeza! La injusticia era atroz. Me creí en el derecho de pedir su exterminio. ¡¿No existía acaso una fuerza punitiva capaz de entrar en mi cabeza por mis oídos y aniquilar a esas culoncitas felices?! Mi voz, creo, temblequeaba tanto como mi cabeza. Era evidente que no podían renunciar a la danza y que no entenderían razones. Al menos, había que hacerles poner pies en polvorosa, desbandarlas. Aunque en ese momento, en realidad, pedí a Peñalba su exterminio. Cada bajada de pies de las hormiguitas ya no sólo movía mi cabeza sino que llevaba una suerte de aguijonazo descendente hasta más allá del estómago, en algunas oportunidades casi llegaban a la vejiga. "¿Para qué existen los Tupolev-TB-3?", bramé ante Peñalba, aunque no estaba seguro de estar actualizado en cuanto a armamentos. Peñalba me miraba con absoluta parsimonia. Se tenía por tipo muy tolerante y sereno. Había en él una gran aquiescencia por la realidad y esto era admirable. Había dejado atrás la etapa en la que se ufanaba de no tener altercados ni resquemores con el Señor Mundo y directamente se tenía por el Señor Mundo. Esto le daba, por supuesto, un aire beatífico. Creo que no lo perdía ni cuando le daba un manotazo a un trompo. En fin. Se dio a explicarme las dificultades de una misión aérea. En primera instancia, las posibles lesiones del tímpano y los huesecitos del oído medio a causa de las vibraciones de

los motores. Luego discurrió sobre la población nativa, de la que él se hacía responsable, y a la que era imposible de discernir en los bombardeos de las hormiguitas culonas. Yo estaba en verdad algo impaciente por estos melindres y sin embargo asentía haciéndome el comprensivo. Cada vez que me ofenden, el orgullo me lleva a hacerme el comprensivo. Y no sólo asumía Peñalba la responsabilidad por la población nativa sino también por sus tierras de labranza, por sus cosechas, ¡hasta por su modus vivendi! Con una lapicera negra en las manos, vetusta y bella y casi venerable, me explicaba con el aire de sus aquilatados pulmones que las incursiones aéreas eran prácticamente imposibles y que las bailarinas, por estas razones, no iban a abandonar jamás las zonas pobladas. “Se entremezclan con la población nativa”, dijo y levantó la lapicera como si hubiera tenido una erección. Yo intenté argüir que estaban bailando y que esto las podía identificar, pero fue para Peñalba un argumento tan inane que, de entrada, no se dignó contestar. Era posible para él, incluso, que algunos nativos estuviesen bailando junto con las hormiguitas. “¿Por qué no?”, me preguntó, levantando las cejas como si él hubiese danzado en el pasado junto con hormiguitas culonas y sintiese alguna nostalgia. “¡No se puede bombardear indiscriminadamente!”, fue su tajante conclusión de hombre de bien.

“Usted es un hombre probo, comisario”, ratifiqué por las dudas. Lo comprendía como sólo puedo comprender yo —según me parece—, casi infinitamente. Si alguien me hace un bien o me elogia, me sume en cierta confusión y en cierta irrealidad, podríamos decir; de hecho, no alcanzo a comprenderlo; pero el daño enseguida me centra, me encuadra, y se hace rápidamente comprensible, las razones se me hacen evidentes. Convine conmigo mismo entonces que había que descartar a la fuerza aérea y sugerí fuerzas anfibias. En verdad, no sabía bien a qué me refería con lo de anfibias pero la actualidad de una palabra la libra de sospechas. Me figuré, y se lo hice saber a Peñalba, que mis fosas nasales podían ser los pórticos de esas fuerzas punitivas. Peñalba meneó la cabeza como si estuviese pensando en otra cosa y de repente le hubiesen ofrecido un vascolet, una leche chocolatada. ¡Según él, se carecía de medios de transporte! Se metió el dedo en la nariz como si buscase con eso razones para vivir, y la

emprendió con una deriva de impedimentos: los ríos correntosos, los saltos, lo escarpado del terreno. “¡Su cabeza es un Himalaya!”, alcanzó a decirme. “¡Harán las culoncitas lo que se les cante…!”, intenté simular alguna furia pero estoy seguro de no haber sido convincente. “Avéngase a las culoncitas”, me aconsejó. “Las tiene ahí por vicioso, por cebarse con sus propias locuritas”.

Me quedé callado por largo tiempo. Fui a buscar mi trompo con actitud desdeñosa. Sabía muy bien lo que Peñalba quería pero no quería saberlo y en definitiva no lo sabía. Estuve a punto de meterme yo el dedo en la nariz pero sentí temor de ser irreverente. “Las culoncitas moradas le ingresaron en la cabeza en la casa H-6”, dijo Peñalba. En la fábrica de tractores ya me había hablado de esas moradas culoncitas pero no le retruqué nada; yo juzgaba que, precisamente, debía bucear hasta el tapón para desagotar mi memoria. En definitiva, suponía que iba a hacer lo necesario para que Peñalba mandase por fin las élites de montaña y que esto incluía mi traición a Tajarin, el calmuco. Ya no les interesaba solamente mi trompo, querían al humano, al cosquilloso inveterado. El hormiguero en mi cabeza era ya tal vez una razón étnica, digna de ser aprovechada por todos los étnicos fecundos de la Tierra.

Le pedí a Peñalba que me hiciera una descripción topográfica de mi cabeza, tal vez porque tenía hambre de tragedia y hasta de catástrofe. O porque en realidad lo del Himalaya me envanecía. Como siempre, estaba dispuesto a creerme cualquier cosa. Él pareció sorprendido por mi pretensión. Siendo comisario político y yo soldado debía de ser algo inusual y hasta inapropiado, pero cierta determinación veló las facciones de su rostro y se avino a hacerlo. Querían al humano cosquilloso en la tundra más septentrional, negro de carbón. Empezó con la descripción de los despeñaderos tremendos de mi cabeza. En cualquiera de ellos tanto un étnico como un hombre podría, según él, suicidarse tranquilamente. Muchos suicidas, afirmó, se han arrojado desde sus propios despeñaderos aunque también ha habido los que utilizaron los despeñaderos de otras cabezas.

“Podría alquilar mis despeñaderos”, comenté estúpidamente, poniendo en evidencia mi origen social no del todo proletario, sacando a la luz las ambiciones pecuniarias del departamentito donde madre y

padre se desgañitaban por los futuros éxitos del piquito de oro. El comisario, historicista porque el Estado soviético se había hecho historicista en los años 30, se asió de la oportunidad para indagar sobre mi pasado familiar. “Estamos en el borde mismo del horizonte de los acontecimientos”, casi bramé, “estamos en Stalingrado en febrero del 43. Podemos extraer esto, Stalingrado, y situarlo…”, creo que no logré expresarme con claridad y caí en una jeringoza bastante obtusa. No logré tampoco llevar a la cara las expresiones necesarias, sobre todo esa seguridad en sí mismo de los grandes pensadores y entonces, viendo el descreimiento de Peñalba, farfullé y, lejos de hacer un aporte inmanente a la historia de la filosofía, hablé nomás de mamá y papá. Trataba de engañarlo pero una corriente de sinceridad me empujaba adonde no quería llegar. No podía divisar el origen de ese río oscuro que, perdiéndome, me quería salvar. Casi todo lo que quería inventar, esta corriente me lo arrebataba de las manos. Tal vez sea el secreto de los buenos comisarios políticos, atraen ese río traicionero como la luna a la masa de agua de los océanos. En cierta forma, mis padres, testigos festivos de mi verba, se esperanzaban en un Demóstenes. Empecé a desembuchar y los ojos se me llenaron de lágrimas. Iba hacia Peñalba llevado por el río de la sinceridad. Ellos no se conformaban con un destino común y corriente. O sí, pero en el fondo no, y la exigüidad —por no decir mezquindad— de las dimensiones del departamentito los echaba hacia la intemperie de los sueños. A la fuerza, por la estrechez del espacio, se salían del departamentito para pensarme y flotaban sin ton ni son en los cielos abiertos. Peñalba torcía la boca mientras yo hablaba e iba sincerando mi condición de jugador de trompos. Me iba entregando a la fragilidad de sus brazos peludos. Querían soñar en mi futuro mis papacitos probos (tenían a su probidad como arco para arrojarme) sin atarse a nada, ni siquiera a mí. En cierta medida, yo estaba afuera de esos sueños y esto es, claro está, porque los sueños me precedían, venían de los túmulos de huesos. ¡Peñalba se enfurruñó cuando escuchó lo de los túmulos de huesos! Posiblemente porque lejos de enterrar los muertos a los muertos tienen la mala costumbre de desenterrarse unos a otros. El comisario político sabía bien que el socialismo tenía problemas con los muertos y me lo hizo saber. “Piense en otra cosa”, me aconsejó. Y

seguí su consejo, porque uno empieza por dejarse llevar por la corriente de la sinceridad y termina sorbido por los vórtices de la obediencia. Además, yo soy el típico desobediente que corre hacia la obediencia y, al mismo tiempo, el obediente que corre hacia la desobediencia y termina chocándose consigo mismo. Pensé en otras cosas y enseguida llegué a los edificios. “Bien pensado, los edificios deben constituir un problema aún mayor para el socialismo que los muertos”, arriesgué. “Estábamos en su madre”, me arrojó, mintiendo en alguna medida. “La puerta del departamentito en que habitábamos debe de ser un incordio mayor para el socialismo que la dentadura postiza de mi madre”, continué con lo mío pero adelantó los antebrazos y supe a qué atenerme. “No quise guardar la dentadura postiza de mi madre”, me apresuré a asegurar. Asintió Peñalba, intuyendo que yo me enmendaba. Antes de morir, mi madre sufrió de vértigos y creo que en alguno de esos ataques perdió la dentadura postiza y ya no la encontró. Por un tiempo me preguntaba si no se la había tragado. Pero Peñalba se desinteresó de la dentadura postiza y se enfocó en los vértigos. Dedujo que ella se había asomado a mis despeñaderos. “El Himalaya de su cabeza es muy peligroso”, dijo. Sugirió que mi madre se había hecho alpinista por devoción pero que otros muchos tantos podían pretender subir a esos picos por deporte. “No faltan nunca los deportistas, los lujosos deportistas”, afirmó, repentinamente ceceoso. Esto lo enardeció y me exigió que le diese el trompo, cosa que hice puntualmente. Lo tomó con ambas manos y lo mantuvo alejado de su cuerpo. Parecía que le daba algo de temor. Y siguió discurriendo contra los alpinistas de mi cabeza, que, según él, iban en busca de aire enrarecido para lograr orgasmos más furibundos en las masturbaciones. “Se masturban en los riscos”, desaprobaba Peñalba. “He visto lamparones terribles en las piedras, lamparones de fiera” y el comisario político con sus manos indicó una suerte de óvalo tan grande como una pelota de rugby. Quise recuperar mi trompo pero me lo escamoteó. Le dije que bien podía ser el yeti el de los lamparones y que el mismo Himalaya de mi cabeza había surgido quizás a causa del yeti, como consecuencia de toda una genealogía del yeti… En fin. Se rió y me dijo que no se podía ser soldado y comisario político del ejército. Y enseguida se explayó sobre las placas

tectónicas, su secreta tremebundez, su choque irrefrenable, las montañas que emergen de un calor furioso, nuevas, acontecidas, revolucionarias y luego el frío que las perpetúa. “Su Himalaya debe de estar ya, en cierta forma, estable”, se expidió sin que yo pudiera adivinar si esto era favorable o no. “Habría que ver qué tan habitado está para conocer su estabilidad, más allá de las visitas de los alpinistas. Puede que vivan allí pueblos enteros, escondidos en los valles. Pueblos muy vitales y fuertes, aislados y soberbios”, y Peñalba pareció entusiasmarse por unos momentos con las cualidades de esas gentes, tan desilusionado estaba de los que habitábamos la Unión Soviética y en particular de nosotros, el escuadrón de Tajarin.

La posibilidad de que hubiera gente valiosa en mi cabeza no me sorprendió. Siempre tuve esperanzas en lo fecundo de los intersticios. Allí donde lo exiguo y lo recóndito no permiten ver, estaban los méritos, en personas diligentes y hacendosas, que muy lejos estaban de la idea siquiera de suicidarse en los despeñaderos. Gentes de camisas arremangadas e incansables en sus quehaceres, pueblos de lecheros, tal vez. No tardé en imponerme la idea de que eran lecheros y que al alba estaban ordeñando los apacibles miembros de los rebaños. Y, más allá del odio que sentí por esos lecheros, quería ser uno de ellos. Me figuraba que esa imposibilidad de ser un lechero de las montañas explicaba gran parte de mi vida. Cuando tomamos la casa H-6, yo me deslicé tan silencioso como el devenir hasta que el horror de mi presencia mató al primer alemán. Yo ya era la palabra Stalingrado. Como fuere, Tajarin ordenó desnudarlo y uno de los nuestros se puso el uniforme. Al ver desnudo al alemán, estuve seguro de que era un lechero suavo y de que había matado a mi antinomia. ¿Cómo iba a vivir sin mi antinomia? Lo acababa de descubrir como antinomia y ya estaba muerto. Le pegué una patadita infantil en el corpachón para que reviviera pero insistió como occiso. Desde que era soldado tenía a la muerte por una simple insistencia, casi como cualquier otra. Cuando todo terminó y la casa estaba en nuestras manos, mis camaradas me encontraron pensativo frente al cuerpo desnudo del alemán, que me parecía particularmente insistente sólo por ser lechero.

En mi cabeza, pueblos de lecheros en los valles y, más allá, en las mesetas polvorientas, hormigas culoncitas y procaces danzando y

haciendo temblar la tierra, al menos, tal vez, toda una placa tectónica. Pero creo que cuando tomamos la casa H-6, el punto neurálgico de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos lecheros dormían en la oscuridad del fondo de los valles; dormían porque no creían en ellos mismos, no tenían la fe suficiente como para despertar. Los rebaños pastaban, abandonados a su suerte. Quizá los despertó la insistencia del lechero suavo, quizá su acendrado sentido del deber. Los pueblos lecheros tienen su acervo, su terrible acervo. Son pálidos y hacendosos y étnicos. Han dejado tan atrás al humano, al Sapiens que partió de África, que en el exterminio se sienten a sus anchas. Esos pueblos lecheros han ido por el orbe entero.

El mundo ha hervido de etnias durante cien mil años y sigue hirviendo. Cuando advertí la persistencia en la muerte del lechero suavo me figuré que estábamos en un lindo pináculo. Hasta muerto apretaba su etnicidad entre las muelas, mordía su etnicidad con una ilusión que daba pavura. Era un cuerpo grande y blanco y era eso, él, todavía, un cuerpo grande y blanco que mordía entre sus muelas la supuesta belleza a la que creía servir. Había muerto como servidor de la Belleza en esa casa pútrida de Stalingrado. Era un étnico y un platónico y en Stalingrado era un muerto prácticamente perfecto. Se endurecía como esa perfección que había buscado y yo, llena la cabeza de hormiguitas y desperezándose los pueblos lecheros, lo observaba como al más ingenuo de los ídolos. Servidor de un Estado nacional, pero en realidad de una etnia y en realidad de una idea de belleza y, en definitiva, de la persistencia de las formas. Lechero muerto. En el apogeo del hervor de las etnias tenía que estar este lechero que nunca, jamás, se iba a cansar de ser lechero y de ser un lechero arruinado por una furia muda. Habría que ir, tal vez, a esa furia de los Neanderthales, a esa furia de los Sapiens entrados a Europa para llegar a la casa H-6 en Stalingrado. Ellos defendían en sí la belleza y no podían permitir que se esfumara de la Tierra. Ya escapaban de los propios excrementos y empezaban los esfuerzos para llorar.

Al fin, Tajarin nos hizo enterrar a los muertos en un patio de tierra y el lechero suavo llevó su insistencia al montón de carne que se abigarró en el pozo y ahí su insistencia empezó su leve declive. ¡Cómo me gustan los leves declives! ¡Soy un verdadero aficionado a las

declinaciones morosas y apenas perceptibles! ¡Las insistencias también declinan y, al fin, también se pierden! Para una persona como yo, que ambiciona la falta de voluntad —y la ambiciona de tal modo que casi podría decirse que la añora—, esa declinación es un consuelo al que se va entregando de tanto en tanto, cuando me dejan estarme conmigo mismo. Tajarin, que es tanto o más perspicaz que Peñalba, me ha dicho bien clarito que esa ambición de falta de voluntad no es más que concupiscencia. "¡Es la lujuria, amiguete!", me ha espetado con una risita. Y es posible que el paso de todos esos ejércitos y pueblos y cuerpos de baile por mi cabeza hayan dejado esa ideíta, de que la voluntad es opuesta a la lujuria, como si una representase el remontar de la corriente y la otra el dejarse llevar. ¡Un par de piernas que asoma por el tajo de una pollera y ya en mis fondos la desidia empieza a enseñorarse! ¡¿Por qué no ceder ante lo evidente?!

En fin. Tomamos la casa H-6 y a las horas, no más, los alemanes se percataron del terrible error que habían cometido al dejarla con una defensa exigua. Era un sitio que habían menospreciado porque no les era muy útil para una ofensiva hacia nuestras líneas, sin darse cuenta de lo que podía significar como punto de defensa y de contraofensiva. Perdida la casa, se empezaron a desesperar. A través de la plaza y de las calles laterales que ahora dominábamos con toda facilidad desde las ventanas, mandaron varios grupos prácticamente suicidas. Durante dos días persistieron con intentos tan torpes que hasta Tajarin, cuya experiencia de guerra lo llevaba a percibir los sucesos como transcurso de fuerzas apriorísticas, desconfió un poco de la realidad. Empezó a mirarnos con asiduidad y a veces, según parecía, intentando sorprender a lo real en un equívoco, en un error, de tal manera que el engaño se develase. ¡El destino siempre se realiza a través de una estupidez! La pequeña estupidez es el quiebre a partir del cual el destino se echa a rodar pero uno no sabe si esa pequeña estupidez era parte del destino o más bien azar. A veces pareciera que el pesado Señor Destino, viniendo desde el futuro, inclinara el plano y produjera por presión la aparición de la idiotez casi como supuración de las materias intervinientes. No sé. La cabeza de Tajarin se aparecía en los vanos de las puertas y luego desaparecía y al fin una tarde me pidió el trompo. Lo palpó bastante y después lo apoyó algo ladeado contra el

piso y le dio al émbolo. Lo soltó y el trompo se movió con mucho de bailarín exótico y gazmoño, de aquí para allá, inclinándose para un lado y para otro en una peripecia que al fin lo sacó de la habitación en la que estábamos y lo llevó a un baño, donde chocó contra el inodoro. Tajarin y yo gateamos hasta allí y lo vimos en sus estertores finales, hasta que, resignado pero también apacible, se quedó quieto. Tajarin lo observaba con cierta gravedad. “Elefantes amarillos”, dijo, “van a dejar de ser amarillos cuando esto vuelva a ser la Unión Soviética”.

Stalingrado fue un pináculo tan violento de la voluntad que fue una batalla prácticamente asexuada. Se exacerbó la voluntad a un límite en el que la vida perdía sus potestades. El sujeto, étnico y abigarrado en este caso, o sea, colectivo, llegó a un apogeo admirable y triste. ¡Mi piquito calló y mi pito no se mojó por meses! Meses muertos, atiborrados de voluntad y de sujetos maquínicos. ¡Ni todas las paredes derruidas de Stalingrado explican tan acabadamente la batalla como la sequedad de los pitos en el interior de las braguetas polvorientas! ¡Stalingrado logró que mi pito también callara y se resquebrajara! ¡Un pitito tremebundo en sus viscosidades cotidianas! ¡¿Qué tan secos habrán quedado los pitos Neanderthales cuando empinaban el poco sujeto embrionario que poseían para darse una voluntad de sobrevivencia?! ¿Se olvidaban ellos también de sus pitos meones de mamíferos para tratar de recordar qué había ocurrido en la última escaramuza contra los Sapiens? Se iban de la vida para sobrevivir, ¡¿no portaban acaso ya el destino humano?!

En fin. Todos los pitos secos de Stalingrado hacían un desierto como no se ha visto otro. Miro para atrás y sé que hemos estado en un pórtico y que no hemos entrado porque todavía no había llegado el tiempo de ese pórtico para la humanidad. Por voluntad extrema nos habíamos adelantado a lo que la Técnica nos depara. Luego de la victoria, quería jugar al trompo indefinidamente, al menos, hasta que las hormiguitas dejasen de danzar al unísono, como una etnia rabiosa, y se dedicasen, si es que no podían ser expulsadas ni exterminadas, a los quehaceres más cotidianos. ¿No deseaba yo ser una hormiga macho entre todas esas culoncitas? Pero el comisario político Peñalba me confiscó por fin el trompo en nombre del Estado soviético. Poco a poco la etnia volvía a coincidir con la forma del Estado. Quedé llorando,

debo confesarlo, en una sala desierta y luminosa del hospital y creo que finalmente lloraba e hipaba al ritmo de las hormiguitas.

En invierno el sol cae muy sesgado en Stalingrado. Era la mañana y los rayos de sol se extendían largamente sobre el piso de baldosas blancas y negras. Había empezado a llorar por mi trompo y luego seguí llorando por mí y por las ausencias y por mi vida y luego me fui elevando o hundiendo en razones más vagas y abstractas y hasta irreconocibles. Al fin, lloraba por una sola razón pero era tan infinita que no estaba dentro de mí sino que, al revés, yo me hundía en ella hasta perderme en el llanto. Tal vez Peñalba me escuchaba llorar, incluso tal vez Tajarin, pero había sobrepasado el estado de opinión de los pueblos lecheros y de todos los pueblos y sólo atinaba a seguir el ritmo de las culoncitas. Lloraba y seguía su ritmo y por fin me agoté de llorar pero no ellas de danzar. Seguían y seguían y ya no podía tener esperanzas en las fuerzas anfibias, ni en los obuses ni en los comandos ni en el mismo escuadrón de Tajarin, del cual formaba parte. La polvareda se iba elevando más y más y los vientos la esparcían por los desfiladeros y las gargantas que pudieran conducir hasta ellas. Estaba sentado en el piso de baldosas blancas y negras, la espalda apoyada en una columna, con el sol en las piernas y, atosigado por las polvaredas, me figuraba si se avendrían las hormiguitas a parlamentar. Estaba dispuesto a escuchar su voz. Quería creer que podían expresarse en algún tipo de lenguaje comprensible. Deben de querer algo, me decía. Me negaba a creer que eran culoncitas meramente danzantes. ¡Había que satisfacerlas! Mis planes bélicos me habían demorado y ahora que trataba de llegar hasta ellas la polvareda me dificultaba las cosas enormemente. En parte enceguecido, en parte ahogado, intentaba acercarme guiado por esa presunción de inteligibilidad de sus deseos. ¡¡Culoncitas!! Por otra parte, algo me decía que, más allá de deseos o reclamos, iban a danzar y a danzar y a danzar.

XVIII

—¿Sabías que un Cianquaglini vino a nuestro colegio?

—Claro. ¡¿Me vas a decir que no sabías?!

—No. Te juro que…

—Es imposible. Si fue el escandalete de ese verano.

—¿Sí? Yo no me enteré.

—Creo que vinieron dos Cianquaglini. Sólo que uno, me parece, ya había terminado cuando fue lo del padre. Decían que… Pero había un Cianquaglini en la primaria.

—Y lo sacaron.

—Seguro. ¿Cómo hiciste para no enterarte?

—No sé. Se debe haber tapado bastante el asunto.

—No sé. A mí me parece que hubo un reguero de chismes impresionantes. El asunto había estallado a fines de diciembre, pero en febrero…

—Yo estoy segura de que la gente se callaba la boca. Si cuando dije no me acuerdo qué en casa de Lorena sobre Leonardo y… Bueno, las acusaciones, me encontré con un silencio de tumba. ¡Te juro que yo me siento parte también de un pacto!

—¿Pacto?

—Un pacto de silencio. De esos pactos que se van dando sin que se ponga nada explícito sobre el tapete pero que… Siento que participo de ese pacto pero por razones opuestas a los otros, por…

—Me parece que…

—¡Si está todo asordinado!

—Tal vez ahora sí.

—A mí me parece que, por defender el propio honor, se callan la boca. Quieren para sí el resplandor del colegio, porque el colegio todavía emite su luz y nosotros la reflejamos como cuerpitos celestes que… En realidad, tal vez, sea la luz original de Josefina la que…

Porque es ella la que tiene un nombre… El colegio es ella, su fama. Se callan porque no quieren renunciar a ese honor y yo me callo por Leonardo.

—Pero hubo un escandalete, sólo que con los tiempos del proceso judicial el asunto fue cayendo en… Perdió intensidad y se fue disipando. Se fue integrando al día al día. El día a día se lo fue comiendo, como se come todo, nada más. No sé si hay un pacto.

—Yo creo tener mis razones para estar participando de un pacto que se dio por razones de mierda.

—En realidad, con lo del fallo de la Cámara, se reavivó todo.

—Vamos, nadie sabe nada en concreto sobre ese fallo.

—Dicen que lo pone a Leonardo en una situación muy difícil. Prácticamente, obliga al juez a…

—Ya sé. Pero se dicen tantas cosas en las que no creo.

—Aunque una vez le habían comentado a mi hermana que había estado procesado, o cerca de ser procesado, el hijo de Cianquaglini.

—¿Uno de los que estuvo en el colegio?

—Parece que sí, que estuvo, pero que terminó en otro lado porque no le daba el nivel. Según mi hermana, este hijo se había autoincriminado de alguna manera.

—¿Entonces? Si él mismo…

—No sé. Después la cosa pasó.

—No se entiende muy bien. Si alguien confiesa…

—No sé si confesó. Fue, me parece, en una entrevista con los psicólogos.

—Y vos decís que pasó.

—Sí. No sé por qué.

—¿No tenés la sensación de que todo va y viene? Dicen una cosa y allá se va la realidad, las opiniones, no sé.

Permanecieron callados unos momentos.

—Y la justicia también debe de ir en el oleaje.

—Sí. Mi hermana… Después de lo del hijo apareció lo de una enfermera del Churruca.

—¿Y vos ya sabías todas estas cosas?

—Sí. No sé. En esos tiempos nos tratábamos muy poco. Además…

—¿Qué?

—Son cosas que escuché pero…

—Y si ese oleaje es todo lo que hay.

—No sé. Yo… Hay puertos.

—Los puertos son una morondanga. A mí lo del hijo me sonaba perfecto. O casi. Estaba segura de que lo mató el hijo pero una enfermera del Churruca…

—¿Qué?

—¿No es el hospital o sanatorio de la policía?

—No sé.

—Sí. Es el de la policía. Y las enfermeras deben de ser turbias, chúcaras, unas hijas de puta. Deben traficar… No sé. Todo el hospital debe de ser una gran transa de todo lo que un hospital puede guarecer tras esa fachada.

—No exageres.

—¡¿Qué mejor que un hospital?! Enfermeras, médicos, pacientes. Algunos que otros supuestos pacientes. Hasta algún supuesto médico que se pasea con delantal blanco. ¿No te das cuenta? Todo se oculta a la luz del día. Todo se puede hacer visible como parte de la vida del hospital. Hasta las muertes. La gente se muere en los hospitales. Ahí la muerte no irrumpe sino que se desliza. Como algo natural. Los muertos pasan en fila y no debe de ser difícil agregar alguno que otro cuerpo más al desfile.

—Pero Cianquaglini murió en la calle. Creo que cerca de la casa. Le dieron en la cabeza con algo. No sé. Un martillo, un pico.

—Hasta tienen en el hospital todos los medios para producir esos deslices. Toda esa circulación de vivos y de muertos…

El viento sacudió las ramas del árbol que estaban por encima de sus cabezas y se mantuvieron en silencio un rato.

—¿Vos sabías que los médicos matan?

Volvieron a quedarse callados.

—Si murió en la calle fue porque… dentro del hospital a él no lo podían matar.

—Te estás pasando.

—Me imagino bien a esa enfermera del Churruca. Si es que alguien debe pagar por el crimen, esa enfermera debe pagar.

—¿Sí?

—La muy bicharraca.

Se rieron.

—Debe de ser una mucama que pasó a enfermera a fuerza de presionar y de chuparle la pija a un jefe hará unos veinte años, cuando tenía unas tetas más o menos presentables. Ahora es una cincuentona gordita y podrida y mal hablada que se hace respetar como un demonio.

—Y dale nomás.

—Los hospitales están llenos de mucamas que aprendieron a poner inyecciones y a tomar la presión y que son bien ambiciosas. Porque quieren más. Están siempre en las fronteras, metiendo presión con sus lindas bocas sucias.

—¿Qué sabés?

—Yo sé. Conozco.

Volvieron a reírse.

—Esas bocas sucias de los hospitales, de las oficinas de bajo rango, digamos, construyen más la realidad que las bocas de los filósofos.

—Estás loca.

—No. Es así. Con sus frases de mierda van haciendo la trama de la realidad. Hace un par de siglos que son las juezas del orbe. Sentencian más que cualquier doctor con el martillito en la mano. En serio.

—¿Y por qué un par de siglos?

—¡Qué sé yo! Pero imaginate la boquita de Leonardo. ¿La estás viendo? Y contraponela a la bocaza de la enfermera. La delicadeza de ese piquito frente a la boca brutal y mamífera, repleta de una lengua ancha y chata y cuarteada por los excesos que se puede permitir porque la humanidad ha llegado hasta un cierto punto…

—Estás loca.

—Una enfermera del Churruca, con los dinerillos anexos, bien puede darse a unos cuantos excesos. Bien puede estar aficionada al pan dulce, a los bizcochos, al tinto, al bolo grasiento de palabras que la alimenta más…

—¡Epa! —y se echó a reír, tirándose hacia un costado del banco.

—¡La estoy viendo! Cachazuda, pantuflera. Ya existían en la Roma del Imperio, te juro. Costureras lenguaraces que iban al Coliseo y bajaban el pulgar henchidas de placer, tanto que hasta Nerón o

Calígula se quedaban patitiesos, consternados. Eran el cuerpo y la cabeza de Roma, porque alma…

—¿Qué pasa?

—No hay en ningún lado.

Por unos momentos se escucharon nada más que unas risitas roncas, socarronas, sostenidas por un afán de ir a más, de no encontrar límites.

—¿No era que aparecieron hace dos siglos?

—No. Aparecen con los excedentes. Esas romanas ya tenían las lenguas chatas como alpargatas y cuarteadas, pero en su deformidad eran movedizas como demonios. Lenguas grises, tumefactas y aparentemente pesadas como elefantes marinos, entregadas a flotar malamente entre los dientes, pero en realidad la malevolencia las ponía más vivaces que el agua a los pingüinos.

—Pobres romanas —de todas maneras se reía quedamente.

—Te juro que es así.

—Che, pero son mujeres. Y vos sos mujer. Y mujeres de la plebe. Leonardo…

—Me cago en la plebe. —Se rieron—. Compará la boquita de Leonardo, ese piquito fantástico y hermoso, con la lengua chata y horrible de la enfermera del Churruca.

Riéndose, entrechocaban los cuerpos.

—Enfermera del Churruca —gritó ella y se rieron todavía más—. ¡Que pague la hija de puta!

—Churruca.

—¿Te das cuenta? Churruca. ¿Puede haber algo lindo ahí?

Una mujer mayor que pasaba por la plaza los miró y las risas fueron amenguando.

—Churruca. Recién pensé en los calmucos, los más feos de la Tierra.

Ella se puso seria.

—Es incomparable. Ellos no son civilizados. La enfermera del Churruca es más civilizada que una hamburguesa de McDonald's.

—Me acordaba…

—¿De qué?

—No sé.

—De esas conchas tremendamente peludas. ¡Vamos!

—No. De los túmulos de piedras con que simulan la religiosidad y

que, según Leonardo, no se preocupan si los hacen sobre los garcos.

—Son humanos verdaderos.

—Eso, ¿ves? No sé si se entiende.

—Yo entiendo que los calmucos, al no ser étnicos, no han caído en la sacralidad. Continúan el mundo de las representaciones del Sapiens, del que partió de África, el humano.

—Sí. Está bien. Leonardo lo…

—Te fijaste que…

—Yo también haría unos cúmulos de piedras arriba de mis garcos.

—Pero vos porque sacralizás tu propia mierda. Somos más étnicos que…

Se rieron bajito y miraron a un bebé que chillaba en el arenero.

—¿Te fijaste que Leonardo se mueve cada vez menos?

—Sí. En un tiempo fue un peripatético y ahora…

—Al comienzo de todo refugiaba el piquito detrás del escritorio, ¿te acordás?

—Ahora…

El bebé parecía estar solo aunque un hombre de pelo lacio lo miraba desde un banco con cierta lejanía.

—Puede que sean las culoncitas. Ellas danzan y él se va quedando quieto.

—Por momentos me pareció que iba a pedir ayuda para moverse.

—Sí. Fue como si moviera las alas de pichoncito… y no…

—Pichoncito… O pichonazo. Pero es verdad que sus plumitas…

—¡Cuando quiera escapar no va a poder moverse! ¡¿Te das cuenta?!

Se miraron y ella torció la boca.

—No va a poder huir. Y creo que debe huir ya.

—Justamente la Cámara, me parece, le marcó al juez el peligro de que intente escapar.

—¡Y hay que darle la razón a la Cámara! Él ya no puede moverse, casi. Nosotros lo tenemos que llevar.

—¿Adónde querés que lo llevemos?

—A Calmuquia.

—¿A Calmuquia? ¿En serio?

—Tiene que perderse ahí.

XIX

¡Josefina es todavía una mamífera! Plenamente mamífera. Es más, creo que está en un pináculo de la mamiferidad, el bello pináculo final antes del deslizamiento hacia la reptilidad y luego, si es que se llega —ya que es algo más bien excepcional—, hacia el ignoto anfibio que emergió de los pantanos. ¡¡Iuju!! Hay que saber gozar del mamífero en su arremetida postrera, que es quizá la más entusiasta. Asustado del reptil que emerge, intenta alcanzar al mamífero pleno, puro, porque nada muere sin antes dar la batalla por la plenitud, a la que se juzga, con razón o sin ella, la batalla por la belleza. El mamífero, que tuvo sus décadas de comodidad y hasta de desidia, tan confiado en sus fuerzas que a veces —en muchas oportunidades en realidad— se dejaba ganar por las fuerzas débiles del reptil, quiere reinar como un tirano y hasta como un genocida. En el intento de plenitud pretende eliminar al reptil, exterminarlo. El gozador, el mamífero, que por gozador necesita creer en la belleza, es el más iracundo de los seres, el único al que en verdad podríamos llamar asesino. El gozador sí que asesina. Y en el último ratio de sus fuerzas quiere asesinar al reptil y también al antiguo anfibio; quiere asfixiarlos a través de la plenitud de su propia existencia. El gozador, justificado ingenuamente por su ideal de belleza, se figura en el derecho y hasta en la obligación de afirmarse en su ser. No lucha solamente por su supervivencia —ya que el ser que lucha nada más que por su existencia individual se entrega rápidamente y apenas si resiste— sino que combate por la belleza misma y entonces sí que es un gigante. Y ese mamífero gigante, pleno de la sorda furia por vivir, es hoy Josefina. O es casi Josefina. O es la Josefina que me toma como objeto de esa mamiferidad gigantesca, como chiche. ¡Soy un chiche y no tendría por qué ser otra cosa! Servidor del mamífero más pleno, servidor de una causa filogenética. ¡No hay mayor dignidad en el fondo que la del chiche! Se es para las

grandes causas que anidan en el ser. El chiche, a diferencia de casi todas las otras cosas, sirve sin la pretensión de constituirse de tal modo (de estar en el mundo, podríamos decir) de frenar el transcurso del ser. ¡El chiche no le pone cara de perro al devenir y éste es un enorme mérito! El chiche acepta grácilmente ser llevado por las fuerzas del devenir y es la más sabia de las cosas. Y Josefina me toma como chiche entre sus brazos y me lleva a sus tetas para asfixiar hasta el más remoto de los reptiles. ¡Y en mí también el reptil cavilador del vacío se hunde hasta desaparecer! El que hunde todo en la ausencia se marcha a la última caverna. El sabio que cavila en vano, que es sabio justamente por esto, se marcha hacia el porvenir. Siempre tiene un porvenir porque nunca le va a faltar ausencia. El mamífero, por el contrario, cavila como si se alimentara con cosas, se figura que la cavilación es un acto nutritivo. ¡Nunca cree rumiar en vano! ¡Hasta los chiches creen rumiar nutritivamente!

Hoy en día, podría tenerme por profesor ya que me quedan tres clases, tres sábados, de cursito escandaloso, pero más bien me declararía chiche. Chiche o servidor del mamífero. Así me declararía ante el empleado de aduanas del aeropuerto si intentara escaparme. Y quizá mi honestidad me valiera la apertura de las fronteras, la premura del empleado incluso por subirme a un avión. ¡Ya en el departamentito modoso en que habitaba con los padres más solícitos de la Tierra, imaginaba este destino!: unas manos burocráticas pero que al fin no dejaban de ser tiernas que me subían a un avión. Manos suavizadas por los papeles, por los expedientes, por los meandros escabrosos de la humanidad, compasivas a fuerza de rutina y de pequeños deseos humanos, que me llevaban en parte de los hombros, en parte de los omóplatos, del cuello, de las axilas, de los brazos, hacia el zumbido ronco, agudo de unas turbinas. Era chico, piquito, venía de los chiches, y suponía ese destino misterioso. No sabía si alegrarme o asustarme, rumiaba con esa fantasía en una satisfecha indecisión.

Los chiches pueden salir del país, evidentemente. Esto es lo que los empleados corroborarían con mucha rapidez. Buscarían en los listados y no encontrarían ninguna restricción para los chiches. Podríamos irnos con Cachimbo y Maloy, los tres en un asiento estrecho, pero los tres haciendo elogio de la generosidad de la estrechez. Los tres

perplejos habiendo agotado el destino. ¡Llega un momento en la vida de toda persona en el que ha agotado todo su destino y entonces…! ¡Y entonces…! Arriba del avión el destino habrá gastado su último cartucho y quedaremos los tres en qué deriva. Tres hombrecitos con los ojos bien abiertos siguiendo los movimientos de la azafata para creer en el significado de las pantorrillas, en el significado del cuero de los zapatos negros. Tres pares de ojos en una libertad que jamás hubieran pedido, moviéndose con ciertos espasmos sin buscar más que los significados que las cosas mismas pudieran aportar a ese devenir inusitado que se abriría. Inusitado porque ya no sería propio para ninguno de los tres. Tres caritas con ojos hambrientos de futuro, figurándose que ya no podían obtenerlo de sí mismos, que todo lo interno se ha extinguido y, por ende, el futuro lo van a recibir exclusivamente del exterior. Tres miradas llevadas por las fuerzas hambrientas de los músculos. De azafata en azafata, yendo de una a la otra para obtener de alguna de ellas el futuro.

Tres miradas, vaciadas de sí mismas, pueden moverse al unísono. Es algo que Peñalba, con su ciencia precaria, no podría explicar. No puede saber qué es no tener voluntad. No lo puede pensar. Voy y voy a Peñalba como un sacerdote que va y va hasta el pórtico de Dios y no soy recibido. Quedo en el umbral de Peñalba y más tarde regreso y vuelvo a quedar en el umbral. ¡Foca maleducada! Tiene a bien creer que existe una suerte de lucha con el paciente y que por lo tanto no debe ser invadido por él. ¡Me tiene por invasor y prepara los arqueros, las catapultas! Acaso me tiene por cazador de focas. Como fuere, me mantiene a raya, está siempre preparado para la batalla y piensa demasiado en mí. Elucubra inteligentemente —cada vez más inteligentemente— y habla con Josefina. ¡Viejazo y suave Peñalba! Delicado montonero que se ha vuelto en exceso inteligente. ¡No me quiere reconocer como chiche y me atribuye intenciones personales! Me tiene por ladino. Nietzscheano ladino. Pondera mi astucia y me tiene por rival de fuste. ¡No se deja engañar por mi carita y es en realidad lo que debería! Dejarse engañar por mi carita es entregarse a la justicia y a la verdad. Lo digo muy en serio. Lo digo y me río pero esta risa certifica mi seriedad. ¡Dejarse engañar por mi carita es un pináculo en la vida de mucha gente! Porque, sin vanidad, mi carita

arranca lo mejor de ellas. Hay caritas así y la mía está particularmente dotada de las virtudes de la nobleza. ¡Ya le hubiera gustado al viejo Nietzsche tener mi carita! ¡Me he sacado todas las máscaras y al fin he llegado a mi carita! Mi carita no es una máscara y por ende no hay ningún mal en dejarse engañar por ella. Al contrario, ayuda a dejar de lado las mezquindades. En los inocentes —y pongo esta virtud por encima de todas— no hay generosidad que mi carita no saque a la luz. Mi carita es hacedora de la alegría del dar y con esto está todo dicho. Peñalba se resiste a ella porque está imbuido de miedos y de culpabilidades. ¡Si fuera inocente, no le opondría resistencias! Y resulta que soy yo el que va a juicio. En fin. No me amargo ni una pizca a pesar de todo, me declaro chiche con carita y me uno a Cachimbo y a Maloy. Al fin, soy uno de ellos. Quizás, era mi meta aun antes de que viera los objetos distorsionados en los márgenes de la visión. O, más que meta u objetivo, era el logos del chiche, la fuerza de la que soy servidor desde siempre. Y Cachimbo y Maloy son mis hermanos en el logos. Mis buenos hermanitos que herrumbré cuando usé las máscaras del adolescente, del joven, del adulto. ¡Todas las máscaras apretaban feamente mi carita! ¡Tenía la impresión a veces de que hasta me la machucaban! Y, aunque no lo sabía, respiraba con dificultad. ¡Fui un servidor de cada una de esas máscaras y siempre, lo juro, mal que mal, me esmeré! Hacía lo que la máscara ordenaba. Callaba. ¡Piquito calló por años, atenazado el pico por la poca elasticidad de las máscaras! Piquito, el mudo. El que no dice. El que no podía en su máscara. Las máscaras hacen que los seres puedan o no puedan. Ciertos seres se potencian con las máscaras, tal vez la mayoría. Yo, más bien, me hice minusválido. ¡Hasta olvidé mi fresca carita! ¡Y esto aun cuando la máscara del adulto se me caía a cada rato! ¡Me la volvía a acomodar con torpeza y hasta con desesperación! Habitualmente, me quedaba torcida y se me reían en la cara. ¡Jua! ¡Jua! Chapoteaba en mis propias risotadas mudas para no hundirme en el deseo de venganza. Callaba y callaba y luego, también, callaba. La fresca carita musitaba y la voz no atravesaba la máscara y ésta era también otra forma de callar. Por años, hablar fue callar. ¡Y mis papacitos murieron en mi silencio! En lo que a mí respecta, no están en el mar, al que yo mismo los arrojé desmañadamente y a los

trompicones entre unas piedras perversas, sino que están enterrados en mi silencio. Están allí para siempre.

¡Mi carita desnuda me une a Cachimbo y a Maloy! El trío. Y Peñalba, astuto, nos quiere separar. ¡Él sí que es terriblemente astuto y esto lo denigra! Pero no puede renunciar a su astucia. Se repantiga en su astucia como una liebre que duerme en su carrera contra la tortuga. Habla con Josefina de adulto a adulto. ¡Y me figuro que fue severo cuando aconsejó mi separación de Cachimbo y de Maloy! Sugirió, parece, que empiece por impedir su presencia en mis clases del cursito sobre la vida colectiva. "¡Hay límites para los párvulos!", posiblemente ha bramado a su manera, vale decir, con la suavidad de una serpiente. Ha bramado como braman los dioses insignificantes. En fin. Supone, seguro, que la institución le dará a Josefina la excusa para actuar con la adustez correspondiente. ¡No sabe que Cachimbo y Maloy son profesores y que, de hecho, Maloy es Oscar Masotta! La intelectualidad argentina apenas si ha dado tres o cuatro Maloy pero la foca Peñalba —foquita cordobesa o salteña, no sé, disconforme con las sardinas y que se juzga merecedor de atunes— se permite llamarlo muñeco. Su suave perfidia, jabonosa, limpia, hasta higiénica, meticulosa como su barbita actual, mueve su pesada inteligencia sólo lo suficiente para ver muñecos, para bramar quedamente que hay que romper el trío. No los ve profesores. Se figura que Stalingrado podría entenderse sin la presencia de Cachimbo. ¡Cuando Cachimbo es el horizonte sobre el cual se recorta la furia de Stalingrado! ¡Cachimbo da la perspectiva! Toda la explicación remite a Cachimbo. No hay relación entre las cosas a través de los sujetos sin Cachimbo. No hay vida incluso sin el doctoral Cachimbo. Peñalba ve sólo caprichos y caprichos del párvulo. Se arremanga para hacer su enésima tarea de papacito. ¡Va a salvarme de mí mismo! ¡¡Iupi!! ¡Bien hecho! Me entusiasmo no sé por qué y lo deploro. Apruebo a rabiar todo aquello que vaya a salvarme de mí mismo. Enseguida me pliego a ello y hasta con entusiasmo, sólo que…

¡Los alumnos respetan a Cachimbo con una severidad prusiana! En general, son tan severos que a veces temo que el pensamiento mismo se asuste y huya. ¡El pensamiento es mucho más asustadizo de lo que la gente cree! Escapa como un ratón a ponerse a salvo entre cachivaches. ¡He visto pensamientos temblorosos y jadeantes entre

bártulos herrumbrados dispuestos incluso a seguir huyendo! Más lejos y más lejos de los hombres. Los pensamientos escapan de los hombres y tal vez no se equivocan. Escapan de los hombres actuales y —más importante quizás— escapan de la actualidad. Se preservan. No quieren las jaulas que los hombres tenemos hoy en día. "¡He salido de caza!", dice uno que se pretende pensador —vale decir, alguien que fundamentalmente asusta ratones— y muestra una horrible trampera donde un ser vivo destrozado se debate. ¡Bravo!, hay que decir y decimos nomás, qué más remedio si de algo hay que alimentarse. ¡Y allí vamos con nuestros tenedores! No nos puede importar si ese ser destrozado verdaderamente pertenece a la especie pensamiento, nos lo comemos igual. ¡Si los pensamientos han escapado éste sirve a los fines de la actualidad y nos mandamos el trozo de muslito!

¡Debo combatir contra la severidad adolescente de mis alumnitos para no tener que ir al trastero a buscar entre patas viejas! Trato de apenas si pisar el suelo. Pongo mis pies en alguna altura. Trepo al escritorio. En la primera clase ya les advertí: "no asustemos a los pensamientos" y sin embargo inevitablemente los asustamos. Se escapan de nosotros con muy buenas razones pero a veces también sin ellas. Quizás escapar esté en la naturaleza de los pensamientos. Quizás el nomadismo del Sapiens se debió a que perseguía los pensamientos que se le escapaban y se hizo sedentario cuando el número de Sapiens sobre la Tierra garantizó que podía atrapar pensamientos que huían de otros. En los últimos tiempos tengo mala memoria y ya no recuerdo bien qué dije o debería haber dicho y no dije esa primera clase. Si hubo una época en la que el tiempo se amontonaba en mi cabeza y tenía a lo remoto —digamos, lo ocurrido hace año y medio— más o menos a mano, últimamente el tiempo se ha ido haciendo estepario; lo de dos meses atrás se pierde en lontananza, ya no lo veo. La primera clase está poco menos que detrás del horizonte. ¡Galopo por las llanuras de Calmuquia! No recuerdo si les dije a mis alumnitos en esa primera clase que la fealdad de los calmucos ha hecho escapar una infinidad de pensamientos. ¡Todos lo pensamientos a Occidente —los griegos y sus continuadores— y a Oriente —los chinos y sus continuadores— habían huido de Calmuquia! La Calmuquia es el verdadero centro de Eurasia. Nadie lo había notado hasta que yo lo

expuse —o no, porque en verdad no lo recuerdo— en esa primera clase. Lo que sí recuerdo de ese primer encuentro, porque la transpiración mojó tanto mis plumones de pichonazo que me dije que no iba a poder volar —cuando en realidad nunca puedo volar— es que había escrito una especie de preámbulo y que, mal que mal, lo balbuceé. Les advertí —¡otra advertencia!— que durante muchos años había vivido encerrado en lo pequeño. No me explayé demasiado en las razones de esto, hablé algo, creo, del departamentito sitiado por todas las fauces de la sociedad, de los padres de la ínfima burguesía, del arte extremo de la reducción. En fin, traté de ser rápido para llegar a la pregunta que, a fuer de ser sincero, me interesaba arrojar a mis queridos alumnitos: "¿he quedado pequeño?" Esto, por supuesto, interesaba sobremanera a la enseñanza que se suponía iba a emprender. ¿Quién iba a enseñar? Ésta es la primera pregunta que el curso debía hacerse. Y yo expuse las sospechas que tenía acerca de mí mismo. Era probable que ese largo período de estrechez me hubiera dejado incluso diminuto. Diminuto como ser. ¿Qué verdadero educador puede ser diminuto? Lo expuse abiertamente para que ellos supieran a qué atenerse con respecto a mí. La estrechez me había llevado a las mezquindades, me había alimentado por años con mis propios desperdicios. Luego de ese régimen nutricional era tal vez un alfeñique, alguien insignificante. ¿Podía ser educador? El educador, propuse, debe de ser fuerte. ¿Fuerte en qué sentido? Tiene que ser un medio para que ciertas fuerzas lleguen al aprendiz. El educador debe proporcionar un régimen alimenticio. ¡Y movilizar las fuerzas digestivas, la acción misma del hígado y de los intestinos! El hígado no puede ser indiferente al educador. Es un territorio cuyas fuerzas debe conquistar. ¡Un educador educa los intestinos! Los intestinos escuchan las voces más diversas y hasta tienen la propiedad de hacer de cada ruido una voz. Escuchan los chirridos de las puertas y las bocinas y los interpretan a su manera. De cualquier cosa hacen una música. No los convence tanto un argumento sino un timbre de voz. Son impredecibles y quieren el poder y aun así hay que educarlos. Quieren el poder y mastican locura tras locura. No tienen sentido de la realidad y de algún modo podría decirse entonces que toda locura es intestinal. Niegan al cerebro y se declaran autónomos. "¡El cerebro es una

patraña!", afirman su ateísmo y se autoafirman. ¡Hay que llegar hasta esos rebeldones lampiños de todas maneras! "¡Somos lampiños!", se ufanan y hacen de esto un obtuso programa para la vida. No tienen oratoria pero hay que satisfacerlos. ¡Son bastante peores que el proletariado en muchos sentidos, sobre todo por su apego a la caverna! En fin. El educador debería revisar los inodoros de sus educandos y hacer sus propias evaluaciones. Cada uno debe hacer las suyas. Dadas mis enseñanzas, me daría por contento con la caca blanda. Son opiniones y yo tengo las mías. Y tengo mis saberes y sé que su absorción debería concluir en algo blanduzco. La emotividad intestinal lleva a empinamientos enérgicos a través de los cuales hacen valer su autoridad sobre el bolo alimenticio. Y esos intestinos enérgicos y locos sacan a la luz su mensaje: tienen la voluntad y la potencia para desmenuzar. Los calmucos lo sabían bien y yo me guío por ellos en esta etapa de mi vida: ¡la caca dura es allí una deshonra!

Propuse a mis alumnitos que hicieran un seguimiento sin decirles nada en absoluto acerca de mis objetivos y, pese a los prejuicios, ¡lo blando se impone a lo duro con creces! ¡No soy tan pequeño a pesar de todo! Planteé la posibilidad de mi pequeñez y ésta quedó descartada. También les advertí que había sido un dios, el dios de los pichones. Antes de mi encierro en lo pequeño, fui un dios y creo que voy a retornar a la divinidad. Les dije que peroraba para ser de nuevo un dios y que lo avizoraba, que estaba en un umbral. Por instantes, efímeros todavía, me asomo a la felicidad de un dios. Llego hasta el pórtico y puedo oler esa felicidad divina, aunque enseguida la puerta se me cierra. Hago lo único que sé: perorar para llegar a la divinidad. Es mi método. Ni siquiera necesito auditorio pero ellos, mis alumnitos, no son despreciables. Cualquiera que me escucha está en camino hacia la divinidad y hasta puede que la alcance y que yo me quede siempre en el pórtico. ¡Un pequeño servidor! Un guía. O tal vez, alguien que ve el pórtico desde la lejanía, una suerte de vigía. ¡Iupi! ¡El pequeño vigía lombardo, que muere arriba de un ¿álamo?, sirviendo a una fuerza bienhechora! ¡Es lo que siempre quise ser! ¡Pichonazo que no podía volar y que nunca iba a poder volar y que aspiraba entonces a esa muerte de héroe en el árbol! ¡Pequeño héroe ignoto barrido por un rápido olvido! ¡Era nomás el dios de los pichones, el que no iba jamás

a volar! ¡Qué divinidad! Divinidad peroradora. Y de volver a la divinidad volvería como pichón, el plumífero no volador, el plumífero suave. La divinidad que debe ser alimentada.

Soy un pichón, un plumífero, que toma de la teta mamífera. Es un hecho. Y es un hecho que malversa a las especies. No es agradable de ver y quizás hasta sea inadmisible. Ni mis alumnitos lo admitirían si en verdad lo vieran. Tengo bastante de único y lo único tiene que ser horrendo. Tras las bambalinas del acto circense… A mis alumnitos les doy el número en cada clase y me gano sus aplausos. El pichón de las proezas verbales. El pichón de todos los registros cantores. Aplauden y creen y cagan con blandura. No están en guerra consigo mismos y tratan su ano con la delicadeza de los purés. Los anos se solazan con lo blando y con lo duro, pero con lo blando se sienten como señores, como amos. Con lo duro se solazan como esclavos. Es bueno que el ano sea señor de vez en cuando. Es educador y formador de la personalidad. Da al individuo algo del cocorito y del arbitrario. La caca blanda enseñorea y hace a la gente algo más impredecible. Es atributo justamente del señor ser impredecible. No sé si estaba en aquella primera clase perorando por estas zonas anales cuando un alumnete blondo y feíto, con algo inhumano en los ojos, me preguntó si yo era un señor. ¡Vaya pregunta! La gran pregunta que Nietzsche esquiva, que diluye en su perorata. ¿Quién es señor, en concreto? Bueno. En fin. Yo me declaré esclavo, por supuesto. El más acabado de los esclavos, ¿qué duda cabe? El más resentido, el más pleno de mala conciencia. Y también les dije que había un único señor: el Señor-Mundo. Todos los demás éramos esclavos. El Señor-Mundo es el único plenamente impredecible, afirmé. Un verdadero artista es impredecible y no hay verdaderos artistas todavía entre los humanos ni entre los dioses. Las divinidades son nuestras divinidades y también son mediocres. No emanamos más que las divinidades que podemos emanar. ¿Y el Señor-Mundo es artista?, me preguntó Bruna y yo sopesé la pregunta por largo rato. Miré a Oscar Masotta, vale decir, a Maloy, quien estaba abstraído en sus cosas y se acomodó el flequillo. En verdad que, aunque sea Oscar Masotta, se parece mucho más a Anatoli Karpov, el gran ajedrecista. Tiene una cara algo eslava, con cierto grado de indeterminación. Se acomodó el flequillo y yo asentí. Asentí

largamente. No quería contestar para no poner en evidencia mi soterrada y tremenda admiración por el Señor-Mundo. ¡Mi resentimiento de esclavo no es ningún chiste! ¡Es un terrible artista el enemigo de todos! Todo el resentimiento de la humanidad no le saca más que una risotada. ¡Y si nos queremos reír con él nos manda un rayo para que aprendamos que él se ríe solo! En fin. Abatido, me saqué un mocasín y lo arrojé desde las alturas del escritorio y pensé que ese mocasín era la piedra de Sísifo y que iba a tener que subirlo al escritorio una y otra vez y que… ¡Yo quisiera escupir en la cara del Señor-Mundo!, dije y por supuesto que todos supieron lo gran artista que era el único señor.

Cuando las clases llegan a su punto final, cuando los relojes braman con ese imperio parsimonioso y oscuro —creo que los relojes viven en la nocturnidad y en el sueño y braman a través de ronquidos—, quedo algo desconcertado y no sé qué hacer con mi pobre cuerpecito. ¡Mis plumones de pichoncito se estremecen en su imposibilidad! Mis plumones se inflaman en su fallida voluntad de poder. ¡Estoy tan débil cuando termina una clase que Cachimbo y Maloy se acercan para tomarme de las manos! Y formamos el trío de muñecos. El gran pichón, el tremendo pichón de más de un metro setenta, plumones y plumones, estremecido quién sabe por qué sueños esfumados, y los dos pequeños salvadores que lo llevan algo tambaleante. El trío de penachos vacilantes, paso a paso hacia la puerta del aula, que es un paso entre las Rocallosas. Nos vamos del mundo, condenados a un lapso de inexistencia. El trío de chiches en busca de su infancia. Los tres vamos hacia Josefina, atribulados por la debilidad a la que nos ha condenado la adultez, cuando habíamos sido niños tan fuertes. Yo, el más adulto y el más débil, como si tales cosas formaran una sinonimia. Es la tremenda debilidad que Peñalba considera curativa. “No debe hacerse fuerte allende las montañas”, parece que le ha dicho a Josefina. “La debilidad lo hará retornar”, según estableció en su estrategia. La separación de Cachimbo y Maloy ha de ser parte de esta estrategia: ¡que ande solo!, debe de haber sentenciado. “Es bien mayorcito”.

¡No debo hacerme fuerte allende las montañas! Como si sólo hubiera un cordón lineal, una linda cadenita de gráfico infantil. Y no lo que yo

vi y atravesé: un intrincado de cordones y cordones y de mesetas y de picos inexplicables. Fui, vi, vencí, la frase que el futuro arroja en cada piedra del presente, también estuvo en mi boca. ¡Tengo que retornar a Roma para que los probos me acuchillen! Quince, veinte cuchillazos y los plumones con los que nunca volé embebidos en sangre. A veces, imagino ese retorno a las escalinatas del senado. ¡¡Tú también, Josefina!! Es la última frase de mi boca, el último de los infiernos que debo recorrer. Peñalba me impele a volver a la civilización. ¡Basta de vivir entre los bárbaros! ¡Ay!, el horror. El horror del que bebemos.

De una mano Cachimbo y de la otra Maloy. El terceto de no-hombres. Peñalba no hace más que poner los chiches en su lugar. La foca Peñalba, que supo acariciar una culata y ahora acaricia las aletas de su nariz con parsimonia y astucia. “Ha ido tan lejos que se cree un chiche”, debe de sentenciar ante la atribulada Josefina. No quiere reconocerme como cosa y sabe o supone que la justicia tampoco lo va a hacer. Aunque de todos modos ve en mí una pelota con la que hacer malabares y ganarse su recompensa. Su tirria conmigo viene a cuento de mi escasa esfericidad, de mis aceites que resbalan en su nariz. Se malogran sus malabares y los bigotes que supo tener en su juventud rabian de impotencia. Se queja de mí, como pelota, ante Josefina. Cualquier idiota puede tener a Julio César como pelota y es en este sentido que la ausencia de señores, el igualitarismo esclavil por llamarlo de algún modo, debería causarnos risa. ¡Cualquiera que se pretenda señor es también pelota y nos reímos como el último de los esclavos! El último de los esclavos, el más esclavo de todos, es el que más se ríe. Nadie se reiría de mí tanto como el más feo de los calmucos.

Sospecho que Peñalba se figura que debe ser amado por el mandarín de la sociología, Fernández López, vicepresidente de la Nación. Ha de juzgar que a un rallador de mentes como él, que ha podido con los reggianitos más duros, se le deben amores encumbrados. Después de todo, es admirable. Con los antebrazos desnudos trepando escalón tras escalón para alcanzar una cima. ¡Hay que sacarse el sombrero frente a los ambiciosos! Finalmente sin piernas ya que los ambiciosos las pierden, despellejándose los codos sin ninguna piedad por sí mismos, suben y trepan llevados por la ilusión de escapar de la gravedad.

¡Piensan que existe la montaña que lleva a la ingravidez! ¡No hay que negarles sabiduría! Saben que la gravedad de la Tierra nos ha hecho de una determinada manera y nos da determinados pensamientos y quieren escapar hacia otras formas y otros pensamientos. La gravedad de la Tierra nos ha hecho afines a ella en todo sentido. Nunca seremos otros sino en otras gravedades. Y los ambiciosos trepan serranías, montes, al fin con los codos, queriendo dejar atrás al humano. Los lleva la fuerza de la superioridad. En cada ambicioso hay un visionario. Por ridículo que sea su montecito y por mucho que ninguna montaña lleve a la ingravidez.

¡Yo he vivido en lo ingrávido y no me sé el camino y aunque lo supiera no podría mostrarlo! "He vivido en lo ingrávido", les arrojé a los alumnitos quizás en la segunda clase. La prueba irrefutable son mis plumones de pichón. De vivir en la gravidez, hubiera desarrollado alas y sería ave. ¡Soy pichón por haber vivido en lo ingrávido! Y la ingravidez ha sido mi maestra. Una maestra que no tiene piernas para espiar pero sí escote. Y que enseña por carencia. No tiene piernas y entonces uno aprende a perder el amor por lo real. El amor por lo real es una bendición que al fin es muy gravosa. Hay que perder ese amor para llegar sin alas a las orejitas más altas en donde anidar. Yo he hecho nido en orejas ignotas. He hablado en orejas que se perdían en el anonimato de la negrura, en el anonimato de una gran caverna. He hablado en orejas que tal vez ni siquiera eran orejas y eran algo superior. ¡¿Quién podría llegar a arriesgar una idea acerca de las formas de percepción de las divinidades que están por venir?! Ingrávido y huérfano —el más huérfano de todos, según me he proclamado—, he anidado en orejas que no estaban destinadas a mí. He tenido el atrevimiento de llegar incluso a tu oreja puntiaguda, lector, y de soplar ahí, sin permiso, el aliento del búho. He tenido los atrevimientos que no pueden ser perdonados y la justicia peñalbosa va llegando hasta mí. La justicia no quiere atraparme, esto es evidente, pero puede hacerlo y no puede tampoco renunciar a esa posibilidad y por ende va a hacerlo. Hará llegar hasta la oreja del Espíritu Santo, de Ariana, la orden de captura. He rumiado demasiado los pensamientos surgidos de la ingravidez y las consecuencias galopan hacía mí.

Cuando terminan las clases, el trío perfecto forma una filita y,

tomados de la mano, Cachimbo de la izquierda y Maloy de la derecha, nos vamos caminando por los pasillos del colegio mientras atrás se escuchan los ruidos sordos de los alumnitos que van dejando el aula y que han quedado demasiado alelados para hablar siquiera entre ellos. Nosotros, paso a paso, vacilamos, ellos también vacilan y el mundo vacila. A veces el único señor se pone meditabundo y no se resuelve y su voz calla. ¡Pero quién puede aprovecharlo si se está justamente vacilando! Nos estamos yendo de lo que fuimos. Marchamos los tres hacia Josefina, queremos que ella nos devore para escapar de la mirada del Señor-Mundo que nos arde en las espaldas. ¡Que Josefina abra sus cavidades para los vacilantes! Vamos a golpear como huérfanos tunantes las puertas de sus cavidades. Somos tres huérfanos descarados. A veces, cuando alcanzamos las escaleras, escuchamos la voz de un aprendiz que se despereza y hace un comentario que adivinamos baladí y sin relación con nosotros. Sabemos que están despertando y que intentan atemperar el odio de lo real hacia ellos. Nosotros tres querríamos apurar el paso todo lo posible como si las cavidades de Josefina fueran a cerrarse para siempre. Querríamos apurar el paso pero vacilamos todavía y no dejamos de ser los vacilantes. Al final del trayecto, Cachimbo y Maloy se sueltan de mis manos y sigo caminando solo. Sé entonces que he llegado a casa. Pero yo sigo caminando hacia las cavidades de Josefina y no me detengo nunca.

XX

Peñalba entró al departamento de su consulta y caminó unos pasos por la sala de recepción sin levantar la cabeza. Advirtió que no quería saludar a Delia, su recepcionista, y esta hosquedad, que lo satisfizo por unos instantes, terminó por alarmarlo cuando ya estaba a dos pasos de internarse en el pasillito que lo sacaba de la vista de la mujer; entonces se detuvo. Se demoró en mirarla pero, al fin, lo hizo. Ella, para colmo, que probablemente lo había seguido con la mirada unos segundos para intercambiar saludos, miraba ahora un papel sin evidenciar ningún estado de ánimo en particular. Se podría decir que leía con la atención de un empleado más o menos interesado en lo suyo.

—Qué tal —dijo Peñalba con dificultad, la voz algo ronca.

La mujer lo miró a través de las pequeñas gafas sin ninguna hostilidad, quizás hasta con simpatía.

—Buenas tardes, doctor. ¿Cómo le va?

—Bien. Bien —Peñalba asintió con la cabeza para dar a entender que *sí*, que las cosas se desenvolvían según medida—. ¿Alguna novedad?

—Nada muy importante. Dos turnos para la semana que viene. Los cargo en la computadora y se los paso. Pagué también al muchacho de la ferretería el arreglo del tubo de luz. Cambió la reactancia y… —Peñalba hizo un ademán para detener la explicación técnica. Delia entendía bastante más que él y esto en cierta forma le molestaba. La mujer trenzaba fuertemente su pelo negro y lo llevaba hacia adelante por arriba de su hombro. Pero no había en esto ninguna coquetería. Tenía más de cincuenta años y no era nada agraciada y su voz solía ser algo brusca y tal vez hasta vulgar. Peñalba la quería despedir y no encontraba los motivos. No podía encontrar quejas que tuvieran asidero. En realidad, hacía un tiempo que buscaba razones para dárselas a sí mismo y no se le había hecho nada fácil. Se había dicho

que quería una recepcionista más bonita, posiblemente más joven, aunque más que nada más bonita y esta idea le parecía plausible, sin embargo no explicaba fehacientemente la inquina que le había cobrado a Delia. Hasta que, por fin, en terapia, había encontrado una razón que mordió sus fibras íntimas y que entonces había que respetar: la fuerte argentinidad de Delia. De repente, porque jamás había pensado en esto ni remotamente, cayó en la cuenta de que toda ella —por sus modos de decir, de hacer y hasta de pensar— emanaba una argentinidad muy decidida, casi al límite podría juzgarse, ya que difícilmente se podía en estos territorios de tantos procesos migratorios relativamente recientes estar enraizado como un inglés, un alemán o un chino. Era argentina verdaderamente como pocos, al menos entre los que rodeaban la intimidad de Peñalba. Y le molestaba esa argentinidad; mucho, cada vez más. De joven, había sostenido con mucho vigor el nacionalismo, pero, precisamente, como algo externo a él. Lo había sostenido como cosa valiosa que se tuviera entre manos pero sin que él perteneciera a esa esfera. Había que pelear por el nacionalismo sin integrarlo, como si fuera una bella idea ajena. Nunca se había preguntado por qué no se sentía en verdad inmerso en la nación y con el paso del tiempo, de las décadas, empezó a sentir que la argentinidad era una condena. Fracasada en cierta forma la idea externa de nación que se había forjado, la nacionalidad fue refluyendo hacia su interior como un lento goteo de veneno. Estaba condenado a ser argentino de la misma manera que el cristiano portaba en *sí* el pecado original. Ser argentino resultaba, al fin, la sangre envenenada de Neso embebida en las telas, que Hércules se arrancaba a costa de desgarrarse pedazos enteros de la propia carne. Había descubierto que gran parte de sus imposibilidades obedecía a esta causa: la argentinidad inevitable, es decir, su ser encerrado en las circunstancias de hierro de la argentinidad. Esto lo había llevado a la impotencia. Estaba hastiado de ser argentino y temía que ya no pudiese librarse de esto aun cuando corriese huyendo por la corteza terrestre y diese quinientas vueltas al mundo. Se figuraba que él debía haber sido, por ejemplo, inglés o francés o austríaco, preferentemente austríaco. No lo había dicho más que en terapia, pero se juzgaba con el derecho a ser algo mejor que un argentino. (Por mucho que hubiera argentinos

destacados, aun así se destacaban de todas formas mediocremente, entrampados todos en un hato de circunstancias que actuaba como el barro de un pantanal: nadie, ni los héroes, iba demasiado lejos.) ¿Cómo remontar este desdoro? Era para él casi una perplejidad. Se sentía más que calificado para ser austríaco, sólo que era argentino. Sentía con respecto a esto casi una violencia moral. Entonces cayó en la cuenta de que ese fastidio casi permanente que sentía por Delia guardaba relación con ese repudio a la propia argentinidad. La tenía, aun sin saberlo, por un modelo. Delia era cachazudamente argentina, lo que resultaba un exceso funesto ya que, justamente, puesto él a pensar cuál era el mayor pecado del argentino había concluido que era ser cachazudo, no sólo con los demás sino principalmente consigo mismo. Para Peñalba, un austríaco guardaba distancias consigo mismo y esto le permitía llevarse lejos, como una dupla de jinete y cabalgadura, mientras que el argentino se excedía en sus confianzas consigo mismo y terminaba siempre a pie y cargado a upa o a caballito con su propia humanidad. De modo que a Delia, que era a su entender cachazudamente argentina, no podía dejar de tenerla por cachazuda al cuadrado, una suerte de relajo en el propio ser. La miraba y quería herirla y no encontraba el motivo plausible y bajaba la cabeza. No había forma de enfrentarla y quería huir. Se figuraba que era invencible. Y este rasgo de invencibilidad lo fue advirtiendo también en sus pacientes. Estaban más o menos hechos a la argentinidad y esto los hacía irreductibles en la confianza estúpida que tenían para consigo. Se hacían irreductibles en cierta blandura estática. Poco menos que había llegado a la conclusión de que, sin esa distancia crítica, sin ese desdoblamiento que estaba seguro existía en otras culturas, la terapia psiquiátrica no tenía más sentido que regular las dosis de drogas. Se advertía como una suerte de veterinario pero ¿qué remedio? “¡No se revuelquen más en sí mismos!”, podía eventualmente gritarles pero con toda seguridad lo mirarían sin entender ya que no estaban más que ejercitando inconscientemente un deporte nacional.

El único de sus pacientes que no tenía esas confianzas consigo mismo y que por ende estaba impoluto de argentinidad, era Leonardo. Peñalba lo reconocía para sí abiertamente. No era argentino. Claro que si, según él, había prácticamente una sola manera de ser argentino,

había muchas de no serlo. ¿De qué manera no era argentino Leonardo? Primero había supuesto que no lo era por huidizo, aquel que siempre está partiendo de sí mismo, luego se había figurado que Leonardo no era argentino porque se cosificaba fácilmente y se mimetizaba entre los objetos. Luego había deducido que su cosificación era más bien un ardid para, enfrascado como cosa, subjetivar rabiosamente. Se cosificaba y luego huía. Y en esa huida hacía territorio. Peñalba se arremangaba la camisa inmaculada cuando pensaba en Leonardo y a veces sonreía vagamente. Ni Leonardo era Moby Dick ni él Ahab pero podían hacer el simulacro de que lo eran. Había llegado a un punto en su vida en el que no le importaba el papel a desempeñar, como esos viejos actores que han dejado muy atrás el ideal del personaje. No percibía las diferencias que antes eran absolutamente cruciales. Ahab daba lo mismo que cualquier otro. Hasta si miraba retrospectivamente su vida, se decía que podría haber militado en el grupo Tacuara y que el asunto hubiera sido indistinto. A partir de la resignación a una circunstancia crucial, ser argentino, el resto se concatenaba casi amoralmente.

Peñalba se había sentado delante de su escritorio y había girado la silla para mirar hacia la pared en la que sus títulos formaban un mapa. Tenía cierta tendencia a abstraerse cuando giraba la silla hacia esa pared o, también, abstraído, la buscaba. Los títulos enmarcados formaban el mapa de un país que no alcanzaba a tener nombre pero en el que depositaba una vaga esperanza. Era un pequeño país propio. Delia apareció en el vano de la puerta.

—Llamó Josefina. Dijo que le surgió un inconveniente en el colegio y que se va a demorar unos quince minutos. Tal vez un poco más. Que la disculpes.

Peñalba asintió quedamente y Delia se retiró. Sacó un pequeño block de hojas y con la lapicera a fuente que había vuelto a usar más o menos una década atrás, dibujó triángulos en las cuatro esquinas de la primera hojita. Solía hacerlo cuando quería dar un remate a algo, cuando juzgaba que había que tomar ciertas decisiones. Lo había hecho el día anterior con otra hojita pero se le había hecho tarde y las decisiones en el caso de Leonardo se le habían diluido. La reflexión lo había arrastrado y no había pasado del punto hecho por la pluma de la

lapicera al apoyarla en el papel. Y ahora, de repente, creyó que tenía que recuperar la hojita del día anterior con el punto dibujado y se puso a buscarla. Revisó el tapete, levantando objetos que pudieran ocultarla, y los cajones del escritorio, sin suerte. Algo lo llevaba al empecinamiento y al mismo tiempo otra fuerza opuesta lo llamaba a desistir. El punto en la hoja era altamente significativo y al mismo tiempo no tenía ninguna importancia. Las dos cosas eran ciertas y el azar parecía decisorio. No la encontró y llegó a la conclusión de que la había tirado. ¿Tendría alguna importancia en lo que intentaría hacer con Leonardo? En realidad, quizá sólo se demoraba en decidirse. Sentía por Leonardo un encono muy fuerte y esto lo sofrenaba. Con el correr de los años había advertido que su ayuda profesional daba buenos resultados, en general, con aquellos por quienes sentía algún rencor y los resultados eran magros o inexistentes cuando el paciente le simpatizaba. No podía ayudar a quienes despertaban su cariño. Sus esfuerzos se esfumaban en lo que él llamaba lo indeterminado; lo previsto se deshacía en un espacio de dimensiones tan vastas que, en la mayoría de los casos, no había verdaderos motivos para analizar lo ocurrido y el fracaso ni siquiera podía llevar ese nombre. Sospechaba que algo similar les ocurría a ciertos artistas, que obtenían reconocimiento con obras incidentales, en las que no habían puesto mucho de sí, y relativos fracasos con aquellas que habían fraguado con mucha devoción y esperanzas. Sacó un lápiz corto, azul, de un cajón del escritorio y le mordió la cola. Según esta regla, Leonardo obtendría mucho de él. ¿Le era insatisfactorio? Quizá por esto no podía pasar del punto en la hojita del block. Miró las mordeduras del lápiz. Prácticamente se los comía y a veces le quedaban rastros de pintura en los labios y se limpiaba como quien oculta su antropofagia. Había pacientes que le llegaban a ser molestos y sentía por ellos un rencor más bien superficial, móvil, que se desplazaba en los intersticios del pensamiento. A Leonardo le había dedicado rumiadas de más de media hora sin solución de continuidad, verdaderos bloques macizos de rencor con los cuales defenderse de la diarrea de Leonardo, que lo salpicaba de todas maneras. Era un culo abierto como el de un bebé, punto de llegada de unos intestinos tan tiernos que no se les podía pedir ni remotamente que formaran un sorete duro y tosco y

lastimador. Eran intestinos tan tiernos que no podían sino dejar discurrir un líquido que se iba expeliendo en lapsos más o menos breves. Leonardo tenía la mundialidad de un bebé y en este sentido no llegaba a ser parte de la especie. No había forma de que hiciera un sorete duro. No había forma de que se redujera a un hábitat de la Tierra.

Josefina había llegado. La escuchó entrar a la sala de recepción y se apresuró a meter el lápiz comido en un cajón y a limpiarse la boca con un pañuelo descartable. Le ocurría siempre con cada paciente que entraba a su consultorio aun cuando fuese la primera vez que lo veía: se figuraba que no estaba un ciento por ciento preparado y que le faltaba algo para ser tan contundente como él pretendía. Y en esta oportunidad no fue la excepción. Se supo algo carente cuando vio a la hermosa mujer que entró a su consulta, más hermosa aún porque estaba un poco descuidada luego de las horas de trabajo. Y más carente aún se percibió cuando ella sacó los dos muñecos de la cartera y se los mostró, tal y como él le había pedido.

XXI

¡He perdido el amor por lo real y esto tal vez sea definitivo! Caminé sobre lo real como sobre ascuas y aun así intenté enraizarme como un ombú cualquiera. ¡Intenté enraizarme en medio de las brasas y le tributé a lo real mis pobres pies! ¡Ya tenía razón el adolescente cuando temía a lo real! El adolescente sabe todo lo que tiene que saber. El adolescente conoce a los demonios. El demonio de lo real clava flores en la tierra como si fueran escarbadientes y hace creer que la tierra puede ser comida. “He comido de la tierra”, decimos. Pero nunca comemos los frutos de la tierra. De modo que no conocemos a la tierra y es el demonio de lo real el que lo impide. ¡Ya sabe el adolescente la clase de jugarreta de la que será víctima! No llegará a la tierra y perderá los pies. Pero viene el adulto y lo lleva de todas maneras por las buenas o por las malas a hundir los pies en lo real. “¡Es la tierra, tonto”, grita el adulto. Él tiene que engañar porque es un servidor de la cigota y de la boca de la cigota no salen más que órdenes. La cigota es la divinidad que da órdenes con una boca que es un artificio.

¡Fui no sólo un gran niño sino, fundamentalmente, un gran adolescente! Lo descubro ahora cuando el adolescente que fui ha madurado en todo su esplendor. Lejos de mi vida, independiente, aventurero tal vez, se ha hecho espléndido y viene por mí. ¡Tiene sus derechos! Viene a decirme que él se ha hecho muy fuerte en los desiertos y que el alfeñique sin pies que yo soy no puede presentarle resistencias. “¡Salud, adolescente!”, he exclamado sin más remedio. Quiero congraciarme con él, quiero hacerle creer que no lo abandoné a su suerte. Quiero creer que no es tan difícil engañarlo, que podría abusar de la inocencia de un sabio de fuertes músculos. Tal vez quisiera también presentarlo a la justicia como el asesino. “¡Fue él!”, gritar y escapar yo a ocupar el lugar que dejó en los desiertos de Calmuquia. ¡Qué hermoso adolescente sacrificaría para salvar a un

adefesio! “Él se entrenó como asesino matando al piquito de oro!”, podría esgrimir. ¡Fue el abstracto! Fue el abstracto y Platón lo hubiera amado. Fue el abstracto y ningún filósofo antiguo le hubiera negado su ano. Fue el abstracto ajedrecista y planeaba sacrificar la dama en pos de la belleza. En fin. ¡Era un ser para admirar y se ha hecho formidable con el tiempo! ¡Él sí que ha mejorado con los años! Tan lejos de mí que estaba seguro de no volverlo a ver. Es más, lo había negado no tres sino más de mil veces. Lo había tachado de oscuro y lo contraponía al infante, a Piquito. Y me iba con Piquito al tobogán y lo abandonaba. Creo que lo abandoné hasta olvidarlo. ¡Y él ha mejorado tanto lejos de mí y yo no he mejorado nada! Creía que mejoraba y no hacía más que repetirme incansablemente. Año tras año, cópula tras cópula. ¡Borges pensaba que la cópula era execrable porque repetía al hombre en tanto que lo reproducía en hijos y más bien lo reproduce a él mismo, como los espejos! Cópula tras cópula me ratificaba, me repetía. Los otros debían advertirlo y yo me engañaba. Los otros debían verlo muy clarito y a entera satisfacción. Debían tenerlo como parte del logos, de la ley que emana serenamente del ano del Señor-Mundo luego de una parsimoniosa digestión. ¡Nos satisface ver en otros el desarrollo del logos, la ratificación de la ley! Nos avenimos pacíficamente, con entereza y benevolencia, al destino de los otros. No mejoraba y Josefina se ratificaba en su amor por mí. No mejoraba y era razón de más para amarme. No mejoraba y su ternura hervía. ¡¡Iuju!! Busqué la infértil y he sido de todas maneras un servidor más de la cigota, un adulto más en el mundo, un repetidor que no pasa de curso. Ser adulto es repetir de año y no fui la excepción. Ser adulto es repetir los palotes hasta el cansancio. Soy un adulto cansado, un pichón envejecido y de repente abro una puerta y el adolescente ha retornado y no me abraza y no me quiere. ¡Sus razones tendrá! Se deja admirar y sabe que se ha vengado. Bajo la cabeza como Judas y observo la ausencia de mis pies, cosa que él ya debe haber notado, y consiento. “El amor por lo real”, murmuro. “El amor por lo real”, dice él y se rasca la ingle. “Servidor de la cigota por vocación”, sigo confesando. “Fui, yo mismo fui, para que la vida me agarre por las pelotas y todavía estoy buscando esa mano, que parece me desprecia”, sigo balbuceando ante él, que es hermoso. “Fui y la vida no me tomó

por las pelotas", repito como repetidor que soy. "No aprendo". Y está todo dicho.

Todos estos años pensé que tenía al adolescente encarcelado dentro mío, en la última mazmorra. Y se escapó de mí y ha hecho su vida. Si se lo presentara a Josefina, quizá dejaría de ser la circuncidora de Federer y pasaría a circuncidarlo a él. Y yo vigilaría y vigilaría hasta asomarme al balcón de sus sueños. Vigilaría hasta oler lo que no está hecho para mis narices. Creo que siempre vemos lo que está hecho para nuestros ojos pero en ocasiones, cada tanto, olemos lo que no está hecho para nuestras narices. Y, sin que lo advirtamos jamás, son los olores los que nos modifican, son los olores los portadores del cambio. No todos los olores nos modifican, desde ya, pero si existen cambios, el olfato ha sido portador de lo nuevo. Por un azar, una tirada de dados rutinaria nos trae un olor y se quiebra un derrotero. Como predadores ancestrales que somos no nos decidimos a cambiar verdaderamente hasta que nuestras narices tienen el estímulo necesario.

Y el adolescente ha traído sus olores. El abstracto, el ajedrecista tenía sus fuertes olores, que se mezclaban con su belleza para formarlo en ese silencio que lo acompañaba donde fuera. El abstracto hedía bella y silenciosamente y ha retornado con los olores del exilio, de las tierras desérticas. ¿Qué lo ha traído? ¿Quién lo ha convocado? Yo no fui y sin embargo al verlo en el vano de la puerta he sonreído. He sonreído porque el adulto ya sabía hacía tiempo de su derrota, hacía años se alimentaba casi exclusivamente con ella. Cuando el adulto ha llegado a sus fronteras —y las fronteras del adulto no están nunca muy lejos ya que hacen a un pequeño país—, el adolescente hace de guardián de esas fronteras. Es quien puede abrir el paso para escapar cuando el adulto, alimentado con su ya magra derrota, al borde de la inanición, empieza a olisquear desesperadamente. Entonces el adolescente retorna con sus olores y con sus saberes. ¡El adolescente es el escondedor por excelencia! Tuvo en su momento que encontrar escondrijos para los huesos más diversos. ¿Recordará los escondrijos para alimentar al adulto hambriento? He sonreído y me he confesado ante él. El adolescente, porque es el escondedor, es el que puede formar tribunal y erigirse en juez. El juez debe de ser, casi por

definición, el mejor escondedor, el hallador de escondrijos.

Cachimbo y Maloy necesitan, y quizás hasta con urgencia, un escondrijo. Parece que van a ser atrapados antes que yo. Su antigua docilidad, su bienaventuranza consuetudinaria, los hacen fáciles de atrapar. No está en su naturaleza la acción precipitada, ni siquiera la especulación por el propio destino. Son una presa tan fácil que el adolescente, otrora despreciador, vituperador de Cachimbo y Maloy, supongo habrá de intervenir a su favor. Como buen juez sabrá encontrar el escondite para esos dos inanes, para esos dos *post-scriptum* de la vida. Ni Cachimbo ni Maloy saben correr para ponerse a salvo, apenas si bailan en el lugar con movimientos bien modositos cuando les es estrictamente necesario, cuando se les hace intolerable pasar por abúlicos. Los he visto bailar, titubeando a causa, creo, del peso excesivo de sus cabezas, pero no los he visto correr. No son capaces de advertir el peligro, tal vez porque no existan los peligros. De cualquier forma, el adolescente puede disponer de un escondrijo para ellos; esconder ha sido siempre su felicidad. Quiero creer que él, que se fue tan detrás de lontananza, sí recuerda los escondites que yo, que he quedado en la casa, no recuerdo ni remotamente. Para mí no hay más escondites que en el cuerpo y tengo presente nada más que las cavidades de Josefina. Pero Cachimbo y Maloy han quedado excluidos de esa posibilidad. ¡Josefina ha puesto el grito en el cielo! No se aviene a tolerar el trío en una de sus templadas cavernas. No le gusta el hacinamiento. Es comprensible. Hasta yo comprendo lo comprensible, a veces. ¡Las cosas se precipitan! Todavía soy un profesor. Todavía tengo por delante dos clases del *petit cours*. No soy Deleuze y voy a tener que renunciar a mis ayudantes de cátedra. Ambos, Cachimbo y Maloy, han hecho maestrías —cosa que yo, sociólogo perezoso, me he cuidado muy bien de hacer— y sin embargo se les ha prohibido el desempeño docente. ¡Bonita educación se avecina! Sin ellos, es probable que suba el nivel de los océanos y los mares invadan los desiertos y las estepas y no quede en mí —y en mis clases— más que el montañés, el que, por falta de aire, dice sentencias y divide las aguas. Al fin, siempre se pretende un profesor que asevere y que divida las aguas. Es el sino del profesor y de la enseñanza. ¡Nunca se acepta un profesor que no enseñe nada! No enseñar nada es

dejar que fluya un discurso y un ritmo y que todo sea ese discurso y ese ritmo. Pero sin Cachimbo ni Maloy me crecerán rápidamente las barbas y, bíblico, montañés, aguilucho felpeado, probablemente caeré en la dialéctica, en separar lo blanco de lo negro.

Todavía soy un profesor y un profe con esperanzas de prof…, de prof… ¡Zacatríngulis corchoide! ¡¿Cómo serán las cárceles argentinas?! ¿Qué comodidades habrá para mí y para Cachimbo y Maloy? ¿Tendremos alguna holgura en la celda? ¿Se nos reconocerá como heraldos del futuro? ¡Tres personitas en el pináculo del mundo tumbero! ¡¡Iuju!! Es bien posible que pasemos por la divina trinidad. Tres personitas archimimosas. Personitas humildes en un señorío sin dominio, en un señorío pedigüeño. ¿Podrá existir un señorío mimoso y pedigüeño? Las tres personitas de la mano rumbo a las duchas. ¿Iremos trémulos o en confianza? En los primeros días tal vez me abrace con fuerza a Cachimbo y a Maloy para mostrar la unidad del trío. Los tres mimosos no cederemos un ápice. En fin. La hermosa colita del antiguo infante, la hermosa colita piquitense, volvió en estos días a mi discurrir. ¿Seguiré teniendo aquellas apretadas nalguitas que enardecieron al vecinito púber, al de los bigotes precoces? Hacía muchos años que no me preocupaba por ellas y Josefina, damisela de camadas remotas, o no se interesó por ellas o evitó hacer ninguna mención al respecto. Ignoraba entonces qué tanto habían sobrevivido al paso pretendidamente atílico del adolescente. Anteayer me subí a un banquito, me bajé los calzoncillos y giré el cuerpo delante del espejo del baño. ¡*Carambitis*! El asunto no era fácil de dilucidar. Creía advertir que ya no eran tan redondas ni se ensoberbecían en la altura enhiesta, sin embargo, vistas desde cierto ángulo (visual y también moral) no dejaban de tener lo suyo. Ya no eran aquellas que la inocencia había levantado pero toda la pringosidad más bien sucia del adulto no había terminado con ellas. Tenían su belleza algo triste y algo ajada. Meneé la cabeza, un poco cabizbajo, por esas nalgas que descubría, turbias para mí, opacas y hasta ajenas, y no obstante… Josefina abrió la puerta del baño, que yo había dejado apenas entornada, cuando bajaba del banquito. “¡No hice pis en la pileta!”, me apresuré a afirmar y ella se rió como llorando y me abrazó muy fuerte y mis pobres intestinos, hinchados con su propia terneza y con

gases y con caquita ácida y tremebunda, me dolieron en el vientre y me puse a llorar como un bebé.

¡Sí, señores lectores! He llorado. He llorado como otros que conocéis muy bien y lo hicieron en momentos álgidos. He llorado porque en ese dolor de vientre se hacía evidente que no sólo yo iba a ir a la cárcel sino también el infante. Piquito iba a ir preso y a ese niño feliz se lo va a encerrar —hierro, hierro y hierro— en la sordidez. "¡Idos!", podría gritarle pero ya no es capaz de escapar de mis fibras. Me pertenece horriblemente y no hay cirujano que pueda hacer las millones de incisiones que serían necesarias. ¡Voy a ir a la cárcel con una *troupe* de inocentes! El infante, Cachimbo y Maloy como satélites de un planeta saltimbanqui, que se va de su templada órbita en torno al sol y se pierde en la negrura de unas duchas. Los inocentes siempre son satélites de algún culpable; digamos, que es una ley de la inocencia ya que no puede deambular librada a sí misma. La inocencia, que como tal no tiene sentido, gira en torno de culpabilidades carnosas y llenas de sentido.

¡El párvulo adentro y el adolescente afuera! A él, al abstracto, no podrán encarcelarlo; se fue tan lejos de mí que ya no puede retornar como luna. Sentirá lástima de mí y ha regresado sin rencores, a pesar de todo. O ha regresado para observar mi destino con la mayor indiferencia. ¿Quién sabe? ¡Tanto que ha mejorado y se sigue sonriendo, callado y algo absorto! Me mira con esos cabellos ensortijados de las sienes que cuando emergieron me preocuparon tanto y que hoy son el epicentro de la belleza. Me mira con los ojos que siempre supo tener, perdidos en la juventud, en las promesas que él mismo se hacía. ¡Yo no puedo perderme en mis propias promesas y él me mira desde las suyas! Las propias promesas son el país que al fin no recorremos y en el cual nos llaman con toda razón extranjero. Pero él se sonríe con la mochila a sus espaldas porque ha hecho lo que yo no. ¡Viva él! Quisiera presentarlo al señor juez de la causa Cianquaglini, si no es posible como culpable, al menos como colega suyo. En fin. A esta altura, todas las leyes del orbe se deben haber convertido en fantasmas vocingleros que aturden los oídos del señor juez. Las monerías de mis duendes deben haber caído en desgracia.

Muchos ya conocen mi destino. El destino, el jovencito con gorra

que siempre escapó de su hermano mayor, el pasado, aparece como espectro en las facciones de los otros, sobre todo en la parsimonia de las bocas. Siempre juguetea en esas expresiones mudas de los labios. Yo también lo vi en la boca del huroncito cuando me vino a pedir ayuda para un examen. Todavía vino a mí, con su mohín de simpático predador sociológico y su brillante piel húmeda que quisiera acariciar y acariciar hasta dormirme. Una piel contra el insomnio. Así la quisiera yo, como remedio. Cada piel es un remedio contra distintos males y deberíamos tener un botiquín de pieles. Pero nadie da su piel como remedio y ella vino a mí para que le explicara algunos asuntillos sobre Foucault. Foucault, el incansable, o el que se hacía el incansable a fuer de genealogista. El gran gimnasta del genealogismo, el barón de las paralelas y las asimétricas. Allá me fui con el huroncito, mal dormido y tal vez hasta con mal aliento, a su departamento. Aunque lo del mal aliento era un temor infundado ya que los intestinos bebeniles no dan lugar al mal aliento. Se suponía que yo sabía bastante sobre Foucault y me sentó a la mesa con la promesa de una coca-cola y unas merengadas. ¡Ay, huroncito simplificador! Alegre huroncito de la boquita pizpireta. Yo no quería hablar y ella me sacudía y me daba cuerda y estaba llena de tiernas esperanzas. ¡Hay seres que todavía creen en mí! Y el huroncito creía en mí y al mismo tiempo en su trompita tan simpática y predadora, con labios húmedos que se iban de sí a conquistar el mundo, aparecía mi destino carcelario.

¿Matan los hurones a las marmotas?, le pregunté y no supo contestarme. Me avine a su ignorancia sobre su propia naturaleza y bostecé y me estiré en la silla. La noche anterior había girado junto al cuerpo dormido de Josefina y no hallaba consuelo. No pensaba particularmente en nada pero no entraba en el hueco del sueño por más que lo intentaba. ¡Seguramente no entraba porque lo intentaba, ya que así es el hueco del sueño! Uno cabe exactamente en él de alguna forma que nunca aprehendemos; existe una manera exacta de entrar en el hueco que el cuerpo sabe en tanto que se despreocupa del asunto. Al menor intento, a la menor pretensión de conocimiento nos empezamos a golpear las espaldas, particularmente la espinilla, o los hombros o la frente o los dientes o las rodillas, lo que fuere que impide ese ingreso tan sencillo y grácil. ¡Anoche me di con todos los filos

pétreos posibles! ¡Se me hizo bien visible que en verdad es cosa de mandinga! Mis estratagemas fracasaban. Tanto aquellas que pretendían el conocimiento para el ingreso al hueco como aquellas en las que simulaba completo desinterés. ¡Por algún motivo el cuerpo no compra esa simulación! Giraba y mi bendito hueco ya no era mío, como si yo hubiera crecido, engordado y la cosa no tuviera remedio. Creo que, en lo más alto de la noche, cuando se empina en sus pies entusiasmada consigo misma en un alarde de su poder sombrío y los pájaros, advertidos por cierta brisa, empiezan a cantar, pasadas las cuatro de la mañana, gemí y ronroneé buscando no ya mi hueco en el sueño sino el de Josefina. ¡Quería ser Josefina! Quería ser Josefina para tener su hueco, al que suponía más cómodo y más amplio que el mío. Me acurruqué y, cada tanto, los pájaros cantaban y después de gemir y de no ser Josefina, fui Josefina de repente y me dormí.

Dormir poco es de todos modos casi peor que no dormir nada y bostezaba en la silla del huroncito simplificador. ¡Quería una gragea sociológica de Foucault y yo desempaqué un botellón de mi querida Cirulaxia! Mi oscura botella querida de sanador. Se me pidió una pastillita y yo saqué la tremenda cuchara para el jarabe. “¡Huroncito simplificador!”, le dije, “¡Cirulaxia!” Foucault no es una pastillita, le recordé, sino un jarabe. Su hocico de hurón olfateó y se avino a la cucharada. ¡¿Quién se resiste a la Cirulaxia?! En fin. Si Bataille hubiera olido las calzas del huroncito ese día, habría agregado uno o dos capítulos a su libro *El erotismo*, Foucault habría empezado más acá y habría pasado por encima de donde estamos ahora. ¡Pero allá por 1950 faltaron las calzas del huroncito y todo está como está! Impulsado con vigor y hasta con cierto frenesí por la Cirulaxia, hablé de la reproducción y del horror de los primeros hombres a aquello que sabían: la animalidad les mordía las nalgas. ¡El hombre corre como objeto de deseo del animal y éste lo viola casi a diario! El huroncito entendía perfectamente y era una delicia pasarle la cuchara con el líquido marrón. Seguí con las prohibiciones sexuales y el erotismo hasta que el frasco estuvo a la mitad. “Creo que no vamos a llegar nunca a Foucault”, declaré en un momento. Tal vez lo hice con cierto ánimo vengativo ya que no aparecía la madre para ofrecernos la leche chocolatada. ¡Con el intermedio de unos sorbos de soda se puede pasar

perfectamente de la Cirulaxia a la leche chocolatada! Pero parecía muy probable que la madre no estuviese en la casa. ¡Los rumores debían haber llegado a ella y la buena mujer me repudiaba y me negaba sus más que buenas chocolatadas! Son las desventajas del asesino, me dije, pero no dejaba de parecerme injusto. "Siguiendo los métodos foucaultianos deberíamos remontarnos hasta Lucrecio", declaré. "Se es foucaultiano si no se llega nunca a Foucault", dije aventuradamente para situar al bello huroncito en cierto clima intelectual. Quería tenerla en mis brazos y sabía que en un momento se iba a levantar de la silla porque los hurones son más inquietos que los gatos. Y no tardó en ir al baño y vi que todo en ella eran bellas formitas. ¡Las bellas formitas, hay que admitirlo, son superiores a todo absolutamente, empezando por las formas, ya sean las más hermosas del orbe o las aristotélicas! Las formitas pueden más, casi diría que pueden rabiosamente más. La observé cuando iba al baño y en mi fuero interno pedí para esas formitas la máxima autoridad. "*Le roi, c'est moi*" debería imponer la formita, que a diferencia de la forma no tiene nada de maternal y nos arrastra mucho más lejos que lo que nos arrastra la lactancia. El huroncito se demoró mucho en el baño, tal vez más de lo necesario. Estaría mirándose las formitas, figurándose que si una mujer voluptuosa formaba el rostro de Freud, ella podía formar perfectamente el de Foucault. Mientras tanto, yo olfateaba la silla del huroncito para salir de mi atolladero mental. ¡Eran las verdades las que se amontonaban malamente e impedían que llegara a Foucault! Las verdades tienden a enredarse como una madeja de lombrices y si se las viera en vez de degustarlas, causarían asco. Olí y olí la silla pero el olfato humano es lamentable. Conforme avanzó la moral de las costumbres, las prohibiciones del incesto, el olfato no ha hecho más que caducar. ¡Con un olfato siquiera gatuno —no hablemos con el de otras especies— no habría quien no se echase sobre los padres, los hijos o los hermanos! La prohibición del incesto ha cerrado las narices y al mismo tiempo ha cerrado ciertas felicidades y ciertas pavuras. No pensamos, al fin, más que como malos oledores. Y los humanos con relativo buen olfato son los únicos verdaderamente originales. Las ideas nuevas son resabio de olores, algunos tal vez bastante remotos. ¿Olía yo la silla del huroncito con el afán de nuevas ideas o más bien

buscaba fugarme del devenir convirtiéndome en perseguidor de sus formitas? Como fuere, mis narices fracasaban y de repente me puse de pie para ir en busca de la madre del huroncito. Fue como un imperativo sin mayor fundamento ya que no pensaba en una leche chocolatada. Recorrí el departamento y en verdad no estaba. Quien sí me encontró olisqueando en el pasillo que comunicaba con los dormitorios fue la hermana menor del huroncito, que con sus manitas dio una tremenda palmada, quizá para asustarme, quizá porque me confundió con un oso de circo y la palmada era una suerte de orden. Debió ser este último el caso ya que siguió haciéndolo y en cada oportunidad yo di un respingo, desconcertado porque no acertaba a saber qué debía hacer. Me sentía como un oso acorralado por el olvido, a punto de ser castigado. Las palmadas de la chica eran bien sonoras y en el pasillo tomaban un eco imperativo. Se puso a hablar de mi próxima fuga y de su situación como novia de Cachimbo. ¡Cachimbo de novio! Según ella, Josefina era mi madre y el huroncito iba a ser mi novia en cualquier momento. Veía todo más o menos acomodado menos su propia situación como novia de Cachimbo. Sus palmadas me sacudían la osamenta y gemí como un osezno aun cuando me sintiera una pobre bestia de más de dos metros de altura. Sabía que si gruñía iba a ser castigado con esa crueldad oculta de los circos. Me fui replegando hacia un rincón del pasillo hasta que al fin le dije: “¡olvidé las pruebas que debía realizar a cada palmada!” Y le pedí que no insistiera porque mi memoria de oso chapoteaba en una suerte de ceguera, de negritud. Todavía ella dio una palmada, quizá malévola, y yo, desesperado, intenté bailar como Balú, mis tremendas grasas moviéndose simpáticamente hasta con una pollerita hawaiana, pero debo haber fracasado porque la niñita hizo una palmadita y esta vez sí entendí perfectamente que se trataba del final del acto. ¡Lo pequeño me cabe a la perfección y me es grácilmente accesible! ¡Comprendí lo diminuto casi con alegría! Final del acto que no se llevó a cabo. En fin. Como oso fracasado sentí alivio de todas maneras y la nena, apiadada, me hizo una caricia. “En Canadá, reciben muy bien a los osos”, me dijo convencida de que iba a fugarme. Debo confesar que el asunto me interesó y que mi oreja peluda se irguió y se posicionó directamente hacia la boca de la nena. “Quieren a los osos

tremendamente y el país es inmenso", ratificó. "Debería haber sido un oso canadiense", declaré, "y creo que todavía estoy a tiempo". "Claro", me dijo ella.

El huroncito salió del baño y me llevó al living poco menos que de una oreja. ¡Sus formitas estallaban de autoridad! La nena de todos formas no se arredró y me ofreció una leche chocolatada y yo acepté de inmediato levantando el pulgar por encima de mi hombro como habrá hecho Videla tantas veces en el hall de la Casa Rosada para saludar a los periodistas amigos. Era un ademán alegre y así lo entendió la hermana del huroncito, que corrió a la cocina. ¡¡Foucault!!, me exigió el huroncito, sentándose ahora en un sillón y señalándome el de enfrente para que yo me acomodase de una vez y desembuchara. "El último Foucault estaba gagá", espeté sin ambages. "Se le dio por el asunto de la parrhesía, el coraje de la verdad", continué. Y le expliqué al huroncito *grosso modo* de qué se trataba eso del hablar franco. También quise explicarle por qué ese feo Foucault, parecido ya a un oficial de la Sûreté e incluso al tremendo Javert, se contradecía con el lindo Foucault de los años de esplendor. En fin. El último Foucault resultó un mal policía, uno que se toma en serio las leyes y el principio de honestidad. El huroncito asentía gravemente y se daba cuenta de qué se trataba. Si a mí me daba un ataque de parrhesía, iba a sacar a la luz todos y cada uno de los detalles de mi crimen, el pico tembloroso y alto de pichón por sobre la cabezota bigotuda de Cianquaglini. En sus ojos aterciopelados de mamífero placedor se veía muy bien que empezaba a preocuparse. ¡Nada de parrhesía! La verdad es para los chacales, que con ella se llenan los hocicos de sangre. ¡He visto espectáculos horribles de parrhesía! Puse las manos sobre mi regazo como quien se ofrece y le dije también al huroncito que había que sospechar de quienes izaban la bandera de la parrhesía porque en casi todos lo casos eran generales que estaban esperando refuerzos. Se gana tiempo con la verdad, mientras llegan los cañones de una mentira más poderosa. En esto estábamos, las formitas del hurón más remotas para mí en el sillón que en la silla, cuando la hermanita me trajo una chocolatada aún más espesa que las de la madre. La niñita ignorante la había emprendido con una cuchara sopera y el resultado era magnífico. ¡Sí que supo ir más allá de la Cirulaxia! Me animé e

insistí con mi pregunta: ¿no matan los hurones a las marmotas? Y la hermanita picó el anzuelo y me preguntó por las marmotas. Me puse a disertar al tiempo que los primeros retortijones me mordían deliciosamente los intestinos. Expliqué que las marmotas no cantan sino que duermen y que, a diferencia de las víboras, duermen bellamente y que se deben a esa belleza. Excepto que en Caballito había una marmota cantora, una que no dormía y que acumulaba grasas delante de una ventana. ¡El canto espantoso, con pretensiones de operístico, de *prima donna*, de la marmota! La hermana del huroncito opinó que habría que acallarla y yo, algo remolón, terminé por coincidir plenamente. Por supuesto que no es fácil tratar con seres anómalos y la marmota en cuestión, que no hibernaba, debía tener diez centímetros de capa de grasa, no menos, e indiqué con mis manos claramente la medida no fuera cosa que tomaran los diez centímetros por una insignificancia. Con mis dos dedos índices marqué exactamente el grosor de esa capa de grasa para que supieran a qué atenerse.

La nena dio por hecho que ya éramos novios con el huroncito y hasta insinuó que podíamos salir los cuatro ese mismo fin de semana. Creo que dio un nombre, no sé si el de un boliche o el de un pelotero y el huroncito y yo asentimos con una sonrisa condescendiente pero a la vez huidiza. La nena se fue, creo que contenta, y yo bajé los ojos infinitamente. Bajé los ojos mucho más allá del centro de la Tierra. Y mis oídos se abrieron como los de un murciélago, tanto que me alejé de lo inmediato para acercarme a lo remoto. Estaba algo avergonzado de mis amores con Josefina. La belleza neta, geométrica, de las formitas del huroncito traía, superpuesto a mí, al abstracto, al adolescente. Él me juzgaba y yo, el cachorro hundido en las carnes para nada geométricas del mundo, me avergonzaba. Y con mis oídos en lo remoto escuché, bien claro, el chasquido de unos dedos. Eran, enseguida lo supe, los dedos de Josefina, dos pisos más abajo. ¡Por fin! Por fin chasqueaba los dedos para que fuera a servirla. En todos estos años fue mi sueño más recóndito, el que no podía cumplirse. El chasquido de los dedos de Josefina para que fuera a satisfacerla, ya no unas palmadas que nos imponen pruebas artificiales e inverosímiles, sino un chasquido de dedos que nos imponen el exceso de lo verosímil.

¡Toda una vida esperando el exceso de verosimilitud! Cada chasquido de dedos era más nítido y más imperativo. Haciéndole el amor a Josefina yo encontraba momentos de verosimilitud. Y siempre estaba la promesa del exceso. El chasquido era esa promesa. Levanté los ojos y sonreí a las facciones simpáticas y bellas del huroncito. Los retortijones intestinales pasaron de dulces a tempestuosos. ¡El dulzor de la Cirulaxia deviene en corrosiva violencia! ¡Necesitaba un inodoro so pena de estallar en el sillón del huroncito, tal vez en el rincón donde ella se acurrucaba en las siestas de invierno! O pedía permiso para ir al baño o corría dos pisos abajo. Me decidí por esto último y le dije al huroncito que Foucault tenía un ánimo demasiado pesado para ser nietzscheano y que debía pesar mucho más que cien mil mariposas. Prometí regresar más tarde y salí corriendo escaleras abajo. Entré como una tromba al departamento de Josefina. Abril, desde la cocina, me vio pasar como una exhalación. Me senté en el inodoro con toda el alma aprisionada en las costillas y largué la insidia que llevaba adentro. La caquita blanda y ácida —especialmente ácida— cayó al agua en borbotón. ¡¡Iuju!!

XXII

—Cachimbo y Maloy —dijo Peñalba.

—Así es.

—Por fin los conozco.

—No son más que… —Josefina los sostenía con ciertas consideraciones.

—No te creas.

Josefina no se decidía a nada con respecto a los muñecos y Peñalba se inclinó sobre el escritorio para tomarlos. Ella, sin embargo, hizo un amague para evitar que él los tomara. Peñalba arqueó las cejas y luego sonrió.

—Tienen algo de sagrados.

—Sí y no. —Al fin, Josefina encontró un buen sitio para apoyarlos. Contra dos grandes libros a un costado del escritorio, de manera que ambos veían a los muñecos de perfil, sentados como niños contra una pared.

—No son nada feos —comentó Peñalba—. Y podrían pasar por chicos de barrio.

—Pero no tienen actualidad.

—Es cierto. ¿Qué origen tienen?

—No sé. Leonardo dice que tampoco sabe. Les atribuye una genealogía imprecisa. No le llegaron por la familia.

—Podrían tener unos cincuenta años —arriesgó Peñalba.

—Quién sabe.

—Qué dúo nebuloso. Habría que saber cuándo llegaron a su vida y cómo.

—Tal vez. Pero las urgencias son otras. ¿Podrían ayudarnos a la inimputabilidad?

—No creo. Por empezar, no creo que den testimonio. —Peñalba se rió—. Además, tendrías que pensarlo bien. Porque, me parece, es un

recurso cuando la chance a favor es cero. Tu abogado no tiene mucha fe en esto.

—Yo hablé con él. No me convenció.

—¿Y entonces?

—Que hablen los muñecos.

—Su psiquis podría fragmentarse todavía más.

—¿Y para qué se los arrancamos?

Peñalba frunció el entrecejo. Sabía que lo había hecho por rencor y por esto mismo creía estar recorriendo un camino visible.

—No se los arrancamos. Más bien lo arrancamos a él de ese… De ese pequeño mundo. O empezamos a arrancarlo. Soy un terapeuta, Josefina, no… No… —Josefina miró a los muñecos sobre el escritorio, sus espaldas contra los dos grandes libracos—. No sé si voy a poder congeniar la terapéutica con este otro asunto de la justicia que para mí… No es un frente en el que tenga experiencia.

—Hay personas que necesitan más de una voz.

—No sé. ¿Hay que enloquecerlo?

—Supongamos que sea un desfiladero.

—¿Hay que llevarlo a la inimputabilidad? ¿En verdad hay que llevarlo? Porque… los peritos no son niños de pecho. Por otro lado…

—¿Qué?

—Puede que sea algo pronto para mí. Quiero decir, que es un paciente relativamente nuevo y… Puede que con un poco de tiempo yo vea su… Las posibilidades concretas para su inimputabilidad. Pero al mismo tiempo están mis obligaciones terapéuticas y los tiempos del proceso. Bueno… Se supone que… Pero vos sabés que para cualquier psiquiatra, de proponérselo, desquiciar es más fácil que sanar.

Se quedaron en silencio unos momentos.

—Yo no quiero decidir por él. Es algo que siempre me dio casi asco. Cuando tuve a Abril, cuando era chica me refiero, una beba, y tenía que decidir por ella te aseguro que por momentos casi me horrorizaba. Por esto la maternidad fue un sufrimiento para mí. No toleraba esa especie de imperio sobre otro ser. En el marco de la sociedad en la que vivimos no había otra posibilidad más que decidir por ella, tomar su lugar como sujeto. Y me parecía atroz. Llegué a… A poner mi cabeza en el pecho de la beba para tratar de interpretar lo que escuchaba.

Como si sus ruidos internos pudiesen expresar una decisión en torno a tal o cual asunto. Desde ya que no quise ser madre nunca más.

—Son unos pruritos verdaderamente exquisitos. Sólo con existir basta para que torzamos los acontecimientos.

—Tal vez, sí. Pero me refiero a las decisiones que…

Peñalba asintió y giró la silla hacia un costado.

—¿Por qué Stalingrado? —preguntó, luego de unos segundos.

—¿Te referís al curso?

—Tal vez sea más que el curso.

—Yo entiendo que él va a un pináculo de la historia, a un punto muy álgido porque quiere llegar, me parece, al punto casi cero del sujeto.

—¿Vos creés?

—La rabia de la historia nos deja como células de un organismo.

—Pero no sé si él se metió ahí para verificar eso. En lo formal, puede ser, quiero decir, lo que aparece en los fundamentos del curso que trata sobre…

—Vida colectiva.

—Vida colectiva. Pero tengo mis sospechas. ¿El padre, o alguien directo de él, estuvieron en Stalingrado?

—No. Que yo sepa.

—Porque describió una casa. La H-6. Y estaba muy satisfecho con la descripción que hacía.

—¿La casa H-6?

—Sí. Los ojos le brillaban como nunca cuando la describía y me miró muy ladinamente cuando mencionó los escondrijos de esa casa.

—Entonces ha declinado las resistencias a la terapia.

—Yo no lo llamaría terapia todavía. Y tampoco estoy seguro de que se haya franqueado.

—Y yo en verdad no sé si quiero que se franquee. Frente a vos o frente a nadie.

Peñalba se rió con cierta irónica desesperanza.

—No sé si quiero que abandone sus resistencias porque él debe permanecer en sí para ser quien es —Josefina, violenta, se puso de pie —. Prefiero que vaya a la cárcel. No sé qué quiero en realidad pero no quiero violentarlo yo ni que vos… ¡No debemos saber, ¿entendés?! No

debemos saber. —Josefina arrebató los muñecos como si él hubiera hecho un intento de tomarlos. Los peinó rápidamente con la mano y los acomodó en la cartera con ciertos cuidados.

—Josefina.

—No hay que saber.

—Pero no vamos a saber de todas formas.

—Pero en el intento de sonsacarlo, de… Ya hay algo que no me gusta. —Josefina lo miró con una decisión exangüe.

—Si te soy sincero, yo no lo quiero de paciente. En absoluto. Además de su situación judicial, en él no hay… No me gustan sus gorjeos y sus ruidos. Esos pequeños ruidos de su cuerpo… Pero… Fijate porque los tiempos se te van a venir encima y si yo renuncio como perito de parte… Yo ya soy el segundo. La cámara de apelaciones al fin… Además, ¿él no tiene que decidir?

—¿Y qué hago yo entonces con Cachimbo y Maloy encima?

—Es una consecuencia del proceso que se inició cuando me llamaste. Como un alud. Moviste una piedrita y… Yo te aconsejaría que quemes esos muñecos.

—¿Quemarlos? Ni siquiera tirarlos por ahí.

—Quemarlos frente a tus ojos. Creo que te haría muy bien.

—Creo que gritarían. Gritarían todo lo que no gritó Juana de Arco.

—Sí. Justamente.

—Te llamo mañana —dijo Josefina—. Quisiera… —Peñalba se puso de pie.

—Todo este enorme manoseo es muy argentino. Estamos muy lejos de los Sartre y las Beauvoir. —Y Peñalba estiró una mano floja como si jamás hubieran sido compañeros de militancia.

Josefina cerró la puerta de su habitación y la empujó para que cerrara bien, para que el pestillo acabase por entrar entero en el hueco correspondiente. Solía no lograrlo. No era una buena cerradora de puertas. Al menos, no era una buena cerradora de puertas en este departamento ni tampoco en el anterior que había vivido ya que en ninguno de los dos cerraban bien a la primera intentona. Se había preguntado alguna vez si había que pagar fortunas, si había que aspirar a la primerísima calidad de las construcciones en la Recoleta

para que las puertas cerrasen con la misma gracia que en una película de Hollywood, pero este interrogante se había diluido rápidamente y más bien le echaba la culpa a una especie de mala estrella, de destino, por el cual las cosas se le rebelaban; y en parte también se culpaba a sí misma, a la poca pericia y a la pereza para entender los mecanismos más simples. De hecho, cuando abría una ventana no era raro que al mismo tiempo la puerta cobrase vida y se abriera con ímpetu y casi inmediatamente después, como disputada en una guerra de voluntades, se cerrase con violencia y por fin el viento hiciese bien lo que ella no. O, también, en el anterior departamento, le sucedía que el gato abría, empujando, cada una de las puertas que cerraba, incluso la del baño cuando se estaba duchando. De modo que, en esta oportunidad, si bien intentó asegurarse de que estaba bien cerrada, en el fondo sospechaba que su celo no sería recompensado y de todas formas el pestillo no había encajado a satisfacción. Se volvió hacia su cartera, que había dejado sobre una cómoda, y sacó los dos muñecos. Los sostuvo de las manitas y los miró con desesperación pero, como fuere que los mirase, no dejaban de tener su encanto. Los llevó a la cama con ella.

Ella había sido el castor. Peñalba incluso se lo había recordado. Un castor que construía diques para contener la realidad, para que la realidad no corriese desaforadamente, para poder ver claro bajo las aguas en un remanso y entonces pescar con ciertas facilidades. La empeñosa constructora de remansos, la que demoraba los sucesos. Por temperamento, era una aplazadora de sucesos. Pero, ¿qué ocurría al fin con los diques de los castores? ¿Se los llevaba la realidad cuando se hacía furibunda? ¿Los desbordaba y los reducía a pequeñas nadas? ¿O los mismos castores se hartaban del lugar y se iban río abajo o río arriba y los abandonaban a su suerte? ¿Se había visto a un castor desarmando su propio dique? ¿Se ha visto la desazón de un castor? ¿Se han visto castores por fin destructores? La manita blanda del antiguo montonero le había quitado casi toda esperanza. Había percibido esa blandura como la de un poder que se desagotaba tal si fuera una pileta. Una manita peluda y exangüe.

Josefina acomodó los muñecos en la almohada con un gesto infinitamente adulto. No parecía que hubiera en ellos la dureza de los

peregrinos. Bien vistos, eran de esos peregrinos que nunca salen de casa, que nunca parten. Eran peregrinos que simpáticamente estaban de regreso sin haber partido. Peregrinos que, de haber peregrinado, hubieran mostrado sus panzas en cada una de las casas en las que hubieran pedido refugio para hacer visible su honestidad sin aristas. Porque si hay honestidades que cortan como cuchillos, hay otras que no pueden siquiera roer. Mostrando sus panzas, Cachimbo y Maloy hubieran sido recibidos en todas las casas. Y Josefina recordó que, cuando chicos, en ocasiones felices hacían con su hermano "panza con panza". Se levantaban la ropa, si es que no tenían los torsos desnudos, y juntaban los vientres, pero tanto más importante casi que esto eran las palabras, porque ambos decían al unísono: "panza con panza", y estaba todo dicho. "Panza con panza". Cachimbo y Maloy, tal vez, vivían en estado de panza con panza y entonces jamás lo habían hecho e ignoraban su significado. Josefina se figuró que podría dárselos a Abril para que ella decidiese qué hacer con ellos, incluso si había que quemarlos.

Se había puesto de espaldas a los muñecos cuando sonó el timbre. Le pareció un timbrazo como nunca había escuchado. Se puso de pie de inmediato y tomó a Cachimbo y a Maloy con manos temblequeantes. ¿Dónde esconderlos? Eran lo que la policía no tenía que descubrir. Aunque iban a revisar todo hasta hallarlos. Al fin, impulsada por una decisión que fue previa a toda idea, fue hasta el armario y se puso un saco hindú con mangas holgadas y metió los muñecos, que se prestaron ágilmente para la operación, uno en cada manga. En ese momento entró Abril al dormitorio y le confirmó lo que ya sabía: estaban allanando el departamento. Salió del dormitorio y saludó muy quedamente a los policías hasta verse obligada a hacerlo con mayor detenimiento con el jefe del operativo. Se sentó en el borde del sillón del living, tiesa por un interrogante que no se atrevía a hacerle a nadie, ni siquiera a Abril cuando se sentó a su lado. Su hija parecía estar aun en confianza con la vida pero a pesar de esto no se avino a preguntarle si habían llegado con una orden de detención para Leonardo. Nadie decía nada y ella no preguntaba.

No soportó mucho tiempo sentada y se puso a caminar muy despacio entre los policías. Cada tanto, disimulada, acariciaba a

Cachimbo o a Maloy como si fueran oropéndolas y ella un antiguo mandarín. Claro que se juzgaba en retroceso, alejándose de un umbral que nunca había atravesado, a años luz en verdad de Simone de Beauvoir.

XXIII

¡Cada vez más *sui generis*! ¡Cada vez más lejos de la especie! Oledor, oidor, veedor, gatito, minino. Escucho el chasquido de los dedos de Josefina donde quiera que me encuentre. El diapasón de su mano llega hasta mis orejitas dionisiacas, mis orejitas abiertas hasta la tremebundez. ¡Y es que se llega a lo tremebundo casi como si nada! Como quien tiene un infarto y ya está ahí, atrapado, avenido a lo tremebundo y sin ánimo de levantar el dedito. Soy un oidor de chasquidos, un oledor de humores, un veedor de alfileres perdidos. ¡No hay pelillo que no vea en la piel de la realidad! ¡Soy el asombrado! Claro que soy el asombrado, el filósofo de ojos como huevos, el descubridor de entes tras las patas de las sillas. Los ojos como huevos y el asombro que no termina de entrar en mi ser. Los ojos como huevos y la realidad que no renuncia a mí. ¡Muy lejos de esto, pareciera privilegiarme! Soy un elegido de lo real y ahora mismo me llegan ruidos absurdos de la calle. ¡Pensaba que la realidad se iba a cansar de mí y me iba a abandonar a un costadito hasta olvidarme! Iba a ser el remoto y soy el testigo de cada cosita que se mueve sin ton ni son. Soy el vecino de las cosas. Miro con los ojos como huevos todo lo que no está enfermo, porque todo está saludable y yo lo saludo con la venia.

Podría hacer la venia a cada cosa que se me cruce de acá al final de mis días. Y no tendría tiempo siquiera para decirle a Peñalba: soy el más importante filósofo de una época que se quedó sin palabras. El filósofo veniador, el que a la postre se dio a una tarea nada gratuita. Veniador de lo visible y lo invisible. Veniador de la mano de Josefina y del chasquido. Veniador del eco del chasquido de los dedos en el baño y de los dedos mismos de Josefina, que son los amigos que me han quedado. Son los amigos a los que yo dejo ser mis amigos todavía, porque a otros, que vendrían a socorrerme y a rodearme cuando

lleguen los policías a buscarme con la saña patrulleril de la justicia y que harían un tumulto adolorido a mi alrededor, a esos, ya hace tiempo que no los dejo ser mis amigos. No son pocos los amigos ni es poco su cariño y vendrían a mí atolondrados si yo les permitiese esa amistad que me profesan. Sólo que me niego y ya no vienen a mí ni tampoco vendrán y me atengo a la amistad de los diez dedos de Josefina. Tampoco son escasos y de alguna manera me bastan. La amistad de diez dedos es en muchas ocasiones el pináculo de una vida y no hay que tenerla en menos. Al final, son los diez dedos que nos arropan en una cama de hospital. Los otros amigos están a una distancia a la que no llega mi voz. ¡Tanta tecnología y al fin ya no nos queda más que la pobre voz para llegar a unos metros! No llegamos tan lejos como los gritos del Erectus. Y yo, el oledor, el oidor acérrimo me voy quedando sin voz, llego con ella cada vez a menor distancia. Mi impotente garganta llena de mocos y de cavernosidades y de temblequeos no llama a los viejos amigos para que sean lo que son. ¡He logrado por fin con todas mis fintas y mis bellaquerías de pequeñuelo que las cosas no sean lo que son! ¡Iupi! Creo que mis padres sospechaban que iba a alcanzar este tipo de calamidades y se preocupaban por mí. En realidad, vivían consternados y se fueron al cementerio para no verme e incluso, con mayor razón, para no oírme. Aunque ya en esas épocas decía poco y nada, lo poco debía ser suficiente para que sigilosamente tantearan con los dedos de los pies la tierra húmeda y al fin se decidieran a bajar a sus tumbas. ¡Nunca hice la venia ante esos cuarenta dedos que fueron, si cabe, más que amigos! Los cuarenta dedos de mis padres merecerían más venias que todos los generales de la Tierra. ¡Cuarenta falanges y cuarenta falangetas y…! ¡Eran un batallón de esperanzados en mí! Un batallón que me tenía como causa. Tantos dedos de los que fui desagradecido. Dedos deformados por las ilusiones en mi vida. En fin. Frente a cada uno de los diez dedos de Josefina, por el contrario, hago la venia y le doy un trato particular. Cada dedo tiene mis consideraciones. A cada dedo trato de decirle lo que quiere oír. ¡Hay que tratar a los dedos como a los enanos, son las mismas leyes! Y, finalmente, cuando la voz ya no sale en absoluto, uno se pone de pie y hace la venia, como hago ante los dedos de Josefina cuando pasan delante de mí, o como hago ante

ti, lector, que estás quieto pero ante quien hago la venia de todas maneras.

Ayer fui a la terraza del edificio en busca de Cachimbo y Maloy. Pensé que quizá se habían refugiado en lo alto. Existen los que huyen bajo tierra, hacia el sótano, la caverna o la tumba y existen los que huyen hacia arriba, a la montaña o a las terrazas. Tenía la esperanza de encontrarlos de panza al cielo, como supe verlos alguna vez que fuimos los tres juntos. Las ropitas levantadas para que el viento les acariciase la piel. Iba en el ascensor y los imaginaba y dejaba de extrañarlos y ya no me importaba quererlos, como ocurre cuando uno cree que tiene algo y que existe lo dado. Iba en el ascensor y éramos el trío. Sólo con la esperanza me aliviaba del peso terrible de quererlos. Porque hace tres días que no los tengo y entonces los quiero, no aisladamente, sino siempre. Voy por ellos a cada instante sin ir a ningún lado. ¡¿Dónde buscarlos?! Fui a la terraza como quien peregrina a Santiago de Compostela y no estaban sus pancitas al sol. Terminé buscando en los rincones más inverosímiles, diciéndome que el viento pudo haberlos arrastrado en su debilidad de famélicos. Corrí unas bolsas de escombros y unos ladrillos y un pedazo de mampara de acrílico y encontré una ausencia cada vez más gorda. La ausencia se fue haciendo tan corpulenta que me fue llevando a pequeños topetazos y acabé apretado contra una de las paredes de la terraza poco menos que asfixiado. La ausencia, descarnada, no tiene vergüenzas y es siempre señorita. La ausencia de Cachimbo y Maloy en la terraza era tan corpulenta y no tenía ninguna carne. Quedé alelado por el cariño a los ausentes, mirando las líneas que separaban los baldosones grises. Se habían ido con su liviandad a cuestas; habían cargado su ligereza, su rapidez, sus espumosos sentimientos, llenos de burbujas evanescentes y se habían largado. Al final de los tiempos, la evanescencia será declarada la única diosa y Cachimbo y Maloy tal vez sean sus heraldos llegados desde aquel futuro. Seres con el gas más sutil y sereno en el alma.

El viento movía la ropa en las sogas y descubrí las calzas del huroncito. ¡Oloridópolis! El sacrilegio de la limpieza debía herir, al menos, a todos los habitantes del edificio. Estaban muy limpias y el viento las inflaba y casi parecía que tenían dentro las lindas piernitas

de mi amiga. ¡Nunca había imaginado que el aire pudiera tener esas bellas formitas! Tuve ganas de silbar y al mismo tiempo de agachar la cabeza ante el poder de lo evanescente. ¡Fue lo que quise enseñarle acerca de Foucault y creo que no pude! No se puede enseñar lo que uno conoce demasiado bien y tiene mordido entre las muelas. La carne de Foucault era como de toro y por esto Foucault casi no podía bailar. La carne de Foucault lastima las encías del verdaderamente delicado. La carne de Foucault, por dura y densa, produce gengivitis. Le quise explicar al huroncito divino, carne de mi aire, y hablé del peso de las cien mil mariposas y ella no me dio crédito y meneó la cabeza. ¡Mis mejores ideas siempre menean la cabeza! El aire de la nube de mariposas no la despabiló y me exigió peso. ¡Quería peso, como todos los antiguos y los actuales! Y en la medida de lo posible le di peso, le di porciones de fracaso de Foucault. Me entretuve en la terraza un buen rato, entre la gordinflona ausencia de Cachimbo y Maloy, el flameo del viento libidinoso dentro de las calzas y, finalmente, las viejas antenas de televisión que se van herrumbrando poco a poco sin que nadie las quite. ¡Son vejetes raquíticos que se derrumban y que murmuran por lo bajo como todos los vejetes! Están hartas de la vida y nadie se las lleva. Son la civilización y no reciben ningún respeto. Yo me deslicé por una pared y quedé sentado en la terraza; miraba los bracitos quebrados de la civilización y aspiraba los mocos de la nariz sin decir esta boca es mía. No quisiera involucrarme ya en los problemas de la civilización. Bastante tengo con la vida. Quiero decir que me entretengo con la vida, como me entretuve en la terraza mientras allanaban el departamento de Josefina. Vale decir, que buscaban dejar todo en llano. Intentaban la llaneza como si se pudiese hacer una estepa del departamento de Josefina. Querían ver cualquier cosita recortada en el horizonte. ¡Bravo por los oteadores de la policía! Otearon como aguiluchos de las pampas y no encontraron ni un ombú. Eran hombres avezados y con juanetes que se inclinaban para aquí y para allá con astucia porque saben que lo oculto se asoma si la mirada viene de soslayo. No eran tontos y hacían su trabajo pero debían estar enamorados de Josefina y de Abril desde el fondo de sus días y apenas las vieron lo advirtieron e hicieron un poco el tonto con sus juanetes. Me consta que fue así. Y, desde ya, no encontraron nada. Ni el pico ni

el disco rígido de la CPU de la oficina de Josefina. ¡Soy el enterrador y ambas cosas están a buen resguardo en la tumba de mi madre! Ella está aferrada a esas pruebas con todas sus fuerzas y ahora mismo debe estar apretando entre sus piernas de hierro el mango del pico. ¡Confío en mi madre más aún que en la fijeza de las estrellas! ¡Muerta y todo no va a dejar de laborar por su niñato, por su piquito de oro! ¡¿Qué podría hacer si no seguir protegiendo al pequeño despojo que dejó en la tierra?! No podrá jamás hacerse la desentendida. No lo podía hacer mientras vivía y menos aún puede hacerlo muerta. Con sus falanges y falangetas aferra las pruebas y me encubre con saña. ¡¡Y guay, lector, de que digas ni mu!! ¡A esta altura eres mi cómplice a ojos vista! ¡A esta altura deberíamos ir del bracete si tuvieras, lector, una pizca de honor! ¡Nunca esperé nada del honor de los lectores pero quizás es hora de que me ponga exigente o incluso amenazante! ¡No quisiera verte rondando de chivato el cuartel de policía! ¡Tengo mi terrible pico y tu cráneo puede amanecer con el más negro y sabihondo de los agujeros!

Tal vez me vaya de paseo, al fin de cuentas Y luego que se emita la orden de captura, seguir de paseo de aquí para allá por distintos puntos del país haciéndome el que no sé nada. ¡¿Desde cuándo un paseador por su bello país es necesariamente un prófugo?! No lo admito y podría emperrarme hasta morder la pierna de un juez. Hincar el diente en la pantorrilla de un juez, en cuatro patas, creo que me pondría en mi lugar. ¡No hubo lugar para mí y afilaría el diente! No hubo lugar para mí y primero pasearía de sur a norte para llenarme de polvo y que las mujeres de este país me amen cuando pase por delante de sus narices. ¡Un empolvado es casi el amor mismo para una mujer! Entraría en ellas como pancho por su casa para obtener refugio. El empolvado de pies a cabeza. ¡Me tendrían dentro de sí en el mayor secreto mientras el comisario del pueblo se pasea por la vereda barruntando cosas feas del empolvado! En fin. ¡Sabrás perdonar, lector! Todo esto que no ocurre es mi vida. ¡Pero a fe mía que el empolvado puede golpetear con sus nudillos alegres las puertas de las trompas de Falopio! ¡Y ni siquiera necesitaría golpear y menos aún abrir la boca! ¡El empolvado es el amor sublime!

Paseando, empolvado, quizá me acerque a una frontera. ¿Dónde es

permeable la frontera, mi querido lector? ¿Crees que es un dato que podría serte indiferente toda la vida? No sé. Yo me pregunto con toda inocencia dónde es permeable la frontera. ¿O será permeable en todos lados y no sea la cuestión más que pegar un saltito en donde me dé la gana? Quién sabe. ¿Cuál es tu preferencia? Yo, el inocente, he pensado en los pantanales entre Bolivia y Brasil. ¡Haría campamento con Bin Laden y nos rascaríamos juntos los pies mirando el ocaso! El empolvado y el polvoroso nos tendríamos el uno al otro para una vida de rascadores de patas. Podríamos pegarnos unas lindas patadas cuando estuviéramos acostados (¡pienso desde hace años que no debe haber cosa más satisfactoria que, acostado de espaldas, cómodo y centrado en mí mismo, darle de patadas a un viejo enclenque!). Y luego dormiríamos casi un día entero sin decir agua va. Dos soñolientos visteadores de lampalaguas. En fin.

¡Pero no debería llegar a esas instancias! Debería confiar —y confío evidentemente— en el mandarín de la sociología, el vicepresidente de la Nación, que alguna vez carraspeará con firmeza —alimentando con los mocos el propio poder— y le planteará mi situación a la presidenta. Aunque se distraiga con los pies de la presidenta, al fin desembuchará algo sobre mí el viejo embuchador de carguitos. ¡Aunque un segundón suele ser indiferente al dolor de los demás! El segundón suele ser un constructor de pasillitos con los que irse de sí y está obviamente ensimismado en la tarea; no tiene perspectiva para ver el camino y construye a tientas los senderitos que no llevan a ningún lado. Va y viene por caminos muy cortitos. De todas formas, tiene que creer en la tarea. Tiende a figurarse que los demás no son hacedores sino más bien distractores. ¡Y el segundón tiene una moralidad en torno del trabajo! En fin. ¡Hay que ser cabrón para distraer con las propias cuitas a un segundón! Hay que tener vocación de molesto o justamente de segundón para importunar al mandarín de la sociología en su madeja de pasillitos. ¡Uno debe ofrecerse de obrero para que el segundón nos ponga una mano laxa y displicente sobre el hombro sin ocuparse de nosotros de todas maneras, excepto para tramitar nuestros carnets de trabajadores! ¡Hay que estar en la construcción de pasillitos para saber qué es eso y no levantar el dedito en vano!

Quizás, en mis inocentes paseos por el país, me tope con la presidenta y las cosas puedan resolverse sin el concurso del mandarín. ¡Ella también es una paseadora sólo que se pasea como un tractor! El país era un arado demasiado clavado en la tierra y ella tira y le crecen los mofletes y todos vemos que pasea. Y si yo fuera el primado de la Argentina le lavaría los pies para pascuas porque se los hiere yendo de aquí para allá con ese cable que la une al arado y a la tierra. Ella viene de la tierra argentina y está más hecha de humus que de piedra y se mal sostiene en los pies y se caería sin que ningún galán atine a nada sólo que, como mujer, las caderas la equilibran y también de las caderas ha de sacar los caballos-vapor para ser tractor y tirar y mover lo que mueve a pesar de la porosidad de los pies de humus. Los pies de humus y los mofletes de nieve y las caderas de mil yeguas-vapor y yo que caería accidentalmente delante de ella. ¡Y se ocuparía de mí mejor tal vez de lo que yo me ocupo! Antes de secarse y disgregarse en nuestras vastas provincias, todavía presidenta, podría extender con esas manos de tierra que manchan y manchan lo impoluto un papiro en el cual, con esos ojos que ven la Tierra como la vio Gagarin y en el sur esa tripa nómade que es la Argentina, y con esos ojos, decía, leer el decreto de indulto y… No sé… La presidenta y Josefina deberían reunirse y charlar y charlar y cada tanto regresar a mí y ponerse severas. Y yo en mi habitación mientras tanto lloraría y sería el llorón remoto. El llorón bajo el amparo de esas cuatro manos femeninas, dos de tierra y dos de aire; y las de tierra, las únicas que pueden firmar sobre el papel de la realidad, manchando, deslicen la firma y la cosa al fin esté hecha.

¿Qué es un indulto? En Calmuquia se indulta permanentemente sin decir agua va. Se abandona el soslayo y la cuestión está resuelta. El indultado vuelve a defecar en los mismos lugares de antes y vuelve a simular amontonando piedras. Los calmucos no son escandalosos y cuando tienen algo que decir se suben a sus pequeños caballos y se van y no dicen nada. Habría que darle a cada habitante de Caballito justamente un caballito para que aprenda que el dedito enhiesto y escandalizado, órgano atrofiado de los que tienen un colchoncito económico, puede ser útil para llevar unas riendas. El dedito acusador es un órgano atrofiado y las generaciones futuras deberían recuperarlo

como órgano útil, como órgano placedor. ¡Toda mi fe para con los jovencitos de este mundo! Toda mi confianza en los jovencitos desidiosos. Desidia y paciencia son una misma cosa y casi nadie ha sabido verlo. Los jovencitos actuales son admirables porque son pacientes y en su paciencia saben lo que van a dar y a recibir. ¡Se avizoran las primeras generaciones nietzscheanas, las que portan en los huesos la victoria de la especie! A diferencia de nosotros, llevan en la amígdala cerebral, en la pelota raquídea, las bajas tensiones propias de la electrónica a transistores y han dejado atrás los chicotazos eléctricos de la alta tensión. La revolución industrial va deviniendo en un río de llanura y los jovencitos recuperan la tranquilidad de los empolvados del XVII y luego irán mucho más allá. Ya descansan en los botes y se miran las pilosidades como seres amorales. ¡Se repantigan en la victoria como Tom Sawyer cuando pescaba en el Mississippi! ¡Desgraciados!, que duermen con el sombrero de paja cubriendo sus tiernas facciones y se despreocupan de los anzuelos. No faltará un pulpito en el refrigerador. Jovencitos que no necesitan ser geniales como todavía nosotros necesitamos, y a tal punto que lloramos de impotencia, independientemente de todo trabajo hercúleo del que pudiéramos vanagloriarnos. Yo iba a ser genial para redimir una sangre, un linaje minúsculo. Y claro que, a fuerza de necesitarlo, he alcanzado la genialidad y, para los jovencitos, hago el ridículo porque me he inflado como un sapo para negar que fui un renacuajo y, sobre todo, para negar que provengo de una estirpe de renacuajos. Me he inflado hasta la genialidad y voy a arrojarme sobre la masa de jovencitos que todavía en cierta forma necesitan de los genios. Ellos mismos no están llamados a serlo pero van a requerir de los especímenes que vengan del pasado. Yo mismo, planeando sobre las cabezas de los jovencitos, y luego hundiéndome entre ellos para recibir su tibieza (no ya el calor de las altas tensiones) y ser comido luego como genio, es decir, como carne cocinada en el horno de las pasadas locuritas. Puedo prever la multitud de jovencitos entusiastas y yo, el genio iconoclasta, uno de los últimos genios, arrojándome sobre sus cabezas y sobre sus vítores. ¡Piquito! ¡Piquito!, en coro alegre las primeras generaciones de vencedores, de hombres libres, elevados por sobre la mezquindad. Fuertes, generosos en la desidia y en la

paciencia, mis queridos jovencitos que me van a recibir en sus palmas. ¡¡Las manitas, sí!! ¡Las manitas de los simios que han retornado a sí mismas! ¡Por fin! Las manitas que se encuentran gozosamente con su origen. ¡Tanta pretensión en las manos y luego, por esto mismo, tanta enormidad en las cabezas! Nuestras manos agigantaron el cerebro y luego, por milenios y milenios, las ideas inflacionaron en la creencia de que se adecuaban a esas cabezas. ¡Mil doscientos centímetros cúbicos de cerebro y las ideas que treparon como gigantescos globos aerostáticos! Las ideotas humanas subieron a los cielos como grandes cabezas insufladas de ingenua vanidad. Los jovencitos empiezan a reírse de la ideotas humanas, tremendas e infelices —las mismas ideas han llevado una vida desgraciada— y recuperan para sí las antiguas manitas. Las palmas abiertas para llevarme muy lejos de la justicia, para liberarme en la injusticia, en donde me muevo como pez en el agua. ¡Si yo he sido un embrujador de la vida, un embaucador que sabido abrir la boca para recibir graciosamente los frutos maduros! La vida me ha tenido un amor que clama al cielo. ¡Donde yo he estado, ha estado la injusticia! Los dimes y diretes de la realidad siempre al fin me favorecieron. ¡He sido el favorecido y es justo que la injusticia se perpetúe, mi querido lector, a quien preveo precisamente jovencito! Tú también lector, jovencito, únete a esa masa que ha de llevarme a la injusticia en la que estoy formado y a la que tengo derecho. ¡Mira tus manitas, lector, y entonces sabrás que debes unirte a la multitud de jovencitos! Tú también me llevarás.

La vida me ha amado. Y si ella me olvida y se aleja y mira para otro lado, el juez va a precipitarse sobre la lapicera para firmar lo que debería haber firmado y no firmó porque la vida, mi viejo amor, miraba. El juez está observando de reojo a la vida y sabe que los viejos amores caducan y que va a mover la cabeza para liberar su mano. Allanaron aquí y allá para hacerme visible en medio de la llanura. A mi alrededor los labios se explayan en un gesto de conmiseración. Josefina, Abril, muchos otros, todos los que me han querido y todavía no me olvidan, no pueden evitar ese estiramiento involuntario de los labios, esa tristeza de las mejillas. Me saben condenado. Este sábado, también los estudiantes del curso estiraban los labios hacia un lado cada tanto y en parte rehuían la mirada. ¡Se sentían tal vez en la

última cena! Yo sentía esa gravedad porque estaba en el aire que respirábamos y en algún que otro momento levanté una mano en ademán cavernoso, mesiánico. ¡¡Iapaiapaluu!! No lo pude evitar porque los obispos y los abades también han sido mis maestros. ¡Hubiera querido tener un fornido brazo profético para elevar con cadencia y sostener frente a esos ojos que venían a mí y se iban! Un fornido brazo renacentista, como los que pintaba Miguel Ángel. Y sólo era un brazo menor envuelto en la manga de un pulóver cremita. Pero de todas maneras mi brazo adquiría la cavernosidad de Pedro en las catacumbas de Roma. Di mis bendiciones en el transcurso de la pequeña clase, que no escapaba de cierto pesar. Las cejas de mis alumnitos caían por el peso y yo mismo también sentí por primera vez en mi vida el peso de mis propias cejas como si fuesen las de un Neanderthal. Me parecía tener cejas tremendas y densas que iban cayendo incluso sobre las órbitas de los ojos. No sabía si pensar que me iba transformando en un profeta o en un ancestro. En todo caso, trataba de levantar el entrecejo terrible y hacía los esfuerzos de un pesista en el gimnasio. Ante ellos, primeros jovencitos de la futura multitud, no quería cometer el pecado de la pesadez y sin embargo… ¡Cuántos ululares de sirenas en esta ciudad hecha de pampa y de luz! Demasiados sonidos para este antiguo pedazo de pampa. Y a cada ulular mis ojos buscaban los de Bruna y ella me decía que no, que no venían por mí. No doblan todavía por mí las campanas y ella hacía un gesto casi imperceptible con la cabeza para que me quedara tranquilo. ¡Podría confiar en ella mi pobre cabeza si es que me la cortaran! Creo que si llevara todos mis pensamientos a su seno ella sabría conservarlos de alguna manera. Los cobijaría con la seriedad y el esmero de los que sólo las jovencitas son capaces. ¡Otros ven en las jovencitas la oportunidad de la rapiña y yo veo en ellas la escrupulosidad que deberían tener los banqueros y los académicos y que no tienen! Bruna me decía que no y con la mano que descansaba sobre sus piernas cruzadas hacía un muy suave gesto y yo entendí al fin que ella quería decirme que estábamos en Calmuquia y allí no llegan los patrulleros (¡Buenos Aires sería en Calmuquia la ciudad que está siempre a punto de ser, sin lograrlo: la gran ciudad de las lejanías!). Y luego, al escuchar mi voz pastosa de mesías flaco y

asustado, asentía con la cabeza y me instaba a continuar. ¡Yo hablaba y ella era mi jineta y juntos íbamos al paso por entre el polvo y los pastizales! Caballito de cabeza baja yo también, el cogote paralelo al suelo y las matas pequeñas de pastizal, aquí y allá, aquí y allá, aquí y allá, apenas esparcidas entre el polvo. Y el paso que no puede detenerse aunque no se tenga rumbo. Un paso y otro como una enfermedad, como un síndrome. ¿Se llegará a Stalingrado? En la batalla de Stalingrado todos éramos caballitos y los Sapiens, los Sapiens étnicos en realidad, nos habíamos hundido en los pechos de los caballitos. ¡Haber sido un noble caballito no tiene parangón! Caminando, caballito, lector, que no fuiste nunca caballito y siempre fuiste digno. Y siempre fuiste dueño de ti, no-caballito que pondrás el dedito enhiesto cerca de los cielos para decir… Sí, no-caballito, yo no tuve tu piné, y he sido caballito y seré mesías. Primero, mesías en bancarrota, mesías en manos de Peñalba, mesías temblequeante que mira obnubilado cómo el hombre del cual depende su vida se lava concienzuda y civilizadamente los antebrazos débiles y peludos. Ay, señor. Tú, lector. ¿No has visto los pequeños dioses de buenas pelambres lavarse y lavarse? Hoy, sueño con Peñalbas, con los más civilizados de los seres terrestres y luego, en las mañanas, cuando me levanto del inodoro luego de mis caquitas, me tiemblan las piernas. Y me siguen temblando cuando me lavo los dientes, porque todavía me lavo los dientes. Y me tiemblan también los brazos cuando abro el botiquín y busco las pastillitas celestes. ¡Un celeste pálido a la mañana y un rosa fuerte a la noche, las dosis peñalbosas para hacerme decente! ¡¿Y tú, qué esperas, lector?! ¿No te das cuenta de que toda la realidad está en suspenso? Todo está quieto e inerme frente a tu puño de acero. Tu puño de acero, lector, para llegar hasta mí. ¡Aprovecha, lector, que eres el eterno aprovechado! Aprovecha, tú que me conoces mejor que nadie y que puedes ubicarme por esta vocecita que llega y llega a tus oídos, y que puedes verme con tus ojos de fantasía; aprovecha para hundir tu puño en las hojas y tomarme de las orejas y sacarme de acá. ¡¡Sácame ya, que vienen las patrullas y vienen hojas y hojas de expedientes como dardos crueles hacia el cuerpo ingenuo del caballito!! ¡Piensa en mi cuerpo ingenuo, lector! Y luego no pierdas el tiempo porque si no te decides, la oportunidad pasará para ti y para

mí. ¡Decídete, a pesar de tu miedo a quedar atrapado conmigo! ¡Te estoy viendo, cobarde! ¡¡Mil veces cobarde!! ¡Te quieres esconder de mí! Eres Pedro hasta el tuétano y sobre tu cobardía se erigirá una iglesia.

Te vas lector, te proteges, caminando más o menos raudo por las calles donde pareciera que las persecuciones y los gritos se atemperan. Deseas alcanzar el remanso, la paz. Deseas escapar de lo álgido y sin embargo aún llego a tus oídos para decirte que Josefina ha llorado. Ayer mismo la escuché tras una puerta. Lloraba por mí, lector —mientras te escabulles te lo digo—, lloraba por mí y todo su cuerpo temblaba y todo su cuerpo estaba más allá del bien y del mal. Lloraba por amor y no sé si tú o yo seríamos en realidad capaces de algo así. ¡¿Llorarías sin narcisismos?! Ella lloraba con una pasión tan lóbrega que los ecos graves y cavernosos movían ligeramente la puerta y los vidrios y los espejos. ¡Su cuerpo vibraba en cierta hondura a la que yo no sería capaz de llegar! Toda ella se pertenecía tan dulce y ferozmente que apoyé las palmas de mis manos en la puerta para sentirla vibrar. Josefina lloraba y la puerta estaba estremecida. La puerta que yo sabía mal cerrada y que ahora era su piel. Y no podía entrar en su piel y la puerta era infranqueable. Todo amor llega más o menos rápidamente a lo infranqueable. Y yo no podía entrar y quería ser el aire cálido de sus pulmones. Quería temblar en su pecho. Era el llanto al que ella, beauvoiriana, no se iba a entregar jamás. Era el llanto temido, execrado, negado. Y yo, el amparado, el abrevado, el amado, escuchaba tras la puerta. La había llevado demasiado lejos. Como si me hubiera excedido en mis encantos.

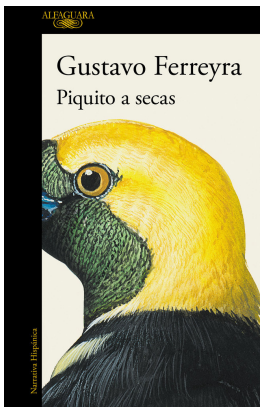
¡No quise que me amaran así! ¡Lo juro! Yo he querido ser trivial, medianamente inexistente, que la vida me permitiera ser insincero. ¡No quería ser leal! Y todo mi ser frente a la puerta era lealtad. Lealtad mesiánica a lo que yo soy en otros. En mí mismo, valgo muy poco; en otros, soy excepcional. ¡Es lo característico de todo mesías! Lo común en uno, la excepcionalidad en el otro. Y mi Magdalena lloraba tras la puerta. María Magdalena. Y, ante la puerta, mis piernas que no querían ser piernas. Porque, de repente, así, inusitadamente, ese llanto era mi hijo. ¡El hijo de los infértiles! El hijo de Josefina y de mí. ¡Habíamos engendrado un hijo, habíamos engendrado un llanto! Y ese

hijo mío, de repente lo vi, era ya un hombre joven, morrudo, con las rodillas algo juntas y una barba de unos días en el rostro. No tenía facciones amorosas ni severas. Era un hijo que, como todos, había visto lo que no hubiera debido ver. Era el bienamado. Y a ese hijo, a ese llanto, al joven barbado y algo perplejo ante la vida y ante los sueños, le pedí perdón. Le pedí perdón y no caí de hinojos. Finalmente, pedimos perdón para no caer de rodillas. Pedí perdón por mis crueldades innecesarias, las que, por otra parte, son las que toda vida necesita, las que son inevitables. Y no obstante quería pedir perdón ante el hijo morrudo y lo hice y no me excusé en absoluto y mi hijo, con los ojos algo juntos, más bien pequeños y pacientes, no hizo gesto alguno y se disipó en el aire y no se expidió. Porque los hijos, a diferencia de la justicia, no llegan a expedirse. Y el llanto de Josefina había cesado.

No había caído de hinojos y el llanto de Josefina había caducado. Nuestro hijo, el morrudo rodijunto ya no estaba entre nosotros. Yo tocaba la puerta sólo con las yemas de los dedos, la piel suave y yerma del mundo, la piel que había sido Josefina. Acariciaba el mundo en la piel de una mujer y piel y mundo devenían en puerta. Era una puerta mal cerrada y temí que se abriera. No quería ver en Josefina, en su cuerpo silenciado, el vacío de hijo que había sobrevenido. Retrocedí y me fui alejando de la puerta. Me iba de María Magdalena para trepar como un mono a la cruz. ¡Traed los clavos si queréis que sea hombre! Pero posiblemente no se molesten en clavarme.

¿Entiendes, lector? ¿Entiendes que en ti por ti soy excepcional? Me he trepado a la cruz y tu mano de orangután no viene a mí. Estoy trepado a los maderos, acurrucado y aferrado al vertical, donde no han colocado ni un Inri ni ningún otro mensaje. Veo desde acá arriba el ajetreo de los soldados romanos. Se atarean bajo sus capas púrpuras en quehaceres que me son incomprensibles. Estoy sobre el madero horizontal, aferrado al otro, hecho una tímida bolita y los soldados están en lo suyo y no miran hacia lo alto de la cruz. No tienen ninguna necesidad de echar sus ojos sobre mí. ¿Y tú, lector?

A ti, sí. A ti te lo digo, si no puedes incrustar tu puño en las hojas, si no puedes tomarme de una mano y sacarme de acá, ni siquiera me mires.



«Se gana tiempo con la verdad, mientras llegan los cañones de una mentira más poderosa.»

Leonardo —irrisorio militante del Polo Obrero, arropado por su esposa Josefina y una madre que lo sobreprotege hasta en la tumba, desalmado sociólogo rendido al *dolce far niente*— atraviesa el proceso judicial por el asesinato del doctor Cianquaglini. Entre pensamientos que se mezclan con sueños, la sugestiva circuncisión de Roger Federer y una serie de personajes que no se distinguen demasiado de animales, el protagonista de *Piquito de oro* reaparece más extraviado que nunca.

Con la hipérbole por bandera y ese registro inconfundible que le aseguró un lugar privilegiado e inusual en la literatura argentina, Gustavo Ferreyra logra hacer de esta novela la expresión literaria de revelaciones filosóficas que se entremezclan con las peores miserias políticas, ahí donde la idea de bondad es la peor forma de inocencia, y la justicia, apenas un estado de ánimo.

Desmesurada, precisa y revulsiva, *Piquito a secas* es, al mismo tiempo, la novela más esperada de un autor sin concesiones y la cumbre de una forma de escribir que se parece a la irrupción de la

verdad.

GUSTAVO FERREYRA

Nació en Buenos Aires en 1963. Es sociólogo y dicta clases en la Universidad de Buenos Aires y en la escuela media. Colabora con distintos medios periodísticos y académicos de la Argentina, España y México. Ha publicado el libro de relatos *El perdón* (1997) y las novelas *El amparo* (1994), *El desamparo* (1999), *Gineceo* (2001), *Vértice* (2004; Primer Premio de Novela Édita de la Ciudad de Buenos Aires, bienio 2004-2005), *El director* (2005), *Piquito de oro* (2009), *Dóberman* (2010; Premio Emecé de Novela) y *La familia* (Alfaguara, 2014).

Foto: © Mariana Lerner

Ferreyra, Gustavo
Piquito a secas. - 1a ed. - Buenos Aires :
Alfaguara, 2016
EBook.

ISBN 978-987-738-183-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño: Proyecto de Enric Satué
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: mayo de 2016
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-183-2

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Piquito a secas
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos